SIN RASTRO



PAUL PILKINGTON

SERIE DEL DETECTIVE PAUL CULLEN

SIN RASTRO

SERIE DEL DETECTIVE PAUL CULLEN

LIBRO 1

PAUL PILKINGTON

FAST PACED FICTION

Publicado por primera vez en 2019

Esta edición publicada en 2025

Copyright © 2019 2025 por Paul Pilkington

Publicado por Fast Paced Fiction

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Diseño de la portada por Jeanine Henning.

Para AP

ÍNDICE

Parte I
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12

Parte II
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

Parte III
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43

Parte IV

- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Capítulo 53
- Capítulo 54
- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Capítulo 59
- Capítulo 60
- Capítulo 61

Epílogo

Sobre el autor

Otras Obras de Paul Pilkington

PARTE I

1

Lunes por la mañana

EL INSPECTOR JEFE Paul Cullen se agarró con fuerza al pasamanos superior cuando el abarrotado metro se detuvo bruscamente. Perdiendo el equilibrio, se balanceó contra la espalda de la mujer que estaba pegada a él y le pidió perdón con la boca cuando ella se giró. Incluso un pequeño empujón podía resultar desagradable viniendo de un policía de metro ochenta y cinco y noventa kilos. Una vez aceptadas las disculpas, volvió a centrar su atención en el joven al que llevaba observando durante los últimos minutos del trayecto por el subsuelo de Londres hacia Euston.

«Disculpen el ligero retraso, ya que estamos detenidos por esta señal roja», anunció el conductor a los cansados pasajeros a través del deficiente sistema de megafonía. «Esperamos poder reanudar la marcha en un minuto más o menos».

El joven que Cullen vigilaba de manera informal estaba de pie junto a uno de los paneles de cristal, junto a las puertas correderas exteriores, de lado a Cullen. Desde su posición privilegiada al otro lado del vagón, el chico, que llevaba una chaqueta amarilla brillante estilo obrero, parecía estar muy pegado a una joven, rozándole en ocasiones la espalda con la entrepierna.

No había indicios de que fueran pareja: no se comunicaban entre sí, ni reconocían la presencia del otro.

¿Era deliberado el contacto físico?

Hubo un tiempo en el que esa idea no se le habría ocurrido. Pero ya no. Ese tipo de delitos eran un verdadero problema en la red de metro. Londres no era diferente a cualquier otra ciudad del planeta, donde los abarrotados sistemas de transporte en hora punta ofrecían a los delincuentes la oportunidad de aprovecharse de las condiciones de hacinamiento en trenes, tranvías y autobuses para «meter mano».

Y había mucha gente, un número deprimente, dispuesta a aprovechar las condiciones del metro de Londres para su propio placer. Casi siempre hombres. Jóvenes, viejos, ejecutivos con traje, turistas con camiseta, profesores.

La Operación Arcángel había capturado a todos ellos y a muchos más.

Con la participación de cientos de agentes uniformados y de paisano de la Policía Británica de Transportes destinados en toda la red ferroviaria de la capital, la Operación Arcángel había tenido un éxito notable a la hora de identificar y detener a delincuentes que anteriormente habían escapado de delitos que a menudo habían dejado a mujeres y niñas terriblemente traumatizadas.

Para Cullen, como oficial al mando de la operación, el gran número de delincuentes que se habían capturado en solo unos meses era a la vez satisfactorio y deprimente.

¿Era este otro más?

El tren de la línea Northern volvió a dar una sacudida al avanzar, ya no muy lejos de Euston. Este era el trayecto diario de Cullen. Un tren subterráneo abarrotado a primera hora de la mañana desde las afueras de la M25 hasta Waterloo, y luego el metro. Al bajarse un par de estaciones antes, los quince minutos a pie desde Euston hasta la sede de la Policía Británica de Transportes en Camden Town le daban un tiempo precioso para pensar: en los casos en curso y, en los últimos meses, en cómo salvar su matrimonio.

Pero al menos ahora había una solución a la vista.

El tren salió a la brillante luz de la estación mientras Cullen mantenía la mirada fija en el hombre. La gente a su alrededor comenzó a colocarse en posición para bajar cuando los frenos del tren chirriaron. El tipo se agachó y recogió la mochila que había quedado atrapada entre sus pies. Estaba a punto de bajar.

Si iba a hacer algo más obvio, sería ahora.

Cullen dejó que la gente se deslizara a ambos lados mientras observaba. La adrenalina fluía a raudales. Estiró el cuello para mantener el contacto visual con las dos personas. El tren se detuvo con una sacudida y, justo antes de que se abrieran las puertas, ocurrió.

La mano del chico se deslizó alrededor de la cintura de la chica y subió por su lado derecho. La chica, aún de espaldas a él, reaccionó al instante, apartándolo con disgusto y retrocediendo hacia el vagón, con el rostro lleno de sorpresa.

El chico salió disparado por las puertas, sin mirar atrás.

Cullen solo tuvo unos segundos.

Se movió rápidamente hacia ella mientras el resto de los pasajeros salían. «Ese hombre, ¿te ha agredido?».

Ella estaba llorosa. «Sí, lo hizo».

«No te preocupes, no se saldrá con la suya». Cullen miró hacia las puertas. No tenía mucho tiempo. La gente ya estaba subiendo. Metió la mano en el bolsillo y le puso la tarjeta en la palma de la mano.

«Paul Cullen. Policía Británica de Transportes. Llámame».

Y entonces, contra la marea de viajeros que llegaban, se dirigió hacia las puertas.



UNA MULTITUD de personas se subió al tren, agarrando bolsas, llevando maletas o de la mano de sus hijos. Para ser un tipo tan grande, Paul Cullen se abrió paso de forma impresionante entre los pasajeros, disculpándose mientras avanzaba, pero sus posibilidades de bajar del tren y perseguir al delincuente se desvanecían. Justo

cuando llegaba a la salida, sonó el pitido de aviso que indicaba que las puertas estaban a punto de cerrarse. Extendió su poderosa mano y bloqueó la puerta para mantenerla abierta. La puerta se resistió, empujando contra él. Cullen apoyó su pie derecho en la base, empujó las puertas con el hombro y, como era de esperar, activó el mecanismo de seguridad del metro. Todas las puertas se abrieron.

Salió a la plataforma, ahora más tranquila. Los ojos de una pareja de ancianos que estaban justo delante se posaron en él, con evidente ansiedad, antes de apartar la mirada.

«¡Oye!».

Cullen levantó la vista cuando un trabajador del metro visiblemente molesto se acercó a él, moviendo el dedo índice.

«No puede hacer eso».

No había tiempo para mostrar su identificación. «Paul Cullen. Policía Británica de Transportes. Operación Arcángel».

«Oh», dijo el hombre, bajando la mano y sonrojándose. Seguramente conocía la operación policial de alto perfil. «Bueno, lo siento, agente».

«Siento retrasar el tren».

«No pasa nada... ¿Puedo...?»

Pero Cullen ya se había alejado por el andén, pasando rápidamente junto al tren que aún esperaba. El hombre al que perseguía hacía tiempo que se había ido. Pero aún había posibilidades de interceptarlo, aunque hubiera salido de la estación, sobre todo con su chaqueta tan característica.

Pero la oportunidad se desvanecía con cada segundo que pasaba.

Pronto el tipo desaparecería en el laberinto de calles llenas de gente de Londres.

Afortunadamente, el andén estaba tranquilo, y Cullen dio un fuerte paso al doblar la esquina y subir las escaleras desgastadas: más rápido y más silencioso que la escalera mecánica. Todo el tiempo, buscaba con la mirada la chaqueta de neón.

En el vestíbulo, alcanzó a los últimos pasajeros del tren que acababa de abandonar. Una joven familia de turistas estadounidenses que hablaba animadamente sobre el día que les

esperaba, un anciano con la cabeza gacha y un bastón, una señora mayor con un carrito de la compra con ruedas que chocaba contra el suelo irregular.

No había ni rastro del hombre de la chaqueta fluorescente.

Aún así, seguía teniendo la esperanza de que estaba acortando distancias, dado que el tipo no sabía que lo estaba siguiendo y, presumiblemente, no iría con prisa.

Pero si se subía a un autobús justo fuera de la estación...

Aceleró el paso.

Esta era una de las razones por las que le encantaba su trabajo.

Nunca se sabía lo que podía pasar.

Pasó por las barreras de control de billetes y salió al vestíbulo principal de la estación de tren de Euston, tratando de localizar al chico. A la derecha, los paneles electrónicos mostraban el tren de las 9:35 a Edimburgo, pasando por su ciudad natal, Wigan: la ciudad que George Orwell hizo famosa, con su pequeño muelle junto al canal.

Pensó por un momento en Sarah. Estaría haciendo las maletas en casa, ultimando los preparativos para su viaje al norte.

¿Volvería alguna vez?

Volviendo su atención a la tarea que tenía entre manos, vio a dos agentes uniformados a su izquierda.

Ambos lo reconocieron cuando se acercó.

«Señor».

Cullen no tenía tiempo para cortesías. «Un joven negro con una chaqueta amarilla brillante, como las de los obreros de la construcción. ¿Lo han visto?».

«No, señor».

«Habrá subido por la escalera mecánica desde el metro. Hace solo un minuto más o menos». Volvió a mirar a su alrededor, pero seguía sin haber rastro de él.

A menos que hubiera conectado con otro servicio subterráneo...

Maldición.

Los dos agentes negaron con la cabeza.

«Lo siento, acabamos de ayudar a un ciudadano que había perdido su bolso. Lo siento mucho, señor».

Cullen reprimió su frustración. No era culpa suya. «¿Pueden hacer un aviso? Hombre negro, pelo corto y oscuro, chaqueta amarilla fluorescente, en las inmediaciones de la estación de Euston o viajando desde allí en la red. Sospechoso de agresión sexual. Puede que ya se haya ido, pero vale la pena intentarlo».

«Por supuesto».

Cullen se dirigió hacia la salida, sin darse por vencido, mientras oía a uno de los agentes dar las instrucciones por radio.

Y allí estaba, saliendo de la pastelería justo a la salida de la estación, con una bolsa de papel en la boca.

Cullen corrió hacia él, con la adrenalina a tope, con su presa en la mira. Esperó hasta que el hombre estuvo a solo unos metros de distancia y se le acercó por un lado.

«¡Eh!».

El hombre giró la cabeza hacia un lado, sorprendido.

«Policía. ¿Puedo...?»

El hombre salió corriendo a toda velocidad, como si esas palabras hubieran sido el disparo de salida de una final olímpica de velocidad. Cullen lo persiguió, casi resbalando con la bolsa que el hombre había dejado caer al suelo. Le pareció oír a una chica gritar detrás de él mientras perseguía al hombre por el camino que salía de la estación, pero no podía concentrarse en nada más que en su objetivo.

«¡Alto!», gritó, mientras el hombre aumentaba la distancia entre ellos.

Pero no se detuvo. Ni siquiera redujo la velocidad. Los transeúntes, desconcertados, volvieron la cabeza mientras los dos hombres continuaban su carrera.

El hombre, ahora varios metros por delante de él, se acercó a la siempre concurrida carretera principal que atravesaba la parte delantera de la estación y conectaba las grandes estaciones de Paddington, Euston, St. Pancras y King's Cross, en el norte de Londres. El semáforo estaba en rojo y varias personas esperaban mientras el tráfico de Londres circulaba a toda velocidad por los cuatro carriles.

Quizás giraría bruscamente a la izquierda y continuaría por Euston Road, intentando adelantarlo y luego meterse en una de las

muchas calles laterales.

Pero Cullen pensó que no.

Lo más probable era que tomara la opción mucho más arriesgada, pero potencialmente más eficaz.

Y así lo hizo.

El hombre apenas redujo la velocidad al llegar al cruce, cruzando rápidamente el primer carril, mientras un taxi negro tocaba el claxon al verse obligado a frenar.

Cullen también llegó al cruce, con el corazón latiéndole con fuerza mientras esperaba junto a los demás peatones, deseando que el semáforo se pusiera en verde. Pero seguía en rojo.

Otra bocina sonó cuando el hombre se puso delante de una furgoneta de reparto que venía en dirección contraria al taxi, lo que esta vez provocó que el vehículo se detuviera por completo. Varias bocinas sonaron cuando la onda expansiva de la frenada repentina detuvo a otros tres vehículos detrás.

Cullen descartó la idea de cruzar él mismo la peligrosa carretera. No le gustaban sus posibilidades. Y un detective muerto nunca atraparía al tipo. Seguramente las luces cambiarían en cualquier momento.

Pero no a tiempo.

Quizás la atención del hombre se había desviado por el casi accidente con la furgoneta, o quizás estaba tan cerca del otro lado que su concentración había flaqueado.

Se colocó justo delante del autobús rojo de dos pisos que se acercaba.

Con un golpe impactante, el hombre salió disparado por la carretera por la fuerza del impacto, rozando el asfalto y entrando en el tráfico que se aproximaba. Un camión articulado que venía en dirección contraria aplastó su cuerpo, arrastrándolo bajo sus grandes ruedas mientras se detenía con un chirrido justo delante de ellos.

Sin duda, el chico no tenía ninguna posibilidad.

Se oyeron gritos a ambos lados de la carretera mientras Cullen se apresuraba a acercarse al vehículo. El cuerpo del hombre —en realidad era solo un chico, de unos diecinueve o veinte años—

estaba aplastado y destrozado, con el rostro desfigurado por el impacto.

Había sangre por todas partes.

Cullen le acunó la cabeza, sosteniendo el cuello flácido y sin vida, mirándole a los ojos muertos e interrogantes. Hacía solo unos segundos, esta persona había estado en pleno vuelo, llena de vida, pero ahora las luces se habían apagado.

«¡Dios mío, Dios mío! Está... oh, no, por favor, no, por favor...».

Cullen se volvió y vio a la chica detenerse en seco a pocos metros de él. Era la víctima del vagón del metro.

Su rostro estaba retorcido por la desesperación y la conmoción, y las lágrimas brotaban a borbotones. Una mujer que había estado esperando en el cruce instintivamente le rodeó la espalda con un brazo.

«Está muerto. ¡Dios mío, está muerto!».

Cullen no entendía.

«¡Mi novio!», le gritó la chica, con los ojos encendidos por una ira repentina. «¡Has *asesinado* a mi novio!».

2

Viernes por la noche anterior

Natalie Long contempló el edificio eduardiano en el barrio londinense de Mayfair y respiró hondo antes de acercarse a la puerta y pulsar el interfono de seguridad.

«Brand New. ¿En qué puedo ayudarle?».

«Hola, vengo por el fin de semana de selección. Soy Natalie Long».

En la pausa que siguió, Natalie se convenció de que se trataba de un error embarazoso. La carta de selección le había sido enviada por error. Quizás había habido alguna confusión con la combinación de correspondencia y se suponía que ella debía recibir la versión de rechazo, la que decía «gracias, pero no, gracias». Tendría que volver a Bristol con el rabo entre las piernas...

«Natalie, pasa, por favor».

Se alisó la camisa y empujó la gran puerta, entrando en una sala de recepción muy iluminada, con una lámpara de araña que brillaba como un ovni a punto de aterrizar.

Este lugar era de otro mundo. Ella ya podía verlo.

Con un aroma a vainilla y algo exótico que no lograba identificar, Natalie se registró en la recepción, radiante.

«Aquí tiene su tarjeta», le dijo la glamurosa joven recepcionista. «La recepción de bienvenida es a las seis». Miró el reloj de pie que había en la esquina. «Ha llegado muy temprano, así que tiene tiempo de sobra para instalarse y explorar el lugar».

«Gracias», sonrió Natalie, cogiendo la tarjeta. «Tengo muchas ganas de verlo todo».

«Tu paquete de bienvenida está en la habitación. En él se describe lo que puedes esperar durante el fin de semana y se detallan las normas básicas».

«¿Las normas básicas?».

«Oh, no se preocupe. Son las habituales en este tipo de cosas».

Natalie asintió con la cabeza, sin haber tenido nunca ninguna experiencia remotamente parecida a «este tipo de cosas».

¿Serían el resto de los solicitantes tan ingenuos como ella?

Lo dudaba.

¿Qué era lo que había dicho Amy? «Finge hasta que lo consigas».

«Su habitación está en la última planta, la segunda a la izquierda», le indicó la recepcionista. «Lo siento, no hay ascensor. Solo hay escaleras».

Natalie estaba a punto de responder que podía subir las escaleras, incluso con la maleta, pero antes de que pudiera hablar, un botones apareció a su lado y le cogió la maleta. «Yo se la llevaré, señora. Por favor, sígame».

Siguió al botones por la amplia y sinuosa escalera, mirando atrás mientras subía, consciente de que si tenía suciedad en los zapatos, ensuciaría la alfombra color crema. Afortunadamente, la alfombra permaneció impecable a su paso.

«Aquí tiene», dijo el botones cuando llegaron a la habitación catorce.

«Gracias». Metió la mano en el bolso.

«No es necesario», dijo él, sonriendo. «Todo forma parte del servicio. ¿Quiere que le lleve el bolso a la habitación?».

—No, está bien, gracias.

«Muy bien». Hizo una media reverencia. «Que tenga una estancia agradable, señorita Long».

Ella lo vio alejarse hacia donde habían venido. Podría acostumbrarse a esto.



«Vaya».

Natalie se quedó boquiabierta mientras la puerta se cerraba detrás de ella. Entró lentamente en la lujosa habitación, saboreando cada momento.

«Esto es... simplemente... ¡guau!».

Giró sobre sí misma, sin poder creer lo increíble que era aquella habitación. Hacía unos meses habían emitido un programa en televisión sobre los hoteles más glamurosos del mundo: balnearios en Suiza, torres recubiertas de oro en Dubái. Y aquella propiedad estaba a la altura.

La habitación era aproximadamente el doble de grande que cualquier habitación de hotel en la que hubiera estado. Había una cama super king size de aspecto acogedor, una pantalla plana tan grande que cubría la mitad de la pared y una zona de sofás con una cafetera que molía los granos.

El cuarto de baño tenía una ducha magnífica y una sensacional bañera con patas en el centro. Había dos lavabos de mármol y un enorme espejo de pared a pared, con una iluminación blanca angelical alrededor.

Se quitó los zapatos, se dejó caer sobre la cama y se quedó mirando al techo, sin acabar de creer que aquello fuera real.

Las cosas estaban mejorando mucho.

Después de unos minutos simplemente disfrutando del ambiente, encontró el paquete de bienvenida y, con las piernas recogidas debajo de ella en el sofá, comenzó a hojearlo.

En la página interior había un breve mensaje de bienvenida de Sir Kenneth New, acompañado de una foto profesional en primer plano en la que sonreía a la cámara. La foto parecía reciente. Tenía sesenta y cinco años, pero unos ojos azules brillantes, juveniles y

entusiastas. Su barba roja bien recortada combinaba con su cabello, aún abundante.

¡Bienvenidos a New House, en el corazón de la gran ciudad de Londres! Y enhorabuena por haberlo hecho tan bien como para llegar hasta aquí. Están al borde de un gran futuro. Para uno de ustedes, este fin de semana marcará el comienzo de un viaje increíble conmigo y mi empresa. Así que, ¡mucha suerte a todos y que triunfe el mejor!

Natalie volvió a ponerse nerviosa. Esto era real. De alguna manera, su solicitud especulativa le había valido un lugar aquí. ¿Cómo demonios había destacado entre la multitud? Seguramente habría cientos, si no miles, de personas desesperadas por una oportunidad así.

¿Por qué ella?

Hojeó el resto del paquete de bienvenida, que contenía detalles sobre los horarios de las comidas y la ubicación del comedor, el gimnasio e incluso una pequeña piscina en el sótano. Los solicitantes podían utilizar cualquiera de las instalaciones fuera del horario de evaluación. Pero ella no tenía traje de baño ni ropa adecuada para hacer ejercicio, ¿quién habría traído esas cosas?

Estaba echando un vistazo a la cafetera cuando llamaron a la puerta.

«Natalie, *encantada* de conocerte». La mujer le tendió la mano, sonriendo con unos dientes tan blancos que parecían pintados con emulsión. Llevaba un traje negro y el pelo recogido en una coleta tirante.

«Hola», respondió Natalie. El apretón de manos de la mujer fue más fuerte de lo que esperaba. «Encantada de conocerte también».

«Solo quería ver cómo te estabas adaptando». La mujer pareció echar un vistazo más allá de Natalie hacia el interior de la habitación. «Soy Tabitha Blair. Trabajo con Sir Kenneth. Seré tu gestora de relaciones durante el fin de semana».

«Hola. Me alegro de estar aquí. Es un verdadero honor». Inmediatamente se arrepintió de haber sonado tan triste, pero eso le valió otra sonrisa de Tabitha.

«Será una experiencia increíble para ti», dijo. «Me preguntaba si ya habías visto el vídeo».

«¿El vídeo? No, ¿qué...?»

«El vídeo de introducción. ¿Hay una nota sobre la mesa? Quizás no estaba...».

Natalie se giró y lo vio allí. Se volvió, más avergonzada de lo que debería. «Lo siento mucho, no lo había visto».

«No pasa nada, no hay problema, ningún problema. Es solo que sería estupendo que lo vieras antes de la reunión de esta noche. Lo antes posible».

«Claro, lo veré ahora mismo».

Otra sonrisa radiante. «Estupendo, entonces. Espero que disfrutes de tu estancia con nosotros, Natalie».

«Estoy segura de que así será».

«Y si necesitas algo, cualquier cosa, solo tienes que llamar al teléfono de la habitación y nos pondremos con ello inmediatamente».

Natalie volvió a la cafetera y consiguió prepararse un delicioso café con leche antes de encender la televisión para ver el vídeo que parecía tan importante. Su teléfono vibró. Era un mensaje de Amy, deseándole suerte. Le respondería después del vídeo. Pero se dio cuenta de que la batería estaba al treinta por ciento, así que sacó el cargador de su maletín.

¿Dónde estaban los enchufes?

Miró a ambos lados de la cama, pero no había nada. Tampoco había nada encima de la mesa ni debajo. Todas las luces estaban empotradas en las paredes y el techo, por lo que ni siquiera era posible usar los enchufes de allí.

«Tiene que haber un enchufe en alguna parte...».

Pero no lo había.

Dejó de buscar y encendió la televisión para ver el vídeo de introducción. La pantalla cobró vida: otra imagen en primer plano de Kenneth New, sonriéndole directamente a ella. Le dio un poco de miedo, como uno de esos cuadros en los que los ojos parecen mirarte *de verdad* y seguirte por toda la habitación.

Unos segundos más tarde, comenzó el vídeo. Debía de estar configurado para reproducirse automáticamente al encender el sistema. Natalie esperaba no tener que verlo cada vez que encendiera la televisión.

«Hola y bienvenidos a New House», dijo una voz femenina. A continuación, el vídeo mostró una producción de alta calidad sobre la historia de la empresa, acompañada de declaraciones de varios empleados radiantes, unánimes en su amor tanto por Brand New como por Sir Kenneth. Una de las trabajadoras era Tabitha.

«Llevo menos de doce meses en la empresa y ha sido la experiencia más fantástica que se pueda imaginar», dijo a la cámara. «¡Realmente no podría imaginar un lugar mejor para desarrollar mi carrera!».

A los cinco minutos, Natalie ya estaba cansada del bombardeo de positividad. Miró el mando a distancia y se preguntó si tendrían *Netflix*. Quizás esa noche, después de las actividades, podría ponerse al día con una serie.

«Así que», dijo el narrador ante una pantalla en negro, «esperamos que disfruten de su estancia de fin de semana en New House, independientemente de si finalmente tienen éxito o no. Para aprovechar al máximo su experiencia, pedimos a todos los participantes que cumplan con las normas de trabajo y convivencia de la casa».

«Normas de funcionamiento y convivencia», repitió Natalie.

«En primer lugar, New House no permite el uso de dispositivos de comunicación electrónicos. Por favor, entreguen sus teléfonos móviles, ordenadores personales, relojes inteligentes, pulseras de actividad y otros equipos eléctricos a un miembro del personal. Sus dispositivos se guardarán de forma segura y se les devolverán al final de su estancia.

En segundo lugar, New House no permite visitas. Las visitas no pueden entrar en la propiedad en ningún momento. Esto incluye a familiares, amigos y parejas. A cualquier familiar, amigo o pareja que llegue a New House para reunirse con usted durante su estancia se le pedirá amablemente que vuelva después de la experiencia de selección.

«En tercer lugar, New House no permite las relaciones íntimas entre los participantes.

«Y, por último, se pide a los participantes que no salgan de las instalaciones durante la duración de la experiencia, a menos que su gestor de relaciones de Brand New le haya dado permiso expreso para hacerlo. En caso de incendio u otra emergencia, siga los procedimientos de evacuación que se describen en su paquete de bienvenida.

Su presencia continuada en New House representa su aceptación expresa de las formas de trabajar y vivir mencionadas anteriormente. Si decide que las formas de trabajar y vivir son inaceptables para usted, le rogamos que abandone la propiedad inmediatamente. En ese caso, se le retirará de la experiencia de selección de personal. Esta decisión es definitiva y no será posible volver. No podrá solicitar ninguna oportunidad similar con Brand New en el futuro. Piénselo muy detenidamente antes de tomar una decisión y valore sus implicaciones para sus perspectivas profesionales futuras».

«Qué fuerte», comentó Natalie.

«Si incumple cualquiera de las formas de trabajar y vivir mencionadas anteriormente, perderá su participación en el proceso de selección y se le pedirá que abandone la propiedad inmediatamente. Dispondrá de un máximo de diez minutos para recoger sus pertenencias y marcharse. Cualquier participante que, tras ser requerido, se niegue a abandonar la propiedad será interrogado inicialmente por nuestro responsable de selección y por el personal de seguridad de la casa. Cualquier situación que se agrave implicará la intervención de las fuerzas del orden».

«Muy serio».

«Gracias por su colaboración. ¡Disfrute de la experiencia!».

Natalie se quedó mirando la pantalla. Esas «formas de trabajar y vivir» le parecían exageradas. Pero, por otra parte, Brand New era una empresa conocida por su excentricidad. Ahora que lo pensaba, hacía unos meses había salido en las noticias que las oficinas de la empresa habían introducido un «día sin correo electrónico» todos los viernes, en el que nadie podía enviar ni consultar el correo

electrónico. Se trataba de mejorar la concentración y la productividad, o al menos eso había afirmado la empresa . Al parecer, bastantes empresas habían hecho lo mismo. ¿Pero una prohibición total de los dispositivos electrónicos? Parecía extremo.

Aun así, las normas eran las normas. Aunque se llamaran de una forma bastante extraña «formas de trabajar y vivir». Sacó su teléfono y empezó a escribir un mensaje a Amy. Su amiga y compañera de piso le había pedido que la mantuviera al tanto de lo que ocurriera durante el fin de semana; podría preocuparse si no sabía nada. Si Natalie le enviaba un mensaje para explicarle la situación, eso evitaría que...

¡Toc, toc!

Con el teléfono en la mano y el mensaje a medio escribir, se dirigió hacia la puerta.

—Señorita Long. Era el chico que le había subido la maleta. —Vengo a recoger sus dispositivos electrónicos personales.

—Oh —respondió Natalie, con el teléfono colgando a un lado—. Estaba enviando un mensaje a mi...

«Las normas de trabajo y convivencia son claras. Está prohibido el uso de dispositivos de comunicación electrónicos en las instalaciones».

«Sí, pero pensé que sería mejor...».

«Ha visto el vídeo de bienvenida».

«Sí. Pero...».

«Entonces sabes que tienes la libertad de abandonar las instalaciones y renunciar a tu participación en el proceso de selección».

Natalie asintió con la cabeza. Apagó el teléfono y se lo entregó al hombre.

«Gracias. ¿Tiene algún otro dispositivo?».

«No, solo este».

Entonces se le ocurrió una idea. «El teléfono de la habitación. ¿Podemos usarlo para llamadas externas?».

Él sonrió con tristeza. «Me temo que no. Solo funciona con la red interna. Si hay alguna emergencia, tenemos teléfonos externos en

recepción. El personal estará encantado de hacer las llamadas, si fuera necesario».

«De acuerdo».

«Que tenga una estancia agradable, señorita Long».

Natalie cerró la puerta y volvió a examinar la habitación, preguntándose en qué se había metido.

3

«Paul. He oído que has tenido un comienzo de semana muy ajetreado».

Paul Cullen hizo una mueca mientras se sentaba en la silla que le acababa de ofrecer la inspectora jefe Maggie Ferguson, superiora de Cullen en la División Central de la Policía Británica de Transportes, con sede en el cuartel general de la BTP en Camden Town.

«Se podría decir que sí».

A pesar de que le ofrecieron llevarlo en un coche patrulla, Cullen decidió caminar los pocos minutos que separaban el lugar del trágico incidente de la sede, un modesto edificio de oficinas en Camden Road. Allí se encontraba el departamento de Delitos Graves y Delincuencia Organizada que Cullen dirigía, y que se ocupaba de casos a nivel nacional relacionados con la red ferroviaria, junto con su colega, la inspectora jefe Harper, y su equipo en la oficina norte de Leeds.

«Cuénteme lo que ha pasado».

Cullen exhaló, todavía tratando de procesar los acontecimientos por sí mismo. Ya se los había contado a uno de los agentes uniformados que lo habían seguido al salir de la comisaría. Y sin duda volvería a contar la historia varias veces más, incluso durante la investigación del forense e, inevitablemente, como parte de la investigación de la Oficina Independiente para la Conducta Policial.

«Ya me han informado, por supuesto».

Cullen no pudo evitar sonreír ante la honestidad de su jefa. Era una mujer dura de Glasgow que no toleraba a los necios. Desde su llegada desde la Policía de Escocia, sin duda había impuesto su autoridad en la división, enfrentándose con entusiasmo a algunos de los personajes más difíciles. Pero también era una persona imparcial y le había respaldado en su ascenso a inspector jefe de policía hace apenas seis meses.

«Estaba en el metro, a pocos minutos de Euston, cuando vi lo que sospeché que era un caso de agresión sexual en curso, en el que un joven agredía a una joven».

«¿Sospechaba?».

«Sí, señora».

«¿E intentó confirmar sus sospechas?».

Ella se inclinó sobre el teclado.

«Le pedí a la... a la víctima que me lo confirmara, y ella lo hizo».

«Entiendo».

Ella tecleó en el ordenador. «Solo quiero dejar esto claro, para cualquier investigación posterior».

«Por supuesto».

«Así que le preguntaste si acababa de sufrir una agresión sexual y ella dijo que sí».

«Así es».

«Todo sucedió muy rápido», comentó ella. «Estabas intentando bajar del tren y tenías poco tiempo. Era una situación de mucha presión. ¿Estás seguro de que la oíste correctamente?».

«Estoy seguro».

Las alarmas empezaron a sonar. Algo no cuadraba.

Él hizo la pregunta. «¿Ella lo ha negado?».

Ferguson frunció el ceño, dándole la respuesta.

«Estoy cien por cien seguro de que confirmó la agresión», afirmó Cullen, tratando de mantener la calma. «Puede que haya testigos en el vagón del tren que hayan oído lo que dijo».

«Sin duda seguiremos esa pista si es necesario», respondió ella. «Entonces, usted la persiguió».

«Sí».

«¿Cree que fue prudente?».

Cullen se encogió de hombros. —No menos sensato que no perseguirlo. Llevaba una chaqueta amarilla muy llamativa. Estaba seguro de que lo detendría antes de que saliera de la estación.

«Pero no lo hizo».

«No».

«Continúa...».

«Me llevó un poco de tiempo salir del vagón y luego un trabajador del metro me detuvo brevemente. Alcancé al tipo fuera del vestíbulo principal».

«Y echó a correr».

«En cuanto oyó la palabra "policía"».

Ella volvió a escribir. «Parece extraño si no has hecho nada malo».

«Los agentes encontraron una pequeña cantidad de cannabis entre sus pertenencias. Pero solo lo suficiente para consumo personal».

«Quizás solo se asustó en ese momento», sugirió ella. «Sabía que llevaba drogas encima y su primer instinto fue huir».

«Quizás».

Ferguson detectó el estado de ánimo de Cullen. «Estoy de acuerdo contigo, Paul, créeme. Solo estoy haciendo preguntas para aclararme las ideas con la fuente en la que más confío. Tengo plena confianza en ti».

«Gracias».

«Pero... tenemos un problema. Tenemos un hombre muerto, que fue asesinado mientras era perseguido por uno de nuestros agentes. Tenemos una presunta víctima que ahora niega serlo y está muy enfadada y alterada. Y tenemos una posible tormenta mediática a punto de desatarse en la capital. No es nada bueno».

«No, no lo es».

«La chica es la clave. La volveremos a interrogar en breve, obviamente teniendo en cuenta la delicadeza del asunto. Esperemos que se retracte de lo que dijo inmediatamente después y confirme tu versión de los hechos».

«¿Qué dijo?».

«Sabes que no puedo decírtelo».

«Por supuesto. Perdona por preguntar».

Alejó el teclado de ella. «Paul. ¿Qué tal si nos tomamos un descanso, solo hasta que esto se calme?».

«No estarás...».

«No, no me refiero a una suspensión, por supuesto que no. Solo un descanso. Llámalo vacaciones, como quieras, quizá una semana o así».

Cullen estaba a punto de discutir: había mucho que hacer en la oficina y no le gustaba cómo podría verse esto desde fuera. «¿Tengo otra opción?».

—Sí, claro que la tienes. Pero esa sería mi recomendación.

Pensó en su mujer haciendo las maletas y viajando sola a Wigan. Una semana libre le permitiría acompañarla, ayudarla a instalarse, demostrarle que realmente se preocupaba por ella y que apoyaba su decisión de volver al norte por un tiempo.

Podría salvar su matrimonio.

«De acuerdo», dijo, aunque una parte de él seguía resistiéndose a la decisión y prefería ponerse manos a la obra con su equipo de agentes en la oficina. «Solo una semana, hasta que se calme todo».



Cullen se echó agua helada en la cara y se miró fijamente en el espejo del baño con sus llamativos ojos verde esmeralda mientras las gotas caían como lágrimas en el lavabo. Había estado repitiendo los acontecimientos ante su reflejo de aspecto cansado, desde el primer momento en que vio al chico en el tren, hasta el momento del impacto y la forma en que su novia gritó y luego se derrumbó desesperada a los pies de su novio muerto.

Grandes, profundos y guturales sollozos.

Solo habían pasado un par de minutos desde que había aceptado el descanso y ya se arrepentía de su decisión. Para empezar, tenía mucho trabajo que hacer. Y no le gustaba cómo se veía,

desapareciendo a la primera señal de problemas. No era su forma de trabajar.

Pero ¿realmente Maggie Ferguson le estaba dando otra opción?

Lo dudaba. Sí, la suspensión probablemente era excesiva, y ella seguramente no querría seguir ese camino, arriesgándose a enemistarse con un oficial superior y avivar las llamas de la culpa que los medios de comunicación bien podrían estar atizando en ese mismo momento.

Se imaginaba perfectamente cómo lo trataría The Daily Post, a pesar de su relación de trabajo relativamente buena con un par de sus periodistas más experimentados.

Pero si ella se veía obligada a tomar una decisión y él se resistía a su «oferta», no dudaba de que ella actuaría con rapidez y decisión.

Miró la puerta del baño cuando se abrió.

—Jefe. —El sargento Tony Beswick dejó que la puerta se cerrara detrás de él—. Lo he estado buscando.

Cullen sonrió, alisándose el pelo corto, oscuro y canoso con un último vistazo al espejo. «Bueno, parece que me has encontrado».

«Me enteré de lo que pasó».

«Los rumores circulan rápido hoy», dijo Cullen con ironía. Se apoyó en el lavabo con el dorso de las manos.

«¿Quieres hablar de ello?».

Cullen asintió. «Pero no en el baño».

«¿Por qué no?».

«Llámame exigente, pero prefiero un lugar que no huela a orina».

~

«Has cambiado», bromeó Beswick mientras Cullen pedía un café con leche desnatado. Por sugerencia de Cullen, habían ido a la sucursal de Costa Coffee que estaba a pocos metros de la sede central.

La chica detrás del mostrador miró a Beswick. «Para mí, solo un café solo», dijo él.

«¿Americano? ¿Le apetece probar nuestra nueva mezcla nicaragüense?».

Cullen sonrió al ver cómo Beswick daba vueltas a la respuesta, con un ligero pánico en los ojos y el bigote canoso temblándole.

«Eh, solo un café solo».

Cuando llegaron los cafés, se retiraron a un rincón tranquilo.

«Odio todas esas opciones», dijo Beswick, tirando de la silla con un chirrido ensordecedor. «Prefería cuando un café era solo un café. ¿Qué diablos es un descremado?».

«Leche desnatada».

«Ah», dijo, desconcertado. «¿Y el flat white?».

«Ni idea. Pero está buenísimo», dijo Cullen, dando un sorbo.

Beswick era más que un simple compañero de trabajo. Ahora eran buenos amigos y llevaban ocho años trabajando juntos, desde que Cullen se trasladó a la capital desde el noroeste. El nativo del East End siempre lo había cuidado y, a medida que Cullen ascendía rápidamente de sargento a inspector y luego a inspector jefe, nunca hubo ni una pizca de envidia por parte de su compañero mayor, pero ahora técnicamente subordinado.

«¿Qué pasó?».

Cullen relató los hechos mientras Beswick lo observaba sin hacer comentarios, con una expresión impasible en el rostro.

«Y eso es todo», concluyó Cullen. «Vine directamente a la oficina».

«¿Y cómo te sientes?».

«Bien. Creo».

En este trabajo, uno ve cosas horribles, pero esa mañana había sido especialmente impactante. La cara de aquel chico, la forma en que sus ojos muy abiertos parecían clavarse en él; nunca lo olvidaría.

«¿Quizás deberías tomarte unos días libres?», sugirió Beswick. «Solo unos días», añadió rápidamente. «Para asimilarlo todo».

«Lo haré», respondió Cullen. «Al menos toda la semana».

«Oh». Beswick parecía sorprendido. «Bueno, creo que es una buena decisión».

«El jefe me hizo una oferta que no pude rechazar», dijo Cullen. «Tómate unas vacaciones o si no...».

«¿Ella dijo eso?».

«No con esas palabras, pero ya sabes cómo funciona».

«Sí. Aun así, sigo pensando que es lo mejor». Miró atentamente a Cullen. «¿Tú no?».

«Quizás».

«Mira, jefe, entiendo que va en contra de tus instintos. Pero tienes un buen equipo, el mundo no se va a acabar si te tomas unos días libres».

«Lo sé. Probablemente iré a Wigan con Sarah».

«¿Entonces aún no se ha ido?».

«Esta tarde».

«Es una buena idea. Debe de ser difícil para ella con lo que le está pasando a su hermano. Estoy seguro de que lo agradecerá».

Sarah había tomado la decisión de estar cerca de su hermano, Philip, cuya demencia precoz había empeorado en las últimas semanas.

«Espero que sí». Cullen miró hacia su izquierda. «No dejo de pensar en lo que pasó esta mañana... No tiene mucho sentido».

«¿Por qué su novia cambió su versión?».

«No solo eso. ¿Por qué huyó? Y no solo huyó, sino que corrió para salvar su vida».

«Mala elección de palabras».

«Cierto». Cullen luchaba con sus pensamientos. «Sé que encontraron cannabis, pero era una cantidad muy pequeña. No creo que esa fuera la razón por la que huyó».

«¿Alguna teoría?».

«Bueno, que la chica cambiara de opinión parece bastante obvio. Habían tenido una discusión, ella rechazó sus insinuaciones en el metro y, cuando él la manoseó, le di la oportunidad de vengarse. Probablemente pensó que solo le daría una lección, sin causarle ningún daño real».

«Entiendo que fuera tentador hacer que la policía le asustara».

«Especialmente en un momento de impulso».

«Y luego te siguió al salir del tren y de la estación, quizá arrepintiéndose ya de lo que había hecho».

«Justo a tiempo para verlo atropellado por el autobús».

«Y entonces, asustada y llena de culpa por lo que te había dicho, cambió su versión».

«Exacto», dijo Cullen. «¿Te parece plausible?».

«Por supuesto».

«Pero por qué corrió con tanta urgencia, realmente no tengo ninguna idea concreta. ¿Y tú?».

«No. Pero lo pensaré».

«Quizá todo se aclare una vez que se hayan realizado las comprobaciones de antecedentes. Puede que tenga antecedentes».

«Esperemos».

«¿Crees que he exagerado?».

«Por lo que me has contado, no. Yo habría hecho lo mismo. Excepto que, con este cuerpo, no creo que hubiera podido alcanzar al tipo en ningún lugar al norte del Támesis». Esbozó una sonrisa.

«Deberías probar la leche desnatada».

«No, gracias. De todos modos, *tú* siempre haces el recorrido».

4

Cullen estaba en el andén de la estación de Waterloo, esperando el tren que lo llevaría a casa, cuando sonó su teléfono. Pensó que podría ser Sarah, llamando para decirle algo que se le había olvidado cuando hablaron justo antes de que él saliera de la sede central.

Pero era Amy, su hija de diecinueve años.

«Papá, menos mal que has contestado».

«Amy, ¿estás bien?». No parecía ella misma y Cullen se sintió mal cuando un pensamiento terrible le pasó por la cabeza.

«La verdad es que no».

Cullen, con el teléfono pegado a la oreja, se alejó de los demás en el andén. «¿Qué pasa, cariño?».

Por favor, que esté bien...

«Es Natalie. Ha desaparecido».

«¿Natalie, tu compañera de piso?».

«Se fue a Londres el fin de semana para un evento de selección en *Brand New*, ya sabes, la gran empresa internacional de marketing y branding».

Cullen conocía la empresa. Su carismático y voluble fundador, Kenneth New, era una celebridad muy conocida que recientemente había presentado un reality show llamado *Pitch Your Life*.

«Tenía que volver anoche en tren desde Paddington. Me acosté temprano y esta mañana me di cuenta de que no había vuelto».

«Supongo que habrás intentado llamarla al móvil».

«Está apagado».

«¿Se le habrá agotado la batería?», sugirió Cullen.

«Quizás. Pero eso no explica por qué no ha vuelto a casa».

«No», admitió él. «¿Tiene amigos en Londres?».

«Muchos».

«¿Entonces tal vez decidió a última hora quedarse el domingo por la noche con uno de ellos? ¿Y mientras tanto se le agotó la batería del móvil? Podría estar de vuelta en este mismo momento».

«No lo creo, papá».

«¿Por qué estás tan seguro?».

«Porque el último mensaje de texto que recibí de ella fue desde Paddington, justo cuando estaba a punto de subir al tren de vuelta a Bristol».

«¿Qué decía?».

«Decía: *"Estoy deseando llegar a casa. Cometí un terrible error al venir aquí*"».

«Bien. ¿Y eso es lo último que has sabido de ella?».

«No vi el mensaje hasta unos minutos después. Cuando intenté llamarla, no contestó. Le envié un mensaje, pero no me respondió. ¿Entiendes por qué estoy preocupado?».

«Sí, lo entiendo. ¿Y su novio? ¿Ha sabido algo él?».

«Exnovio. Rompieron hace un par de semanas».

«Ah».

«Llamé a Jack a primera hora de la mañana, pero dice que no ha sabido nada de ella desde la noche en que rompieron».

«¿Has hablado con su familia?».

«Solo le queda su hermano...».

Por supuesto, él sabía que su madre y su padre habían fallecido.

«... Y él está haciendo senderismo en Nepal. Así que Natalie no está en contacto habitual con él en este momento».

«¿Y qué hay del contacto con Natalie durante el fin de semana? ¿Algún indicio de que algo iba mal? ¿Algo que pudiera explicar a qué se refiere ese terrible error?».

«Aparte del último mensaje de texto, la única otra vez que supe de ella fue justo antes de que entrara en el centro de selección, el

viernes por la noche».

«Háblame de ese centro de selección».

«Bueno, era una gran propiedad en Mayfair, un evento residencial de fin de semana, con dos noches de estancia. Por lo que sé, tenían que realizar una serie de tareas, además de pasar entrevistas. Natalie me dijo que había ocho personas que habían pasado a esta fase e . Es un proceso muy competitivo, con miles de solicitudes. Estaba desesperada por conseguir un trabajo con ellos. Decía que sería un sueño hecho realidad».

«Entonces, el terrible error, tal vez esté relacionado con la solicitud de empleo en la empresa».

«Quizás».

«¿Qué quieres que haga?».

«Investigar. Es tu trabajo, ¿no? Ha desaparecido en un tren».

«No lo sabemos».

«Bueno, la última vez que se supo de ella fue en una estación de Network Rail, en Londres Paddington, y eso también es jurisdicción de la Policía Británica de Transportes».

«Cierto». Cullen siempre admiraba la determinación de Amy. Al menos ella no era una de esas hijas o hijos que no sabían nada de lo que hacían sus padres.

«¿No puedes emitir una alerta de persona desaparecida?».

«Yo no puedo hacerlo. Eso es competencia de la división de Londres. Nosotros solo nos ocupamos de delitos graves y de gran envergadura. De todo lo demás se encargan los regionales. Eso incluye a las personas desaparecidas, a menos que se trate de un caso grave, en cuyo caso nosotros nos involucraríamos».

—¿Puedes ponerte en contacto con ellos?

«Puedo hacerlo. Por supuesto».

«Gracias, papá. Es genial, estoy muy preocupado... ¡Oh!».

«¿Qué pasa?».

«Natalie acaba de enviarme un mensaje».

«Qué bien».

Su hija se quedó en silencio.

«¿Amy? Es una buena noticia. ¿Qué dice?».

«Dice: "*Siento no haber vuelto a casa. Solo necesito un poco de espacio. Me quedaré con unos amigos hasta que me aclare las ideas. Nat x.*"».

Amy parecía muy indecisa mientras leía el mensaje.

«¿Estás bien, Amy?».

«Yo... es que tengo un mal presentimiento».

«¿Te preocupa su estado mental? ¿Que pueda hacer alguna tontería?».

«Yo... No estoy segura de esto».

«¿Sobre qué?».

«La verdad es que no lo sé».



Cullen estaba a mitad de camino de casa, a veinticinco minutos de Waterloo, cuando Amy le devolvió la llamada.

«Amy».

«Hola, papá».

Aún parecía preocupada.

«¿No has sabido nada más de Natalie?».

«El teléfono sigue apagado», respondió desanimada. «Lo he intentado una y otra vez. Le he enviado un par de mensajes de texto, le he escrito por WhatsApp, le he enviado un tuit directo, pero si el teléfono no suena, no tiene mucho sentido».

«Dale tiempo, Amy. Se pondrá en contacto cuando esté lista. No tardará mucho, estoy seguro».

—Le acabo de enviar un correo electrónico, por si está en algún ordenador. Pero su portátil está aquí, en casa. Ha viajado a Londres con muy poco equipaje.

«Intenta no preocuparte, cariño». Cullen miró su reloj. «¿No tienes clase esta mañana?».

«Sí. Me he saltado la primera», admitió. «No podía ir como si nada, con Natalie desaparecida».

—Pero ahora sabes que no ha desaparecido...

—Sí, supongo.

—¿Qué te preocupa tanto de todo esto? —Sin duda, había algo más detrás de su comportamiento nervioso. La forma en que su voz titubeaba entre las palabras, su mente procesando las cosas con menos fluidez de lo habitual. Le preocupaba que sus problemas de ansiedad estuvieran resurgiendo, que el monstruo oscuro y destructivo emergiera del pantano para causar estragos en su hermosa hija y en aquellos que la querían.

«Yo... no lo sé, papá».

Cullen volvió a sentir esa sensación nauseabunda en el estómago. Amy llevaba casi dos años bien. La ansiedad se había desarrollado en sus últimos años de colegio, invadiéndola como un cáncer metastásico sin que nadie se diera cuenta, hasta que se afianzó. Amy necesitó más de un año de medicación y terapia, además de un enorme apoyo de su familia, para recuperarse.

Sin embargo, sorprendentemente, a pesar de todo esto, había conseguido sobresalir en los exámenes y obtener una plaza en Bristol.

Pero la inmensa tensión de apoyar a Amy casi había roto el matrimonio de Cullen. Habían sido los peores momentos. Y él haría cualquier cosa para no volver a ellos.

«Cuéntame qué es lo que te preocupa».

«Bueno, es solo que... No sé... Suena demasiado dramático...».

«Solo dímelo», la tranquilizó Cullen. «Si hay algo que te preocupa, es mejor sacarlo».

Amy respiró hondo, evidentemente aún insegura sobre si expresar sus preocupaciones. Cullen había notado, desde su recuperación, que rara vez les contaba sus preocupaciones cotidianas. A menudo se enteraban de las cosas después de que sucedieran, como cuando Amy y Natalie pasaron una semana sin calefacción durante un período de frío intenso. Era bueno que pudiera arreglárselas sola, sin que papá acudiera al rescate. Pero se preguntaba si era algo más que el simple hecho de que su hija estuviera creciendo. Quizás ahora era reacia a preocupar a sus padres, sintiéndose culpable por lo que su enfermedad había hecho pasar a todos. Y él nunca querría eso. Siempre quería estar ahí para ayudar. Era su trabajo.

«Esto puede parecer una locura», comenzó Amy. «Dime si crees que estoy loca. Pero el mensaje de texto... No estoy segura».

«¿A qué te refieres?».

«¿Y si no lo envió Natalie? ¿Y si lo envió otra persona?».

«¿Quieres decir que alguien secuestró a Natalie...?»

Hubo una pausa significativa. «Suena ridículo, ¿verdad?».

Cullen se contuvo antes de responder. No quería parecer desdeñoso. Sobre todo porque le preocupaba mucho el estado mental de su hija. «Parece poco probable».

«Sí, sé que es poco probable», respondió ella, hablando tanto consigo misma como con él.

«Parece que Natalie ha tenido un fin de semana muy estresante», continuó Cullen. «Por lo que has dicho, era algo muy importante para ella, y si no salió bien, entiendo que haya reaccionado así».

«¿Tú crees?».

«Este tipo de cosas ocurren todo el tiempo, personas que desaparecen, pero en la gran mayoría de los casos, desaparecen por voluntad propia, por una razón, y en su mayoría regresan».

—De acuerdo...

«No pareces muy convencido».

«Oh, no sé...».

«Natalie tiene suerte de tener una amiga que se preocupa por ella. Y cuando vuelva a Bristol, estoy segura de que agradecerá mucho tu apoyo».

«Sí...».

Una vez más, algo no me cuadraba. No iba a dejar la conversación ahí. «¿Hay algo que no me hayas contado, Amy, que pueda ser importante?».

«Quizás».

«Entonces probablemente te sentirías mucho mejor si lo soltaras».

«De acuerdo. Es solo que no quería meter a nadie en problemas, ya sabes, si no estoy en lo cierto... Es su novio, su exnovio, Jack...».

Cullen le dejó espacio para que continuara. Por fin estaba llegando a alguna parte.

«Creo que pasó algo antes de que rompieran. Algo malo».

«Sigue...».

«No puedo probar nada, y Natalie no quiere hablar. De hecho, nos peleamos por eso. Así que decidí dejarlo estar, porque supongo que es asunto suyo, y lo importante es que habían roto, así que pensé que ella estaba bien».

«No te estás explicando bien, Amy».

Pero era bastante obvio adónde iba a parar todo esto.

«Natalie cambió en los últimos meses. Se volvió muy reservada. ¿Sabes que es muy buena jugando al bádminton, una de las mejores del primer equipo de la universidad? Pues lo dejó. Hace un mes, de repente. El equipo estaba en la final del Campeonato Interuniversitario y ella estaba muy emocionada, pero de repente lo dejó. Sin dar ninguna explicación. Solo dijo que se había cansado.

«¿Quizás era así?».

«También dejó de ir al gimnasio. Dejó de nadar también. Luego dejó de venir al pub. Durante las últimas dos semanas, después de romper con Jack, pude ver que la antigua Natalie estaba volviendo. Estaba más alegre, más optimista, con ganas de seguir adelante. Este fin de semana formaba parte de su nuevo futuro».

«¿Crees que su relación era abusiva?».

«Jack tiene un carácter bastante fuerte. Tiene opiniones firmes sobre muchas cosas, cree que siempre tiene la razón. Debo admitir que nunca me cayó bien, pero confiaba en el criterio de Natalie. Ella parecía saber cómo manejarlo y aguantaba sus discursos sobre política y la vida. Pero, a medida que pasaba el tiempo, empecé a sospechar que él la controlaba».

«¿Y eso fue lo que le recriminaste?».

«Sí. Ella lo negó. Dijo que me metiera en mis propios asuntos».

«Así que lo dejaste pasar».

Una pausa. «Sí. Hasta hace tres semanas. Cuando vi las marcas en su cuerpo».

5

Viernes por la noche anterior

NATALIE SE QUITÓ de encima sus recelos sobre las extrañas «formas de trabajar y vivir» metiéndose en la ducha y disfrutando de la fuerza y el calor del agua durante unos buenos veinte minutos. Fue la mejor ducha que había tomado nunca. Y para cuando se secó y se cambió, ya se sentía mejor con respecto a toda la experiencia. Quizás las políticas no tenían que ver con el control, sino con garantizar la equidad en el proceso de evaluación, eliminando las oportunidades de ayuda durante las tareas. Si todo el mundo tuviera sus teléfonos inteligentes a su disposición durante todo el fin de semana, se podrían utilizar de forma indebida de muchas maneras.

Sonó el teléfono de la habitación.

«Hola. Soy Natalie».

«Hola, Natalie. Soy Tabitha. Solo quería comprobar que todo va bien».

Natalie se apartó un mechón de pelo de la cara. Sin duda, aquí les gustaba controlar a los huéspedes. «Sí, todo bien, gracias».

«Genial. Nos vemos abajo en cinco minutos».



NATALIE SALIÓ AL SALÓN, guiada por la recepcionista. El grupo de personas, todas con copas de champán llenas, giraron la cabeza cuando ella entró. Hizo un rápido recuento: parecía que era una de las últimas en llegar.

Maldición.

Tabitha se acercó al grupo. «Natalie, estás *preciosa*». La miró de arriba abajo de una forma que hizo que Natalie se sintiera un poco incómoda. «Realmente preciosa».

«Gracias».

«Toma». Tabitha le entregó una copa y la cogió del brazo. «Déjame presentarte a algunos de nuestros otros invitados». Llevó a Natalie hasta uno de los grupos, interrumpiendo la conversación. «¡Hola a todos!», dijo con una amplia sonrisa, mientras las conversaciones se acallaban de inmediato. «Esta es Natalie. Es otra invitada de Sir Kenneth para el fin de semana».

Las tres personas, dos hombres y una mujer, la saludaron.

«Bien, os dejo para que os conozcáis». Tabitha sonrió y se alejó hacia el otro grupo.

Todas las miradas se posaron en Natalie. «Bueno», dijo ella, «¿estáis todos aquí para la experiencia de evaluación?».

«Por supuesto», respondió el más pequeño del grupo. Le estrechó la mano a Natalie con firmeza y la miró fijamente. «Me llamo Krishna. Krishna Chatterjee. Fundador y director ejecutivo de KC Communications».

Lo dijo como si ella debiera reconocerlo a él o a su empresa, o a ambos.

«Hemos aparecido en la BBC y en The New York Times», continuó, intuyendo su desconocimiento. «Nombrada como una de las mejores empresas emergentes del sector de las comunicaciones móviles. Hemos ganado varios premios», añadió, como si eso fuera a refrescarle la memoria.

Natalie creyó ver que la mujer que estaba frente a ella intercambiaba una sonrisa cómplice con el caballero a su izquierda.

«Hola», interrumpió la mujer con el brazo extendido, dejando a Krishna con la boca abierta. «Samantha Townsend. Encantada de conocerte, Natalie».

«Igualmente».

«Ben Black», dijo el hombre a su izquierda. «Encantado de conocerte también».

«Bueno», continuó Krishna, imperturbable. «Diseñamos aplicaciones de comunicación para dispositivos móviles, centrándonos principalmente en el subcontinente indio, donde hay enormes oportunidades de crecimiento. Ayudamos a conectar a las personas, a establecer relaciones y a crear nuevas formas de trabajar y vivir».

La frase le sonó familiar.

«Formamos parte de la apasionante transformación global de la tecnología de la comunicación. Pero es una tecnología con un propósito, una visión».

«Krishna ha creado una aplicación para citas», dijo Samantha, con otra insinuación de sonrisa detrás de sus ojos verdes como los de un gato.

«Un facilitador de relaciones», corrigió Krishna. «Entre otras muchas aplicaciones. La aplicación *Vicinity* facilita la creación de relaciones en entornos virtuales y reales, disolviendo las fronteras entre las redes sociales y la interacción social física».

«Permite a los usuarios conectar con personas que se encuentran en su entorno cercano», explicó Ben. «Selecciona a personas afines que se encuentran cerca y empareja a las parejas».

Ben y Samantha obviamente ya habían escuchado el discurso de Krishna.

«Basada en nuestro sofisticado algoritmo», añadió Krishna. «Es compleja, pero sencilla al mismo tiempo».

«Suena bien», dijo Natalie. Se volvió hacia Ben y Samantha. «¿Y vosotros dos?».

«He creado un negocio de ropa online», dijo Samantha. «Aún es pronto, pero estamos creciendo con fuerza».

«Y yo me dedico al negocio de la exploración», dijo Ben. «Ayudo a la gente a cumplir sus ambiciones, a viajar a rincones remotos del mundo, a escalar el Everest, a nadar con tiburones, ese tipo de cosas. Facilito aventuras de alto riesgo y me aseguro de que todos

regresen sanos y salvos. Supongo que soy una especie de agente de viajes moderno. No quiero parecer demasiado pretencioso».

«Suena bien».

«Bueno, yo también hago muchas exploraciones, así que me gusta».

«¿Cómo cuáles?».

«El Polo Norte. El Everest».

«¿Es peligroso, entonces?».

«Puede serlo. El año pasado crucé Estados Unidos en bicicleta y casi me decapita un camión que golpeó mi casco con el retrovisor a cien kilómetros por hora».

«Todo es por una buena causa», aclaró Samantha.

Ben sonrió. «Sí, mis viajes y los que organizo tienen todos un componente benéfico».

«Eso es genial. ¿Cuál es el lugar más aterrador en el que has estado?», preguntó Natalie.

«Este lugar ocupa uno de los primeros puestos», bromeó, mirando a su alrededor. «Me da mucho miedo».

«No hay por qué tener miedo», intervino Krishna. «Solo hay que concentrarse en las tareas que hay que hacer».

Los otros tres no sabían muy bien qué responder.

«Todos habéis hecho mucho», dijo Natalie. «¿Y los demás, los conocéis?».

Samantha señaló con la cabeza al otro grupo de cuatro, dos hombres y dos mujeres en la esquina más alejada, con quienes Tabitha estaba charlando. «Susie Strachen, una empresaria escocesa con una página web de manualidades, con una facturación anual de medio millón, al parecer. Matthew Hayes, operador bursátil. Penny Houghton, la más joven, con solo diecisiete años, pero creadora de una página web de nombres para bebés que tiene mucho éxito en China. Y luego Russell Cave, que se dedica a la muerte».

«¿La muerte?».

«El final de la vida con una diferencia».

«Suena intrigante». Ella lo miró. «No parece un enterrador».

«Dirige un servicio que ofrece entierros y cremaciones personalizados. Si quieres que tus cenizas sean lanzadas al espacio o

enterradas en el fondo de una fosa oceánica, Russell es tu hombre».

«¿Entonces se gana dinero con eso?».

«Oh, sí. Siempre se gana dinero con la muerte. Tiene muchos clientes de alto nivel en todo el mundo».

«¿Y tú, Natalie? ¿Cuál es tu trayectoria?», preguntó Ben.

Llevaba temiendo esa pregunta inevitable desde que Krishna había deleitado al grupo con sus hazañas. Ahora, tras escuchar que el resto de candidatos tenían historias empresariales igualmente impresionantes, se sentía como una impostora por estar entre ellos.

«Estudio en la Universidad de Bristol City. Estudio marketing. Estoy terminando mi primer año».

Los tres esperaron el remate, pero no hubo ninguno.

«¿Y cuál es tu historia?», intentó Ben.

Natalie se encogió de hombros. «Bueno, estoy haciendo unas prácticas de verano en Aardvark Animation, ¿sabéis, los que han hecho todas esas películas de animación fotograma a fotograma? Ahora mismo tienen una en cartelera, Crazy Cats. Trata sobre, bueno, gatos».

Ben asintió educadamente. «Suena bien».

«Pero ¿qué hay de tus logros?», espetó Krishna. «Debes de haber hecho algo más. Para haber llegado tan lejos, para ser una de las ocho, debes de haber hecho algo para...».

«Saqué la mejor nota en uno de los módulos de primer curso», dijo, arrepintiéndose de las palabras nada más pronunciarlas. Sonaba tan patético.

Krishna miró incrédula a los otros dos.

«¿No tienes tu propio negocio?».

«No».

—¿Nunca?

«No».

«Debe de haber hecho algo más», se dijo Krishna. «De lo contrario, no tiene sentido».

«Quizás solo escribió una carta de presentación impresionante», dijo Samantha, ofreciendo a Natalie una sonrisa de apoyo.

Krishna negó con la cabeza, como si le costara asimilar lo que acababa de oír.

Natalie no sabía cómo responder. Sin embargo, rápidamente pasó de sentirse avergonzada a enfadada. ¿Quién era él para dictar y cuestionar cómo se había seleccionado a alguien? La realidad era que, independientemente de cómo hubiera sucedido, ella *había* sido elegida.

«No sé por qué me seleccionaron», dijo finalmente, decidiendo no responder de forma agresiva. «Solo estoy muy contenta de estar aquí».

«Y nosotros también estamos felices de que estés aquí», dijo Tabitha, acercándose por detrás.

Natalie no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí de pie, ni si había escuchado algo más que el final de su conversación.

«Nosotros también», intervino rápidamente Krishna. Sonrió a Natalie. «¡Tengo muchas ganas de vivir esta experiencia! Dime, por favor», dijo, volviéndose hacia Tabitha, «¿estará Sir Kenneth presente durante el fin de semana?».

«Probablemente no», respondió ella. «Esperaba estar aquí, pero ha surgido algo. Me temo que tendrás que conformarte conmigo».

Krishna mostró una microexpresión de consternación antes de recuperarse. —Es una pena. Pero espero conocerlo pronto.

«El ganador, sea quien sea, conocerá a Sir Kenneth muy pronto, sin duda», respondió Tabitha.

Krishna sonrió como si estuviera hablando de él y se animó, pareciendo olvidar la falta de credenciales de Natalie.

El grupo pasó a una charla cortés. Natalie entabló conversación con Samantha y Ben, mientras que Krishna, para alivio de Natalie, se acercó al otro grupo.

Pronto los llamaron al comedor contiguo. Era otro espacio increíble. La gran mesa estaba puesta con cubiertos relucientes y todos encontraron sus lugares, que habían sido designados con etiquetas con sus nombres. Natalie suspiró aliviada al ver que Krishna sacaba una silla en el extremo más alejado, demasiado lejos como para correr el riesgo de entablar conversación con ella. Por casualidad, Samantha se sentó a su lado, Ben enfrente y Russell Cave al otro lado. Ella saludó con la cabeza y estaba a punto de

entablar conversación cuando Tabitha, que estaba sentada junto a Ben, hizo tintinear su copa.

«En nombre de Sir Kenneth, me gustaría darles la bienvenida de nuevo a New House. Ha sido maravilloso conocerlos a todos y estoy deseando saber más de ustedes. Espero que disfruten de estas treinta y seis horas. ¡Estoy segura de que así será! ¡Salud!».

Todos brindaron con las bebidas que habían traído de la otra sala.

«¡Que aproveche!», añadió Tabitha, mientras todos volvían a sentarse. «Hemos traído al galardonado chef Sanjay Deedie, con estrella Michelin, y a su equipo, que han preparado una increíble variedad de platos indios».

«¿Sabéis?», susurró Russell Cave en tono conspirador desde la izquierda de Natalie, «antes no se llamaba New House. Sir Kenneth le cambió el nombre poco después de comprarla, hace unos años».

«Ah, claro», dijo Natalie, mientras uno de los camareros comenzaba a repartir los entrantes.

Russell se inclinó un poco más hacia ella. Podía oler su colonia amaderada. Vio que Tabitha miraba hacia allí, antes de que la gestora de relaciones reanudara su conversación con Penny y Samantha. «Antes se llamaba Grove House. Era la casa del político Thomas Sinclair y su familia. ¿Te suena?».

«No. ¿Debería?».

«Fue una gran noticia en los años ochenta. Pero supongo que eres bastante más joven que yo».

«Ni siquiera había nacido en los años ochenta», respondió Natalie.

Russell asintió. «Yo sí, pero por poco. Quizá sea porque me atrae lo macabro de forma natural. Leí un libro sobre ello».

«¿Sobre qué?».

«Sobre el asesinato en masa que tuvo lugar en esta preciosa casa».

6

«Cuéntame lo que viste».

«Bueno, como te dije, fue hace tres semanas. Acababa de levantarme, fui al baño y pensé que estaba vacío. Pero Natalie se había olvidado de cerrar la puerta con llave. Estaba saliendo de la ducha y vi moretones en toda la parte superior de su brazo derecho».

«¿Le preguntaste qué le habían pasado?».

«Más tarde, esa misma noche».

«¿Y qué te dijo?».

«Dijo que había sucedido un par de días antes, cuando se cayó mal durante un partido de bádminton».

«¿Pero no te convenció?».

«La verdad es que no».

«¿Por qué? Parece una explicación plausible».

«No parecía nada convincente», respondió Amy. «Era algo en sus ojos, como si estuviera dispuesta a decirme la verdad, pero no supiera cómo».

«¿Y entonces qué pasó?».

«Bueno, dejé el tema. La verdad es que no sabía qué decir. Nos quedamos enganchados viendo esa nueva serie policíaca de Netflix, *Dragon Fire*».

Cullen negó con la cabeza. En la sede central todo el mundo hablaba de la serie. Había oído suficientes descripciones como para no molestarse en verla: un detective de policía marcado por las batallas, atormentado por la desaparición de su hija diez años antes, se enfrenta a un asesino en serie apodado *El Dragón.*

¿Por qué todos los detectives de policía tenían que ser unos desastres?

«Pero entonces llamó Jack».

«¿Y?».

«Natalie subió a contestar. Pero podía oírlos discutir a través del suelo. Subí sigilosamente las escaleras y escuché desde fuera de su habitación. Ella sollozaba y repetía una y otra vez " ", que lo sentía, suplicándole que no terminara su relación. Volví a bajar sigilosamente, esperando para hablar con ella, pero no bajó».

«¿Y qué hiciste?».

«Me pasé el resto de la noche dándole vueltas al asunto. No dormí muy bien. A la mañana siguiente, durante el desayuno, le pregunté qué pasaba. Ella no dijo nada, así que respiré hondo y le conté todo lo que pensaba y lo que creía que estaba pasando. Le dije que pensaba que Jack era un controlador, un matón, y que él le había causado los moretones».

«¿Qué dijo ella?».

«Al principio lo negó, pero luego se derrumbó y se echó a llorar. Entonces me lo contó todo. Cómo había cambiado el carácter de Jack en los últimos meses, cómo se había vuelto más controlador, queriendo saber adónde iba, con quién había estado».

«¿Y los moretones?».

«Ella seguía negando que tuvieran nada que ver con él».

«¿Y entonces qué pasó?».

«Intenté convencerla de que rompiera con él. Como te dije, desde el principio no me caía bien ese tipo, así que después de oír eso, no quería que ella se acercara a él».

«¿Cómo reaccionó ella ante eso?».

«Me escuchó, asintió en los momentos adecuados, pero al final de la conversación, las lágrimas se habían secado y las gafas de color de rosa habían vuelto a su sitio. Estaba enamorada de él.

Pensaba que solo era una mala racha, que él volvería a ser como era al principio, cuando acababan de empezar a salir. Yo estaba bastante enfadada, pero no sabía qué más podía hacer».

«Ese tipo de pensamiento es muy común en las relaciones violentas».

«Estuve a punto de enfrentarme directamente a Jack, decirle que sabía lo que estaba pasando, que había visto los moretones, y darle un ultimátum para que rompiera con ella o llamaría a la policía».

«Espero que no lo hicieras».

«No. Decidí que eso podría poner en peligro a Natalie, porque él sabría que ella se lo había contado a alguien».

«Y también te pondría en peligro a ti».

«Lo sé. Así que decidí vigilar muy de cerca la situación, con la esperanza de que Natalie entrara en razón. Y entonces, dos semanas después, lo soltó: había roto c . Dijo que había decidido que era hora de seguir adelante, de centrarse en el futuro. Parecía mucho más alegre, más optimista. Fue entonces cuando me contó que la habían seleccionado para el evento de reclutamiento *de Brand New*. No podía creerlo, después de cómo había estado. Estaba encantado, por supuesto.

«¿No sabes qué le hizo cambiar de opinión?».

«Ni idea. Aunque realmente no me importaba. Estaba muy contento de que él hubiera salido de su vida».

«Pero ahora te preocupa que él pueda tener algo que ver con el paradero de Natalie».

«Sí, sé que probablemente pienses que estoy exagerando».

—Creo que probablemente sea así —respondió Cullen—. Pero lo entiendo.

Se hizo el silencio.

«¿Podrías organizar una alerta de persona desaparecida?».

«Lo siento, Amy, pero no podemos iniciar una investigación por desaparición si la persona no ha desaparecido».

«Pero *está* desaparecida». Amy parecía exasperada.

«No sabes dónde está, pero eso no es lo mismo que estar desaparecida».

«Papá».

«Mira, Amy, lo entiendo. Pero la policía no puede hacer nada».

«¿No puedes tomar la decisión?».

«Como te he dicho antes, la investigación de una persona desaparecida, en la gran mayoría de los casos, quedaría fuera del ámbito de competencia de mi equipo. Algo así en esta zona sería competencia de Londres y de la División Sureste. Así que la decisión les correspondería a ellos».

«¿Podrías mover algunos hilos?».

«Amy, no tenemos pruebas de que le haya pasado nada a Natalie».

«Pero Jack...».

«Lo que me has contado sobre Jack es otra razón por la que podría haber desaparecido. Es evidente que ha pasado unos meses muy estresantes, que han culminado este fin de semana. Los de Londres pensarán exactamente lo mismo si hacen su evaluación de riesgos. Me temo que nunca cumpliría los criterios para elevar el caso».

«¿Hay algo *que* puedas hacer?».

«¿A qué te refieres?».

«No sé, lo que haces normalmente, investigar las cosas, encontrar las respuestas».

«Pero ya te lo he dicho, no es...».

«Me refiero a extraoficialmente, papá».

«¿Y hacer qué?». Pero incluso mientras Cullen pronunciaba esas palabras, ya estaba pensando en cómo podría ayudar. Con un poco de suerte y algo de esfuerzo, podría confirmar si Natalie había subido al tren en Londres Paddington. Era buen amigo de Anthony Braddock, el jefe del Centro de Operaciones de CCTV en Victoria. Podría pedirle un favor y pedirle que revisaran las grabaciones.

«No lo sé. ¿Mirar las cámaras de Paddington a la hora en que salía su tren?».

Cullen no pudo evitar sonreír. «Podría...».

«Por favor, papá». Sonaba como si volviera a tener catorce años.

Cullen lo pensó detenidamente. El tren se acercaba a la siguiente estación. Podía bajarse, coger el siguiente tren de vuelta a Waterloo

y dirigirse a Victoria, llamando a Anthony por el camino para avisarle.

«Puede que no sea tan fácil», respondió. «Paddington es muy concurrida, puede que sea difícil encontrarla en las cámaras, incluso esforzándonos mucho».

«¿Podrías intentarlo?».

El tren llegaría a la siguiente estación en menos de un minuto. Un par de pasajeros se levantaron y se dirigieron a las puertas.

«¿Y si confirmamos que Natalie subió al tren?».

«Bueno, significa que no se quedó en Londres, como decía el mensaje de texto».

«Pero eso no significa que Natalie no haya mentido sobre su destino».

«No, supongo que no...».

A Cullen se le acababa el tiempo para tomar una decisión. Si se bajaba, podía decir adiós a acompañar a Sarah hasta Wigan. Pero entonces volvió a pensar en la lucha de Amy contra la ansiedad. No podía arriesgarse a que volviera a recrudecerse. Simplemente no podía. Sarah, más que nadie, estaría totalmente de acuerdo con eso.

«De acuerdo», dijo. «Puedo pedir algunos favores e intentar echar un vistazo a las cámaras».

«¡Gracias, papá! Gracias. Gracias. Eres el mejor».

«No puedo prometer nada», dijo, mientras el tren se detenía y él se deslizaba por las puertas, dirigiéndose directamente al puente. «Como te dije, puede que no sea tan fácil encontrarla. Y no puedo pedirles que la busquen durante mucho tiempo. Probablemente solo podamos esperar unos minutos, y eso ya es un gran favor».

«Lo sé, lo sé».

«¿Puedes enviarme algunas fotos de Natalie? Fotos de cara y de cuerpo entero, con la mejor calidad posible. ¿Para que sepan a quién están buscando?».

«Tengo un montón de fotos en mi teléfono que pueden ver».

Cullen miró el panel de salidas, sin prestar mucha atención a lo que Amy acababa de decir. El próximo tren con destino a Londres salía en solo cinco minutos. «No lo entiendo. Envíame dos o tres».

«No hace falta», respondió ella. «Ahora mismo voy de camino a Paddington. Nos vemos en el lugar de las cámaras de seguridad».

7

«¡Hola, papá!».

Paul Cullen se giró y vio a Amy caminando hacia él. Su sonrisa era discreta y él pudo ver la preocupación en su rostro cuando se acercó para darle un abrazo.

«Qué sorpresa», dijo él. «Una sorpresa *agradable*».

«¿Estás enfadado conmigo?», dijo ella, separándose del abrazo. «¿Por venir aquí así, de repente?».

«Siempre es estupendo verte», respondió él, eludiendo la pregunta. «¿Pero qué hay de tus estudios?».

Ella se encogió de hombros. «Esta tarde no hay clases. Y puedo ponerme al día con las de esta mañana en vídeo».

—¿Graban las clases?

«Sí».

—¿Para los estudiantes que prefieren quedarse en la cama, recuperándose de la resaca?

«Bueno, quizá. Y para los que están enfermos, o...».

«¿Preocupados por sus compañeros de piso?».

Ahora sonrió de verdad, mostrando sus dientes blancos y brillantes. «Exactamente».

«Entonces, supongo que está bien». Cullen miró a su hija. ¿Debería admitir su preocupación por su ansiedad y preguntarse si el

hecho de que se hubiera subido al primer tren a Londres por capricho era un síntoma de algo por lo que debería preocuparse?

Porque estaba preocupado.

«Sé que parece un poco loco», dijo Amy, como si le leyera el pensamiento. «Que haya venido corriendo hasta aquí. Pero en realidad fue solo instinto. Sentí que *tenía* que hacer algo, averiguar dónde está Natalie, averiguar qué le ha pasado».

«Pero no sabes...».

Amy simplemente continuó. «Después de hablar con Jack, me quedé en casa dándole vueltas al asunto, preocupada, sin saber qué hacer. Y antes de pensarlo demasiado, me subí a un autobús y me dirigí a la estación. Sabía que estaría en Londres en menos de dos horas».

«Y aquí estás».

«Sí, aquí estoy. Así que...». Dirigió su atención al edificio frente al que se encontraban. «¿Qué es este lugar exactamente? Lo busqué en Google, por supuesto...».

«Por supuesto...».

«Pero no hay mucha información en la página web de la Policía de Transportes».

«No queremos revelar todos nuestros secretos», respondió Cullen.

«Bien pensado».

«Esta es la sede central de la Policía Nacional Británica de Transporte», afirmó. «Todas esas cámaras que ves en las estaciones de tren, en todo el país, miles de ellas, cualquier cámara de la red ferroviaria del país, incluido el metro de Londres, bueno, las imágenes que captan se pueden analizar aquí».

Obviamente, eso era lo que ella quería oír. «Genial. Así podremos ver si Natalie subió al tren en Paddington».

«No necesariamente», advirtió él.

«¿Qué quiere decir?».

«El hecho de que haya imágenes no significa que podamos localizarla».

«Pero seguro que si...».

«No podemos pedirles que dediquen mucho tiempo a esto», dijo él. «Y eso suponiendo que acepten buscarnos, para empezar».

«Oh. Pero...».

«Llamé a mi contacto allí justo después de hablar contigo. Dijo que vería qué podía hacer».

«Vale...».

Cullen se sintió un poco culpable por haberle quitado las esperanzas de forma tan contundente. Pero era necesario. Era muy probable que, aunque Natalie hubiera subido al tren, no lograran encontrarla entre la multitud.

«No pasa nada, papá», dijo Amy, asimilando lo que él había dicho. «Solo podemos hacer todo lo posible. ¿Entramos?».

«Sí, crucemos los dedos».

Sin duda necesitarían que la suerte estuviera de su lado. Quizás con horas de búsqueda minuciosa podrían estar más seguros del resultado, pero eso simplemente no era posible, ni siquiera pidiendo un favor a un amigo.



«Inspector jefe Paul Cullen», dijo en recepción. «Y esta es mi hija, Amy. Está haciendo unas prácticas, acompañando a su padre. ¿Verdad, Amy?».

Amy lo miró y luego sonrió nerviosamente a la recepcionista mientras Cullen le entregaba su identificación. «Sí. Es muy interesante», añadió.

La joven recepcionista le devolvió la sonrisa cortésmente antes de examinar la placa de Cullen. Él conocía a algunos de los empleados de recepción por su nombre, pero a ella no la reconocía. ¿Quizás era nueva o una temporal? Le devolvió la placa con otra sonrisa. «¿En qué puedo ayudarles, detective?».

«Venimos a ver a Anthony Braddock», respondió Cullen.

«Por supuesto». Cogió el teléfono. «Hola. El inspector jefe Paul Cullen está aquí para verle». Colgó el auricular. «Dice que vendrá en unos minutos, pero puede que tarde un poco más. Esta mañana

hemos tenido algunos problemas con las tarjetas de acceso al edificio, dejando a gente fuera y a otra dentro. Me temo que son los problemas iniciales de nuestra inauguración. Ha sido un problema tras otro».

«Aun así», dijo Cullen, mirando a su alrededor la impresionante decoración de la zona de recepción, «tiene mucho mejor aspecto que el antiguo edificio». Era la primera vez que visitaba la nueva sede de la Policía de Transportes Británica desde su inauguración hacía un mes.

«No puedo discutir eso —respondió ella—. Cuando nos mudamos el mes pasado, me trasladaron desde una de las oficinas traseras. Era bastante desagradable trabajar allí. Al menos aquí puedo ver la luz del día». En ese momento, sonó el teléfono. «Lo siento —les dijo, mientras cogía el auricular con una mano—. Pueden esperar en la zona de sofás si lo desean. Estoy segura de que Anthony les atenderá en breve».

Cullen y Amy se sentaron frente al mostrador de recepción. Los sofás estaban orientados hacia un televisor de pantalla plana que mostraba un vídeo promocional sobre el nuevo edificio.

«¿Estás seguro de que esto está bien?», susurró Amy. «¿Que haya venido aquí?».

Cullen asintió. «Le dije a Anthony que probablemente vendrías conmigo».

Amy asintió, aparentemente tranquila. «He visto mejores películas», bromeó mientras veían una versión acelerada de la construcción del edificio. «¿Crees que traerán palomitas?».

«Los jefes están obviamente muy orgullosos de su nuevo templo. Quieren presumir de él».

«¿Cómo era el antiguo edificio?».

«Uno de los edificios más feos de Londres. El príncipe Carlos incluso lo mencionó una vez».

«Así que esto es una mejora».

«A primera vista. Aunque», dijo, viendo cómo Anthony Braddock luchaba por pasar por los torniquetes de acceso para llegar a donde estaban sentados, «al menos las puertas se abrían en el antiguo edificio».

«¿Este es Anthony?».

«Sí».

«¿Lo conoces bien, entonces?».

«Lo suficiente como para pedirle un favor. Es un tipo decente. Me ha ayudado mucho en varios casos. Le encanta la tecnología. La última vez que hablé con él, estaba muy emocionado con las novedades que tendrían a su disposición una vez que se mudaran aquí. Quizás ahora no tanto...».

Anthony Braddock se acercó. Parecía nervioso, pero su rostro se iluminó cuando nos tendió la mano. —Paul. Me alegro de verte de nuevo.

Cullen le estrechó la mano. «Igualmente. Ella es Amy, mi hija».

«Encantado de conocerte», dijo Braddock. «¿Te gusta el nuevo lugar?».

«Muy elegante», respondió Cullen. «He oído que has tenido algunos problemas iniciales».

«Se podría decir así. Pero todo funciona a la perfección en nuestro nuevo centro de CCTV. Es un lugar fantástico. De última generación. Espera a ver lo que podemos hacer. Es de primera clase».

Siguieron a Braddock a través de los torniquetes de acceso con tarjeta magnética y entraron en el ascensor.

«Realmente es de última generación», repitió Braddock mientras el ascensor subía. «Un cambio radical respecto a lo que estábamos acostumbrados. Creo que te impresionará».

«Estoy seguro de que así será», dijo Cullen. «Y le estamos muy agradecidos por su ayuda».

«Muy agradecidos», añadió Amy.

El ascensor se abrió con un silbido en la tercera planta.

«Este es el centro de control de CCTV de los Ferrocarriles Nacionales», explicó Braddock a Amy mientras los guiaba por el pasillo. «Tenemos acceso a más de treinta mil cámaras en toda la red ferroviaria. Solo en la red de metro de Londres hay ocho mil quinientas cámaras». Condujo a Cullen y Amy hasta una puerta principal. «Esperemos que esto funcione», dijo, acercando su tarjeta

de identificación al panel de seguridad. La tarjeta se iluminó en verde al primer intento. «Menos mal».

Entraron en una gran sala flanqueada por pantallas de televisión. A lo largo de la pared había filas de equipos. A Cullen le recordó a un estudio de grabación. Dos trabajadores sentados en sillas se giraron para saludarlos.

«Así que esto es», dijo Braddock a Amy, con aire orgulloso. «El centro neurálgico de la operación de vigilancia de la red ferroviaria nacional». Señaló las pantallas. «Todas estas son transmisiones en directo. Euston, King's Cross, Liverpool Lime Street, Manchester Piccadilly, Leeds, Birmingham New Street. Podemos mostrar una imagen digital en directo de cualquiera de las cámaras de la red nacional, con solo buscar en la base de datos y seleccionarla». Se volvió hacia una de las consolas. «También podemos mostrar un mapa de cualquiera de las estaciones», explicó, mientras aparecía un mapa del metro de Londres en una de las pantallas. «Y desde el mapa, se puede hacer clic en cualquiera de estos iconos, que son todas cámaras. Así podemos cambiar de ángulo y ubicación al instante, con solo pulsar un botón, lo que resulta especialmente útil si estamos siguiendo a un delincuente en tiempo real. Ahora tenemos Baker Street en la pantalla. La semana pasada recibimos informes de un carterista, con una descripción. Lo identificamos y lo seguimos por la estación, y pudimos enviar a los agentes para que lo detuvieran antes de que saliera. Ese es solo un ejemplo de lo bueno que es este nuevo sistema».

«Qué guay», dijo Amy, aunque Cullen pudo percibir la impaciencia en su voz. «¿Y Paddington?».

Braddock no captó la indirecta de Amy. «Mira», dijo, como un niño en la mañana de Navidad, «puedes ampliar la imagen con este pequeño palito». Hizo clic en una transmisión en directo desde la entrada de la estación de Baker Street y amplió la imagen de un joven que acababa de pasar por las barreras. «La calidad de la imagen es magnífica».

Cullen y Amy intercambiaron una mirada.

«Bueno, la amiga de Amy, Natalie», comenzó Cullen, «tenía que coger el tren de las ocho y treinta y cinco de Paddington a Bristol

Temple Meads anoche».

«Por supuesto, por supuesto», respondió Braddock, con aire un poco desanimado porque sus invitados no le seguían el juego. «Lo siento, me dejo llevar un poco por todos estos juguetes. Bien, vayamos al grano. Por favor», dijo, señalando dos sillas a su derecha, «tomen asiento».

«Después de su llamada, me tomé la libertad de recuperar la grabación de anoche en Paddington. Además de las transmisiones en directo, también podemos recuperar imágenes grabadas de cualquier periodo de tiempo de las últimas semanas. Hay una gran cantidad de datos almacenados en el sistema».

«Gracias, se lo agradezco».

«De hecho, eché un vistazo rápido a las imágenes. Bueno, lo hizo Gary. Me temo que las plataformas están muy concurridas. Por la tarde hubo una gran manifestación contra los recortes en la financiación de los servicios sanitarios y parece que mucha gente regresaba a casa a esa hora».

Cullen asintió con la cabeza. La BTP había estado en alerta durante el fin de semana, por si acaso surgía algún problema. Era poco probable, dado que la mayoría de los manifestantes eran trabajadores sanitarios, pero a veces estos eventos habían sido infiltrados por grupos extremistas dispuestos a emprender acciones más directas.

«Solo significa que puede ser más difícil localizar a tu amiga», explicó Anthony. «Pero, con un poco de suerte y buen ojo, esperamos poder confirmar si subió al tren».

Amy se deslizó hacia el borde de su asiento, con la mirada fija en la pantalla. «Gracias. Estoy lista».

8

«Como te dije, usa el joystick para desplazarte y acercarte o alejarte», explicó Anthony, mientras Amy miraba desde la silla con Cullen sentado a su lado. «Los botones del panel de control te permiten avanzar y retroceder en el tiempo. Puedes ralentizar las imágenes con el botón de la derecha. No dudes en probarlo. Si tienes algún problema, avísanos a Gary o a mí; estaremos justo fuera».

Amy asintió.

«Gracias, Anthony, por este gran favor», añadió Cullen, mientras Braddock se disponía a cerrar la puerta.

«Encantado de ayudar», dijo. «Cruzo los dedos para que encuentres a tu amigo, Amy».

Y con eso, los dos hombres se marcharon.

«De acuerdo», dijo Amy, pulsando el botón de reproducción. Cullen se dio cuenta de que le temblaba ligeramente la mano. «Allá vamos».

El agente, Gary, había detenido la grabación a las 8 de la tarde, unos treinta y cinco minutos antes de la hora prevista de salida del tren a Bristol. Parecía un punto de partida razonable para captar a cualquiera que hubiera subido al tren.

La cámara que estaban viendo era la del vestíbulo principal, apuntando hacia donde se encontraban dos filas de pantallas de

salidas y donde la mayoría de la gente esperaba hasta que anunciaban que su tren estaba listo para embarcar. Enfrente, fuera de la vista, estaba la segunda pantalla, junto a los andenes 6 y 7, donde se congregaría otro grupo. Era poco probable que Natalie hubiera elegido esperar allí, ya que el tren a Bristol solía salir de los andenes 1 a 3 y ella era una viajera lo suficientemente habitual como para saberlo. Pero tenían esas imágenes listas para verlas en segundo plano, por si la primera grabación no mostraba nada.

Sin embargo, sabían que el tren había salido de la plataforma 3 esa noche. Así que la primera cámara, que también enfocaba las barreras de acceso a esa plataforma, debería mostrar si Natalie había subido al tren.

Cullen observaba, dejando que Amy tomara el control. Ella había dejado su teléfono sobre la mesa frente a ellos, mostrando una foto reciente de Natalie, para que Cullen la viera. Él solo había conocido a Natalie brevemente. Al menos, con la foto tenía más posibilidades de ser útil, y tenía talento para reconocer a las personas entre la multitud, ya fuera en la pantalla o en persona.



«¿Estás decepcionada?», preguntó Cullen al salir al brillante sol primaveral.

«Sí».

—¿Y sigues preocupada?

Ella asintió. —Sigo sin saber qué le ha pasado.

«A menos que te estuviera diciendo la verdad», intentó decir él, sin querer correr el riesgo de parecer que restaba importancia a sus preocupaciones, aunque creía que lo más probable era que hubiera una explicación nada siniestra para todo esto. «El hecho de no haber visto a Natalie subir al tren respalda lo que decía el mensaje de texto sobre quedarse en Londres».

«Pero en el mensaje anterior decía que estaba a punto de subir al tren».

«A punto», replicó Cullen. «No estaba a bordo. Quizá cambió de opinión. ¿Quizá alguien la llamó justo después de enviar ese mensaje y le ofreció un lugar donde quedarse?».

«Probablemente tengas razón», admitió ella.

Cullen la rodeó con un brazo paternal. —No pareces convencida.

«Bueno, es solo que... pensaba que las imágenes de las cámaras de seguridad darían las respuestas. Pero en realidad no han demostrado nada».

«Rara vez es tan fácil».

—Quiero decir que esa plataforma estaba tan concurrida que no podemos estar seguros de que no subiera a ese tren, ¿verdad? Es posible que no la hayamos visto.

«Es posible. Pero la buscamos bien».

De repente, se le ocurrió una idea. «Esa plataforma, ¿no se puede acceder a ella desde el otro lado, desde la línea Bakerloo? No revisamos las cámaras de esa dirección. Podría haber subido al tren por ahí».

«Pero si venía del oeste de Londres, donde dijiste que era el evento, entonces habría cogido la línea Circle».

«¿A menos que viniera de otro sitio, de otra dirección?».

«Bueno, podría haberlo hecho, pero...».

«¿Podemos volver dentro y pedirles que echen un vistazo a las imágenes de esa otra dirección?».

«Yo... realmente no creo...».

«Si fue por ahí, entonces aparecería en las imágenes, estoy segura». Ella lo miró expectante, de una forma que lo transportó a aquellos primeros años, cuando era una niña pequeña y podía convencerlo de hacer casi cualquier cosa con solo esa mirada.

«Amy... tienes que...».

«¿Necesito qué? ¿Necesito calmarme?».

Oh, no. Cullen se sintió mal al ver esa familiar reacción defensiva en el rostro de su hija. —Mira, Amy, yo no...

—*No* es como la última vez —protestó ella, apartando su mano cuando intentó ponerla sobre su brazo para tranquilizarla—. ¡Estoy preocupada por una buena razón, papá! No me lo estoy inventando, no es solo algo que se me ha ocurrido.

—Amy, por favor...

—No, papá, ella está en peligro, lo sé. No desaparecería así sin más. Jack ha hecho algo. Se la ha llevado. Quizá algo peor... No lo sé.

Cullen volvió a tenderle la mano. Su hija estaba fuera de control. «Por favor, Amy, solo tienes que sentarte, pensar las cosas con racionalidad, tomarte un momento. No estás siendo...».

«¿Racional?», espetó ella. Su rostro se derrumbó, como si estuviera luchando con sus pensamientos. Cullen lo había visto antes y le partía el corazón. Volvió a intentar alcanzarla. Pero ella volvió a escapar, retrocediendo hacia el borde de la acera, peligrosamente cerca de la carretera.

Cullen retrocedió, con las manos en alto. Necesitaba retirarse, darle algo de espacio. Que él supiera, hacía años que no estaba tan mal. Cómo deseaba que Sarah estuviera allí en ese momento. —Amy, estoy aquí para ayudarte —le dijo con voz tranquilizadora—. Soy tu padre.

«Entonces ayúdame», respondió ella, con los ojos llenos de lágrimas. Señaló con el dedo hacia el edificio. «Vuelve allí, diles que consigan las otras imágenes de la estación, diles que consigan las cámaras del tren, las cámaras de Temple Meads, lo que sea necesario».

«Tenemos que esperar», dijo él. «Si Natalie sigue sin aparecer en unos días, o si hay más motivos para preocuparse por su seguridad, entonces te prometo que haré todo lo que pueda».

Ella negó con la cabeza.

«Podremos reunir todos los recursos necesarios para encontrarla», continuó Cullen. «Emitiremos una alerta nacional y su imagen se distribuirá por todo el país. Pero aún no podemos hacerlo. Es demasiado pronto. Sobre todo por el mensaje de texto».

«¡Pero estamos perdiendo tiempo!».

«Hay demasiadas personas que desaparecen cada día. La mayoría reaparecen poco después. Nunca lo aprobarían. Y no podemos hacer nada sin autorización oficial».

No era la respuesta que ella quería oír. «¿Pero no podemos echar un vistazo rápido al resto de las imágenes?».

«No es tan fácil, Amy. Ya lo has visto tú misma. Revisar todas esas imágenes es un trabajo enorme. Anthony me hizo un gran favor al dejarnos entrar allí, pero no puedo pedirle que haga nada más. Y si Natalie sigue en Londres, cosa que no tenemos motivos para dudar, seguiremos sin encontrar nada, por mucho que busquemos».

Su rostro se endureció. «Bueno. Si no me ayudas, tendré que hacerlo yo sola».

Y con eso se marchó, con la cabeza gacha, por la calle.

«¡Amy! ¡Por favor, vuelve!».

Ella no se volvió. Y Cullen sabía que era mejor no seguirla.

9

Amy estaba sentada al otro lado de la cafetería. Levantó la vista cuando Cullen se acercó y le sonrió a modo de disculpa.

«Lo siento mucho».

Cullen se sentó, animado al ver que Amy ya tenía mejor aspecto. Ella lo había llamado, indicándole que fuera al Starbucks que estaba al final de la calle, disculpándose y pidiéndole que volvieran a hablar. «No pasa nada, Amy, no tienes por qué disculparte».

—No, sí que tengo que hacerlo. Aparecer de repente, interrumpir tu trabajo, exigirte que investigues... —Exhaló ruidosamente mientras jugaba con la cucharilla en su café espumoso. Volvió a mirarlo fijamente—. Tengo miedo, papá.

«¿Miedo de lo que le pudo haber pasado a Natalie?».

«No. Bueno, sí. Pero tengo miedo de esto, ya sabes». Se señaló a sí misma con un gesto.

«¿Te preocupa que vuelva tu ansiedad?».

Ella resopló, jugando de nuevo con la espuma. —Nunca desaparece, papá. Nunca. Sí, se retira. Es *controlable*. Pero sigue ahí, acechando, esperando salir. A veces me engaño a mí misma pensando que estoy curada. Ya sabes, como si estuviera en remisión del cáncer. Excepto que la enfermedad mental no es así. Puedo controlarla, pero *siempre* está ahí, conmigo.

«Lo has hecho muy bien», dijo Cullen. «Desde aquellos momentos tan malos. Tu madre y yo estamos muy orgullosos de ti, de lo que has conseguido, a pesar de esa enfermedad».

Amy miró hacia la distancia. «He estado muy bien durante mucho tiempo. Pero esto con Natalie, siento que estoy volviendo a hundirme en arenas movedizas».

«Estoy aquí para ayudarte», le ofreció él. «Tu madre y yo siempre estaremos aquí».

«Lo sé».

«Siento haberme ido enfadada», dijo ella. «Solo necesitaba unos minutos a solas. Encontré un pequeño parque a la vuelta de la esquina e hice algunos ejercicios de respiración y visualización. Me ayudaron mucho».

«Eso está muy bien».

Ella asintió. «¿Crees que he perdido la cabeza? ¿Por venir aquí, acusar a Jack Morton de secuestrar a mi amiga y querer que mi padre salve la situación?».

«Lo de que yo salve la situación lo puedo entender», dijo él, intentando bromear. Se sintió aliviado al ver que ella esbozaba una sonrisa. «En cuanto al resto, creo que hay que esperar unos días, por las razones que te he explicado».

«Sé que tienes razón...».

«Pero sigues teniendo esas malas vibraciones».

Ella se encogió de hombros. —Estaré bien. Siempre y cuando Natalie aparezca.

«Quizá necesites algo que te distraiga», dijo Cullen. «¿Qué tal si pasamos un día por la ciudad? Hace buen tiempo. Podemos hacer lo que tú quieras. Algo turístico. ¿Quizá dar un paseo en barco por el río? ¿Ir a Greenwich? Lo que tú quieras. También podríamos ir a comer a algún sitio agradable. Ahora que estás aquí, sería una pena no aprovecharlo».

«¿Y qué hay de tu trabajo?».

«Tengo el día libre», dijo. «De hecho, tengo una semana libre».

«¿Ah, sí? Pero ¿por qué no estás...?»

«¿Con tu madre? Es una larga historia».

Le explicó lo que había pasado esa mañana: el chico y la chica en el metro, la presunta agresión y la posterior persecución fuera de la estación, que condujo al horrible accidente en Euston Road.

Amy negó con la cabeza cuando Cullen terminó su relato. «Deberías haberme dicho algo, papá. Todo este tiempo te he estado acosando con mis preocupaciones y tú tenías que lidiar con todo esto».

«No pasa nada».

«Pero ¿estás bien? Lo que presenciaste, en lo que te viste involucrado, hace solo unas horas, es bastante horrible. Debe de haber sido terrible».

«No quiero que esto suene frío, Amy, pero en mi carrera he perdido la cuenta del número de escenas que he presenciado que están a la altura de lo que vi esta mañana».

«Lo sé».

«Sí, fue impactante en ese momento, y he pensado mucho en ello esta mañana, pero más desde un punto de vista desapasionado, desde la perspectiva de un detective, tratando de entender por qué el tipo se marchó así. En cuanto al aspecto emocional, no pienso en él, en su familia, en sus amigos, en el terrible impacto que esto habrá tenido en ellos».

Amy lo observaba.

«Sabes, cuando pienso en ello, en cómo me he endurecido ante cosas como esa, en realidad es bastante inquietante. Pero tiene que ser así, de lo contrario no podría hacer este trabajo. Es la única forma de mantener la cordura».

«Lo entiendo. ¿Y ahora qué?».

«No estoy segura».

«Pero no pueden impedirte trabajar. No ha sido culpa tuya».

«Técnicamente no me han impedido trabajar. Me han *pedido* que me tome unas vacaciones».

«Pero no tenías otra opción, ¿verdad?».

«Probablemente no».

Ella volvió a negar con la cabeza, con la mente aparentemente alejada, al menos momentáneamente, de su preocupación por el paradero de Natalie. «Es tan injusto».

«Es el proceso», dijo él, descartando el tema. «He aprendido a no dejar que cosas como esta me preocupen en exceso. De todos modos, me ha dado la oportunidad de pasar un día contigo».

De repente, a Amy se le ocurrió una idea.

«Cuando llamé, estabas en un tren de vuelta a casa, ¿verdad?».

Cullen asintió con la cabeza.

«Ibas a viajar a Wigan con mamá...».

«Como no me querían en el trabajo...».

«Y yo te detuve, te convencí de que dieras media vuelta. Y ahora mamá está conduciendo hasta allí sola». Volvió a parecer preocupada.

«Amy, no pasa nada. Ese era el plan desde el principio. Si no hubiera sido por lo de esta mañana...».

—Pero habría sido una oportunidad estupenda para que vosotros dos...

«Tu madre estará bien. Yo iré allí el fin de semana».

Finalmente, solo parcialmente satisfecha, asintió con la cabeza.

«¿Qué te parece? ¿Un día en la ciudad, tú y yo?».

«De acuerdo», sonrió. «Sería estupendo».



PASARON UN BUEN DÍA, fueron a Greenwich y disfrutaron del sol, y luego almorzaron en un encantador bistró antes de tomar un crucero de vuelta al puente de Waterloo.

Beswick llamó justo cuando estaban desembarcando.

«Hola, jefe, tengo noticias sobre el tipo que tuvo una discusión con ese camión esta mañana».

«Sigue», dijo Cullen, bajando del barco a tierra firme.

«Es interesante».

Cullen se alejó de la multitud, con Amy a cuestas. —¿Quién es entonces?

«Tyrone Banks».

«¿Debería conocerlo?».

—No especialmente. No tiene antecedentes con nosotros. Pero la Policía Metropolitana sabe mucho sobre él.

«¿Cómo es eso?».

«Es miembro de una banda criminal. No es el líder, pero tiene antecedentes por lesiones graves, tráfico de drogas y otros delitos, la mayoría de los cuales no prosperaron por sospecha de intimidación de testigos».

«Qué interesante». Cullen reflexionó sobre ello. Los antecedentes del tipo sin duda explicaban su reacción. Estaría preparado para reaccionar rápidamente ante la presencia de la policía.

«En resumen», continuó Beswick, «probablemente le hayas hecho un gran favor a la sociedad esta mañana».

«*Yo* no lo tiré debajo del camión», replicó Cullen a la defensiva.

«Lo sé, jefe, no quería decir...».

«No pasa nada», concedió Cullen. «Sé que no lo has hecho».

«¿Te preocupan las represalias?», dijo Beswick, interpretando el silencio.

«Quizás. ¿Sabes qué banda es?».

Amy le lanzó una mirada preocupada.

«La Craz-e Crew».

Cullen los conocía. Con sede en el norte de Londres, pero con tentáculos que se extendían por toda la capital y más allá, eran una banda relativamente nueva pero en rápido crecimiento.

«¿Quizás deberías salir de Londres por el momento?», sugirió Beswick. «Ve a estar con Sarah».

Cullen miró a Amy a los ojos. Se le había ocurrido una idea. «No es mala idea».

«Tienes una semana libre. Aprovéchala», continuó Beswick. «Te mantendré informado de los avances. El superintendente no dice nada, por supuesto, pero tienes muchos amigos que estarán encantados de pasarte información».

«Eso está bien. Te lo agradezco».

Cullen terminó la llamada y decidió qué iba a hacer. No iba a arriesgarse a preocupar a Amy con la noticia, pero no sería necesario.

«Amy. ¿Sigues sospechando de Jack Morton?».

—Sí
«¿Te gustaría que fuera a visitarlo?».

10

—Háblame de Jack —le dijo Paul Cullen a Amy al otro lado de la mesa, mientras el tren en el que habían subido cuarenta minutos antes atravesaba a toda velocidad el campo en dirección a Bristol.

«Es investigador en la universidad».

Cullen se sorprendió un poco. —¿Entonces está bien salir con estudiantes?

«Sucede», respondió ella. «Conozco a un par de estudiantes que han salido con profesores».

Cullen negó con la cabeza. —Creía que eso había desaparecido en los años setenta.

Amy sonrió. «Ninguna de las relaciones entre profesores y estudiantes ha durado mucho ni ha terminado bien».

«Seguro. Entonces, este Jack. ¿Es bastante mayor que tú y Natalie, claro?».

«Unos años. Tiene veintitantos. Veinticinco, creo que dijo Natalie una vez».

«¿Cómo se conocieron? Por favor, dime que no era su profesor».

«No, no. Natalie estudia marketing. Se conocieron durante la semana de bienvenida, en una de las noches de club para estudiantes en la ciudad».

«¿Estabas allí esa noche, cuando conoció a Jack?».

«Sí, éramos cuatro; nos conocimos en el salón».

«Y Jack. ¿Estaba allí con amigos?».

«No lo creo».

«Así que Jack estaba merodeando por los eventos de bienvenida buscando chicas».

Amy no lo había pensado así antes. «Bueno, sí, supongo que tal vez lo estaba haciendo. Suena bastante depredador, cuando lo dices así».

«En efecto». Cullen pensó en algo. «¿Jack tiene antecedentes de salir con estudiantes?».

«Yo... no lo sé. Natalie nunca me dijo nada al respecto. Pero supongo que Jack no daría ese tipo de información voluntariamente, ¿verdad?».

«No».

Amy miró por la ventana. «Sabes, desde que empecé a mejorar de verdad, tenía mucho miedo de que volviera la ansiedad». Se volvió para mirar a su padre. «Pero en este momento, realmente espero que mi ansiedad sea la explicación y que Natalie esté en algún lugar seguro con amigos».

Cullen deseaba abrazar a su hija, como había hecho cuando tenía cinco años, para consolarla después de una caída. En lugar de eso, se limitó a tocarle brevemente el brazo al otro lado de la mesa. «Esta mañana has dicho que Jack nunca te había caído bien. Cuéntame más sobre por qué era así».

«Creo que cuando lo conozcas, lo entenderás», respondió ella. «Digamos que las acciones hablan más que las palabras».



Cogieron un autobús frente a la impresionante entrada de la estación Bristol Temple Meads.

Eran poco más de las seis.

«¿Así que vamos a presentarnos en su casa sin más?», preguntó Amy.

«Nunca subestimes el factor sorpresa», respondió Cullen. «A veces es el arma más eficaz».

«Ya debería haber vuelto de la universidad», confirmó Amy. «Natalie siempre iba a su casa a esta hora del día».

«Bien. Esperemos que siga teniendo los mismos hábitos».

El autobús se abrió paso entre el tráfico de la hora punta del centro de la ciudad y las obras en la carretera. Bristol era una ciudad vibrante en plena remodelación, lo que se reflejaba no solo en las obras en la carretera, sino también en las numerosas grúas que adornaban su horizonte. Cullen no conocía muy bien la ciudad, ya que su trabajo rara vez le llevaba a esa parte del mundo, aunque la conocía mejor desde que Amy había empezado la universidad allí.

«Si nos bajamos aquí», indicó Amy, «estamos a solo un par de minutos».

Mientras se acercaban a la casa de Jack, Amy le puso al corriente a Cullen.

«Jack vive en un almacén reconvertido. He estado allí una vez. Es muy chulo. Debe de valer una fortuna. Pero solo lo alquila».

Giraron a la derecha y luego a la izquierda por unas calles secundarias. Aún dentro del radio de sonido y olor del centro de la ciudad, Amy se detuvo.

«Ahí está, justo a la derecha».

El lugar estaba en una fila de naves industriales reconvertidas similares. Tenía una puerta principal, pero no ventanas, y una pared con persianas cubría el resto de la propiedad, que era de baja altura.

«Es un lugar interesante. Vamos, veamos qué tiene Jack que decir sobre sí mismo».

Cullen se acercó a la puerta y pulsó el timbre.

No hubo respuesta.

Volvió a pulsar y, esta vez, añadió un golpe seco.

Se oyeron ruidos. Había actividad detrás de la puerta.

Volvió a llamar.

Y entonces se abrió la puerta.

Jack mantuvo la puerta entreabierta. Miró a Cullen con recelo antes de ver a Amy.

«¿Puedo ayudarle?», preguntó, manteniendo la puerta entreabierta. Llevaba una cómoda camiseta y pantalones de chándal. Su pelo corto, pero peinado con un estilo moderno y

desordenado, era tan rubio que casi parecía blanco, y parecía más joven de lo que era, entre veinticinco y treinta años. Estaba claro que podía pasar desapercibido, incluso en los eventos para nuevos estudiantes.

Cullen había pensado en cómo manejar la situación, dado que no estaba en servicio oficial como policía. Pero había una delgada línea entre abusar de su posición y simplemente decir su cargo, y estaba más que dispuesto a cruzarla.

«Inspector jefe Paul Cullen», dijo, mostrando su tarjeta de identificación. «Me gustaría hablar un momento sobre Natalie Long».

«¿Por qué? ¿Le ha pasado algo?». Su sorpresa parecía un poco forzada, pero a veces era difícil interpretar estas cosas hasta que no se tenía una idea clara de la persona con la que se estaba tratando: sus gestos, sus tics, las microexpresiones que podían revelar mucho más de lo que se podría imaginar.

«¿Es posible charlar un momento?», repitió.

Jack lo pensó un segundo. «Sí, claro, pase, detective».

Lo siguieron a través de la sala de estar diáfana hasta la cocina contigua. Cullen se fijó en la escalera de la derecha, que debía de conducir al dormitorio.

«Siéntense, por favor», dijo Jack, señalando la mesa y las sillas de madera.

Cullen acercó una silla. «Tiene usted una casa muy bonita».

En la parte trasera, unas puertas acristaladas daban a un pequeño pero agradable jardín. Esta característica inundaba el lugar de luz, compensando la ausencia de ventanas en la parte delantera. Era un diseño ingenioso, que aprovechaba al máximo lo que en realidad era una superficie muy pequeña.

«Gracias», dijo Jack, que estaba en la cocina, de espaldas a ellos. «Solo lo alquilo, pero intento añadir mis propios toques personales en la medida de lo posible. ¿Les apetece tomar algo?».

«No, gracias», respondió Cullen.

Amy negó con la cabeza. «No, gracias».

Jack se sirvió un café de filtro que ya estaba en la cafetera y se sentó en la silla frente a ellos. Los miró a ambos por turno.

«Bueno, detective Cullen, ¿en qué puedo ayudarle?».

11

«Estoy investigando el paradero de Natalie Long. Esperaba que usted pudiera arrojar algo de luz sobre sus movimientos. Tengo entendido que hasta hace poco usted y Natalie eran pareja».

Jack miró a Amy antes de volver a centrar su atención en Cullen. «Salimos juntos, sí».

«¿Y rompieron hace dos semanas?».

Volvió a mirar a Amy. «Sí, así es».

Amy mantuvo su mirada fija.

«Natalie ha desaparecido», explicó Cullen. «Se suponía que debía coger el tren de vuelta desde Londres anoche, pero no llegó a casa».

«Lo sé», dijo él. «Amy me lo ha contado esta mañana».

—Esta mañana ha llegado un mensaje de texto que parece ser suyo —reveló Cullen—. Pero hay motivos para creer que el mensaje podría haberlo enviado otra persona. Y no hemos podido ponernos en contacto con Natalie, ni antes ni después de que se enviara el mensaje.

«Estoy seguro de que no hay nada de qué preocuparse», respondió Jack.

«Amy no piensa lo mismo».

«Bueno, ella no sabe...», Jack se contuvo antes de terminar la frase.

«¿No sabe qué?».

Jack dudó.

«Jack, si tienes alguna información que pueda ser útil para este caso...».

«Amy no sabe lo que yo sé», dijo finalmente.

«¿No sabe qué?».

«No sabe cuál era el estado mental de Natalie», reveló. Miró fijamente a Amy, pero siguió dirigiéndose a Cullen. «Ella cree que conoce a Natalie, pero en realidad no es así».

—Sé que estaba sufriendo por vuestra relación —soltó Amy, incapaz de seguir callada—. Y sé lo feliz que parecía cuando la terminó.

Cullen levantó una mano para calmarla. Su hija se sonrojó, consciente de que no debía haber aumentado la tensión. Cuanto más personal se volvía el asunto, menos bueno saldría de ello.

Jack negó con la cabeza. —Me temo que Natalie no ha sido sincera contigo. Iba a contártelo esta mañana.

«¿Decirle qué?», preguntó Cullen.

—Natalie no rompió conmigo. Yo terminé la relación.

Amy negó con la cabeza.

—Sí —continuó él con calma—. Tuve que terminarla porque era lo mejor para los dos. Intenté que funcionara, de verdad que lo intenté. Pero al final decidí que terminar era la única solución.

«¿La única manera de qué?».

«La única manera de hacerle entender a Natalie que necesitaba ayuda».

«Estás mintiendo», replicó Amy.

«Amy», intervino Cullen. «Por favor».

Una vez más, ella cedió.

«¿Ayuda con qué?», le preguntó Cullen a Jack.

«Con su comportamiento obsesivo», respondió él. «Con su paranoia. Al principio todo iba bien. Mejor que bien, iba de maravilla. Realmente pensaba que teníamos futuro. Pero las cosas empezaron a ir mal».

«¿Cómo qué?».

—Empezó a preguntarme dónde había estado, con quién me había visto. Una tarde, tuve una tutoría con una estudiante y Natalie me estaba esperando después. Había estado merodeando por el departamento, había visto a la estudiante entrar en mi despacho y había esperado una hora para enfrentarse a mí. Empezó a gritarme en el pasillo. Tuve que llevarla a mi despacho para intentar calmarla.

Amy negó con la cabeza.

«Había muchos testigos», respondió él. «Vieron lo que pasó. Fue realmente muy embarazoso».

Cullen procesó lo que Jack acababa de decir, mientras observaba atentamente al chico en busca de cualquier tic que pudiera delatar si lo que decía era verdad o ficción.

«Cuéntame más sobre tu relación, las dificultades con Natalie».

Cullen vio que Amy le lanzaba una mirada, como sorprendida de que aparentemente estuviera de acuerdo con la versión de Jack. Pero debería haberlo conocido mejor.

«Bueno», respondió Jack. «Como dije, al principio todo iba bien. Éramos muy felices. No había indicios de lo que acabaría pasando».

«Entonces, aparte de lo que pasó en la universidad, ¿qué más te preocupaba del comportamiento de Natalie?».

Jack se pasó la mano por la cara y luego negó con la cabeza. «Me siento mal por contarte esto, de verdad».

«Solo cuéntanoslo».

«De acuerdo. Después de lo que pasó fuera de mi oficina, discutimos. Le dije que no podía hacer eso, que podría costarme el trabajo. Ella pareció entenderlo, dijo que sabía que estaba siendo tonta y que a partir de ahora sería diferente».

«¿Pero no fue así?».

«Durante una semana más o menos, sí. Pensé que quizá habíamos superado la crisis. Pero una noche vino al apartamento y me acusó de todo tipo de cosas: de acostarme con otros estudiantes, con otros miembros del personal. Intenté hablar con ella, intenté que afrontara sus problemas de salud mental. Le rogué que pidiera cita en el centro de salud, que viera a un médico de cabecera o a uno de los consejeros estudiantiles, pero no había forma de calmarla. Así que terminé con ella allí mismo. Le dije que

se fuera. Me siento mal, pero ya no podía más. Pensé que tal vez el impacto de la ruptura sería suficiente para empujarla a tomar medidas para ayudarse a sí misma».

«¿Y funcionó?».

«No lo sé. Quizás sí. Espero que sí».

«Lo siento, pero lo que acabas de decir sobre Natalie, no lo reconozco en absoluto». Amy miró a Cullen. «Esa no es la Natalie que yo conozco».

«Es muy buena fingiendo», dijo Jack. «No lo digo en sentido peyorativo. Solo quiero decir que, aparentemente, para las personas que no son yo, está bien. Absolutamente bien. He visto cómo se comporta con los demás y, sinceramente, me sorprende lo diferente que era, lo diferente que es. Así era conmigo al principio de nuestra relación, y quizá esa sea la verdadera Natalie, la persona que debería ser, si no fuera por su enfermedad».

«¿No pensaste en contárselo a sus amigos? ¿En hablar con Amy sobre ello, en buscar apoyo?».

«Lo hice. Pero... para ser sincero, no estaba seguro de cómo reaccionarías, Amy. Sé que no te caía muy bien, que no creías que fuéramos una buena pareja. Natalie me lo dijo. Y como Natalie parecía estar tan bien por fuera, pensé que probablemente hablarías con ella sobre ello y eso empeoraría las cosas. Podría haberla alejado de los demás».

Amy escuchó en silencio.

Jack miró a Cullen. «Mira, quizá, en retrospectiva, debería haber hablado con Amy. O con otra de sus amigas. Incluso haber intentado ponerme en contacto con su hermano. Especialmente con lo que ha pasado ahora».

«¿Con lo que ha pasado ahora?».

«Bueno, con su desaparición».

Cullen asintió. «¿Crees que Natalie está en peligro?».

«Quizás de sí misma, sí».

«¿Te dio alguna indicación de que corría el riesgo de hacerse daño?».

Hubo una pausa significativa. «No».

Cullen la miró fijamente.

«Bueno, esa noche, en nuestro apartamento, cuando le dije que iba a terminar con ella, me dijo algo así como: "Desapareceré de la faz de la tierra y entonces te arrepentirás"».

«Y tú interpretaste eso como...».

«Bueno, al principio pensé que se refería a que se mudaría, que desaparecería, pero más tarde esa noche me pregunté si se refería a otra cosa».

«¿Que se quitaría la vida?».

«Sí».

«Pero aún así no se lo contaste a nadie».

«No».

«¿Y qué hay de los moretones?», dijo Amy. «¿Los moretones en su brazo?».

«¿Los moretones? Natalie me dijo que se había dado un fuerte golpe jugando al bádminton. Espera un momento, no estarás sugiriendo...».

—Amy no está sugiriendo nada —interrumpió Cullen—, pero si crees que los moretones son algo relevante para la investigación...

Jack se quedó horrorizado. «¿Crees que fui yo?».

Cullen esperó a que dijera algo más, dándole suficiente cuerda.

«¿Crees que soy una especie de maltratador violento?», se rió con amargura. «Tío, no podrías estar más equivocado. *Nunca* haría nada para hacer daño a Natalie ni a ningún otro ser humano. Si realmente dudas de cómo se hizo esos moratones, estoy seguro de que cualquiera de sus compañeras de bádminton te dará la respuesta».

«Solo estoy explorando todas las posibilidades», respondió Cullen con calma.

Jack negó con la cabeza, evidentemente aún dolido por la acusación.

«Mi prioridad —continuó Cullen— es asegurarme de que Natalie regrese sana y salva. Tengo que hacer estas preguntas. Se lo debemos a Natalie».

Jack asintió.

«¿Dónde crees que está Natalie?», preguntó Cullen.

«Realmente no tengo ni idea. Se lo dije a Amy esta mañana».

«¿Estás preocupado por ella?».

«Sí, por supuesto. A pesar de cómo terminaron las cosas, sigo preocupándome por ella. Y realmente espero que esté bien».

Cullen se dispuso a levantarse. —Bueno, si se te ocurre algo más que pueda ser de interés para nuestra investigación, llámame, por insignificante que sea. —Le entregó a Jack su tarjeta de contacto—.

—Gracias, lo haré.



«¿Qué opinas?», le preguntó Cullen a Amy mientras caminaban de vuelta por la carretera.

«La verdad es que no lo sé», respondió ella. «Todo lo que dijo sobre Natalie, como ya te dije, no se correspondía con la persona que yo conocía. O creía conocer. Ahora estoy muy confundida y no sé qué creer. Quizá me equivoqué con Jack. ¿Y tú? ¿Le crees?».

Cullen se detuvo. Se volvió para mirar el apartamento de Jack. —No estoy seguro de si dice la verdad o no sobre su relación con Natalie. Pero hay algo.

«¿Algo?».

«¿No lo has oído?», preguntó enigmáticamente.

«¿Oír qué?».

«El ruido de arriba».

«No».

«Solo fue una vez. Apenas se oía. Pero estoy bastante seguro de que había alguien más allí. Y dentro de cinco minutos vamos a volver y a hacerles una visita».

12

Viernes por la noche anterior

«¿Qué? Estás bromeando».

Esta vez fue Russell quien miró a Tabitha. Satisfecho de que ella siguiera enfrascada en su conversación con Samantha y Penny, continuó. «Muy en serio. Te invitaría a que lo comprobaras ahora mismo en Wikipedia, si no nos hubieran quitado todos los teléfonos los de la Gestapo». Sonrió con picardía.

«¿Y qué pasó?».

«Thomas Sinclair era un político prometedor, acababa de entrar en el Gabinete y se le consideraba un futuro primer ministro. Era muy ambicioso y ávido de poder. También era fabulosamente rico, había heredado la empresa familiar de té, que se remontaba al apogeo del Imperio. Además, era amigo de la familia real. En fin, empezaron a circular rumores de que había estado saliendo con otras mujeres. Él lo negó, diciendo que era una campaña de desprestigio de la oposición. Pero los rumores no desaparecieron. Y entonces la prensa obtuvo la prueba que esperaba: dos de las mujeres dieron a conocer toda la historia, que se publicaría al día siguiente. Cuando recibió la llamada esa noche, Sinclair supo que se había acabado el juego. Llamó a la policía solo media hora después de enterarse de la noticia, admitiendo lo que había hecho».

«¿Y qué fue?».

«Aniquilar de forma sistemática y fría a toda su familia, uno por uno. A su mujer y a sus dos hijas, de cinco y ocho años. A todos les disparó con la misma escopeta de caza. A las niñas las mató mientras dormían. Su mujer se resistió, pero no tuvo ninguna oportunidad. La policía lo encontró con una herida de bala mortal en la habitación en la que acabamos de tomar unas copas».

A Natalie se le puso la piel de gallina al pensarlo.

«Estaba sentado al piano. En el atril, en lugar de partituras, había dejado una nota de suicidio. En ella, se negaba a aceptar la culpa. Decía que responsabilizaba a la prensa y a quienes trabajaban con ella de lo ocurrido. Era un tipo realmente desagradable».

«Dios mío», dijo Natalie, tratando de asimilar lo que acababa de oír. «Qué historia tan horrible».

Russell asintió solemnemente. «Ahora entiendes por qué Sir Kenneth cambió el nombre de este lugar y por qué no habla de la historia de la casa en el paquete de bienvenida».

«Sin duda».

«Pero sin duda consiguió una ganga con este lugar. Estoy seguro de que fue un gran negocio».



Durante el resto de la noche, Natalie no pudo quitarse de la cabeza la espeluznante historia que Russell había contado. Después de la cena, que fue maravillosa, el grupo se retiró al bar, donde se servían bebidas gratis. Pero era evidente que todos se mostraban moderados en su consumo de alcohol, probablemente conscientes de la necesidad de tener la mente despejada por la mañana para la primera tarea.

Natalie charló animadamente con Penny, que parecía encantadora y con los pies en la tierra. Se le había ocurrido la idea de poner nombre a bebés chinos como parte de un proyecto escolar, y las cosas habían despegado casi desde el primer día. Ella dijo modestamente que se trataba de estar en el lugar adecuado en el

momento adecuado, pero al igual que con Samantha, Ben e incluso el molesto Krishna, Natalie no pudo evitar maravillarse ante sus hazañas.

«¿Y tú a qué te dedicas, Natalie?».

«Estoy en la universidad, en Bristol. Estudio marketing».

«Genial».

Al igual que los demás, Natalie sabía que esperaba más detalles, pero Penny era demasiado educada para insistir.

Natalie miró a los demás. «Me pregunto por qué algunas de las personas que están aquí quieren trabajar en Brand New. Todos parecen estar muy bien por su cuenta. Tú incluida».

Penny dio un sorbo a su bebida sin alcohol de limón antes de responder. «Es una estrategia», dijo con franqueza. «Algo que me lleve al siguiente nivel, un campo de entrenamiento durante unos años, antes de volver a lanzarme por mi cuenta. No quiero trabajar para la empresa el resto de mi vida, ni siquiera más de unos años».

«¿Así que es un medio para alcanzar un fin?».

«Exactamente. Una decisión empresarial estratégica. Imagino que es lo mismo para todos los demás aquí. ¿Y tú?».

«Hace unos meses asistí a una charla de Sir Kenneth en un festival literario», respondió Natalie. «El lugar estaba abarrotado, había cientos de personas. Sir Kenneth tenía a todo el mundo en la palma de su mano. Era tan inspirador... Todo lo que ha hecho en su carrera y su forma de pensar sobre el branding hacían que el tema pareciera muy emocionante. Ha trabajado en todo el mundo y ha ayudado a crear las marcas más importantes del planeta. Pero lo hace de forma ética, como cuando transformó la forma en que los políticos ven la energía verde con sus campañas para organizaciones benéficas medioambientales. Sé que tiene más de sesenta años, pero su entusiasmo y el brillo de sus ojos lo hacen parecer muy joven».

«Parece que te has enamorado», bromeó Penny.

Natalie se sonrojó. «¡Es puramente profesional! Para ser sincera, estaba un poco desilusionada con mi carrera y me preguntaba si había cometido un error. Pero sentarme allí y escucharlo reavivó mi pasión por seguir una carrera en este campo. Después, estuvo

firmando ejemplares de su nuevo libro. Charlé un rato con él y me habló de esta oportunidad, me dijo que estuviera atenta al anuncio».

«¡Vaya, te invitó personalmente a presentar tu candidatura!».

«Bueno, no fue exactamente así...».

«¿Qué es eso?».

Samantha lo había oído y se unió a ellos.

«¡Natalie recibió una invitación personal para presentar su solicitud del propio Sir Kenneth!», dijo Penny.

«¿Ah, sí?», respondió Samantha. «¿Cómo es eso?».

Natalie detectó una frialdad en su expresión que antes no había.

«Acabo de hablar con él en una firma de libros», explicó, tratando de no parecer a la defensiva. «Lo único que hizo fue mencionar que se avecinaba la oportunidad».

«¿Así que te pidió que presentaras tu candidatura?», dijo Samantha.

«Bueno, me dijo que debería considerarlo seriamente. Yo... No recuerdo muy bien cómo lo expresó. Solo hablé con él menos de un minuto».

Samantha asintió. «Bueno, menos de un minuto o no, sigue siendo algo bueno. Bien hecho». Pareció relajarse al mirar hacia donde se había reunido la mayor parte del grupo. «Pero no le digas a Krishna que tienes una relación personal con Sir Kenneth. Creo que le dará un ataque de pánico».

«Yo no diría que tengo una...».

«No pasa nada», dijo Samantha, tocándole el brazo. «Solo estaba bromeando».

Natalie quería cambiar de tema.

«¿Qué sabéis de este lugar?», les preguntó a los dos.

«¿Qué? ¿Esta casa?», dijo Samantha.

«Sí. ¿Sabéis algo sobre su historia?».

Tanto Samantha como Penny negaron con la cabeza.

Natalie dudó.

¿Debía difundir un rumor, especialmente una historia que la había inquietado y que sin duda tendría el mismo efecto en los demás?

«Vamos, Natalie, no nos tengas en vilo», insistió Samantha. «Suéltalo».

«¿Es algo que mencionó Sir Kenneth?», añadió Penny.

«No», respondió ella, «no. ¿No habéis oído hablar de los asesinatos que han tenido lugar aquí, los relacionados con la familia Sinclair?».

«¿Asesinatos?», Penny se quedó horrorizada.

«Fue hace mucho tiempo. Bueno, en los años ochenta». Natalie contó la historia.

«¿Cómo sabes esto?», preguntó Samantha, cuando Natalie terminó de revelar el contenido de la nota que había dejado sobre el piano.

Penny parecía asustada, de pie en silencio, acunando su copa.

Natalie deseó no haber dicho nada. «Russell me lo contó durante la cena».

Todas miraron hacia él, justo cuando se echaba a reír mientras charlaba con Ben.

«Está intentando asustarte», dijo Samantha, «para desconcertarte. Quizás incluso para que te vayas de la casa por completo. Ten cuidado con él».

«¿Crees que es verdad?», preguntó Penny, todavía conmocionada. «Quiero decir, si eso hubiera pasado, ¿no nos habríamos enterado? ¿No nos habrían dicho algo?».

«Intenta no preocuparte», dijo Samantha. «Creo que es más probable que se lo haya inventado. Al fin y al cabo, no podemos comprobar los hechos, ¿verdad? Ninguno de nosotros tiene acceso a Internet».

«Podríamos preguntarle a Tabitha», sugirió Penny.

—No te lo aconsejo —respondió Samantha—. O bien parecerás crédula por creer la historia de Russell, o bien estarás insinuando que nos lo han estado ocultando. Ninguna de esas dos opciones te ayudará en absoluto a ganar el concurso.

Penny lo pensó. «Tienes razón. Pero me ha dado mucho miedo». Miró a su alrededor, a las paredes. «Ahora que lo sé, no creo que pueda quitármelo de la cabeza. El hecho de no saber si es verdad o no lo hace aún peor. Quizás hable con Russell».

«No lo hagas», dijo Samantha con firmeza. «Si no, sabrá que te ha ganado».

Natalie no estaba segura de estar de acuerdo en no acercarse a Tabitha, pero pensaba que no serviría de nada volver con Russell. «Siento habértelo contado», dijo, dirigiendo su disculpa especialmente a Penny. «Debería haber mantenido la boca cerrada».

Penny y Samantha no discreparon.



UNA HORA MÁS TARDE, Natalie dejó al resto del grupo, que seguía abajo, y se retiró a su habitación. Intentó apartar de su mente la historia del asesinato de Sinclair mientras subía las escaleras hacia el segundo piso. Pero las imágenes de sangre corriendo por la barandilla la perseguían y apartó la mano, esperando ver rojo.

Llegó a su habitación y buscó a tientas la llave, con la imaginación a flor de piel, esperando que una mano se deslizara por detrás y le tapara la boca. Empujó la puerta y la cerró de un portazo detrás de ella. Fue entonces cuando vio el trozo de papel doblado que alguien debía de haber deslizado por debajo de la puerta.

Lo recogió y leyó el críptico mensaje, garabateado con bolígrafo rojo.

Puede que engañes a los demás, Natalie, pero a mí no me engañas.

PARTE II

13

Viernes por la noche anterior

NATALIE SE ACERCÓ a la mesa y volvió a coger la nota.

Puede que engañes a los demás, Natalie, pero a mí no me engañas.

Ella negó con la cabeza.

¿Qué demonios quería decir eso? ¿Y quién la había dejado allí?

La volvió a dejar en su sitio y empezó a dar vueltas por la habitación, intentando que no le afectara. Y seguramente eso era. Quienquiera que hubiera deslizado la nota por debajo de su puerta estaba intentando asustarla.

¿Acaso alguno de los invitados había abandonado la cena de recepción, subido las escaleras y dejado allí la nota?

Y si era así, ¿quién?

Cuando volvió a mirar la nota, no le pareció tan siniestra como al principio. No había ninguna amenaza. Y, sin embargo, *era* amenazante. La volvió a dejar sobre la mesa antes de esconderla debajo de la bandeja del té.

Decidió olvidarse del asunto y se preparó para irse a la cama. Ya eran las once y media, y el día siguiente seguramente sería agotador y necesitaría estar muy atenta, ahora por más de una razón.

Mientras se cepillaba los dientes, se preguntó si algunos de los demás también habrían vuelto a sus habitaciones y encontrado notas similares. O si solo le había pasado a ella. Quizás quien lo había hecho la consideraba la más fácil de intimidar, alguien a quien podían asustar para que se apartara del camino desde el principio. Escupió la pasta de dientes y se miró desafiante en el espejo.

Ella no era una víctima. Y no se iría a ninguna parte.



Desde la distancia, fuera de su sueño, Natalie oyó un ruido. Al principio pensó que era solo su imaginación, pero los golpes se hicieron más insistentes, hasta el punto de que el sueño se desvaneció y eso fue lo único que quedó. Unos golpes insistentes en la puerta, cada vez más frecuentes e intensos.

Natalie se estiró para mirar su reloj y comprobar la hora. Era medianoche y media. Solo hacía media hora que se había acostado. Durante un momento se quedó tumbada, esperando que la persona se rindiera.

¿Quién llamaría a la puerta a estas horas de la noche, por el amor de Dios? ¿Y realmente esperaban una respuesta?

Entonces se le ocurrió que podría haber algún problema. Quizás era alguien de recepción, que venía a darle un mensaje. O quizás había un incendio en la casa y esa persona venía a rescatarla, aunque no sonaba ninguna alarma.

Se incorporó en la oscuridad cuando volvieron a llamar a la puerta.

«¿Hola?».

Bajó las piernas de la cama y se acercó a la puerta. La luz se filtraba por la rendija de la parte inferior. No había mirilla, por lo que quienquiera que estuviera al otro lado quedaba completamente oculto a la vista.

«¿Hola?», dijo de nuevo, con voz suave y nerviosa.

«Natalie», dijo la voz al otro lado, «necesito hablar contigo».

Le llevó un segundo reconocer la voz. Era Tabitha.

Aliviada de que fuera alguien conocido, y una chica, encendió la luz principal y abrió la puerta.

«Natalie». Tabitha sonrió a modo de disculpa mientras examinaba su camiseta y sus pantalones cortos. «Lo siento mucho, ¿te he despertado?».

«No pasa nada», dijo Natalie, retrocediendo mientras Tabitha entraba en la habitación sin invitación. «Acababa de acostarme».

Tabitha ya estaba dentro de la habitación y miraba a su alrededor.

Natalie cerró la puerta; la idea de dejarla abierta la asustaba. «¿Va todo bien?».

«Eh, bueno», dijo Tabitha, ahora buscando algo más evidentemente. Pasó junto a la cama. «¿Te importa si echo un vistazo al baño?».

«¿Comprobar qué?».

Una sonrisa forzada. «Te lo explicaré en un momento».

«Adelante».

«¿Pasa algo?», preguntó Natalie cuando Tabitha salió del baño unos segundos después.

«Un momento», dijo, abriendo el armario doble, primero una puerta y luego la otra, y mirando dentro, donde solo había una tabla de planchar y ropa de cama de repuesto.

«¿Qué estás buscando?».

Ahora Tabitha prestó toda su atención a Natalie.

«Teníamos motivos para creer que tenías... a alguien en tu habitación».

—¿Alguien? ¿Quién?

«Russell Cave».

Natalie se rió ante tal sugerencia.

«Recuerdas las normas de la casa en cuanto al trabajo y la convivencia, ¿verdad, Natalie? Aceptaste cumplirlas».

«Las he cumplido», respondió Natalie, con un poco más de vehemencia de la que pretendía. ¿Interrogada por tener chicos en su habitación? Todo le parecía un poco ridículo, como algo que podría pasar en una excursión escolar, donde chicos y chicas con las

hormonas adolescentes revolucionadas intentarían colarse en los dormitorios de los demás.

«Con quién te relacionas fuera es, por supuesto, asunto tuyo, Natalie. Pero aquí hay unas normas que debes cumplir. Tú aceptaste cumplirlas», repitió Tabitha.

Natalie intentó reprimir su frustración. «¿Por qué pensaste que Russell estaba aquí conmigo?».

«Parecías muy cercana a Russell durante la cena. Estabais muy absortos en la conversación. Era obvio que había una conexión entre vosotros. ¿Una chispa, tal vez?».

Natalie decidió no mencionar la revelación de Russell sobre la familia Sinclair. «Estaba sentada a su lado, mantuvimos una conversación educada, eso es todo. No hay ninguna chispa».

«¿Cuándo fue la última vez que lo viste?».

—Cuando nos despedimos en el bar. Él se quedó abajo y yo volví a mi habitación. No estaba segura de por qué tenía que justificarse, pero quería corregir cualquier malentendido, por mucho que lo que hicieran o dejaran de hacer dos adultos no fuera asunto de Tabitha. —¿No has hablado con él sobre esto?

«Lo intenté. Pero no estaba en su habitación».

—¿Y ya no está abajo?

«No. Las luces se apagaron hace un rato».

«Bueno, no tengo ni idea de dónde está. Lo juro».

Tabitha se limitó a mirarla.

«No entiendo por qué pareces tan segura de que algo estaba pasando», insistió Natalie. «Realmente esperabas encontrarlo en mi cama, ¿verdad?».

«Teníamos nuestras razones», dijo enigmáticamente.

«¿Qué razones?».

Tabitha iba a decir algo, pero se contuvo.

«Por favor, tengo derecho a saber por qué pensabas eso, ¿no? Como puedes ver», dijo Natalie, señalando la habitación, «no hay nadie más aquí».

Tabitha asintió. —Había una nota. La dejaron en mi oficina.

Ahora empezaba a tener sentido. Natalie cogió la otra nota del escritorio y se la entregó. «¿Como esta?».

Tabitha miró el mensaje. «¿Quién la envió?».

«No lo sé. Alguien la deslizó por debajo de mi puerta mientras yo estaba abajo, en recepción».

«Creo que la letra coincide», reveló Tabitha. «Tendría que comprobarlo, pero estoy segura de que es de la misma persona».



TABITHA CERRÓ la puerta tras de sí, llevándose la nota consigo. Natalie se preguntó si debería haberla dejado quedarse con ella, pero Tabitha había dicho que a primera hora de la mañana llevaría ambas notas a una reunión del personal para discutirlos.

Parecía que se lo estaba tomando en serio. Quizás más en serio que la propia Natalie. Pero la gente de Brand New parecía un grupo muy serio.

Extrañamente seria.

No había tenido tiempo de apagar la luz cuando llamaron de nuevo a la puerta.

Tabitha debía de haber olvidado algo.

Esta vez no dudó al abrir. Pero se sorprendió al ver quién le sonreía.

«¿Russell?

«¿Puedo pasar?», susurró él, con una sonrisa aún en los labios. «Antes de que vuelva la Gestapo y me envíe a aislamiento».

Instintivamente, Natalie lo hizo pasar y cerró la puerta suavemente.

«Russell, ¿qué demonios haces aquí? Sabes que...».

—Sí, sí, va en contra de las normas de trabajo y convivencia —dijo, haciendo comillas con los dedos—. No se permite fraternizar entre los participantes y, *por supuesto*, nadie puede colarse en las habitaciones de otras personas. *Especialmente* del... sexo opuesto... ¡Dios no lo quiera!

Natalie miró fijamente a Russell. Estaba achispado. Pero solo había tomado una copa de vino durante la cena y estaba bastante segura de que lo había visto bebiendo Coca-Cola después en el bar.

De repente, sin embargo, le pareció oler whisky. —Russell, sabes que no puedes quedarte aquí.

«Lo sé, lo sé». Se alejó, girando trescientos sesenta grados en el centro de la habitación. «Tienes un lugar muy bonito».

«¿No es igual que tu habitación?».

«Sí. Pero me gusta cómo lo has decorado».

Natalie no pudo evitar sonreír. «Será mejor que te sientes un momento».

«No hace falta. Natalie, quiero enseñarte algo». Le tendió la mano y le dedicó una sonrisa que, sin duda, era hermosa, aunque ligeramente ebria. «Por favor, ven conmigo si quieres vivir».

Le pareció recordar que eso era de una película, pero no conseguía situarlo.

«Russell, no puedo».

«Sí que puedes, sí que puedes».

«Sospechan que hay algo entre nosotros», reveló ella. «Tabitha vino a mi habitación hace unos minutos, pensando que estabas aquí conmigo».

«Bueno, entonces llegó unos minutos antes de tiempo, ¿no?».

Una vez más, Natalie no pudo evitar sonreír. «¿Adónde quieres que vaya?».

«Es un secreto».

«No estoy segura de que me gusten los secretos».

«Este te gustará». De repente, pareció volver a la sobriedad. «Solo unos minutos. Tabitha no volverá. Probablemente ya se haya acomodado en su ataúd para pasar la noche».

Otra risa. Russell era mucho más divertido de lo que ella había pensado al principio.

Su encanto funcionó y ella cedió sin mucha persuasión. «Adelante, entonces».

«¡Fantástico!», dijo él, en voz demasiado alta, y se disculpó cuando Natalie se llevó un dedo a la boca.

Natalie se puso unos pantalones sobre los de pijama y se calzó los zapatos. Entonces se le ocurrió una idea. «Nos quedaremos dentro de la casa, ¿verdad?».

«Sí, sí. Dentro de la casa, de hecho. Vamos».

14

Cullen llamó a la puerta del apartamento de Jack. Casi inmediatamente, oyó un ruido. Pero pasó un buen minuto antes de que se abriera la puerta.

«Detective Cullen». Jack tenía las mejillas sonrojadas. Parecía que intentaba mantener la calma, pero no podía ocultar su expresión de nerviosismo. Su camiseta estaba ligeramente descentrada, como si se la hubiera puesto a toda prisa. Y tenía el pelo revuelto. Se había pasado la mano por él, pero eso era todo.

Todo ello sirvió para reforzar las sospechas de Cullen.

Jack apoyó una mano en el marco de la puerta y Cullen se preguntó si estaba intentando bloquear la vista del interior. —No esperaba volver a verte tan pronto.

—Solo tengo unas cuantas preguntas más —dijo Cullen.

Jack no movió el brazo. Sorprendió a Cullen al esbozar una sonrisa, como si algo le divirtiera. «¿Entonces no viene Amy?», dijo, mirando más allá del agente.

«No, esta vez solo yo».

—Entonces será mejor que entres —dijo Jack, retrocediendo hacia el apartamento—. Siéntate, por favor.

—No, gracias —dijo Cullen, permaneciendo de pie—. No tardaré mucho. Dejó que el silencio se instalara mientras escuchaba

atentamente por si había algún indicio de la persona que creía que estaba arriba.

«¿Qué puedo hacer por ti?».

—Solo quiero hacerte unas cuantas preguntas más, si no te importa.

Jack parecía molesto. —Voy a salir en unos minutos, ya te he dicho todo lo que sé.

Cullen se preguntó si era el momento adecuado.

—Mira —dijo Jack, con cierta irritación en la voz—. ¿Soy sospechoso oficial? Si lo soy, ¿no deberías llevarme a la comisaría y ofrecerme un abogado?

«Jack, relájese. No es usted sospechoso oficial. Pero es alguien que creo que podría ayudarnos».

Jack negó con la cabeza. Entonces, de repente, se dio cuenta de algo. —¿Puedo volver a ver su identificación?

—Claro. —Se la pasó.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Jack mientras examinaba la tarjeta y confirmaba sus sospechas. —Paul *Cullen*. —Levantó la vista, lo suficientemente satisfecho como para expresar su acusación —. ¿Eres el padre de Amy?

Cullen suspiró para sus adentros. Esto no facilitaría las cosas. Quizás debería haber dejado a Amy fuera durante aquel primer encuentro. Pero daba igual, ya era demasiado tarde. «Así es».

Jack giró la tarjeta de identificación entre sus dedos, examinándola minuciosamente por delante y por detrás, de tal manera que Cullen sintió ganas de arrebatársela. «¿Así que eres detective de la Policía Británica de Transportes?».

«Inspector jefe».

El molesto examen de la tarjeta de identificación continuó. —Policía *de Transportes* —reflexionó Jack—. ¿Y *qué* investiga exactamente la Policía Británica *de Transportes*? ¿Las hojas en las vías? —Se rió de su propio chiste.

Cullen se negó a morder el anzuelo del envalentonado Jack, aunque estaba muy tentado de pinchar la burbuja de este tipo. Era extraño e interesante cómo Jack se había puesto de repente a la

defensiva, y lo mejor era dejar que las cosas siguieran su curso sin provocar demasiado.

«Delitos graves y organizados en la red de transporte o relacionados con ella», respondió.

Estaba muy acostumbrado a tener que explicar a la gente a qué se dedicaba. Si trabajabas para la policía normal, la gente lo entendía. Pero la policía de transportes era otra cosa. Eran una delgada línea azul en gran parte invisible, a menudo confundida con las fuerzas normales, o simplemente ignorada.

Cullen continuó mientras Jack no decía nada. «Actividades relacionadas con las bandas, terrorismo, accidentes ferroviarios graves, asesinatos, violaciones, agresiones graves... personas desaparecidas, cuando tenemos motivos para creer que pueden estar en peligro o haber sufrido algún daño». Dejó que la última parte de la frase flotara en el tenso espacio entre ellos mientras se miraban fijamente a los ojos.

Cullen le quitó la tarjeta de identificación de los dedos a Jack y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

«Quiero darte una oportunidad, Jack», dijo Cullen, aprovechando el momento para asestar un golpe sorpresa.

Jack lo miró desconcertado. «¿Una oportunidad?».

«Una oportunidad para decirme la verdad».

Hubo un destello de algo. ¿Pánico, tal vez? ¿O culpa? Por un momento, Cullen se preguntó si Jack Morton estaba ocultando algo más, algo que aún no había considerado. Decidió darle un poco más de cuerda y se quedó en silencio.

—Te juro que no le he hecho nada a Natalie —protestó Jack, pasándose la mano por el pelo revuelto. La bravuconería había desaparecido por el momento—. No la he visto desde que rompimos, hace dos semanas. No soy responsable de su desaparición.

Cullen se limitó a asentir. Y ahí estaba. Otro ruido, procedente del piso de arriba. Ambos lo oyeron. Jack no pudo evitar mirar instintivamente hacia el techo.

Sus miradas se cruzaron y Cullen mantuvo la mirada fija, lanzándole un desafío tácito.

—¿Puedo usar tu baño? Está arriba, ¿no?

Jack tragó saliva. Sabía lo que estaba pasando. El juego había terminado. Pero sorprendió a Cullen al aceptar su petición. «Claro». Consiguió sonreír. «Arriba, la primera puerta a la izquierda. No es muy grande, no tiene pérdida».

Cullen subió las escaleras, sintiendo la mirada de Jack sobre él desde abajo. Llegó arriba y pasó directamente por delante de la puerta abierta del baño, recorriendo el corto pasillo hasta la única otra puerta.

No llamó a la puerta.

La atractiva chica, en sujetador y braguitas de color rosa brillante, sentada en el borde de la cama doble sin hacer, le sonrió sin vergüenza.

«Hola», dijo, echándose hacia atrás su liso cabello oscuro por encima del hombro. Parecía española o italiana. No tenía más de dieciocho años. Probablemente era una estudiante de primer año.

«Siento mucho interrumpir», dijo Cullen, desviando la mirada mientras examinaba la lámpara de la mesilla con fingido interés. Recordó lo que Amy le había contado sobre el comportamiento depredador y e a de Jack en la universidad y quiso advertir a aquella hermosa joven del tiburón que había abajo.

«No pasa nada», dijo ella, con un marcado acento mediterráneo y una cálida sonrisa. «Jack dijo que quizá invitaría a un amigo».

Cullen esbozó una sonrisa forzada. —¿Ah, sí?

—No es un amigo —dijo Jack apresuradamente, de pie en la puerta.

«Ah», dijo la chica, desconcertada. Se puso la camiseta y se la pasó por la cabeza, sacando el pelo de debajo de la tela.

Cuando se agachó para coger los vaqueros que había tirado al suelo, Jack puso un pie sobre una de las perneras. Ella lo miró con ira, pero se echó hacia atrás, cruzando los brazos.

«Este es el inspector jefe Paul Cullen. No nos molestará mucho tiempo».

«Siéntete libre de volver a ponerte los vaqueros», dijo Cullen con tono incisivo.

Jack retiró el pie y la chica se vistió, para gran alivio de Cullen. No era mojigato, pero realmente no se sentía cómodo con ella

sentada allí semidesnuda, y su entrada le parecía una especie de interludio extraño en cualquier juego en el que estuvieran inmersos.

«Estoy investigando la desaparición de Natalie Long», dijo Cullen, mientras la chica se sentaba de nuevo en el borde de la cama. Notó que ella le lanzaba una mirada fugaz a Jack y luego volvía a mirarlo a él.

«Es estudiante de la Universidad de Bristol», continuó Cullen. «¿Y tú?».

La chica asintió con la cabeza.

—¿Conoces a Natalie?

—No —respondió ella, con demasiada rapidez.

«Supongo que es una universidad grande», bromeó Cullen. «Hay miles de estudiantes. Solo pensé que Natalie y Jack, que están aquí, tenían una relación hasta hace poco».

Ella tragó saliva. «Sé quién es, pero no la conozco. Nunca nos hemos visto».

«Nunca se han visto», dijo Cullen, corrigiendo el tiempo verbal.

«Así es», dijo Jack. «No se conocen».

«¿Cuánto tiempo hace que conoces a Jack?», le preguntó Cullen a la chica.

«Desde septiembre. Es mi...».

«Nos conocimos en la universidad», interrumpió Jack. «En el departamento donde trabajo».

Cullen ignoró a Jack. —¿Es tu profesor?

Su rostro le dio la respuesta. —No es lo que piensas —dijo ella, con el rostro repentinamente endurecido—. No se está aprovechando de mí. No soy una niña. Nuestra relación, lo que tenemos, es seria.

Sonaban como las palabras de una niña. Y, a pesar de su aparente bravuconería, no había duda de que Jack se estaba aprovechando de ella. —¿Tienes una relación? —repitió él.

«Por supuesto», dijo ella, enfadándose. «¿Crees que me acuesto con cualquiera?».

Cullen pensó en la mención del «amigo» que venía a unirse a la diversión. «¿Cuánto tiempo lleváis viéndoos?».

«Mira, ¿qué tiene que ver esto con la desaparición de Natalie?», dijo Jack.

«¿Cuánto tiempo?», repitió Cullen.

«Dos meses», respondió ella.

«Interesante», señaló Cullen. Miró a Jack.

«Mira, sé lo que estás pensando. Engañé a Natalie, sí, lo admito. Pero eso no significa que tenga nada que ver con lo que le ha pasado».

«Significa que eres un mentiroso».

«Todos somos mentirosos», replicó Jack.

«También significa que en realidad no te importaba mucho Natalie, ¿verdad?».

De hecho, se sonrojó al oír eso.

«Ella solo era otra de tus conquistas».

«Creo que deberías irte».

«Aún no he terminado, Jack. Solo unas preguntas más. Sobre tu paradero durante los últimos días».

«Díselo, Gabby», dijo Jack. «Dile al detective Cullen dónde estuve el fin de semana».

«Estuvo conmigo».

«¿Todo el fin de semana?». Cullen estudió su rostro en busca de alguna pista.

«Sí, todo el fin de semana. Desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la tarde».

Cullen se volvió hacia Jack. «Detalles».

—Jack me llevó a pasar un fin de semana romántico —dijo Gabby —. Fue increíble.

«Fuimos en coche a Devon», añadió Jack. «En mi furgoneta Volkswagen».

«¿Os alojasteis en un camping?».

Él asintió. «Al sur de Paignton».

«¿Cómo se llama?».

«Cliff Top View. Si quieres, puedes llamarles, ellos tendrán los detalles de la reserva. Tengo el número». Fue a sacar su teléfono móvil.

—Puede que lo haga —dijo Cullen—. Si lo hago, buscaré el número. —Se volvió hacia Gabby—. Siento haberte molestado. Te dejo con tu... pero puede que quiera volver a hablar contigo.

Ella asintió con la cabeza mientras Cullen salía, con Jack siguiéndole de cerca, y bajaban a la planta baja.

«Gracias por tu ayuda, Jack», dijo Cullen al salir a la acera. «Me pondré en contacto contigo».

Jack volvió a colocarse en la puerta para bloquearla. —Te he contado todo lo que sé. Y, como has oído, estuve en Devon durante el fin de semana. ¿Por qué necesitarías volver a hablar conmigo?

—Pensé que quizá te interesaría saber cualquier noticia sobre Natalie, ya que eras tan amigo suyo.

—Sí, sí, por supuesto.

—Y si recuerdas algo que pueda ayudarnos en nuestra investigación, no dudes en ponerte en contacto conmigo.

Jack asintió.

«Una cosa más», añadió Cullen, justo cuando Jack estaba a punto de cerrar la puerta. «El amigo que mencionó Gabby, el que esperaba que se uniera a ustedes, ¿también es miembro del personal docente de la universidad?».

—Eso *no* es asunto suyo —respondió con rostro impasible, cerrando la puerta de un portazo.

Cullen se quedó allí unos segundos, reflexionando, antes de volver con Amy.

15

Viernes por la noche anterior

NATALIE SIGUIÓ a Russell fuera de la habitación y bajó las escaleras, de vuelta hacia la recepción. Las luces estaban atenuadas, pero aún encendidas, por lo que podían ver por dónde iban. Pero eso también significaba que otras personas podían verlos.

«¿Y si hay alguien en el mostrador?», susurró, muy consciente de que si los pillaban juntos, eso sería el fin de su experiencia de fin de semana en New House. Tabitha daría por sentado que había algo entre ellos y que el autor de la nota decía la verdad.

«No hay nadie», dijo Russell. «Confía en mí».

Natalie no estaba segura de confiar en él. Al fin y al cabo, solo hacía unas horas que lo había conocido. Entonces, ¿por qué había aceptado arriesgar la oportunidad de su vida solo porque él había venido a su habitación y se lo había pedido?

Ahora era demasiado tarde para dar marcha atrás.

«Por aquí», indicó Russell cuando llegaron al pie de la escalera.

Afortunadamente, la recepción estaba efectivamente desierta.

Natalie lo siguió, pasando por delante del mostrador, a lo largo de un pasillo que se extendía hacia la derecha y pasando por varias puertas cerradas.

Se detuvo al llegar a un panel. «El libro tenía razón», anunció.

«¿El libro?».

«Este libro», dijo, sacando una edición de bolsillo en mal estado titulada *Asesinato en Mayfair: la verdadera historia de la masacre de Sinclair*.

Natalie hizo una mueca al ver la portada, que mostraba la casa en la que se encontraban en ese momento empapada en sangre.

De repente, sintió ganas de acurrucarse en su cama.

«Me gusta hacer mis deberes», continuó él. «Encontré este libro en Internet. Es una lectura muy interesante». Hojeó las páginas para darle más énfasis.

«También inquietante».

«Oh, sí, sin duda inquietante en algunos pasajes. En fin, el libro menciona que lord Sinclair tenía un despacho en la planta superior oculta de la mansión, a la que solo se podía acceder a través de una escalera de caracol secreta. El libro daba la ubicación aproximada. Debo admitir que me pregunté si sir Kenneth lo habría sellado, pero no fue así. ¡Mira esto!».

Russell sonrió mientras colocaba las manos a ambos lados del panel de madera. Con un giro brusco, el panel giró, dejando espacio suficiente para que una persona pudiera pasar de lado.

«Ven conmigo», dijo con los ojos muy abiertos por la emoción.



Natalie dudó un momento en el pasillo, mientras Russell le hacía señas de nuevo desde detrás del panel. Miró hacia atrás, hacia donde habían venido. Todo estaba en silencio.

«Vamos», insistió Russell. «Cuanto más tiempo te quedes ahí, más posibilidades hay de que venga alguien».

«Pero...».

«El panel se cerrará detrás de nosotros», dijo Russell, adivinando sus pensamientos. «Nadie sabrá que hemos estado aquí».

Natalie volvió a mirar atrás.

«Última oportunidad», dijo Russell. «Te prometo que valdrá la pena».

Finalmente, Natalie cedió. Al fin y al cabo, ya había llegado hasta allí. Se deslizó por el hueco y se encontró al pie de una escalera de caracol de madera.

«Buen trabajo», dijo Russell, mientras volvía a colocar el panel en su sitio, dejándolos momentáneamente en la oscuridad.

«¿Podremos salir?», preguntó Natalie, mientras Russell encendía la luz, que parpadeó varias veces antes de iluminar el pequeño espacio que ocupaban.

«Sí, no hay problema», dijo Russell, cuyo cuerpo estaba a pocos centímetros del de Natalie en el reducido espacio. «Solo tienes que hacer lo mismo que hiciste para abrirlo desde el otro lado».

Ella sintió una extraña sensación de emoción al compartir ese espacio íntimo con un desconocido. Con la cara casi tocando la de Russell, sonrió. «¿En qué me he metido?».

—Ah —dijo él, sonriendo y tocándose la nariz—. Paciencia, Natalie, lo descubrirás muy pronto. Ahora sígueme. Será mejor que nos mantengamos en silencio, ya que estamos detrás de las paredes y quién sabe por qué habitaciones pasaremos.

Natalie asintió y siguió a Russell mientras subían lenta pero decididamente por la estrecha escalera. No había más luces y la oscuridad se intensificaba a medida que subían. Dieron vueltas y vueltas en la penumbra, hasta que la luz volvió a brillar y llegaron a la cima. La bombilla desnuda, que colgaba sobre una puerta solitaria, brillaba con intensidad.

«Ya estamos aquí», susurró Russell. Antes de que Natalie pudiera responder, empujó la puerta y la mantuvo abierta para que ella pasara.

Natalie entró en la habitación, cuyas luces ya estaban encendidas. Parecía un estudio muy elegante, todo de caoba y cuero, rodeado de impresionantes estanterías repletas de libros. En una esquina había un escritorio y unas cómodas sillas. Y delante de ellos había una zona de bar, con una gran variedad de bebidas alcohólicas. El techo inclinado era lo suficientemente alto como para no resultar opresivo, a diferencia de algunos lofts modernos.

«Impresionante, ¿eh?», dijo Russell, dirigiéndose a grandes zancadas hacia las bebidas. Cogió una botella de whisky y un vaso, y

sirvió una generosa cantidad.

«No deberíamos estar aquí», dijo Natalie, sintiéndose de repente muy incómoda. Dio un paso atrás.

«*No pasa* nada», la tranquilizó Russell. «Natalie, no te preocupes, *nadie* nos va a pillar».

«No es eso. Es solo que me parece, bueno, que no está bien, eso es todo».

Russell le entregó un whisky. «Toma».

Ella lo cogió, pero el peso del vaso la sorprendió y casi se le resbala de las manos. «Dios mío».

«Ten cuidado», dijo Russell, «esa copa de whisky que tienes en la mano es muy cara. Es una añada. Soy un poco aficionado al whisky y no me lo podía creer cuando la vi. Además, sabe increíble. Potente, pero ligera. La segunda copa es incluso mejor que la primera».

Por eso parecía achispado.

Él vio que ella miraba la botella medio vacía. «Solo me he tomado un par de copas, Natalie. Y no es que el dueño vaya a volver a reclamarla. A menos que creas en los fantasmas, claro». Sonrió mientras daba un sorbo a su última copa. «Ah, qué bueno».

Natalie realmente no tenía ganas de beber. Ni siquiera le gustaba especialmente el whisky, a menos que estuviera mezclado con Coca-Cola.

«¡Vamos, bebe!».

Ella tomó un sorbo. El ardor era intenso.

«¿Ves? Te dije que estaba bueno», dijo Russell, sin parecer darse cuenta de que su cara decía lo contrario. Se dejó caer en una de las sillas y cruzó los pies al final de sus piernas estiradas. «Me decepcionó un poco que no hubiera puros aquí arriba. En el libro dice que al viejo Sinclair le gustaba fumar uno o tres puros mientras estaba aquí arriba, mirando las estrellas».

«¿Mirando las estrellas?», preguntó Natalie de nuevo, pero confirmó que no había ventanas en esta habitación del último piso.

«Oh, sí», respondió él, poniéndose de pie. «Mira esto. El libro explicaba cómo funcionaba». Se acercó a una manivela dorada fijada a la pared y comenzó a girarla.

Natalie oyó el crujido de un mecanismo que se ponía en marcha, mientras el techo comenzaba a separarse del vértice, dejando al descubierto el cielo. Cuando el movimiento se detuvo, se habían retraído unos tres metros de techo, lo que permitió que el aire fresco de la noche londinense entrara y transformara la habitación en un espacio exterior.

«Es mejor sin las luces», dijo Russell, apagándolas.

«Vaya», dijo ella, hipnotizada por el cielo que ahora se extendía ante ellos. Era una noche clara y podía distinguir algunas estrellas, incluso con la contaminación lumínica. «Es increíble».

«¿Verdad?», dijo Russell, también mirando al cielo. «El libro dice que Lord Sinclair era un astrónomo bastante entusiasta. Supuestamente pasaba mucho tiempo aquí arriba solo. Parecía bastante solitario. No era realmente un hombre de familia. Se rumorea que solo se casó para tener descendientes que mantuvieran vivo el nombre de Sinclair».

«Pero ¿no dijiste que...?»

«Tuvieron dos hijas, sí. Dicen que él estaba desesperado por tener un hijo, pero después de las dos primeras, no volvieron a tener más. Creo que eso les afectó mucho, al menos a él». Russell miró a su alrededor. «Puedo imaginar al viejo lord Sinclair sumido en sus pensamientos aquí, en l , lejos de la familia que nunca había deseado. Quizás, cuando llegó el momento, no le resultó tan difícil deshacerse de ellas».

Natalie se estremeció, y no solo por el descenso de la temperatura. Se abrazó a sí misma. «No puedo imaginar cómo alguien podría hacerle eso a otra persona, y mucho menos a su propia familia, a sus propias hijas».

«Tampoco fue algo espontáneo», reveló Russell. «Lo había planeado durante semanas. La policía encontró las notas que había escrito allí, en esos cajones».

Natalie miró hacia el escritorio. «No».

«Llevaba un diario en el que documentaba sus pensamientos y sentimientos —sobre el negocio, su familia— que se habían vuelto cada vez más oscuros e inquietantes. En las últimas páginas, había esbozado los planes para suicidarse y llevarse al resto de la familia

con él. Lo había planeado todo con meticuloso detalle. Sabía qué noche iba a ser, sabía cómo lo iba a hacer. Probablemente escribió la nota de suicidio en esta misma habitación». Russell se volvió hacia Natalie y sonrió, con la luz del exterior proyectando sombras en su rostro. «Estás rodeada de historia, Natalie».

Natalie se estremeció de nuevo. Esa habitación realmente le daba escalofríos. Era como si pudiera sentir la presencia de algo malo. «¿Por qué me has traído aquí?».

Russell se encogió de hombros. «Parecías interesada en la historia de Sinclair durante la cena. Pensé que te gustaría verla».

«Claro».

Russell dio un paso más hacia ella. «Y quería aprovechar la oportunidad para pasar más tiempo contigo».

«¿Más tiempo conmigo?».

«Sé que acabamos de conocernos, pero me gustas mucho, Natalie. Quiero conocerte mejor, ya sabes, antes de que empiece esta estúpida competición por la mañana».

Le rodeó los hombros con las manos y Natalie se dejó. La atracción era mutua y sintió un escalofrío de emoción cuando sus cuerpos se unieron. Él acercó su rostro al de ella y se besaron tiernamente, simplemente disfrutando del beso bajo las estrellas.

«Lo siento», dijo Natalie, retrocediendo. «Lo siento, realmente no puedo hacer esto ahora».

16

Cullen se bajó del autobús a mitad de Gloucester Road, una bulliciosa arteria que atraviesa de norte a sur el corazón de la ciudad de Bristol. Flanqueada por todo tipo de negocios (tiendas de comestibles, cafeterías, pubs, delicatessen, tiendas de discos), le recordaba un poco a Londres.

El piso de Amy estaba justo al lado de la carretera principal, en la zona de Bishopston. Antiguamente había sido una majestuosa casa georgiana, pero ahora estaba en ruinas y dividida en dos. Sin embargo, se encontraba en una calle decente, flanqueada por viviendas privadas que, evidentemente, habían sido renovadas más recientemente. La zona era una ubicación privilegiada para los miles de estudiantes que buscaban alojamiento a poca distancia del campus del centro de la ciudad.

No era barato.

Cullen llamó a la puerta. Había pasado el corto trayecto en autobús pensando en Jack. Sin duda era un tipo desagradable, y se preguntaba qué había visto Natalie en él. No parecían encajar en absoluto. Pero estaba la cuestión del poder, y ese tipo de dinámica, ese desequilibrio de poder, podía atraer tanto como arruinarlo todo.

«Papá», dijo Amy al abrir la puerta. Por su mirada expectante, se dio cuenta de que, en el fondo, ella esperaba que él volviera con

respuestas. Y no era porque fuera detective de policía. Era porque era su padre, el que debía ser capaz de arreglarlo todo.

Lamentaba decepcionarla.

«¿Alguna noticia?», añadió ella, con el rostro desencajado, ya que era evidente que sus esperanzas se estaban desvaneciendo.

«Entremos».

Cullen la siguió al salón y se sentó frente a ella. Su expresión volvió a ser un poco más positiva.

«No he averiguado nada más sobre el paradero de Natalie», dijo sin rodeos. Lo último que quería era darle falsas esperanzas.

«Oh».

La mirada de decepción en el rostro de su hija: eso le afectaba cada vez.

Ella bajó la mirada hacia la alfombra raída.

«Pero tenía razón. Había alguien arriba. Una chica».

Volvió a captar su atención.

«Ah, vale».

«Una estudiante», añadió. «En su cama».

Amy le lanzó una mirada confusa, como preguntándole cómo lo había descubierto.

«Jack se mostraba evasivo, así que tuve que tomar cartas en el asunto y explorar su apartamento».

«¿Y qué pasó?».

«La chica pensó que yo estaba allí por algo bastante más interesante».

Amy comprendió lo que quería decir. «Dios mío». Puso cara de asco.

«No acepté su oferta».

«Papá, eso está *mal*».

Él asintió. «¿Dijiste que él y Natalie se separaron hace dos semanas?».

«Sí».

«Esta chica lleva más tiempo en escena».

«No me sorprendería en absoluto».

«¿Por qué no?».

«Es solo una corazonada. Como te dije, nunca me ha caído bien. Parece el tipo de persona que haría algo así si tuviera la oportunidad».

«Pero eso no significa que tenga nada que ver con la desaparición de Natalie».

«No, no lo significa», admitió ella. «Pero he estado pensando desde que llegué a casa: realmente no parecía importarle en absoluto que ella hubiera desaparecido. Ni una pizca de compasión. Simplemente parecía tan frío».

«Estoy de acuerdo. Pero eso no significa que sea culpable de nada. Aparte de ser un canalla».

Eso le arrancó una sonrisa.

Cullen pensó por un segundo. «¿Sigues pensando que Natalie podría estar en peligro?».

—Sí. De verdad lo creo.

«¿Te importa si echo un vistazo a su habitación?».

«Pensaba que nunca me lo ibas a pedir», dijo ella, levantándose del sofá de un salto.

«Solo una pregunta», dijo él, «antes de empezar».

«Adelante».

«¿Tienes té Earl Grey? Estoy sediento».



Cullen saboreó la taza de té, acompañada de un par de galletas Rich Tea que eran perfectas para mojar, siempre y cuando se dejaran en el líquido el tiempo justo. Amy había heredado de su padre el gusto por las «dippers», como las llamaban en el norte, y a él le gustaba que tuviera una reserva en el armario.

«¿Más galletas?», preguntó Amy, entrando desde la cocina mientras Cullen se desplazaba por su teléfono. Estaba buscando nuevas noticias sobre el incidente de esa mañana, pero no había ninguna.

«Mejor no», dijo, apurando el resto del té. «Bien, indícame dónde tengo que ir».

Subieron las escaleras y se dirigieron a la habitación de Natalie. Amy echó un vistazo rápido primero, por si había algo embarazoso allí, pero una vez que dio el visto bueno, Cullen se puso manos a la obra.

«¿Qué estás buscando?», preguntó Amy mientras él empezaba a revisar los papeles del desordenado escritorio.

«Para ser sincero, no estoy seguro», respondió él, sin dejar de buscar. «Algo, cualquier cosa que pueda dar alguna pista sobre el paradero de Natalie».

No había nada digno de mención. Muchos artículos sobre marketing y marcas. Una revista de estilo de vida. Algunos recibos de comidas fuera de casa, compras y el viaje en tren a Londres.

Y, enterrado bajo todo, un libro.

Nuevos horizontes.

Cullen cogió la autobiografía, cuya portada mostraba una foto sonriente de Sir Kenneth New. El eslogan decía:

¡El secreto de mi éxito, en mis propias palabras!

Examinó la contraportada.

«Lectura preparatoria para el fin de semana», dijo Amy con tristeza. «Estaba *tan* emocionada con todo. Compró ese libro hace unos meses en Cheltenham, en el festival del libro. Fue a ver una charla de Sir Kenneth y él estaba firmando ejemplares».

Cullen abrió la cubierta y descubrió el mensaje de Sir Kenneth en la página interior de la portada.

Encantado de conocerte, Natalie. ¡Eres realmente encantadora! ¡Espero que nos volvamos a ver muy pronto!

«Este tipo parece un poco exagerado. ¿Estabas allí?».

«No, fue con uno de sus compañeros de clase. No es lo mío».

Dejó el libro sobre la mesa. «Ni lo mío».

«Si te gusta el branding, Sir Kenneth es el hombre más importante. Recuerdo cuando Natalie volvió a casa después de conocerlo. Estaba tan emocionada que no paraba de hablar de su presentación y de lo amable que había sido durante la firma. Le tomé el pelo diciéndole que se había enamorado».

«¿Y se enamoró?».

«Quizás. Fuera lo que fuera, después de ese día estaba desesperada por trabajar en su empresa, así que cuando llegó a la fase final de selección, fue como un sueño». Hizo una pausa para pensar. «Y ahora se ha convertido en una pesadilla».

«Tengo que hablar con esa gente».

17

Viernes por la noche anterior

«Lo siento», dijo Russell, dando un paso atrás. «Lo siento mucho, no tenía intención de...».

«No pasa nada», respondió Natalie. «No fue solo culpa tuya».

Se miraron el uno al otro, sin saber muy bien qué hacer a continuación.

«No, en realidad *fue* culpa mía», dijo Russell con una sonrisa, tratando de aliviar el ambiente. Levantó las manos. «No diré tonterías sobre malinterpretar las señales, lo prometo. Fue culpa mía».

«Es que no puedo», dijo Natalie. «Lo siento».

«No, lo entiendo. Es una idea estúpida, fraternizar con otra concursante. Es muy sensato por tu parte ponerle fin».

«No es eso».

«¿Ah, no?».

«En otras circunstancias», dijo Natalie, «sería diferente. Pero acabo de salir de una relación difícil y no creo que esté preparada todavía».

«Lo entiendo». La miró con atención. «¿Alguien te ha hecho daño? Sea quien sea ese tipo, debe de estar loco».

Natalie se rió ante el cumplido, pero notó que se sonrojaba. «Está loco, en cierto modo. También es controlador y mentiroso».

«Parece que estás mucho mejor sin él».

«Lo estoy».

«¿Fue una relación duradera?».

«Dieciocho meses. Nos conocimos la primera semana en la universidad, en uno de los eventos para nuevos estudiantes en la ciudad. Nos llevamos bien desde el principio. Al principio no estaba segura, él es cinco años mayor que yo, es investigador posdoctoral...».

«¿Un posgraduado en un evento para nuevos estudiantes? Me parece sospechoso y desesperado».

«Lo sé, lo sé, pensándolo bien, es un poco raro. Pero en ese momento no me lo cuestioné. Ahora sé que debería haber sido una señal de alerta. Mirando atrás, me siento un poco tonta, para ser sincera. Él me atrajo y yo se lo permití. Luego me hizo mucho daño».

«No hace falta que me cuentes más», dijo Russell. «No quiero entrometerme».

«No pasa nada», respondió Natalie. «Sabes, ni siquiera le he contado toda la historia a mi mejor amiga, Amy. No se lo he contado a nadie. Quizás esta noche sea el momento adecuado, aquí contigo».

«Solo si tú quieres».

«Pero tú no quieres oír esto, ¿verdad? Quiero decir, ni siquiera me conoces, ¿por qué querrías escuchar mis problemas, mis fracasos sentimentales?».

Russell se encogió de hombros mientras se sentaban uno frente al otro. «Porque me he tomado tres copas de esto», dijo, levantando el vaso de whisky, «y soy bastante bueno escuchando cuando estoy borracho».

Natalie se rió. «Para ser alguien que se dedica a la muerte, eres un tipo bastante divertido».

Russell arqueó una ceja. «Ayuda tener sentido del humor cuando se trata de la muerte. Si no, todo se vuelve demasiado *morboso*».

Se bebió el resto del whisky. «Bueno, Natalie, preciosa, cuéntame más cosas sobre ese imbécil de tu exnovio».

«Se llama Jack. Como te dije, es investigador de posgrado en la universidad. Por suerte, no es del mismo departamento. Es psicólogo».

«Oh, psicólogo, hay que tener cuidado con esos». Se dio un golpecito en la cabeza. «Una vez salí con un psicólogo. Nunca más».

Esto provocó otra carcajada.

«¿Cómo se llama este tipo?».

«Jack. Jack Morton».

«Y, sobre todo, *nunca* salgas con psicólogos que se llamen Jack». La señaló con su copa. «Nunca».

«Lo prometo», respondió ella.

«Lo siento, continúa».

«¿Seguro que quieres oír esto?».

«Sí, claro. Cuéntamelo todo».

«Vale. Al principio era increíble, el novio perfecto. Durante los primeros seis meses, las cosas no podían ir mejor. Era amable, considerado, me daba espacio para estar con mis otros amigos. Yo era muy feliz. Quizás eso fue lo que me impidió ver la verdad de lo que estaba pasando. Al principio ni siquiera noté el cambio. Se deslizó a mi alrededor como arenas movedizas y, antes de darme cuenta de que algo iba mal, ya estaba metida hasta el cuello».

«¿Entonces empezó a ponerse pesado?».

«Empezó con pequeños comentarios. Sobre con quién salía y cuándo. Ya sabes, pequeños comentarios, pullas a mis amigos. Ahora me doy cuenta de que estaba intentando crear distanciamiento entre nosotros, especialmente entre mi compañera de piso, Amy, y yo. No le gustaba nada, y creo que era porque ella lo veía tal y como era, veía lo que a mí me costó mucho más tiempo ver».

«He conocido a hombres como él. Ven a las mujeres como posesiones. Apuesto a que te engañó, ¿verdad? ¿Más de una vez?».

«Sí, me engañó. Más de una vez. Descubrí que había estado saliendo con otra chica durante unos meses a mis espaldas».

«Pero él seguía queriéndote».

«Supongo».

«¿El maltrato fue físico, si no te importa que te lo pregunte?».

«No, nunca fue físico. Pero me hizo daño de otras formas».

«Estoy segura de que sí».

«Sabes, cuando miro atrás, no puedo creer que no me diera cuenta antes de lo que estaba pasando. ¿Qué es lo que dicen sobre hervir una rana? Si lo haces lentamente, la rana ni siquiera se dará cuenta hasta que sea demasiado tarde. Bueno, eso fue lo que me pasó a mí». Sonrió con tristeza.

«Pero no te hirvieron», dijo Russell. «Sobreviviste».

«Sí», dijo ella, dando un sorbo a su bebida. «Sobreviví. Y ahora soy libre. Aunque no me siento tan libre en este lugar, con sus extrañas reglas».

«Es cierto. Este lugar es muy controlador. Para ser sincero, no puedo superarlo. Es como estar en una especie de internado victoriano».

«Yo pensaba lo mismo».

—Supongo que eso nos convierte en alumnos muy traviesos —dijo él con una sonrisa pícara—. ¿Qué crees que harían si nos pillaran?

«¿Qué, aparte de echarnos de la casa?».

«¿No crees que solo nos darían una advertencia?».

Natalie recordó la mirada de Tabitha cuando registraba su habitación. «Lo dudo mucho». Decidió contarle a Russell lo que había pasado.

«No me lo puedo creer», dijo él cuando Natalie terminó de contarle la historia. Hinchó las mejillas. «Así que sabe que he salido de mi habitación». Se pasó la mano por el pelo. «Probablemente esté buscándome ahora mismo. O esperando para tenderme una emboscada cuando vuelva». Sus ojos brillaron en la penumbra. «Oye, quizá debería volver a tu habitación. Solo por esta noche».

«Eres persistente», señaló Natalie. «Te lo concedo».

«No, en serio», dijo él, «la verdad es que me siento un poco mal. Primero te interrogó Tabitha y luego vengo yo y te convenzo de que rompas las reglas, lo que podría significar el fin del trabajo de tus sueños».

«No pasa nada», dijo Natalie encogiéndose de hombros. «No me costó mucho convencerme».

«No, supongo que no», reflexionó él.

«Supongo que sentí la necesidad de rebelarme», explicó ella. «Acabo de salir de una relación controladora. Me sentía libre y emocionada. Y entonces crucé las puertas de este lugar y volví a estar bajo la influencia de otra persona. Creo que necesitaba esto».

«Entonces está bien», respondió Russell. «Ahora no me siento tan culpable. Pero estoy intrigado».

«¿Intrigado?».

«Por quién envió las notas».

«Sí...».

«¿No lo estás?».

«La verdad es que no he tenido mucho tiempo para pensar en ello», dijo ella. «Cuando me enteré de la nota a Tabitha, apareciste tú y me distrajiste».

«Pues ahora tienes tiempo», dijo él. «¿Quién crees que es?».

«Yo...», Natalie dudó. Acababa de conocer a sus compañeros de piso. Sería pura conjetura, por lo que le parecía totalmente injusto señalar a uno de ellos como responsable del acto. «Realmente no lo sé».

Russell sonrió con aire cómplice. —¿No lo sabes?

«No. ¿Por qué debería saberlo?».

Él se encogió de hombros. «Pensé que tendrías tus sospechosos, eso es todo».

«¿Por qué, tú sí?».

La sorprendió asintiendo con la cabeza.

«¿En serio? ¿Quiénes?».

—Samantha.

«¿Qué te hace pensar que es ella?».

«Una corazonada».

«¿Qué? ¿Y eso es todo? No puedes señalar a alguien solo por una corazonada. No es...».

—¿Justo? —la interrumpió él—. No, supongo que no. Pero sigo pensando que es ella. No, *estoy convencido* de que es ella. Solo que aún no tengo pruebas.

Natalie arqueó una ceja. «¿Todavía? ¿Quieres convertirte en detective?».

«Algo así».

«Adelante, Colombo, ¿cuál es tu estrategia?», bromeó ella.

«Bueno, en realidad es bastante simple. Compararemos la letra con la nota».

«Tabitha tiene las notas».

«Vale...», pensó para sí mismo. «Entonces, o intento recuperar las notas de Tabitha, o le pregunto a Samantha, la miro directamente a los ojos y le pregunto si fue ella».

«Eso suena como un plan realmente malo. El plan de alguien que ha bebido demasiado whisky caro».

«Probablemente tengas razón». Dejó el vaso vacío sobre la mesa que tenía al lado. «Sin embargo, creo que es Samantha. Ten cuidado con ella».

«Pero ella parece tan...».

«Parece», dijo Russell. *«Parece*».

«¿Qué quieres decir?».

«Quiero decir que no sabes nada sobre ella, aparte de lo que te ha contado. No tienes forma de comprobar los hechos, porque no puedes salir de casa y no puedes conectarte a Internet para buscarla en Google. Podría estar diciéndote cualquier cosa».

Natalie recordó algo que la propia Samantha había dicho después de la cena: que no podían comprobar la veracidad de la historia del asesinato de Lord Sinclair que había contado Russell porque no tenían acceso a Internet. Era curioso darse cuenta de lo mucho que todos dependían de la web para validar las cosas, y solo cuando se te negaba el acceso te daba cuenta de ello. «Bueno, eso se podría decir de cualquiera de nosotros. ¿Cómo sé que eres quien dices ser?».

«No lo sabes. Tienes que creer en mi palabra. Pero *podría* estar mintiendo. Al fin y al cabo, un negocio que ofrece a la gente el funeral de sus sueños, lanzando sus cenizas al espacio. Suena un poco irreal, ¿no? Podría haberlo inventado todo, como parte del juego».

«¿El juego?».

«Sí, el juego. Todos jugamos para ganar, ¿no es así, Natalie? Y el premio es muy grande».

«Bueno, supongo. Pero yo no lo había pensado como un juego».

«La vida es un juego, con ganadores y perdedores».

Natalie pensó en lo que él acababa de decir. «¿Entonces estás diciendo la verdad sobre tu negocio?».

«Sí».

«Pero dirías eso, ¿no?».

«Sí, lo diría».

«Entonces, ¿por qué debería confiar en ti?».

«No deberías. Esa es mi opinión. No deberías confiar en nadie aquí, ni en mí, ni en Tabitha, ni en nadie más».

«Yo...».

«Veo que te incomoda esa idea», continuó él. «Pero tienes que estar alerta. Tienes que endurecerte. Porque este fin de semana va a ser una verdadera prueba para ti. Y tienes que estar preparada. Toma». Le entregó una tarjeta. «Mis datos de contacto. Cuando salgamos todos de este extraño lugar, me gustaría mucho volver a verte».

Natalie cogió la tarjeta y sonrió. «Me encantaría».

18

Cullen tomó un tren temprano de vuelta a Paddington, armado con toda la información que Amy pudo reunir sobre Brand New y lo que Natalie tenía preparado para ese fin de semana. No era mucha, pero Google había llenado los huecos básicos con algunos datos sobre la empresa, incluida su ubicación. Su plan era presentarse en la sede de la empresa, a orillas del Támesis, y esperar en recepción, de forma pasivo-agresiva, hasta que alguien accediera a recibirlo.

Normalmente funcionaba.

También había tomado nota de los datos de los amigos y contactos de Natalie en la zona de Londres. Cualquier cosa que pudiera ayudarle en sus investigaciones informales. Natalie tenía muchos contactos, así que si realmente había decidido esconderse en casa de alguno de ellos, había muchas opciones.

Su teléfono pitó. Era un mensaje de Amy. Otro contacto más para seguir investigando. Una antigua compañera de colegio de Natalie que recientemente había conseguido un trabajo en la City.

Cullen le respondió con un mensaje de agradecimiento. Se alegraba de que Amy hubiera aceptado quedarse en Bristol. Por mucho que ella quisiera ayudar, era mejor que él se encargara solo de esto. Le encantaba pasar tiempo con Amy, pero ella era una distracción de la que podía prescindir si quería trabajar con la máxima eficiencia. Ella lo entendía.

Se estiró mientras el tren se dirigía a toda velocidad hacia la capital. Se había despertado temprano con dolores en la zona lumbar, tras pasar la noche en el sofá cama de la casa de Amy. Aquel artilugio plegable no estaba precisamente diseñado para la comodidad, con muelles afilados como cuchillas de afeitar y un olor rancio y penetrante que parecía sacado del fondo de un sótano húmedo.

Después de pensarlo unos minutos, marcó el número de Beswick, incapaz de desconectar por completo de lo que estaba pasando en la base. Pero tal vez era más que eso. Beswick era su confidente diario, y el hecho de que el trabajo en curso fuera e o y no oficial no significaba que no ansiara la misma aportación, la misma forma de intercambiar ideas con alguien.

Así era como funcionaba.

«Tony, ¿cómo van las cosas?».

«Bien, gracias, jefe. No ha pasado nada digno de mención desde que te fuiste. Pero solo *han* pasado menos de veinticuatro horas».

Cullen percibió la sonrisa en su voz.

«Solo quería saber cómo estabas», dijo.

«¿Estás disfrutando de tu tiempo libre?», preguntó Beswick, continuando con el tema. «¿Aprovechando la oportunidad para relajarte?».

Cullen se rió. «Oh, sí, lo estoy pasando muy bien».

«¿Estás en un tren?».

«Gran poder de observación, como siempre. Estoy de vuelta de Bristol».

«¿De Bristol? Ah, has ido a ver a Amy». Hubo una pausa. «¿Pero ya estás volviendo?».

«Bueno, ella no quiere que su padre le estropee la diversión, así que pensé que era mejor que fuera una visita corta», bromeó.

«Sé lo que se siente». Beswick tenía dos hijas, ambas en la universidad: una en Nottingham y la otra en Durham. Eran chicas inteligentes y, al igual que Cullen, las primeras de la familia en estudiar en la universidad.

«En realidad, la visita no era por placer», reveló Cullen. «La compañera de piso de Amy ha desaparecido».

«Oh».

«Tenía que volver de Londres el domingo por la noche, pero no regresó».

«¿Y no ha habido ningún contacto desde entonces?».

«Un par de mensajes de texto, pero Amy sospecha que no son de Natalie».

«¿Qué le hace pensar eso?».

Cullen se dio cuenta de que la mujer al otro lado del vagón lo miraba, así que se alejó hacia la zona del vestíbulo, fuera del alcance del oído.

«Una corazonada», dijo, ahora de pie entre los vagones. Afortunadamente, el espacio estaba vacío, salvo por él.

«¿Nada más?».

«Sospecha que el exnovio de Natalie tiene algo que ver».

«¿Por qué?».

«Porque es un tipo controlador y desagradable. Y Amy cree que pudo haber sido violento con Natalie poco antes de que terminara su relación».

«Ella *cree* que él podría haber sido violento».

«Natalie tenía moretones en el brazo. Ella lo negó, pero Amy ha atado cabos».

«Sigo sin entender por qué estabas en Bristol. Sobre todo si Natalie desapareció en Londres». Hubo un silencio al otro lado de la línea mientras Beswick pensaba en algo. «Oh, no lo has hecho, ¿verdad, jefe?».

«Fui a ver a mi ex», dijo Cullen.

Podía imaginar a Beswick negando con la cabeza.

«No fui demasiado duro», añadió Cullen, sintiéndose a la defensiva ante su colega más experimentado, aunque con menos antigüedad.

«Permíteme hablar con franqueza», dijo Beswick.

«Por supuesto. Siempre».

«Estás fuera de servicio. No solo fuera de servicio, sino de baja a petición de tu superior. ¿Te imaginas lo furiosa que se pondrá Maggie Ferguson si se entera de que estás llevando a cabo tu propia investigación?».

«No es una investigación», respondió Cullen. Incluso mientras las palabras salían de su boca, su cerebro ya las había descartado como una mala excusa. ¿Qué estaba haciendo, si no era investigar?

«¿Fuiste a hablar con el exnovio, a interrogarlo?».

—De manera informal.

—¿Le dijiste quién eras?

—Sí.

«¿Le dijiste que eras detective de la Policía Británica de Transportes y luego le interrogaste?».

«Sí».

«Entonces estás llevando a cabo una investigación policial, jefe. Ya lo *sabes*».

Cullen se pasó la mano por la cara, lamentando en cierto modo haber llamado a Beswick y haberle contado lo que estaba pasando. Pero su relación y su confianza eran profundas, y lo mejor era contar con la opinión de Beswick. Era como una comprobación de sus sensaciones. «Entiendo lo que dices, de verdad».

«Lo siento, no quiero ser duro. Sé que solo intentas ayudar a Amy. Pero te aprecio mucho, como amigo y como inspector jefe. Y no quiero verte metido en un lío porque no estás pensando con claridad».

«Estoy pensando con claridad».

«No creo que lo estés haciendo».

Cullen se recostó contra la pared. «Amy me pidió ayuda y no me sentí capaz de negármela».

Beswick se rió entre dientes. —Jefe, yo también tengo hijas, ¿recuerdas? Cuando mis hijas me piden ayuda, siempre se la doy.

—Quizá tengas razón —admitió Cullen—. Fui demasiado lejos al hablar con Jack.

«¿Averiguaste algo que te haga pensar que la amiga de Amy está en peligro?».

«Por desgracia, no. Aunque confirmé la opinión de Amy de que ese tipo es un canalla».

«Quizás su amiga, Natalie, ¿no?, se haya escondido por alguna razón. ¿Quizás para escapar de su exnovio, si él se ponía violento con ella?».

Cullen asintió. Era algo que sin duda había considerado.

«¿Alguna otra pista?».

«¿No me habías advertido que no llevara a cabo mis propias investigaciones?».

«No necesariamente».

«¿Qué quieres decir?».

—Quiero decir que no te he dicho que no investigues esto. Como te he dicho, si se tratara de una de mis hijas, estoy seguro de que ahora mismo estaría haciendo lo mismo. Solo te pido que tengas cuidado. Si Ferguson se entera de esto, te va a echar a la calle, aunque ahora mismo piense que eres el mejor ( ). Ya sabes lo estricta que es con el cumplimiento de las órdenes.

—No se enterará —dijo Cullen, pensando ya que Beswick tenía razón y que, si iba a seguir investigando, tendría que tener mucho cuidado si no quería arriesgar su trabajo.

—¿Estás seguro de que no se enterará?

—¿Por qué? No se lo vas a contar, ¿verdad? —bromeó Cullen—. ¿Quieres dinero para mantener la boca cerrada?

Beswick resopló. —No me vendría mal. Pensaba más bien en el exnovio. Podría ponerse en contacto con la policía y no tardaría mucho en llegarle el chisme al comisario.

—No lo hará —respondió Cullen con confianza—. Jack no querrá hablar con la policía.

—Siempre y cuando no le des motivos para hacerlo.

—Por supuesto que no.

—¿Has interrogado a alguien más?

—Todavía no. Aunque le pedí un favor a Anthony Braddock.

«¿Cómo es eso?».

«Nos ha dejado ver las imágenes de las cámaras de seguridad de Paddington».

«¿Nosotros?».

«Amy vino ayer a verme, viajó desde Bristol porque estaba muy preocupada por Natalie».

«¿Y Anthony accedió a dejaros verlas?».

«Como un favor, sí. La verdad es que me sentí mal al pedírselo. Pero, en realidad, parecía disfrutar mostrándonos el nuevo equipo».

«Bueno, es un poco friki de la tecnología. Supongo que no encontraron nada».

«Nada. Buscamos durante un par de horas. Pero, por lo que pudimos averiguar, Natalie no tomó el tren que tenía programado para volver a Bristol. Tenía reserva para el de las ocho y treinta y cinco».

«¿Revisaste también las imágenes de las cámaras a bordo?».

«No. Al menos, todavía no. Solo hemos revisado las cámaras del vestíbulo principal. No me parecía bien pedirle demasiado a Anthony. Y, para ser sinceros, creo que las cámaras de a bordo no servirían de mucho, a menos que tuviéramos mucha suerte. Hay once vagones que revisar y, con esos nuevos asientos de respaldo alto, no es fácil ver a la gente una vez que se sienta».

«Entendido. ¿No has solicitado una alerta de persona desaparecida?».

«Por ahora no serviría de nada, al menos hasta dentro de un día. Ya sabes cómo están las cosas, simplemente no cumpliría los criterios».

«A menos que haya una razón más clara para creer que Natalie está en peligro».

«Por eso fui a Bristol».

«¿Quién es el siguiente en la lista?».

«Natalie estaba en Londres para participar en un fin de semana de reclutamiento para una empresa llamada Brand New. El último mensaje de texto que Amy cree que era de Natalie mencionaba algo sobre que el fin de semana no iba bien. Para ser sincero, es la única pista que tengo. Aparte de una larga lista de amigos y conocidos con los que Natalie podría haberse puesto en contacto o con los que podría estar alojada».

«Brand New. Nunca he oído hablar de ellos».

«Es una empresa de branding muy interesante».

«Entonces por eso. Cada vez que oigo la palabra «marca», me vienen a la mente las vacas».

«Cierto».

«¿Necesitas ayuda? Si quieres, puedo llamar a algunas de las personas de tu lista».

Cullen estuvo a punto de decir que sí, pero luego pensó que incluso ese pequeño favor implicaría a su amigo, si lo pillaban trabajando mientras estaba de baja. «No pasa nada, Tony, gracias por la oferta, pero me encargaré yo mismo».

«Gracias», dijo Beswick. «Sé lo que estás haciendo. Pero la oferta sigue en pie, si cambias de opinión».

19

Sábado por la mañana anterior

NATALIE SE DESPERTÓ con el sonido del teléfono. Se dio la vuelta, todavía cansada por sus aventuras nocturnas, y miró el reloj. Eran las seis y media en punto.

«¿Hola?

—Soy Sir Kenneth.

Se incorporó en la cama, sorprendida por la sorpresa de hablar con Sir Kenneth New, y sintiéndose muy cohibida por no estar vestida, aunque, por supuesto, él no podía verla.

«Oh, hola, buenos días, Sir Kenneth». Se cubrió con las sábanas.

«Me gustaría que estuvieras en la sala de piano a las ocho en punto. Estaré allí para contarte los planes para el día. Por favor, no llegues tarde. No necesitas traer nada, aparte de ti misma y tu voluntad de dar lo mejor de ti. En Brand New, buscamos a alguien especial, a alguien que destaque entre la multitud, y espero que seas tú. ¡No me defraudes!».

Natalie se quedó sin palabras. ¿De verdad le estaba diciendo Sir Kenneth que esperaba que consiguiera el trabajo? Recordó cómo el grupo se había burlado de ella la noche anterior por el favoritismo. No lo había creído ni por un segundo, pero después de lo que

acababa de decir, tal vez había algo de cierto en ello. «No le defraudaré», logró decir. «Haré todo lo posible».

«A las ocho en punto», repitió. Y entonces se cortó la comunicación.

Con la emoción de la llamada telefónica, Natalie se sintió llena de energía al entrar en la ducha. Recordó los acontecimientos de la noche anterior. La excursión con Russell, la puerta oculta, la escalera secreta y el estudio aislado con su techo abatible: todo parecía sacado de un sueño fantástico. Pero había sido real. Reflexionó sobre cómo se había sentido cuando Russell se había acercado de repente para besarla. Una parte de ella lo había deseado. Sin embargo, había hecho bien en resistirse a la tentación. Era demasiado pronto después de lo de Jack, y acababa de conocer a este chico. Además, la situación no era nada ideal.

Sin duda había hecho lo correcto.

Pero la pregunta era: ¿aceptaría su oferta y lo llamaría?

Pensó que no. Russell no era realmente su tipo.

~

Natalie se vistió y bajó a desayunar, preguntándose si Russell estaría allí.

No estaba.

Solo había dos personas en el pequeño comedor, sentadas juntas en una mesa al fondo: Samantha y Ben. Ben sonrió cuando Samantha le hizo señas a Natalie para que se acercara. Mientras se sentaba junto a ellos, recordó las palabras de Russell sobre no poder confiar en nadie allí y también recordó sus sospechas de que Samantha estaba detrás de las siniestras notas. Sacudió la cabeza para alejar ese pensamiento.

«¿Has dormido bien?», preguntó Samantha.

«Sí, muy bien, gracias», mintió Natalie. En realidad, le había costado conciliar el sueño después de volver a su habitación. Los acontecimientos de la noche la habían inquietado y su mente había estado acelerada hasta altas horas de la madrugada.

—Qué bien —dijo Samantha, rompiendo un trozo de tostada con sus dientes increíblemente blancos, antes de acompañarlo con un sorbo de té—. Ben no ha dormido muy bien, ¿verdad?

Ben negó con la cabeza. «Malísimo».

«Creía oír voces detrás de las paredes», dijo Samantha con una sonrisa. Levantó una ceja mirando a Natalie.

Natalie miró a Ben, que contuvo un bostezo. «¿Voces?». Se preguntó, con cierto pánico, si él había oído a Russell y a ella subir las escaleras, tal vez por detrás de su dormitorio. Pero estaba segura de que no habían hablado.

Ben se encogió de hombros. «Oía voces. Un hombre y una mujer, creo. Pero eran voces apagadas. Al principio pensé que venían de la habitación de al lado, pero pegué la oreja a la pared, y , luego una taza, y no pude entender lo que decían. Sin embargo, duró un buen rato».

Natalie sintió que se sonrojaba. Quizás eran sus voces las que venían del estudio del piso de arriba y, de alguna manera, llegaban a la habitación de Ben, tal vez a través de un conducto de ventilación o por las tuberías.

«Ben cree que podrían haber sido los fantasmas de Lord y Lady Sinclair», bromeó Samantha, sonriendo con picardía a Natalie y luego al propio Ben.

Ahora era Ben quien se sonrojaba. «Yo... yo no».

«Me culpo a mí misma», dijo Samantha, dando otro mordisco a su tostada. «Después de que te fueras a la cama, le conté a Ben todos los detalles escabrosos de los asesinatos de los Sinclair».

«Oh», dijo Natalie. «Entonces siento que es culpa mía. Lo siento, Ben».

—No pasa nada, de verdad —dijo él, restándole importancia y sorbiendo su café negro—. Sinceramente, normalmente me gustan las buenas historias de fantasmas. No me afectan. Pero anoche, con esas voces, después del alcohol, fue espeluznante.

«¿Qué fue espeluznante?».

Se giraron cuando Penny se acercó a la mesa. Parecía muy cansada.

«Oh, Ben se asustó con los fantasmas de Sinclair», dijo Samantha.

«¡A mí también!», dijo Penny, sentándose. «Estuve despierta durante horas, muerta de miedo».

«¿Oíste alguna voz?», preguntó Ben.

«No, ¿debería haber oído algo?».

«No pasa nada», dijo Ben. «Solo por comprobarlo».

«Bueno, parece que Russell Cave tuvo mucho éxito anoche», señaló Samantha. «Hay que reconocerlo».

«¿A qué te refieres?», preguntó Natalie.

«¿No es obvio? Contó una historia para inquietar al grupo, ¡y funcionó! ¿No crees?», añadió Samantha, al ver que Natalie no estaba convencida.

«Quizás».

«Es un truco bastante bajo», dijo Penny.

«Si eso es lo que intentaba hacer», dijo Natalie.

«Por supuesto que eso es lo que intentaba hacer», dijo Samantha. «Os ha asustado a todos».

«¿Pero a ti no?», dijo Ben.

«No, a mí no», respondió Samantha. «Dormí de *maravilla*».

Ben volvió a bostezar, esta vez provocando a Penny.

«¿Entonces no crees que la historia sea cierta?», dijo Natalie.

«No sé si es cierta o no, pero no iba a dejar que me afectara», respondió Samantha.

La conversación se interrumpió cuando apareció un camarero y tomó nota de los pedidos de Natalie y Penny.

Justo cuando el camarero se marchaba, Krishna apareció en la puerta. Se acercó alegremente a su mesa.

«Hola, chicas», dijo con una amplia sonrisa. «¿Estáis listas para un día ajetreado?».

El grupo asintió con la cabeza.

«¿Sabéis?», continuó, «anoche dormí como un bebé. Ahora estoy lleno de energía, listo para la lucha».

«Me alegro por ti», murmuró Ben.

Krishna frunció el ceño. «¿Perdón?».

«He dicho que me alegro por ti», respondió Ben forzando una sonrisa.

«Oh, gracias».

Krishna se quedó allí parado unos segundos, observando al grupo. No había sillas libres en la mesa.

«Bueno», añadió, «¡mucha suerte hoy, chicos!».

Se dio la vuelta y se dirigió a la mesa cerca de la puerta.

Penny lo vio alejarse. «¿Por qué estará tan contento?».

Ben y Samantha se sonrieron cómplicemente.

Penny se dio cuenta. «¿Qué pasa?».

«Probablemente todavía esté emocionado por la llamada de Sir Kenneth», dijo Samantha. Miró a Penny y a Natalie. «Vosotras también recibisteis las llamadas, ¿verdad?».

«Sí», dijo Penny, «pero ¿cómo...?»

«Era una grabación», explicó Ben. «El mensaje de Sir Kenneth no era realmente él. Bueno, era él, pero quiero decir que no era en directo».

«Y no era personal para ti», añadió Samantha.

«Entonces no eres realmente su favorita», dijo Ben, fingiendo compasión.

«Y lo mismo vale para el señor Sonrisa de Oruga de allí». Samantha levantó la mano mientras Krishna les sonreía a los cuatro. «Él realmente cree que fue real», dijo.

«Yo también», respondió Natalie frunciendo el ceño, sintiéndose un poco tonta ahora. Pero entonces, ¿por qué iba alguien a sospechar que no había sido el propio Sir Kenneth, allí mismo, al otro lado de la línea?

«¿Cómo lo descubriste?», preguntó Penny.

«No me parecía bien», dijo Samantha. «En cuanto empezó a hablar, sentí que algo no cuadraba. No sé explicarlo».

«¿Estás segura de que era una grabación?», preguntó Natalie.

Samantha asintió. —¿Recibiste la llamada justo a las seis y media?

Natalie asintió.

«Bueno, yo también. Y Ben también. ¿Y tú, Penny?».

Penny también asintió.

«Y también Krishna, puedes estar segura. ¿Sir Kenneth mencionó tu nombre en la llamada?».

Natalie lo pensó. «No, no lo hizo».

«A mí tampoco», dijo Penny, «por lo que recuerdo».

«Porque era una grabación genérica», dijo Samantha. «La recepción debe de tener un sistema automatizado que puede marcar muchos números simultáneamente y reproducir un mensaje pregrabado. Lo tenían programado para las seis y media, con el mensaje de Sir Kenneth, para hacernos creer que estábamos recibiendo una llamada personal de despertador del propio Sir Kenneth».

«Y que todos éramos sus favoritos», añadió Ben.

«Pero ¿por qué harían eso?», preguntó Penny. «¿Por qué reproducir una grabación, fingiendo que él había dicho que eras su favorito?».

Ben se dio un golpecito en la cabeza. «Nos están tomando el pelo».

«Bueno, yo creo que es raro», dijo Penny. «Y no me gusta. Quizá se lo diga a Tabitha».

«Yo no lo haría», aconsejó Samantha. «Quédate callada, déjalo pasar. A menos que quieras que te echen del recinto».

«Sigo sin entender por qué lo harían», dijo Natalie.

Samantha se encogió de hombros. «Quizás quieren ver si hablamos entre nosotros sobre ello y averiguamos qué está pasando».

«¿Qué, te refieres a probar si trabajaríamos en equipo?», dijo Natalie.

«Algo así», respondió Samantha. «Es solo una teoría. Pero mira a Krishna, allí. Él no se lo va a contar a nadie, eso es seguro. Está muy contento sabiendo lo que cree saber».

«¿Y tú no se lo vas a decir?», preguntó Natalie.

«Quizás más tarde, dependiendo de lo molesto que se ponga», respondió ella riendo.

Se giraron cuando Susie y Matthew se unieron a Krishna en la otra mesa. Russell era el único de los ocho que aún no había aparecido.

Probablemente le duela la cabeza, pensó Natalie, *después de todo ese whisky de alta gama*.

«¿Sabes mucho sobre Matthew?», preguntó Samantha, mirando con interés al corredor de bolsa.

«Anoche charlé un rato con él», dijo Ben. «Trabaja para UGT haciendo operaciones con divisas extranjeras».

Samantha negó con la cabeza. «No entiendo muy bien por qué querría dedicarse al sector del branding».

«Dijo que le apetecía un cambio», respondió Ben. «Lleva desempeñando esa función desde que se graduó y quería probar algo nuevo».

«Algo totalmente nuevo», bromeó Samantha. «Lo que no entiendo es cómo demonios lo han seleccionado para esto. De entre todos los candidatos, él es uno de los ocho elegidos, alguien sin experiencia alguna en branding o marketing. No le encuentro sentido». Miró a su alrededor. «¿Alguna teoría?».

«¿Alguna conexión familiar con Sir Kenneth?», bromeó Ben. «Quizás sea su sobrino o algo así».

«Nepotismo, sí, posiblemente», reflexionó Samantha. «Yo también me lo he preguntado. Aunque no veo el parecido», bromeó.

«Podría ser simplemente un comodín», sugirió Penny. «Alguien a quien añadir a la mezcla, elegido casi al azar».

Samantha asintió. «Podría ser. Veo a Sir Kenneth haciendo algo así, pensando fuera de lo común».

«Hay que preguntarse cómo nos han elegido a cada uno de nosotros», añadió Penny. «Es decir, sí, todos hemos hecho cosas, cosas impresionantes, pero también las ha hecho mucha gente. No somos tan especiales. Entonces, ¿cómo nos han elegido entre todos esos miles de personas? Debe de ser en gran medida cuestión de suerte».

«Cuanto más trabajas, más suerte tienes», dijo Ben, señalándola con un trozo de tostada antes de metérselo en la boca.

«Estoy de acuerdo», respondió ella. «Pero aún así, podrían haber elegido a cualquier otra persona».

«Excepto Natalie», afirmó Samantha.

Natalie levantó la vista de su tazón de cereales. Sabía a qué se refería Samantha.

Samantha sonrió. «Recuerda que, por lo que sabemos, solo una de nosotras fue invitada personalmente por Sir Kenneth a presentar su solicitud».

«Cierto», asintió Ben.

«Que sepamos», dijo Penny, acudiendo en ayuda de Natalie. Sonrió a Samantha. «Quizás tú también fuiste invitada».

«En realidad no me invitó», añadió Natalie. «Me lo comentó, eso es todo».

Samantha levantó las manos. «Vale, vale. Estoy bromeando. Prometo que no volveré a mencionarlo. Pero volviendo a Matthew... ¿alguna teoría más?».

«Quizá no sea quien dice ser», pensó Natalie en voz alta, sin querer expresar sus pensamientos.

«Ah, esa es una buena idea», dijo Samantha, con una sonrisa en sus labios rubí. «¿Crees que tal vez no sea un corredor de bolsa?».

«Solo tenemos su palabra», respondió Natalie, sintiéndose un poco incómoda al especular sobre la honestidad de un hombre con el que aún no había hablado. «Como dijiste anoche, Samantha, no podemos verificar nada de lo que dice la gente sin acceso a Internet».

«Parece un corredor de bolsa», señaló Penny.

«Y habla como tal», añadió Ben. «Cuando empezó a hablar de las fluctuaciones monetarias y los tipos de cambio, me perdí. Las matemáticas nunca han sido mi fuerte».

Samantha entrecerró los ojos. —Me resulta familiar. Quizá sea actor.

«¿Qué, un actor contratado por Brand New?», dijo Natalie. «¿Para fingir ser un solicitante?».

«Vaya, ahora sí que *estás* sonando un poco paranoica, Natalie», dijo Samantha. «Solo me preguntaba por qué me resultaba familiar, eso es todo. Pero tu teoría es aún más extraña. Me gusta».

«Me pregunto dónde estará Russell», dijo Ben. «Estamos todos aquí menos él».

Penny miró su reloj. «¿Quizás deberíamos ver si está despierto? No sería bueno perderse la reunión informativa de esta mañana».

«Pero no sabemos su número de habitación».

—Está en la habitación Oak, en la segunda planta —dijo Natalie sin pensar. Se sonrojó—. Me lo comentó anoche —añadió rápidamente.

Samantha arqueó una ceja, pero se mordió la lengua. «Seguro que la llamada para despertarle le habrá despertado», dijo finalmente.

«A menos que se haya vuelto a dormir», dijo Ben.

«Iré yo», dijo Natalie, levantándose de la silla. «Tienes razón, Penny, no debemos dejar que se pierda la reunión. Si todavía está dormido, le queda menos de media hora».



Natalie se detuvo en la otra mesa mientras se dirigía hacia la salida.

«¿Alguno de vosotros ha visto a Russell esta mañana?».

Todos respondieron que no.

«¿Por qué? ¿Hay algo que debamos saber?», preguntó Matthew.

«Creo que se ha quedado dormido», explicó Natalie. «Voy a ver cómo está».

Se dirigió a las escaleras y subió al segundo piso. Hacía solo unas horas, le había deseado buenas noches a Russell en ese mismo rellano, antes de retirarse a su habitación para pasar una noche de sueño intranquilo.

Llamó suavemente a la puerta. Y volvió a llamar.

No hubo respuesta.

«Russell», susurró. «¿Estás despierto?».

Volvió a llamar, esta vez con más fuerza.

Seguía sin haber respuesta.

Entonces, sin pensarlo realmente, probó la manija y se abrió.

«¿Russell? ¿Estás despierto?», dijo, entrando en la habitación y dejando la puerta abierta detrás de ella.

Pero Russell no estaba allí. La habitación principal y el baño estaban vacíos.

Natalie miró con desconcierto la cama perfectamente hecha. Parecía como si no hubieran dormido en ella. O como si la hubiera rehecho un profesional. No tenía a Russell como el tipo de persona que hace la cama con pulcritud, pero nunca se sabe.

«Se ha ido».

Natalie se dio la vuelta, reprimiendo un grito. Tabitha estaba de pie en la puerta, con su fiel portapapeles.

«¿Perdón?».

«Russell se ha ido de casa esta mañana temprano».

—Ah.

«Dijo que, tras pensarlo bien, no creía que esa oportunidad fuera para él», explicó Tabitha secamente. «Así que pidió marcharse y, por supuesto, no se lo impedimos».

«Claro». Natalie miró a Tabitha en busca de alguna señal que indicara que había algo más. ¿Habían expulsado a Russell de la casa por haber infringido las normas al salir de su habitación fuera del horario permitido? O, pensó con un estremecimiento, ¿sabían exactamente lo que había pasado esa noche?

Quizás los habían captado las cámaras de seguridad.

Tabitha sonrió. —Solo queremos aquí a personas que realmente deseen estar aquí, Natalie. Sir Kenneth no querría que nadie se sintiera incómodo. ¿Recibiste su mensaje para despertarte esta mañana?

«Eh, sí, gracias. Fue... una sorpresa encantadora».

«Sí, seguro». La sonrisa se mantuvo durante un segundo o dos, antes de desvanecerse. «De todos modos, Natalie, será mejor que vuelva abajo, para prepararme para la reunión. ¡No llegues tarde!».

Natalie se quedó en medio de la habitación mientras Tabitha se marchaba. Algo no le cuadraba de las circunstancias de la partida de Russell. No había dado la más mínima indicación de que tuviera intención de abandonar la casa. ¿Y por qué su cama no parecía deshecha? Eso sugería que nunca se había acostado después de despedirse. Pero incluso si hubiera decidido marcharse, ¿se habría ido en mitad de la noche, en lugar de dormir un poco más y

marcharse a primera hora de la mañana? Sacó su tarjeta de visita del bolsillo y miró el número de móvil.

Ojalá tuviera acceso a un teléfono.

20

Paul Cullen paseaba por la orilla del Támesis. Se había bajado una parada antes para aprovechar el tiempo para pensar junto al río. Londres era una ciudad fantástica, especialmente en primavera. Sí, las calles estaban concurridas y contaminadas. Pero entre ese ajetreo, la suciedad y la mugre, había oasis de calma, en particular los parques reales y el río.

Se sentó frente al agua mientras una barca de remos pasaba a toda velocidad, seguida de varias embarcaciones de pasajeros. Observó cómo el agua batía contra las orillas, perdido en sus pensamientos.

Sacó su teléfono y lo giró una y otra vez en su mano, pensando en llamar a Sarah. Le había pedido a Amy que no le dijera nada a su madre sobre la desaparición de Natalie, ya que solo la preocuparía y ya tenía bastante con lo que lidiar en ese momento.

Con el nombre de Sarah en la pantalla, su dedo se detuvo sobre el botón de llamada. Eran las diez y media. Probablemente estaría en la residencia y no querría que la molestaran.

Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo.

La llamaría más tarde, cuando fuera un mejor momento.

Cullen se dirigió hacia la carretera. Mientras esperaba para cruzar, pasó un camión haciendo ruido, lo que le trajo el recuerdo del niño bajo las ruedas.

Sacudió el recuerdo y cruzó cuando se puso en verde.

No era bueno mirar atrás.



No fue difícil encontrar las oficinas de Brand New. Justo a orillas del río, el enorme edificio de cristal y acero se elevaba unos veinte pisos hacia el cielo. Cullen contempló la reluciente estructura.

«Aquí hay dinero», pensó.

Entró en la recepción como si estuviera destinado a estar allí, acercándose al mostrador con confianza y una sonrisa.

«Inspector jefe Paul Cullen, Policía Británica de Transportes», dijo, mostrando su placa a la recepcionista. Ella entrecerró los ojos para ver la placa mientras Cullen esperaba. «Vengo a ver a Kenneth New».

Más le valía apuntar a las estrellas.

«Oh», dijo ella, desconcertada. «¿Tiene una reunión con Sir Kenneth?».

La incredulidad de la pregunta lo irritó más de lo que debería.

«Sí».

Ella comenzó a teclear en su ordenador, con el ceño fruncido, tratando desesperadamente de confirmar lo que acababa de oír. A Cullen le gustaba ver hasta dónde podía llegar en este tipo de situaciones. Era increíble lo mucho que se podía conseguir con una placa de policía y una buena dosis de bravuconería.

«Llamé esta mañana. Se trata de un incidente ocurrido el fin de semana».

No era mentira. *Había* llamado al número principal que aparecía en Internet para la empresa, pero había desistido cuando le pidieron que seleccionara una de las seis opciones, ninguna de las cuales incluía la investigación policial informal.

Ella seguía tecleando desesperadamente. «Yo... no veo nada aquí en el sistema...».

En unos segundos llamaría a refuerzos.

«¿Quién ha dicho que era?», preguntó, cogiendo el teléfono.

Bingo. «Inspector jefe Paul Cullen. Policía Británica de Transportes».

«Inspector jefe», repitió lentamente para sí misma, marcando un número de cuatro dígitos.

«Se trata de un incidente potencialmente grave ocurrido el fin de semana», insistió él, solo para asegurarse.

Ella asintió. «Enviaré a alguien a verle».

Él sonrió cálidamente. —Se lo agradezco mucho.

«Hola, soy Anne-Marie, de recepción. Tengo aquí a un inspector de policía. Dice que tiene una reunión con Sir Kenneth...». Miró a Cullen, que se había alejado del mostrador, pero seguía estando al alcance del oído. «No estoy segura... ¿Podría enviar a alguien? No, no creo... Gracias, estupendo».

«Alguien bajará en breve a verle», dijo ella, mientras Cullen examinaba la gran escultura que se encontraba justo a la derecha del mostrador de recepción.

«Fantástico. Muchas gracias. Esta escultura», dijo él. «¿Qué representa?».

«Es de Oscar Ocado».

Cullen seguía sin entender nada. «¿Oscar?».

«Ocado. El escultor de fama mundial. Brasileño. Diseñó una serie de esculturas para los Juegos Olímpicos de Río. Esta es una de ellas».

Cullen volvió a mirar la pieza. Era de metal rojo, retorcido y enredado alrededor de un objeto negro en el centro. «¿Y qué representa?», repitió.

«Representa el potencial de la humanidad».

Cullen no lo veía.

«Es increíble, ¿verdad?», intentó ella.

«Yo soy más de Lowry», dijo él.

Ella lo miró confundida.

«Ya sabes, ¿los hombres, gatos y perros hechos con cerillas?».

Igual de confundida. «No te preocupes», dijo él. «Era una canción que solían cantar mis padres. Sobre el artista D. S. Lowry».

«No lo conozco. Tendré que buscarlo en Google», dijo ella.

~

«Hola, encantada de conocerte».

Paul Cullen se levantó de la cómoda silla cuando la joven se acercó con el brazo extendido y una carpeta bajo el otro brazo.

Él le estrechó la mano. «Igualmente».

«Tabitha Blair», sonrió. «Trabajo con Sir Kenneth. ¿He oído que tiene una reunión con él?».

Por la forma en que le hizo la pregunta, estaba claro que no tenía ninguna duda de que no se había concertado tal reunión.

«Me gustaría hablar con Sir Kenneth», dijo, eludiendo la pregunta. Volvió a mostrar su placa. «Inspector jefe Paul Cullen, de la Policía Británica de Transportes».

Ella miró los datos con expresión seria. «¿En qué podemos ayudarle?», sonrió finalmente, abrazando su portapapeles de una forma que a Cullen le recordó a uno de esos representantes de viajes organizados. También tenía la edad adecuada, probablemente unos veinte años.

«Estoy buscando a una joven llamada Natalie Long. Nos ha contactado un amigo de la familia que está preocupado por su paradero...».

Por su reacción, estaba claro que conocía a Natalie.

«Tengo motivos para creer que pasó el fin de semana en Londres como parte de un evento de reclutamiento con su empresa».

Parpadeó varias veces. «Así es, sí. Era una de las ocho concursantes que se alojaban en nuestra casa de Mayfair. De hecho, ganó».

21

Sábado por la mañana anterior

NATALIE VOLVIÓ A BAJAR LAS ESCALERAS, donde los demás seguían charlando mientras desayunaban. Levantaron la vista expectantes cuando se acercó.

«¿Entonces estaba dormido?», preguntó Ben.

«Se ha ido de la casa», respondió Natalie, sentándose.

«¿Qué?», dijo Penny. «¿Se ha ido?».

«Se ha ido».

«¿Cómo lo sabes?», preguntó Ben.

«Me lo ha dicho Tabitha. Me vio allí arriba, buscándolo. Dijo que se había ido por la mañana temprano».

«Bueno», dijo Ben, inflando las mejillas. «Uno menos».

—¿Te dijo por qué se fue? —preguntó Penny.

Natalie se encogió de hombros. —Solo que había decidido que aquello no era para él.

—Vaya, me sorprende —dijo Ben.

«A mí no», afirmó Samantha.

Todos la miraron esperando una explicación más detallada.

«No me sorprende», reiteró. «Ayer parecía un poco testarudo. No me lo imaginaba trabajando en una empresa como Brand New, recibiendo órdenes de Sir Kenneth».

«Bueno, a mí sí me sorprende», dijo Ben. «Quiero decir, ¿por qué esforzarse tanto en solicitar esta oportunidad increíble, tener la suerte de conseguir una plaza y luego dar media vuelta y marcharse sin siquiera darle una oportunidad?».

«Tendrás que preguntárselo tú mismo», dijo Samantha, «si alguna vez tienes la oportunidad de verlo después de que salgamos».

Natalie volvió a pensar en la tarjeta de Russell, que todavía tenía en el bolsillo. Era frustrante tener su número y no poder llamarlo. Había pensado en las posibilidades. El único teléfono que había visto era el de la recepción, pero seguramente sería imposible llamarlo desde allí durante el día sin que la vieran.

«¿Estás bien, Natalie?», preguntó Samantha. «Pareces muy pensativa».

«Estoy bien», respondió ella, sin dejar de pensar en cómo acceder a un teléfono. Seguramente Tabitha llevaría un móvil, pero sería aún más difícil conseguirlo que el teléfono de la recepción.

A menos que lo hubiera dejado en su oficina.

O tal vez hubiera un teléfono fijo allí.

«Estás triste porque se ha ido», intentó Samantha. «Se notaba que había conexión entre vosotros».

Natalie sonrió, pero por dentro seguía pensando en la denuncia anónima que había recibido Tabitha. —Me llevaba bastante bien con él —admitió—. Pero acabábamos de conocernos.

«Creo que habría sido un fuerte competidor», reflexionó Ben. «Probablemente sea una suerte para nosotros que se haya ido».

«Quizás», dijo Samantha. «Pero ahora nunca lo sabremos, ¿verdad?».

~

«¡Hola, chicos!», gritó Tabitha desde el comedor. «Es hora de la reunión matutina. Si no os importa pasar al salón, allí os lo explicaré todo».

Todos pasaron por la recepción, Natalie echó un vistazo rápido al teléfono que había detrás del mostrador y luego siguió a Tabitha por el pasillo hacia el salón. Había varios sofás largos de cuero dispuestos en semicírculo, frente a una chimenea abierta, y sobre la chimenea colgaba un enorme cuadro con un paisaje rural.

«Por favor, tomen asiento», indicó Tabitha. «Sir Kenneth vendrá en un momento para darles la bienvenida».

Salió rápidamente por la puerta mientras el grupo rompía en un susurrante entusiasmo.

«¡*Sabía* que Sir Kenneth estaría aquí!», exclamó Krishna. Su rostro se iluminó como el de un niño en la mañana de Navidad. «Este es un momento increíble, un momento crucial en la trayectoria de mi vida».

«Oh, por favor», murmuró Samantha en dirección a Natalie. Natalie no le hizo caso y permaneció en silencio mientras esperaban a que sucediera algo.

De repente se oyó un ruido, un mecanismo se puso en marcha y el cuadro del paisaje comenzó a moverse lentamente hacia arriba.

Detrás había una pantalla plana.

«Lo sabía», dijo Samantha. «Sir Kenneth no está aquí. Lo veremos por televisión».

«Obviamente, está demasiado ocupado e importante como para aparecer ante nosotros, los plebeyos», dijo Ben.

Natalie miró a Krishna, que estaba sentado entre Susie y Matthew. Estaba abatido.

«No lo entiendo», dijo. Giró el cuello para localizar a Tabitha, que acababa de volver a entrar. «¿Sir Kenneth no está aquí?».

«Oh, sí», dijo ella, «está aquí».

Krishna frunció el ceño al ver a Tabitha llevando una bandeja con auriculares.

«Por favor», dijo ella, «coged uno cada uno y ponéoslo».

El grupo de siete obedeció. Natalie se ajustó los auriculares, que le rodeaban la parte delantera de la cabeza y le cubrían los ojos. Estaba en la oscuridad. Y entonces, de repente, pudo volver a ver la habitación. Se giró y vio a Samantha a su izquierda, como si estuviera mirando a través de un cristal transparente. Pero debía de

haber algo más. Aunque nunca lo había probado antes, el equipo se parecía a los auriculares de realidad virtual que había visto en las tiendas.

«Por favor», dijo Tabitha, que ahora estaba de pie frente a ellos. «No se quiten los cascos antes de que se les indique que pueden hacerlo. Cualquiera que se quite los cascos incumpliendo esta norma, lamentablemente perderá su plaza en la casa. ¿Pueden levantar el pulgar para indicar que lo han entendido?».

Natalie y los demás lo hicieron.

«Fantástico. ¡Y ahora, aquí está vuestro visitante especial!».

«¡Bienvenidos todos!», dijo una voz. Era Sir Kenneth, y parecía que estaba detrás de ellos. Natalie se giró y allí estaba, con las manos entrelazadas a la espalda, paseándose por detrás de los sofás como un director acechando a sus alumnos. «Me alegro de veros a todos». Se detuvo frente a ellos, junto a Tabitha, y sonrió ampliamente. «¡Bienvenidos de nuevo a New House!».

Natalie miró atentamente a Sir Kenneth. ¿Estaba realmente allí? Seguramente no, ya que esa debía ser la razón por la que llevaban los auriculares.

Pero parecía tan real.

Sir Kenneth abrió los brazos. «Supongo que todos se preguntarán qué les tenemos preparado para hoy. Bueno, dejaré que la encantadora Tabitha les explique más detalles».

Tabitha asintió y sonrió a su jefe. «Gracias, Sir Kenneth. Hoy, chicos, trabajaréis en equipos en un ejercicio de branding muy especial. La naturaleza de vuestra tarea se explicará con más detalle cuando lleguéis al lugar, que aún no se ha revelado. Por razones de seguridad, tenemos que mantener en secreto la ubicación y la tarea. Los equipos serán los siguientes: el equipo rojo está formado por Ben, Samantha, Krishna y Matthew; el equipo azul está formado por Natalie, Susie y Penny».

Natalie se sintió bastante aliviada de no estar en el grupo de Krishna o Samantha. De hecho, basándose en sus primeras impresiones, no podría haber elegido a un par de personas más agradables con las que formar equipo. Tanto Susie como Penny, a quienes conocía mejor de las dos, parecían personas encantadoras.

«Bien», dijo Sir Kenneth, juntando las manos, «no os entretengo más. ¡Buena suerte con el día que tenéis por delante y que gane el mejor!».

Con eso, salió de la sala.

«Ya pueden quitarse los auriculares», indicó Tabitha.

Todos lo hicieron y los dejaron en la bandeja.

Los siete se miraron entre sí.

Ben fue el primero en expresar lo que sin duda todos estaban pensando. —Entonces, ¿Sir Kenneth estaba realmente aquí, o era...?

«Realidad aumentada», interrumpió Krishna. «Los cascos de RA nos permitían ver el mundo real, pero superpuesto con imágenes proyectadas».

«¿Entonces Sir Kenneth era un holograma?», preguntó Ben.

«Algo parecido», respondió Krishna.

«Lo hicieron con Elvis», dijo Susie. «Mi padre y yo fuimos a ver el espectáculo. Elvis estaba en el escenario, en tres dimensiones, cantando como si aún estuviera vivo. Fue muy guay».

«Un holograma se genera mediante proyecciones, mientras que la RA es gráficos por ordenador», explicó Krishna, disfrutando claramente de demostrar sus conocimientos a los demás.

«De acuerdo», dijo Tabitha, interrumpiendo la conversación. «Si están todos listos, ahora nos dirigiremos a los vehículos que nos esperan. Les espera un día muy interesante».

22

Tabitha frunció el ceño. «¿Entonces estás diciendo que Natalie ha desaparecido?».

«No hemos podido contactar con ella», respondió Cullen, pensando que algo de lo que Tabitha acababa de decir no encajaba con lo que le había contado Amy. «¿Entonces Natalie ganó el evento?».

«Sí», dijo ella alegremente. «Natalie lo ha hecho muy bien».

En ese momento, un grupo de cuatro personas entró en el edificio y se acercó a ellos.

«¿Quieres venir conmigo? A un lugar más privado».

Cullen asintió.

Se dirigieron a los ascensores y subieron a la última planta.

«Por aquí, detective», indicó Tabitha, mientras pasaban por delante de las oficinas y salían a la zona del restaurante. «Este es el restaurante del personal», dijo. «¿Le apetece tomar algo?».

«Té, si lo tiene. Earl Grey».

Ella asintió y se lo pidió a un miembro del personal que pasaba por allí.

«Se lo traerán fuera», explicó, conduciéndolo a través de unas puertas hasta una amplia terraza. El espacio no estaba vacío: aproximadamente una cuarta parte de las mesas estaban ocupadas por lo que parecían reuniones de negocios, pero era lo

suficientemente tranquilo como para que pudieran mantener una conversación más privada.

Se dirigieron a una mesa en el extremo izquierdo.

Cullen dio unos pasos más, admirando las vistas sobre el Támesis. A la derecha se encontraba el Shard y a la izquierda, el Tower Bridge. El Londres nuevo y el antiguo se fusionaban a la perfección para formar un paisaje urbano a la vez histórico y futurista.

«Bonita vista, ¿verdad?», comentó Tabitha a su lado.

«Preciosas». Cullen recorrió con la mirada el horizonte urbano y respiró hondo varias veces.

Natalie estaba allí fuera, en algún lugar.

¿Estaría en peligro?

¿Era esta investigación informal una pérdida de tiempo o su única oportunidad?

Creía saber la respuesta a esa pregunta. Pero esperaba estar equivocado.

Se dio la vuelta y tomaron asiento. «¿Qué significa ganar?».

Tabitha iba a hablar, pero la interrumpió la llegada de las bebidas. Cullen aprovechó la oportunidad para mirar su móvil, por si se había perdido algún mensaje de Amy o Sarah. No había ningún mensaje.

«A Natalie le han ofrecido un contrato con Brand New, inicialmente por un período de tres años», comenzó Tabitha. «Durante el primer año, una vez que se gradúe, por supuesto, trabajará en estrecha colaboración con Sir Kenneth, siguiéndole de cerca y aprendiendo de él. Viajará por todo el mundo y asistirá a reuniones de alto nivel con altos ejecutivos de algunas de las empresas más grandes y conocidas del mundo. Será una experiencia increíble. Además, recibirá una indemnización por despido de cincuenta mil libras al firmar el contrato».

«Suena como una oportunidad increíble», dijo él.

«Sí, sí, realmente lo es», respondió ella con entusiasmo.

«Debes de haber tenido muchos candidatos para algo así».

«Oh, sí. Miles».

«Así que incluso llegar a la fase de preselección fue un logro fantástico», señaló él.

«Sin duda alguna».

«¿Y había ocho, dijiste?».

«Sí. Ocho candidatos en New House».

«¿New House?».

«Nuestra propiedad en Mayfair. Es donde los candidatos pasaron el fin de semana y su base para las actividades».

Cullen asintió con la cabeza, como si no lo supiera ya. Era un dato que Amy había podido proporcionar con cierta certeza: el nombre y la dirección del lugar al que había ido su amiga. Cullen no había averiguado mucho al respecto, salvo que se había vendido hacía diez años por seis millones de libras. Lo había visto en Street View; las imágenes tenían solo un par de años y el lugar parecía palaciego desde el exterior.

«Las otras siete personas... Necesitaré sus datos de contacto».

«Sí, sí, por supuesto», dijo ella. «Se los puedo conseguir, no hay ningún problema».

«Excelente».

Cullen repasó lo que recordaba del relato de Amy sobre el mensaje de texto de Natalie. No parecía un mensaje de alguien que acababa de ganar la oportunidad de su vida.

O bien había sucedido algo más. Algo malo. Algo que había eclipsado el increíble triunfo.

O tal vez el mensaje de texto, como Amy había sospechado de los mensajes posteriores, no había sido de Natalie en absoluto.

«¿Estuviste allí el fin de semana?», preguntó.

«Sí. Yo era el gestor de relaciones».

—¿Entonces conociste a Natalie?

«Sí, la conocí. Es una persona encantadora. A decir verdad, me alegré mucho de que ganara».

«¿Y Natalie estaba contenta?».

La pregunta pareció sorprenderla. —Bueno, sí, sí, creo que sí. Sí, estaba contenta. ¿Por qué?

Desde luego, no iba a contarle a Tabitha el contenido del mensaje de texto. Al menos, todavía no. «Solo intento averiguar si

hay alguna razón por la que Natalie pudiera no querer volver a casa».

Ella frunció profundamente el ceño. —No estoy segura de entenderlo.

Cullen se encogió de hombros, fingiendo una aparente falta de dirección en su razonamiento, tratando de relajar a Tabitha y bajarle la guardia. —No sé, ¿quizás algo que la molestó durante el fin de semana?

«No creo que haya pasado nada», respondió ella. Lo pensó un momento más. «No, nada que yo supiera. Parecía feliz. Muy feliz».

«¿Cuándo fue la última vez que vio a Natalie?».

«Justo antes de que se marchara de la propiedad. Fue sobre las... Oh, estoy intentando recordar. Creo que fueron sobre las diez y media de la mañana del domingo».

«Tendrá que ser más precisa», afirmó él.

Tabitha se tensó, intuyendo que el interrogatorio era más formal de lo que había pensado. «Yo... tendré que pensarlo...».

Cullen recordó las advertencias de Beswick. Sí, tendría que tener cuidado. Si se pasaba de la raya, existía la posibilidad de que la empresa, tras su visita, llamara a la policía para averiguar de qué se trataba todo aquello.

Y no tardaría mucho en llegar la noticia a Maggie Ferguson.

Pero era un riesgo que estaba dispuesto a correr. Solo tendría que ser inteligente en su forma de actuar y mantener un perfil relativamente bajo y no amenazante.

«Solo tenemos que tener claros los tiempos», explicó. «Necesito hacerme una idea clara de los movimientos de Natalie».

Ella asintió, aún pensativa. «Sí», dijo finalmente, «fue justo después de las diez y media. Sin duda». Parecía satisfecha y tranquila tras la explicación de Cullen sobre su interrogatorio.

«¿Podría reconstruir para mí la cronología del fin de semana: qué hizo Natalie, cuándo y con quién?».

«Sí, sí, por supuesto».

«Gracias».

«¿De verdad cree que le ha pasado algo malo a Natalie?», preguntó ella.

«No lo sé».

Tabitha negó con la cabeza. «Es que no lo entiendo. Estaba *tan* feliz... No puedo imaginar que haya ningún motivo para que haya desaparecido. No tiene sentido».

«Estas cosas nunca tienen sentido, hasta que lo tienen».

—¿Vas a hablar con los demás candidatos?

—Sí

«Puedo intentar facilitarte eso, si quieres. Puedo contactar con ellos y pedirles que vengan a verte».

Cullen iba a decir que no, pero el tiempo era oro, y si se ofrecían a ayudarle con la logística de reunir a algunos testigos potenciales en un mismo lugar, eso sería de gran ayuda.

«Sería de gran ayuda, gracias».

«Me pondré a ello ahora mismo. ¿Quiere que les pida que vengan aquí?».

«No. Quedaré con ellos en New House».

«De acuerdo...».

Podría ayudar a refrescar la memoria realizar el interrogatorio en el lugar real.

«Me gustaría visitar primero la casa», dijo. «Y echar un vistazo. También necesito hablar con el personal que estaba de servicio, así que si pudieras prepararlos antes de mi llegada...».

«Claro, puedo hacerlo. No hay problema».

Todo iba bastante bien, pero aún no estaba seguro de si la ayuda de Tabitha era tan inocente como parecía. Parecía casi demasiado ansiosa por complacerlo. Aunque esto no era inusual, la gente solía actuar así ante los interrogatorios policiales, y era un error de novato equiparar eso con la conclusión de que tenían algo que ocultar.

«También necesito hablar con Sir Kenneth», añadió, volviendo a su petición original.

«Me temo que eso no será posible por el momento». Ella sonrió a modo de disculpa.

—¿No será posible?

—Está en un vuelo a Sídney. Un viaje de negocios. —Miró su reloj —. El vuelo salió hace aproximadamente una hora.

Cullen iba a decir algo, pero se contuvo. Era lógico suponer que el empresario millonario volaría en primera clase, en cuyo caso seguramente estaría localizable, ya fuera a través de un sistema de telefonía satelital o del wifi a bordo. Atrás habían quedado los tiempos en los que estar a cuarenta mil pies de altura significaba estar fuera de alcance.

«Me gustaría hablar con él cuando aterrice».

Le intrigaba que ella no hubiera sugerido ninguna de esas opciones, pero decidió dejarlo pasar. Probablemente solo estaba protegiendo a su jefe, para que pudiera viajar sin molestias.

«Por supuesto, está bien. Comprobaré cuándo tiene previsto llegar».

«Estupendo. ¿Estuvo Sir Kenneth en la propiedad durante el fin de semana?».

«Sí, más o menos».

«No lo entiendo».

—Se presentó ante los solicitantes de forma virtual. —Ella notó la expresión de desconcierto de Cullen—. A través de la realidad aumentada. A Sir Kenneth le gusta usar la tecnología para causar impresión y quería probar el nuevo equipo que tenemos en New House. Es parte de nuestro nuevo sistema de comunicación mejorado.

«Suena... interesante».

Ella se encogió de hombros. «Es algo bastante importante en este momento».

«Debí perdérmelo», bromeó él, sintiendo la necesidad de volver a mirar su teléfono móvil, pero resistiendo la tentación. «¿Hay algo más que creas que pueda ser relevante para la investigación?».

—No lo creo, no. Como he dicho, no consigo entender por qué Natalie querría desaparecer. Parecía tan feliz. —Su rostro se ensombreció—. Pero eso significaría que le ha pasado algo malo, ¿no?

A Cullen nunca le gustó especular, especialmente con quienes formaban parte de la investigación. A menos, claro está, que la especulación fuera un medio para alcanzar un fin: poner a prueba a

la persona con la que hablaba, observar su reacción ante diferentes teorías. Con esta técnica se podía averiguar mucho.

Pero no había necesidad de hacerlo con Tabitha.

Al menos, no en ese momento.

«Estamos haciendo todo lo posible por localizar a Natalie», dijo simplemente.

Excepto que en realidad no había ningún «estamos». Solo él, sin el respaldo de su equipo ni los recursos de la Policía Británica de Transportes. Estaba lejos de ser lo ideal, y se preguntó si valdría la pena probar si había algún interés en emitir una alerta de persona desaparecida.

Quizás se pondría en contacto con Conner, del equipo de personas desaparecidas, para tantear el terreno de manera informal. Siempre existía la posibilidad de que los convenciera para que hicieran algo más de lo habitual.

«Espero que esté bien», dijo Tabitha.

—Yo también. Mientras tanto, si pudieras conseguirme ese cronograma y contactar con los demás solicitantes, me sería de gran ayuda. Además, avisa a tu personal de que llegaré a New House en menos de una hora.



En cuanto Cullen salió del edificio, llamó por teléfono a Conner McCarthy, del Departamento de Personas Desaparecidas de la Policía Británica de Transportes. El inspector Conner McCarthy era el jefe de la unidad dedicada a responder a los casos de personas desaparecidas en toda la red ferroviaria nacional. Era una parte especialmente ajetreada del trabajo de la Policía Británica de Transportes, con cientos de casos activos que se remontaban a años atrás. Cullen había conocido a Conner durante una comisión de servicio en la unidad en su primer año en la sede central. Era un trabajo variado y desafiante, que abarcaba desde fugas de adolescentes hasta secuestros, pasando por todo lo demás.

«Conner. Soy Paul Cullen».

Conner se había enterado del incidente del lunes por la mañana. La noticia se había extendido como la pólvora por la sede central, donde también se encontraban Conner y el Departamento de Personas Desaparecidas. Le transmitió sus condolencias, le ofreció su apoyo y le sugirió que cualquier investigación sería seguramente breve y se resolvería a favor del inspector jefe.

«Gracias, Conner, te lo agradezco mucho».

Cullen le transmitió los detalles de Natalie Long, incluida su relación con Amy, y cómo se había visto envuelto en la realización de algunas investigaciones informales. Por supuesto, cuanta más gente supiera lo que estaba haciendo, mayor era el riesgo de que se enterara el superintendente. Pero confiaba en Conner, con quien había jugado al fútbol sala todos los jueves después del trabajo durante los últimos cuatro años. El hombre de cuarenta y dos años tenía una gran pierna izquierda y estaba en forma como un profesional, a pesar de su afición por la Guinness. Cullen consideraba al siempre alegre dublinés como un amigo, más que como un simple compañero de trabajo.

«Así que me preguntaba si hay algo que puedas hacer para correr la voz».

Hubo unos momentos de silencio, lo que en realidad le dio a Cullen algo de esperanza. Al menos no fue un «no» instintivo y rotundo, que tenía todo el derecho a esperar. Después de todo, conocía muy bien el procedimiento habitual en lo que respecta a las personas desaparecidas.

«No estoy seguro, Paul», dijo Conner por fin. «Sabes que el protocolo es muy estricto en estos casos».

Cullen era muy consciente de ello. —Lo entiendo. Por eso he esperado hasta ahora.

«Ya sabes cómo es, con la austeridad apretando. Se trata de proteger nuestros recursos limitados y cada vez más escasos, tanto financieros como humanos. Las personas desaparecidas nunca han sido las mejor financiadas».

«Lo sé».

«Y con los últimos recortes, tenemos que reducir mucho los casos de menor riesgo. El listón está muy alto últimamente, como ya

sabes».

Cullen le había explicado lo mismo a Amy, pero ahora, un día después, pensaba que valía la pena intentarlo. «Lo entiendo», dijo, sin querer presionar ni abusar de su posición.

«El problema es, Paul, que hay demasiadas personas que desaparecen cada día como para descartar todas las posibilidades tan pronto. La buena noticia es que la mayoría de ellas reaparecen por su propia voluntad al cabo de unos días».

«Se lo dije a Amy».

Cullen lo entendía perfectamente. Cualquier investigación iniciada demasiado pronto podía suponer una pérdida de tiempo y dinero. Y lo que es más grave, demasiadas investigaciones dispersas desviarían la atención del público de los casos más importantes, aquellos que realmente querían que la gente tuviera en cuenta.

«¿Qué te dice tu instinto, Paul? Tienes buen olfato. ¿Crees que la amiga de Amy está en peligro o que simplemente se ha escondido?».

—Creo que está en peligro —dijo Cullen sin dudar—. Eso no significa que no haya desaparecido por voluntad propia, pero por lo que Amy me ha contado sobre ella, no parece propio de su carácter.

«Bueno, si esa es tu intuición, probablemente tengas razón».

—Espero estar equivocado, créeme. —Cullen miró la hora—. Mira, Conner, será mejor que me vaya, tengo algunas pistas que seguir.

—Claro.

«Y siento molestarte, pero como se trata de Amy, ya sabes, sentí que tenía que intentarlo».

Hubo otra pausa al otro lado de la línea y las esperanzas de Cullen volvieron a renacer. —Bueno, supongo que podríamos hacer *algo* —dijo Conner por fin—, dado que sospechas que aquí hay algo que no cuadra.

Cullen sonrió. —Sería estupendo si pudieras. Cualquier cosa sería de ayuda, ya que estoy solo aquí. Ni siquiera tengo a Beswick para hacerme compañía.

«No podríamos lanzar una alerta nacional completa», advirtió Conner. «No hay forma de que obtengamos autorización para eso en

este momento. Pero podríamos difundir la información de forma más específica e informal, por ejemplo, al personal de la estación y a los agentes de la BTP en Paddington y Bristol Temple Meads. También podríamos alertar a las organizaciones benéficas nacionales de personas desaparecidas para que difundan su foto y descripción. No sería su máxima prioridad, pero podrían añadirlo a sus boletines».

«Gracias, Conner, sé que es un gran favor».

«Me temo que no podremos hacer mucho más que eso. No podemos empezar a revisar las cámaras de seguridad, por ejemplo. Simplemente no funcionaría».

—Lo entiendo —dijo él, decidiendo no revelar que ya había investigado un poco por su cuenta con la ayuda de Anthony Braddock—. Solo recuérdame, ¿cuándo se podría elevar el caso?

«¿Dijiste que desapareció el domingo?».

«Sí, la última vez que la vieron fue a las diez y media, saliendo de una propiedad en Mayfair. Pero su tren de vuelta de Paddington a Bristol no salía hasta las ocho y treinta y cinco de esa noche».

—¿Y no tienes ni idea de adónde fue desde la propiedad?

«No. El último contacto que tuvimos con ella fue más tarde ese mismo día, diciendo que estaba a punto de subir al tren. Pero Amy cree que el mensaje lo envió otra persona».

«Si sigue desaparecida al final de la semana, podríamos obtener autorización para lanzar una alerta nacional a gran escala. También podemos acceder a las cámaras de seguridad de la red ferroviaria e intentar ver si podemos localizar a Natalie de camino a Paddington, en la estación o en los trenes a Bristol. Esperemos que reaparezca para entonces».

«En efecto».

«Pero mientras tanto, si encuentras algo que creas que aumenta el nivel de amenaza, avísame y ya veremos qué hacemos».

«Gracias, Conner, eres un auténtico caballero».

23

Sábado por la mañana anterior

TABITHA SE DETUVO en la recepción y se volvió hacia el grupo.

«Mucha suerte a todos hoy. Nos reuniremos aquí, en el salón, a las seis, donde se anunciará el equipo ganador».

«Pero, ¿y *quién* gana?», preguntó Krishna por encima del hombro de Natalie. «Solo puede haber un ganador, ¿no?».

Tabitha sonrió. «El candidato seleccionado se anunciará esta noche. No tiene por qué ser necesariamente del equipo ganador».

«No lo entiendo», dijo Krishna. «Seguramente el equipo triunfador debe contener el...».

«Haremos una evaluación general de todos ustedes, basada en su rendimiento a lo largo del día», dijo Tabitha, interrumpiéndole con despiadada facilidad. «Buscaremos el asesoramiento de expertos del cliente, además de juzgar según nuestras propias observaciones, tanto de hoy como de ayer».

«*Sabía* que nos estaban evaluando durante la cena», le susurró Ben a Samantha.

Ella sonrió. «Por supuesto que sí».

«Bien», dijo Tabitha. «¿Alguna pregunta más?».

No las había. O, al menos, ninguna que la gente estuviera dispuesta a formular.

«Estupendo. Si me siguen, los coches están esperando. El equipo rojo puede ir en el coche delantero y el equipo azul en el trasero», explicó Tabitha.

Los siete salieron a la luz matinal de Mayfair y se encontraron con dos Mercedes gris plomo.

«Bonitos coches», comentó Matthew.

Natalie respiró hondo. Se sentía muy bien estar al aire libre; aunque no habían estado en la casa ni siquiera un día completo, les había parecido mucho tiempo.

«Espero que paséis un día estupendo», dijo Tabitha, mientras los conductores de ambos vehículos abrían las puertas traseras y les invitaban a subir.



Natalie se deslizó en los lujosos asientos de cuero y se sentó junto a la ventana, con Penny en el medio y Susie entrando en último lugar. La puerta se cerró con un *golpe* tranquilizador y, al girar el contacto, el coche rugió y cobró vida.

«¿Alguna idea de adónde nos dirigimos?», dijo Susie, mientras el coche se ponía en marcha.

El conductor, que llevaba guantes blancos, mantuvo la vista fija en la carretera, sin revelar nada.

«Ni la más remota idea», respondió Penny. «Pero estoy contenta con el equipo en el que estoy, así que no me importa adónde vayamos».

Natalie les sonrió a las dos. «Creo que hoy nos irá bien, vayamos donde vayamos».

«Lo siento, Natalie», dijo Susie. «Aún no hemos tenido ocasión de hablar como es debido, ¿verdad?».

«No». Natalie le dio la mano a Susie por encima del regazo de Penny. «Encantada de conocerte».

Susie miró por la ventana. «Tengo muchas ganas de que llegue el momento. Sin duda será un reto, de eso podemos estar seguras. Ya sabemos que a la empresa le gusta dar sorpresas».

«Así es», asintió Natalie.

«Es una pena que Russell se haya ido», continuó Susie. «Supongo que habría estado en nuestro equipo si se hubiera quedado».

«Probablemente», reflexionó Penny.

«Oí el alboroto durante la noche», continuó Susie. «No sé qué demonios pasó allí».

Natalie había estado observando a la gente desde la ventana, pero de repente procesó lo que Susie acababa de decir. «¿Qué? ¿Oíste a Russell marcharse?».

«Creo que sí. Al menos, sonaba como él. Estaba en la habitación de al lado».

«¿Dijiste que hubo un alboroto?».

«Bueno, supongo que casi todo suena como un alboroto a las dos de la madrugada cuando estás medio dormida. Había voces, una discusión acalorada, quizá una pelea, no estoy segur . Y luego oí cerrar la puerta y todo quedó en silencio. Más tarde, oí otros ruidos en la habitación y, por la mañana, nos dijeron que se había marchado».

«¿Reconociste la otra voz?».

«Oh, sí. Era Tabitha».

Natalie vio que el conductor miraba a Susie con malicia por el espejo retrovisor.

Susie continuó, ajena al interés del conductor. «Estoy cien por cien segura de que era ella».



El Mercedes entró en Piccadilly, en el corazón de Londres, giró a la derecha en la famosa estatua de Eros, bordeó Leicester Square y pasó por delante de los teatros que anunciaban los últimos espectáculos. Las tres chicas estiraron el cuello con expectación, tratando de divisar de alguna manera su destino antes de llegar.

El conductor no había dicho ni una palabra durante todo el trayecto y, salvo en ese momento de la conversación anterior sobre

Russell, había mantenido la vista fija en la carretera.

Finalmente, el coche redujo la velocidad y se detuvo en una calle lateral.

«EXCELENTE», dijo Susie, mirando el letrero del edificio junto al que se había detenido el vehículo. «¿Alguna idea?».

«Es una agencia de medios», respondió Natalie. «Representa a clientes de diversos ámbitos: cine, televisión, libros. Son de los mejores».

Penny la miró, impresionada.

«Los tratamos como caso práctico en nuestro curso del año pasado», explicó Natalie. «Se dedican mucho al branding de sus clientes. Ya sabes, Harry Jones...».

Harry Jones era un joven galán británico que había protagonizado una trilogía de películas románticas de vampiros. Se le consideraba el futuro James Bond.

«¿El actor? Vaya, es muy guapo», dijo Penny, antes de sonrojarse al darse cuenta de lo que se le había escapado. «¿Lo representan ellos?».

«Sí. Hace un par de años ganaron un premio internacional de branding por el trabajo que hicieron con él. Lo llevaron de ser un actor de telenovelas a convertirse en una superestrella internacional. Tiene su propia línea de ropa «HJ», aftershave...».

«Lo sé», se rió Penny. «Compré un frasco. La verdad es que huele bastante mal».

Todos se rieron.

El conductor abrió la puerta y los acompañó fuera. «Pasen por recepción y pregunten por Catharine», les explicó. «Los estará esperando. Volveré a recogerlos a las tres. Mucha suerte a todos».

Vieron cómo se alejaba el Mercedes.

«Bueno», dijo Susie, con el dedo sobre el timbre. «¿Estáis listas?».

«Listas», respondió Penny.

Natalie se acercó y pulsó el timbre. «Hagámoslo. ¡Vamos, equipo azul!».

24

Tabitha se había ofrecido a organizar el traslado al oeste de Londres, a buscar un taxi, pero Cullen prefirió ir por su cuenta y pensar durante el trayecto. Le había dicho que avisara al personal de su llegada, pero quería mantenerlos en vilo en cuanto a la hora a la que aparecería.

Llamó a Amy y le contó lo de la visita a Brand New. Ella aún no había sabido nada de Natalie y volvía a estar preocupada. Pero le animó la noticia de que se iba a emitir algún tipo de alerta por persona desaparecida, aunque no fuera a gran escala.

Cullen le prometió que le informaría de cualquier novedad, y ella hizo lo mismo. Era extraño, pero al haber disuadido a Amy de volver con él a Londres, echaba de menos su compañía durante la investigación. Ella sería una buena compañera.

Pero *nunca* la animaría a seguir sus pasos.

La vida era demasiado corta.

Apenas había vuelto a guardar el teléfono en el bolsillo cuando volvió a sonar. Quizás Amy acababa de recordar algo.

Era un número desconocido.

«¿Hola?

«¿Inspector jefe Cullen?».

No reconoció la voz. «¿Quién habla?».

—Zack Carter, del London Daily Post. Me preguntaba si tendría un minuto...

«Depende de qué se trate», le interrumpió Cullen. Le molestaba la intrusión, pero era importante mantener a la prensa de su lado y, de hecho, tenía un par de amigos entre el personal del periódico.

Sin embargo, no conocía a Zack.

«Se trata de lo que ocurrió el lunes por la mañana».

«Me temo que no puedo hacer comentarios», dijo Cullen. «Hay una investigación en curso, estoy seguro de que lo entiendes, Zack».

«¿Así que *hay* una investigación? ¿Se trata de una investigación interna de la policía, detective?».

Cullen intentó pensar con calma. —Cualquier muerte de este tipo se remite automáticamente a la Oficina Independiente para la Conducta Policial. Es lo habitual.

Lo cual debería saber, sintió ganas de añadir.

—¿Está suspendido?

«No».

«Oh, creí haber oído que usted...».

«Bueno, me temo que sus fuentes son incorrectas».

«¿Entonces sigues trabajando como siempre?»

Otra pausa. Otra respiración profunda. «Estoy tomando una licencia voluntaria».

«Ah, ya veo».

«Ya lo creo. Escucha, Zack, tengo que colgar».

«Nos ha contactado su novia», reveló Zack apresuradamente, como para mantener a Cullen al teléfono. «Shazney Powell».

«Oh».

Desde el suceso, se había preguntado si ella querría contar su historia a la prensa. Incluso lo había esperado. Pero cuando eso no pareció suceder en las primeras veinticuatro horas, pensó que tal vez ella lo sorprendería manteniendo un digno silencio.

«Está muy alterada, inspector jefe Cullen».

«Estoy seguro de que lo está».

«Quiere respuestas».

Cullen tuvo que resistir la tentación de decir lo mismo. Él también quería respuestas sobre por qué el chico había dado media vuelta y

había huido de esa manera. También quería saber por qué la novia había mentido sobre el motivo de su persecución. Pero era consciente de que todo lo que estaba diciendo quedaba registrado y no quería que eso apareciera en los periódicos. «Para eso está la investigación».

«Por supuesto, detective. Ella dice que usted persiguió a su novio fuera del tren sin motivo alguno. ¿Puede confirmarlo? Hay una versión contradictoria que afirma que hubo una agresión y que Shazney le pidió que lo persiguiera».

Parecía que sus colegas de la jefatura estaban informando entre bastidores en su nombre. A menos que alguno de los pasajeros del metro se hubiera presentado como testigo. Pero todo había sucedido tan rápido que dudaba que los demás pasajeros hubieran tenido tiempo de darse cuenta de lo que estaba pasando.

«Me temo que no puedo hacer comentarios sobre la investigación en curso».

«Hemos estado investigando los antecedentes del fallecido. Parece que era conocido por la policía. Quizás eso explique por qué reaccionó así cuando usted lo persiguió. ¿Tiene más información sobre él que pueda ser de interés público?».

«Bueno, puedo decirle cómo quedó después de ser aplastado por las ruedas del camión», respondió Cullen, perdiendo finalmente la paciencia.

«¿Perdón?».

«Puedo describirle su rostro, si lo desea. Y la forma en que su cuerpo quedó retorcido debajo del vehículo».

«No, eso... eso no será necesario, detective», dijo el periodista, con tono de sorpresa y asombro.

«Dígame», dijo Cullen, «¿ella se puso en contacto con usted o fue usted quien se puso en contacto con ella?».

«Bueno... nosotros nos pusimos en contacto con ella».

Cullen negó con la cabeza. —Ella estaba allí, justo detrás de mí, cuando él murió. Lo vio *todo*. El impacto del autobús, cómo él salía disparado por la carretera, cómo el camión aplastaba su cuerpo. Ella vio cómo yo le sostenía la cabeza. Se quedó allí, gritando. Eso fue hace poco más de veinticuatro horas. Déjenla en paz.

—Hemos tenido cuidado —dijo Zack—. Sabemos que es vulnerable.

«Ha sido un placer hablar contigo». Cullen ya se arrepentía un poco del tono que había utilizado. «¿Eres nuevo en el periódico?».

«Es mi primer mes», reveló.

«Bueno, espero volver a hablar contigo en mejores circunstancias. Saluda a Trevor de mi parte».

Trevor Goulding sería su jefe.

Cullen y Trevor se conocían desde hacía unos años, desde que se encontraron en un caso particularmente brutal de un asesino en serie que atacaba a personas que volvían a casa tarde por la noche. Fue el primer caso importante en el que Cullen participó después de mudarse desde Manchester. Desde entonces, habían trabajado juntos de forma bastante estrecha y amistosa, en una relación simbiótica que les convenía a ambos. Trevor conseguía sus historias y Cullen, a veces, obtenía pistas muy útiles.

«Lo haré», dijo Zack, sin perder el ritmo.

Cullen se preguntó si Trevor le había incitado a hacerlo, aunque no parecía propio de él, sobre todo con alguien a quien conocía tan bien como a Cullen. Trevor era uno de esos periodistas en extinción que no pisotearían a su propia abuela por conseguir el próximo titular.

«Solo una cosa más», añadió Zack, «antes de que te vayas. Si no te importa».

—De verdad que tengo que irme, Zack.

«Es sobre algo que dijo Shazney. Algo que creo que deberías saber».

PARTE III

25

Sábado por la mañana anterior

«Hola, ¿puedo ayudarle?». La voz masculina tenía un inconfundible acento francés.

«Hola, somos de Brand New», dijo Susie por el interfono.

«Estupendo. Suban, por favor. Estamos en lo alto de las escaleras».

Los tres pasaron y se dirigieron a la recepción. Allí les esperaba el hombre con el que habían hablado por el interfono para darles la bienvenida. «Catharine vendrá en un minuto», dijo, como si supieran quién era Catharine. «Si quieren, pueden tomar asiento».

Hicieron lo que les pidió y esperaron nerviosos en el sofá rojo sangre, preguntándose qué les depararía el futuro.

Una chica apareció por la esquina. «Hola, encantada de conocerlos. Soy Catharine», dijo, estrechándoles la mano a cada uno de ellos. «Por favor, síganme y les daré un breve recorrido por nuestras oficinas».

Los tres la siguieron, intercambiando rápidas miradas entre ellos. Atravesaron el pasillo y salieron a una oficina diáfana, llena de largas mesas en las que docenas de veinteañeros y treintañeros trabajaban con ordenadores. Ninguno de ellos levantó la vista de sus tareas.

«Esta es la oficina central de EXCEL-ENT», explicó Catharine. «Aquí es donde se lleva a cabo el trabajo diario de la empresa».

«¿Suelen trabajar los sábados?», preguntó Susie, observando la oficina llena.

«Desde hace seis meses», respondió Catharine. «A cambio, los lunes son libres. Esto nos ayuda a evitar las horas punta un día a la semana y también recibimos muchos menos correos electrónicos, por lo que es un buen día para concentrarse y trabajar».

Natalie no estaba prestando mucha atención a lo que decía Catharine. Estaba demasiado ocupada mirando todos los teléfonos e imaginando cómo aprovechar la oportunidad para llamar a Russell y resolver de una vez por todas el motivo por el que se había ido, o había tenido que irse, de la casa.

¿Pero tendría la oportunidad de llamarlo?

«Esos chicos de allí», continuó Catharine, señalando la esquina más alejada, donde había un grupo de ocho personas, «son nuestro equipo de marca». Todos los miembros del equipo vestían y se comportaban como hipsters, al igual que todos los demás en la sala. «Trabajan en toda nuestra cartera, desde algunas de las estrellas de cine y televisión más importantes del mundo».

«¿Como Harry Jones?», no pudo evitar preguntar Penny.

«Sí. Trabajan con Harry».

«Se tutean», le susurró Penny a Natalie, que no pudo evitar sonreír.

«El equipo de marca te ayudará a evaluarte hoy», dijo Catharine.

Natalie iba a hacer una pregunta, pero Catharine ya había pasado a otro tema.

«Nuestros agentes ocupan una suite de oficinas aquí mismo», explicó. «Contamos con veinte agentes, que representan a los mejores artistas de la industria del entretenimiento. También tenemos una oficina en Nueva York, con un equipo permanente que trabaja en toda Norteamérica, tanto para nuestros clientes del Reino Unido como para nuestros clientes de Estados Unidos y Canadá».

Al pasar por delante de una de las oficinas, todas ellas con paredes de cristal transparente, Natalie creyó reconocer al hombre que había dentro.

Pero no conseguía situarlo.

No creía que fuera actor. ¿Quizás un autor famoso?

«En EXCEL-ENT, nos enorgullecemos de nuestro espíritu audaz», dijo Catharine, deteniéndose frente a una de las oficinas. «Nos gusta seguir avanzando, seguir desarrollándonos, seguir creciendo. Si quieres entrar en la oficina, Diana estará contigo en unos minutos».

Natalie tragó saliva al oír el nombre.

«¿Le apetece algo de beber?», le ofreció Catharine. «Puedo prepararle té, café o agua mineral».

Pidieron cafés.

«¿Sabes quién es Diana?», preguntó Susie mientras esperaban en la oficina.

«Diana Saunders», respondió Natalie. «Tiene que ser ella». Miró las fotografías que había en la pared. Allí estaba Diana Saunders en el escenario con Tom Cruise, recibiendo un premio de manos del superestrell . En otra foto aparecía compartiendo una broma con Hillary y Bill Clinton, con una copa de champán en la mano.

Penny parecía preocupada. —¿Debería saber quién es?

«Es una de las socias fundadoras de la empresa», explicó Natalie. «La crearon unos cuantos agentes que se separaron de su antigua agencia. Diana era una de las que la industria llamaba las «Cuatro Fantásticas», todas ellas siguen siendo directoras. Se llevaron muchos clientes con ellas, pero atrajeron a más, y han tenido un éxito tremendo. Ya has oído lo que ha dicho sobre la oficina de Nueva York. Desde que abrió hace un año, han fichado a bastantes nombres importantes de Estados Unidos, justo delante de las narices de las agencias establecidas».

«Entiendo por qué fueron un caso de estudio en tu carrera», dijo Penny.

«Debo admitir que nunca había oído hablar de ellos», dijo Susie. «¿Hay algo más que debamos saber sobre Diana Saunders?».

Natalie dudó, pero decidió que era seguro continuar, siempre y cuando mantuviera la voz baja y un ojo en la puerta. —Diana tiene una reputación.

Penny frunció el ceño. —¿Fama?

«Por ser despiadada. Hay una historia sobre cómo le robó un cliente, una joven actriz, delante de las narices de un compañero agente de una agencia rival».

«No suena tan mal», comentó Susie. «Es lo normal».

«Excepto que el compañero era su padre, que en ese momento estaba en el hospital recuperándose de un infarto».

«Oh», dijo Susie. «¿Entonces no se lleva bien con su padre?».

«Oh, creo que se lleva bien con él. Para ella solo era un asunto de negocios».

«Qué bonito», dijo Penny. «Yo nunca le haría algo así a mi familia».

«Hay muchas otras historias. Ella sabe lo que quiere y va a por ello».

«Parece un personaje aterrador», dijo Susie, con su acento escocés cada vez más marcado. «Y vamos a conocerla en cualquier momento».

Y justo en ese momento, su rostro apareció en la puerta. Se limitó a observarlas durante un momento, entrecerrando los ojos, como si estuviera mirando especímenes en un laboratorio. Se giró y le dijo algo a alguien que estaba a su lado, fuera de su campo de visión, antes de entrar en la habitación con un ademán que hizo que una ráfaga de aire frío les rozara los tobillos.

«¡Diana Saunders!», anunció, subiéndose las gafas de montura oscura hasta la melena azabache recogida en un moño. «¿Y bien?», dijo, mirándolas desde arriba, «¿no vais a levantaros y presentaros?».

Natalie fue la primera en ponerse de pie. Le tendió la mano, pero la atención de Diana ya se había desviado hacia su teléfono móvil, que estaba sonando.

«¡Hola, Eddie!», exclamó efusivamente. «Por supuesto, cariño, no, no estoy haciendo nada importante. Siempre tengo tiempo para ti». Se rió de forma coqueta y tapó el auricular con la mano. «Señoras, si no les importa salir de la oficina un momento, necesito un poco de privacidad».

~

«Ya veo lo que quieres decir», le susurró Susie a Natalie, mientras las tres se quedaban en el pasillo y Diana Saunders continuaba su conversación telefónica tras la puerta cerrada. «Sin duda es una fuerza de la naturaleza, eso se nota enseguida».

«Sin duda lo es», señaló Natalie.

«Me pregunto cuál será nuestra tarea», dijo Penny. «No estoy segura de si me apetece trabajar con ella o no. Tengo la sensación de que podría ser la mejor o la peor experiencia de mi vida».

Eso hizo sonreír a las otras dos.

«Creo que todo irá bien», dijo Natalie. «Siempre y cuando hagamos lo que ella diga. Oh, ya ha colgado».

La puerta se abrió de par en par. «¡Entrad!», ordenó Diana. «¡No hay tiempo que perder!».

Volvieron a sentarse, esta vez frente a la imponente figura de Diana Saunders, que las observaba de nuevo desde su lujosa silla giratoria de cuero. Al mismo tiempo, jugaba con su teléfono móvil, dándole vueltas y vueltas con la mano derecha, lo que podría haberse confundido con un tic nervioso si lo hubiera hecho cualquier otra persona.

«Lo siento», dijo, mirando su teléfono móvil antes de colocarlo en el escritorio detrás de ella. «Tenía que atender la llamada de Eddie. Está en el plató en Los Ángeles, en medio de un rodaje, y necesitaba hablar conmigo urgentemente sobre un asunto extremadamente importante en el que estamos trabajando actualmente. No puedo decir mucho más, ya que es un asunto muy delicado, pero todo el mundo se enterará a su debido tiempo. Va a ser algo grande. El director estaba impaciente por volver al rodaje, ya que el tiempo es dinero, como comprenderán, pero ya conocen a Eddie, es un tipo independiente y Stephen lo sabe. Es demasiado inteligente como para enfadar a su estrella, mucho demasiado inteligente».

Los tres eran demasiado sensatos como para preguntar quiénes eran Eddie o Stephen. Parecía que Diana daba por sentado que lo

sabían, y admitir lo contrario y revelar su ignorancia sin duda habría sentado mal.

«En fin», continuó, «Eddie podría volver a llamar en unos minutos». Se giró para mirar su teléfono, como si de alguna manera pudiera haber perdido una llamada suya. «Así que será mejor que empecemos antes de que mi chico vuelva a llamar, no queremos más interrupciones, ¿verdad?».

Ellos le devolvieron la sonrisa.

«Bueno», dijo ella, «ustedes son tres de las personas afortunadas de Sir Kenneth. Y realmente tienen mucha suerte, no lo duden. Se les ha dado una oportunidad única en la vida, espero que lo comprendan».

Asintieron con la cabeza.

«Soy buena amiga del querido Kenneth desde hace décadas», continuó Diana. «Es un genio, único en su género. Inteligente, perspicaz, imaginativo. Nuestras respectivas empresas colaboran muy estrechamente, en beneficio mutuo. Hemos tenido muchos, muchos éxitos a lo largo de los años, y no tengo palabras para elogiar lo suficiente a Brand New. Son auténticos pioneros. Líderes mundiales. ¿Han conocido a Sir Kenneth?».

«Más o menos», respondió Natalie.

Diana arqueó una ceja tatuada. *«¿Más o menos?».*

«Apareció a través de la realidad virtual. Bueno, creo que fue realidad aumentada».

—Ah —sonrió—. A Sir Kenneth le encanta jugar con su tecnología, especialmente cuando le permite estar en varios sitios a la vez. Creo que ahora mismo está en las Islas Caimán. —Reflexionó un segundo—. O quizá en Hong Kong. En fin... —Hizo un gesto con la mano para restarle importancia al tema de la ubicación—. Vamos al grano.

Justo en ese momento, Catharine apareció en la puerta, asomándose con una bandeja de bebidas en las manos.

Diana pareció ligeramente molesta. «Pasa».

«Siento interrumpir, Diana», dijo Catharine, repartiendo las bebidas. Diana tomó una taza enorme de café solo.

«Ya conoces a mi asistente, Catharine», dijo Diane. «Catharine empezó en la empresa hace dieciocho meses. La tomé bajo mi protección, ya que aspira a convertirse en agente, ¿verdad, Catharine?».

Catharine asintió.

«Es un camino largo y difícil», dijo Diana, «convertirse en una agente destacada, una agente que no solo cierre acuerdos y cuide de sus clientes, sino que realmente destaque en esta industria tan competitiva. ¿No es así, Catharine?».

«Sí, Diana».

Catharine salió de la habitación.

«Hace un café estupendo», dijo Diana, sorbiendo la bebida humeante. «Pero no estoy segura de que vaya a ser una gran agente. He estado pensando en despedirla».

No sabían qué decir, pero, afortunadamente, Diana era obviamente el tipo de persona que llenaba rápidamente cualquier silencio.

«Bueno», dijo, «vuestra tarea para hoy. Dejadme que os explique un poco los antecedentes. Aquí, en EXCEL-ENT, nos gusta traspasar los límites, liderar en lugar de seguir. Pero me temo que en los últimos años nos hemos visto un poco desbordados en lo que respecta a nuestra orientación literaria. Recientemente me he hecho cargo personalmente de nuestro departamento de libros para remediar la situación y hemos despedido a un par de personas que, francamente, no aprovecharon las oportunidades que se les presentaban. Hace unos años, dirigí el desarrollo de nuestra propia productora de cine y televisión, y hemos tenido mucho éxito. Hemos trabajado con socios estratégicos clave de toda la industria y hemos tenido grandes éxitos. Habrás oído hablar de *Future Fears,* nuestra innovadora serie distópica que recientemente ha batido récords de streaming.

«Me encanta esa serie», dijo Penny. «Es muy imaginativa y bastante inquietante».

Natalie también la conocía y había visto varios episodios, aunque algunos de ellos, los más centrados en el terror, eran un poco demasiado extraños para su gusto.

«Bueno», dijo Diana, «ahora estoy poniendo mi mirada en la industria editorial, que, francamente, necesita una buena reorganización. Estoy harta de estar en deuda con las grandes editoriales, con sus contratos miserables y sus excusas para no promocionar a nuestros autores como realmente se merecen. Por eso EXCEL-ENT va a lanzar su propia editorial. Ya tenemos los autores, tenemos los medios de producción, tanto e o electrónico como impresión bajo demanda, así que ahora nos centramos en la marca. Y ahí», sonrió, «es donde entras tú».

26

Sábado por la mañana anterior

«Bueno, chicas, esta es vuestra tarea. Tenéis», Diana miró su reloj, «poco menos de cuatro horas para crear una visión de marca para nuestra nueva editorial. Y luego presentaréis vuestro trabajo al equipo de EXCEL-ENT para que lo evalúen y os den su opinión». Les sonrió con aire desafiante. «¿Creéis que podéis hacerlo?».

«Sí». Susie fue la primera en responder. «Estamos preparadas para el reto, ¿no?». Se volvió hacia las otras dos, que asintieron con la cabeza.

«¡Genial!», dijo Diana. «Bien, os dejo con ello. Podéis disponer de un ordenador cada una en la oficina principal. El equipo de marca se va a marchar hoy para dejaros espacio. Catharine volverá en unos minutos para guiaros».

Estaba a medio salir por la puerta cuando Natalie la llamó.

«¿Y el cliente?».

Diana se detuvo. «¿Perdón?».

Natalie dudó por un segundo, pero se sacudió la duda. —El cliente —dijo—. EXCEL-ENTE. ¿Cuáles son sus prioridades y valores, cuáles son sus objetivos comerciales?

Justo cuando Natalie volvía a dudar de sí misma, Diana sonrió y volvió a entrar en la habitación, cerrando la puerta tras de sí y

volviendo a sentarse en su silla. «Pensaba que nunca lo preguntarías. Eres Natalie, ¿verdad?».

«Sí», respondió ella, preguntándose cómo lo sabía, dado que hasta ese momento no les había preguntado sus nombres. Quizás la lista que Brand New había proporcionado a la empresa también contenía sus fotografías.

«Bueno, Natalie», dijo, ignorando intencionadamente a los otros dos, «como te decía, estoy harta de la industria editorial tradicional. Claro que tengo buenos amigos allí, muy buenos amigos: Mark, Gabriella, Margot. Hay mucha pasión, mucha gente que ama la literatura, ama los libros y ama lo que hace. Pero no es suficiente, i , Natalie!». Sus ojos ardían con una intensidad inquietante. «Quiero llevar las cosas a un nuevo nivel. Quiero que nuestra editorial sea el lugar de referencia para los autores, para los mejores autores del mundo. Quiero que gente como King y Rowling llamen a mi puerta y me rueguen que los contrate».

Natalie había sacado el cuaderno y el lápiz que les habían proporcionado a cada uno. «¿Puedes describir cómo quieres que sea la editorial, quizá con tres palabras clave?».

«Única. Atrevida. Despiadada», respondió sin dudar.

«¿Y el nombre de la empresa?».

«Buen intento», respondió Diana. «Eso te lo dejo a ti. Bueno», dijo, dirigiéndose por fin de nuevo a Susie y Penny, que habían estado observando con bastante desánimo desde un lado, «¿tenéis alguna otra pregunta? Si es así, mejor que os deis prisa, antes de que Eddie vuelva a llamar».

«Podemos acceder a Internet, ¿no?», dijo Penny. «Quiero decir, en casa no se nos permitía comunicarnos con...».

«Podéis acceder a Internet solo con fines de investigación y desarrollo», explicó Diana. «Cualquier intento de comunicaros con alguien, para pedir ayuda o por cualquier otro motivo, será comunicado a Brand New. Espero que os haya quedado claro».

«Sí, sí, no quería decir...», balbuceó Penny.

«Bien», sonrió Diana con rigidez. «¿Alguna pregunta?», le preguntó a Susie.

«¿Es esto una tarea real?», preguntó.

«¿Perdón?».

«Quiero decir, ¿realmente estamos diseñando la marca de su nueva editorial?».

Diana se rió. «Por Dios, no. De eso se encargará nuestro equipo de branding. Es una parte muy importante de nuestro desarrollo, así que no queremos correr ningún riesgo cediendo la responsabilidad a alguien que no sea sumamente competente. Por supuesto, mi equipo tendrá en cuenta cualquier idea que tengáis, en caso de que haya algo valioso en ella».

Susie miró a los demás después de que Diana saliera de la sala. «Vaya, sí que sabe cómo infundir confianza, ¿verdad?».



El resto de la mañana pasó volando. Los tres trabajaron en un rincón de la ajetreada oficina diáfana, alimentados por el café de la elegante máquina de café que había instalada a la vuelta de la esquina, mientras el equipo de branding se trasladaba a algunas de las oficinas exteriores.

Se repartieron las tareas entre ellas. Susie era muy buena con los gráficos, así que se encargó de buscar posibles imágenes para el logotipo de la editorial. Penny, cuya página web sobre nombres para bebés, creada por ella misma, había ganado varios premios, se puso a trabajar en el diseño del concepto de la página web. Natalie se centró en el eslogan y la declaración de misión de la empresa, que podrían utilizarse en múltiples canales.

Afortunadamente, decidieron el nombre muy rápidamente. De hecho, la idea había sido propuesta por Natalie y aceptada por el resto del equipo incluso antes de que Catharine volviera a recogerlas de la oficina de Diana.

Black Tiger Publishing.

Había sido una chispa de inspiración por parte de Natalie, que las otras dos aprovecharon. A veces las cosas simplemente sucedían así. Unas semanas antes, había visto con su compañera de piso, Amy, un documental sobre la naturaleza que se centraba en el misterioso

tigre negro. Se trataba de una variante genética poco común, en la que unas rayas negras más gruesas de lo normal casi ocultaban el color que había debajo. Era un animal muy impresionante, que parecía representar a la perfección las tres palabras clave que Diana había utilizado para describir lo que querían que fuera su editorial: Única. Atrevida. Implacable.

Solo podían esperar que Diana y su equipo de branding pensaran lo mismo.

Las imágenes eran otro asunto.

Necesitaban algo atrevido pero básico. Un logotipo que funcionara tanto en el lomo de un libro como en un sitio web y en carteles gigantes. Tenía que ser sencillo pero original. Afortunadamente, Susie era buena. En una hora, tras buscar inspiración en otras editoriales y probar diferentes ideas, tenía cuatro posibles diseños de logotipo.

De los cuatro, uno destacaba. Era la cabeza de un tigre negro, de frente, con gruesas rayas negras y penetrantes ojos amarillos, sobre un fondo plateado metálico y futurista.

«Es perfecto», dijo Natalie en cuanto lo vio.

«Estoy de acuerdo», dijo Penny. «Sin duda, el mejor de cuatro logotipos realmente buenos». Miró a Susie y sonrió. «¡Buen trabajo!».

«Gracias», dijo Susie. «Ese también era mi favorito, pero no quería influir en vuestra decisión. ¿Cómo va el eslogan?». Miró hacia la pantalla del ordenador, donde Natalie llevaba más o menos una hora escribiendo y borrando.

«Ha sido más difícil de lo que pensaba».

Natalie había mirado lo que ofrecían otras editoriales; muchas de las empresas tradicionales no tenían eslogan. Sin embargo, algunas de las nuevas empresas del sector sí lo tenían, sobre todo las que solo trabajaban en formato digital. En general, eran más inteligentes, pero eso probablemente se debía a que eran nuevas en el sector y tenían que destacar para sobrevivir.

«Pero tengo algo que creo que funciona bastante bien», añadió Natalie.

«Veamos qué tienes», dijo Susie. «Y prometo que no nos reiremos», añadió con descaro.

«Oye», bromeó Natalie. «Vale. Allá va. *La edición reinventada».*

Miró a las otras dos con cierto temor, ya que ambas lo estaban procesando sin revelar nada.

Finalmente, Susie asintió. «Me gusta».

«A mí también», coincidió Penny.

Natalie no estaba convencida. Había algo en su reacción que le parecía un poco apagado. Quería ver una chispa de emoción en sus ojos, pero no la veía.

«¿Qué tal este?», dijo Natalie. *«Publicar sin miedo».*

«Prefiero el primero», dijo Penny.

Susie asintió. «Yo también».

Natalie volvió a mirar la pantalla. Sabía que el resto de sus intentos no eran tan buenos. «Dadme unos minutos y volveré con algo mejor».

«Sinceramente, el primero está bien», dijo Susie, preocupada por si Natalie se sentía rechazada.

Natalie se puso de pie. «No, está perfectamente bien», dijo. «Solo voy a dar una vuelta por el edificio y volveré con el ganador».

Susie asintió, tranquila al saber que no habían herido los sentimientos de Natalie.

27

«¿Inspector jefe?», dijo el chico, acercándose a Paul Cullen en medio de la concurrida Leicester Square. Tenía el pelo rubio al estilo de las bandas de chicos, peinado con gomina hacia arriba, y unos ojos muy azules. Vestido a la última, con vaqueros ajustados y una chaqueta, parecía tan alejado de su viejo amigo periodista Trevor Goulding como se pueda imaginar.

Hacía que Cullen se sintiera muy viejo.

Cullen asintió y le estrechó la mano, saludándolo con profesionalidad.

¿Era este el tipo de persona con la que tendría que tratar a partir de ahora? ¿Alguien que parecía que podría ser su hijo?

«Zack Carter. Me alegro de que hayas podido venir, muchas gracias por tu amabilidad».

Daba pasos adelante y atrás de puntillas, como un boxeador en un combate de entrenamiento.

«No hay de qué», dijo Cullen, bastante desconcertado por la energía del chico. ¿Quizás solo estaba nervioso y se calmaría en un minuto más o menos? «Pero realmente no puedo hablar mucho tiempo».

—No te preocupes, no te preocupes —dijo Zack, sin dejar de moverse. Miró por encima del hombro—. ¿Te apetece una pinta? —Señaló con la cabeza el bar que había junto al cine Odeon.

Cullen estaba a punto de decir que no, solo para llevarlo las cascas, pero sintió que le apetecía tomar algo. «Solo una», dijo. «Pero allí no. Conozco un sitio a la vuelta de la esquina. El ambiente es mejor. Y la cerveza también».

«¡Claro, tú nos guías, detective!».

Cullen estuvo a punto de chasquear la lengua, pero se contuvo y esbozó una sonrisa forzada. Cruzaron la plaza, esquivando a los turistas que disfrutaban del sol primaveral, apuntando con las cámaras de sus teléfonos inteligentes y consultando sus guías turísticas. Esta parte de Londres era realmente el centro turístico, y los acentos ingleses eran una rareza, en comparación con las numerosas voces norteamericanas, por no hablar de las docenas de idiomas que flotaban en el aire.

Cullen condujo a Zack por una de las calles laterales principales y atravesó la puerta de un pub estrecho que se encontraba entre una casa de cambio y una tienda de recuerdos para turistas.

El Underground era uno de los lugares favoritos de Beswick, que había llevado a Cullen allí en su primera semana después de llegar a la capital. Dirigido por un entusiasta del ferrocarril, el lugar era un refugio para aquellos interesados en el transporte, especialmente el ferroviario. Era frecuentado por muchos de los colegas más veteranos de Cullen en la Policía Británica de Transportes, mientras que los más jóvenes, algunos de los cuales no eran muy diferentes en edad a Zack, solían preferir los bares más de moda del West End.

El local era oscuro y tranquilo. Cullen reconoció a algunos de los clientes habituales, la mayoría de los cuales le saludaron con un gesto al entrar. Muchos de los más veteranos eran antiguos empleados de Transport for London: conductores de metro, autobús y revisores.

Cullen vio que Zack miraba con los ojos muy abiertos los carteles enmarcados del metro de Londres que adornaban las paredes y otros objetos, como un viejo letrero de una estación de metro que cruzaba la parte superior de la barra. Probablemente se preguntaba qué demonios era ese lugar. Se parecía un poco a uno de esos centros de antigüedades a los que Sarah le gustaba llevarlo.

—Paul —dijo el camarero con una amplia sonrisa—. Me alegro de verte. Han pasado unas semanas, ¿no?

—Unas dos.

«Parece que han sido más. ¿Cómo está Tony?».

«Está bien».

El camarero miró a Zack, que estaba detrás de Cullen. —¿Es esta una nueva...

—No, no, Beswick y yo seguimos juntos. Nadie va a separarnos. Bueno, aparte de la Parca. O Maggie Ferguson —añadió con picardía. Le divertía la idea de Zack como su nuevo y moderno compañero.

«Menos mal», dijo el camarero. «Por un momento me había empezado a preocupar. Pensé que por fin se había jubilado».

«Ni lo sueñes», respondió Cullen.

El hombre se rió. «Lleva *pensando* en jubilarse desde que lo conozco».

«Dijo que quizá un año más, pero creo que seguirá unos cuantos años más».

«Esperemos que así sea».

Zack parecía más confundido de lo que debería por sus bromas. De hecho, le recordaba a un conejo ante los faros de un coche. Pero probablemente este antiguo pub londinense no era el lugar habitual de Zack.

Cullen sonrió. «Este es Zack. Es periodista del Daily Post».

«Ah, claro». La sonrisa desapareció. «No me gusta mucho ese periódico», admitió el camarero mientras Zack lo miraba incómodo. «Solo tiene un buen uso, y yo tengo mucho papel higiénico acolchado, muchas gracias».

«Oh», dijo, recuperando el equilibrio. «Bueno, eso es, eh...».

«Te está tomando el pelo», dijo Cullen, interviniendo para acabar con la incomodidad del chico. Se sentía un poco culpable por Zack. «¿Verdad, Mickey?».

Mickey sonrió. «La verdad es que no. Todavía no he perdonado a ese periodicucho por publicar hace unos años esa terrible noticia falsa sobre mis queridos Spurs. Pero bueno, ¡no tiene sentido darle

vueltas a esas cosas! ¿Qué te pongo? Supongo que lo de siempre, Paul, ¿no?».

—Exacto.

Zack miró al otro lado de las bombas la selección del bar. «Tomaré lo mismo que tú», dijo finalmente, mientras el camarero llenaba un vaso de pinta con algo llamado *Northern Line*.

—Te gustará —dijo Cullen—. Siempre y cuando te guste la cerveza fuerte.

Zack asintió, pero no parecía muy convencido.

—O tenemos Babycham —dijo el camarero.

«No, no, esa está bien».

Llevaron las bebidas a una mesa al otro lado del local. Cullen saludó con la cabeza a un anciano, Clive, que estaba bebiendo una pinta y hablando con una mujer que Cullen no había visto antes. Conocía a Clive desde hacía unos años, desde que Beswick lo había llevado por primera vez al local, y era la primera vez que lo veía con una mujer. Tony le había contado su historia: había conducido tubos durante cuarenta años y tenía una tos que lo demostraba. Pero era su esposa desde hacía cincuenta y cinco años quien había sucumbido al cáncer solo un par de años antes, y el hombre tenía el corazón roto.

Quizás Clive, que debía de rondar los ochenta, había rehecho su vida.

—Bueno —dijo Cullen, cuando se acomodaron—. ¿Qué has descubierto? Quería ir directamente al grano; al fin y al cabo, había cosas que hacer, entre ellas entrevistar al personal de New House y, posiblemente, a los co-solicitantes de Natalie, si Tabitha había conseguido ponerse en contacto con ellos.

—En primer lugar —dijo Zack, con voz aún nerviosa—, gracias de nuevo por reunirte conmigo. Te lo agradezco mucho.

Cullen asintió.

Zack metió la mano en su bolso y sacó una tableta. Abrió la tapa y desbloqueó la pantalla con su huella dactilar, antes de deslizar el dedo hasta lo que estaba buscando.

«Trevor está de vacaciones, se fue esta mañana a Tenerife, pero ayer, antes de marcharse, me pidió que investigara lo que pasó ayer,

ya sabes».

«Continúa».

«Bueno, pasé la tarde tratando de averiguar más sobre el tipo... ya sabes, el tipo que murió».

No dejaba de mirar a Cullen, como si esperara que dijera algo, que añadiera más información. Pero, por supuesto, Cullen no lo hizo. Dejó que el silencio empujara a Zack a continuar.

—Hice algunas investigaciones informales, pero no pude averiguar mucho sobre el tipo. No parece tener presencia en las redes sociales; no apareció nada en las búsquedas en Internet.

Cullen se encogió de hombros. Si Zack estaba buscando más información, desde luego no la iba a obtener de él. «Así que contactaste con su novia».

Aún le molestaba esa acción y quería que Zack supiera que seguía siendo lo más importante en sus pensamientos. En realidad, estaba fuera de lugar: una intrusión insensible en el dolor de la chica en un momento muy vulnerable, aunque Cullen tenía que admitir que también era totalmente comprensible desde el punto de vista de la prensa.

Zack asintió. —Ella era diferente. Muy fácil de encontrar. Shazney está en todas las plataformas principales. Tiene muchos seguidores en Instagram, donde publica sobre moda y maquillaje. También es activa en Twitter y su página de Facebook es de acceso libre. Por las fotos de esa mañana supe que era la misma persona, así que le envié un mensaje.

Su nerviosismo se había disipado, sustituido por algo parecido al orgullo por su logro. A Cullen le dieron ganas de reprenderlo un poco, ya que, en su opinión, había cruzado una línea al entrometerse en una fase tan temprana de una investigación en curso.

«¿Te autorizó Trevor a hacerlo?», le preguntó. No parecía propio del estilo de Trevor. Normalmente era mucho más consciente de los límites, dada su experiencia en la profesión y su respeto por las investigaciones policiales.

Zack tragó saliva. —No. Estaba fuera de contacto antes de que surgiera la pregunta. Sin embargo, Simon sí lo autorizó.

Simon Hardacre. Era el subdirector, trabajaba bajo las órdenes de Trevor. Cullen no se llevaba especialmente bien con él. Simon era ambicioso y despiadado a la hora de buscar historias. Se había ganado la antipatía de la policía, no solo de la BTP, sino también de los colegas de Cullen en la Met. En más de una ocasión había amenazado las investigaciones con prácticas demasiado intrusivas. Normalmente, Trevor mantenía al tipo a raya, pero cuando el gato no está...

—Simon debería saber que no debe interferir en una investigación policial —afirmó Cullen, observando cómo se sonrojaba Zack.

Bajó la mirada hacia su pinta, y la burbuja estalló. —Yo... solo estaba...

«No pasa nada», dijo Cullen, con más rapidez de la que pretendía. Por muy molesto que estuviera, y por mucho que quisiera enviar un mensaje contundente tanto al periodista como al periódico, Zack no era más que un crío, apenas mayor que Amy, si es que lo era. Ahora que lo tenía delante, se le quitó un poco las ganas de enfadarse. «Solo seguías órdenes».

Esto obtuvo un asentimiento moderado por parte del joven periodista.

Cullen dio un sorbo a su bebida mientras sopesaba sus opciones. Optaría por un enfoque suave. Al fin y al cabo, no convenía quemar puentes. El Post *había* sido más una ayuda que un obstáculo en varias investigaciones policiales.

Lo cual le dio una idea.

28

Sábado por la tarde anterior

NATALIE SALIÓ de la sala diáfana y recorrió el pasillo pasando por delante de las oficinas de los agentes privados, esperando que le llegara la inspiración. Pasó por delante de la oficina de Diana Saunders, esperando ver a la formidable mujer mirándola fijamente, preguntándose por qué no estaba trabajando duro en la tarea de branding.

Pero la sala estaba vacía.

Y fue entonces cuando vio el teléfono en el escritorio de Diana.

Notó la tarjeta de Russell en su bolsillo y, de repente, sintió una irresistible necesidad de aprovechar la oportunidad que se le presentaba.

Solo le llevaría un minuto.

Miró a izquierda y derecha. No había nadie más a la vista.

Entró en la habitación y cerró la puerta suavemente detrás de ella.

Se sentía temblorosa y vulnerable mientras cogía el auricular del teléfono. Sin apartar la vista de la puerta, marcó apresuradamente el número de móvil de Russell. Estaba tan nerviosa que a mitad de camino pulsó el botón equivocado.

¡Maldita sea!

Otra mirada hacia la puerta. Luego volvió a empezar, marcando los números, esta vez tratando de no cometer ningún error.

Una vez introducido el número, se llevó el auricular a la oreja. Estaba sonando.

«Vamos, Russell, contesta, contesta».

Saltó el buzón de voz.

Dejó un mensaje rápido, diciendo que le volvería a llamar cuando pudiera.

Se volvió de nuevo para mirar hacia la puerta, justo cuando dejaba su número de móvil para Russell. La asistente de Diana, Catharine, estaba allí, observándola a través del cristal.

Natalie bajó el teléfono y lo volvió a colocar en su base. Esperaba algún tipo de interrogatorio, pero Catharine no entró en la habitación.

Simplemente se alejó.

Nerviosa y agitada, Natalie se preguntó qué hacer. ¿Debería seguirla e intentar explicarle?

Salió de la oficina y siguió a Catharine por el pasillo. Afortunadamente, no había nadie más allí.

«¿Catharine?». Se le acercó por detrás, pero Catharine no se detuvo. «Catharine, lo siento mucho. No debería haber usado el teléfono, no debería. No era mi intención hacerlo».

Catharine siguió caminando.

«Solo quería llamar a mi amiga, no se encuentra bien, ¿sabes?». En su desesperación, la mentira le salió con facilidad, aunque si era convincente o no era otra cuestión.

Catharine se detuvo y se volvió hacia ella. «No he visto nada».

«No lo entiendo».

Se acercó, mirando a izquierda y derecha para comprobar que no había nadie cerca. «Sé lo que Diana dice de mí a mis espaldas. No le debo lealtad ni nada más. Tu secreto está a salvo conmigo».

Natalie no sabía qué decir. «Gracias. Te lo agradezco mucho».

—Me voy de aquí —dijo de repente, en voz baja—. Tengo mi carta de renuncia en el bolso.

«Oh».

«Tengo un nuevo trabajo, en una organización benéfica dedicada a la lectura. Trabajan con colegios». Su rostro se iluminó. «Será un gran alivio salir de este lugar».

«¿Tan mala es Diana?».

Catharine volvió a mirar a su alrededor. «Peor. Pero hasta ahora me ha dado demasiado miedo irme. Diana tiene contactos muy influyentes en el sector, podría ponérmelo muy difícil».

«Sabes, la forma en que Diana te hablaba», dijo Natalie, «me recordaba a cómo me trataba mi exnovio. A mí también me costó mucho tiempo reunir el valor para escapar. Sé lo difícil que es».

Esto pareció dar que pensar a Catharine.

«Ven conmigo un momento», dijo por fin. «Esta habitación está libre».

Natalie la siguió hasta la habitación vacía, donde había dos fotocopiadoras, una impresora y lo que parecía ser el sistema informático central del edificio.

«Aquí estaremos bien un momento», dijo Catharine, por encima del zumbido de los equipos.

«¿Qué pasa?

«Quiero advertirte».

«¿Advertirme? ¿Sobre qué?».

—Sobre Sir Kenneth. Tienes que tener cuidado con...

Diana Saunders entró en la sala, interrumpiendo la conversación de golpe. Miró a ambos, pero reservó su mirada más feroz para Catharine.

«Catharine, necesito hablar contigo en mi despacho. Ahora, por favor».

Catharine asintió con la cabeza y salió de la habitación mientras Diana le mantenía la puerta abierta y centraba su atención en Natalie. Miró su reloj.

«Será mejor que vuelvas con los demás, Natalie. Se te acaba el tiempo».

29

Sábado por la tarde anterior

«¡Natalie, nos preguntábamos dónde te habías metido!», dijo Penny, sonriendo con evidente alivio cuando Natalie se reunió con ellas en la oficina.

—Penny pensó que quizá habías decidido largarte —bromeó Susie.

Penny asintió. «Cuando te marchaste, parecías un poco preocupada. Pensé que quizá habías decidido dejarlo todo. Habría sido una pena».

«Solo necesitaba pensar un poco», respondió Natalie, distraída por la interrupción de Catharine sobre Sir Kenneth. ¿Qué había intentado decir? «Estaba intentando pensar en un eslogan mejor», dijo por fin.

«¿Y lo has encontrado?», preguntó Penny con esperanza.

Natalie negó con la cabeza, aún incapaz de apartar por completo de su mente lo que acababa de suceder. «Por desgracia, no. Lo siento», dijo, volviendo a sentarse en su asiento. «Probablemente tendremos que quedarnos con lo que ya tenemos».

«A mí me gustaba», respondió Penny. «Reinventar la edición».

«A mí también», dijo Susie. «Quedémonos con ese».

A continuación, Penny repasó lo que había hecho con la página web. Había tomado el logotipo del tigre negro de Susie y las imágenes relacionadas que había creado, y había rellenado una maqueta de la página web de la nueva editorial.

«Vaya, Penny. A Diana le va a encantar esto», dijo Natalie, dejando atrás por fin la experiencia con Catharine, mientras Penny se desplazaba por las páginas, resaltando las características.

Tenía un aspecto impresionante: elegante, moderno, dinámico.

«Gracias», respondió Penny. «Estoy muy contenta con el resultado. Ayuda mucho que tus gráficos sean *tan* buenos, Susie».

«Gracias», sonrió Susie. «Sabes, creo que las tres formamos un buen equipo».

Natalie le devolvió la sonrisa, preguntándose si debía contarles lo de la advertencia de Catharine. No había forma de que pudiera decírselo allí, ni en el taxi de vuelta a casa, así que solo podría hacerlo más tarde.

«Solo queda la presentación», continuó Susie. Miró su reloj. «Tenemos menos de una hora para preparar la presentación».

Natalie enterró la advertencia de Catharine. Se lo debía a las demás: concentrarse y dar lo mejor de sí misma. «Entonces será mejor que nos pongamos manos a la obra».

~

UNA HORA y veinte minutos más tarde, las tres chicas se encontraban frente al equipo de marca de EXCEL-ENT y una selección de otros empleados de la empresa, entre los que se encontraba Diana Saunders.

Ella estaba de pie al fondo, enviando mensajes de texto.

La presentación se celebraba en una de las pequeñas salas de seminarios de la empresa, que estaba abarrotada. Natalie echó un vistazo al público. La mayoría charlaba entre sí. Algunos, como Diana, estaban absortos en sus teléfonos móviles.

Natalie decidió que era el momento. Susie y Penny le hicieron un gesto de asentimiento cuando cogió el micrófono. Habían decidido

de antemano que Natalie haría las presentaciones.

«Señoras y señores...».

Las conversaciones continuaron.

«Señoras y señores», repitió, un poco más alto. Miró a Diana, que seguía con la cabeza metida en el teléfono. «Gracias por dedicar su tiempo a escuchar nuestra presentación de hoy».

Afortunadamente, las conversaciones fueron apagándose a medida que la gente comenzaba a centrar su atención en ella.

Natalie respiró hondo. «Nos gustaría presentarles Black Tiger Publishing. La edición reinventada».

Penny mostró la primera diapositiva, en la que aparecía el llamativo logotipo de Black Tiger diseñado por Susie.

«Único. Atrevido. Despiadado. El tigre negro es una rareza en la naturaleza».

Penny pasó a mostrar imágenes de tigres negros en libertad.

Natalie miró a Diana.

Ella estaba mirando.

Estaba interesada.

«Familiar pero sorprendentemente diferente, el tigre negro representa algo distinto y emocionante, que destaca entre la multitud. Tiene ese factor sorpresa. Por eso creemos que es perfecto para tu nueva editorial».

Natalie volvió a mirar a Diana, que había dejado el teléfono. Entrecerró los ojos, concentrada.

Sin duda la habían conquistado, al menos por ahora. El truco estaría en mantener su interés.

«La edición reinventada», dijo Natalie con confianza. «Un mensaje audaz, que transmite la misión fundamental de la empresa, pero que también señala una ruptura con lo que ha existido hasta ahora y con lo que aún existe en un sector que necesita un disruptor. Black Tiger Publishing, que traspasa los límites, se enfrentará al mundo editorial tradicional con imaginación y estilo, aprovechando las últimas tecnologías en beneficio de sus clientes y consumidores. Black Tiger, una editorial con alcance global, desde Londres hasta Nueva York y en todo el mundo, liderará a través de la innovación y la dedicación de su equipo».

Diana seguía observando.

«Te voy a pasar con Susie, que te hablará del logotipo».

Natalie se hizo a un lado cuando Susie tomó la palabra, y Penny cambió la diapositiva a un primer plano de la cabeza del tigre negro. «El logotipo está diseñado para ser llamativo y reconocible al instante. La cabeza en blanco y negro, con ojos amarillos brillantes, funciona bien a varias escalas y queda especialmente bien en los lomos de los libros. Complementando el logotipo principal hay una serie de gráficos para su uso en actividades de promoción y marketing, que muestran al tigre negro en varias poses. Los gráficos también constituyen la base de la imagen de marca del sitio web. Te paso con Penny para que te dé más detalles al respecto».

Penny se adelantó. «Gracias, Susie», dijo, con un tono natural y seguro a pesar de su corta edad. «Este sitio de demostración ilustra algunas de las características que formarían el núcleo de la presencia online de Black Tiger. Por ejemplo, en la página de inicio se muestra el logotipo de forma destacada, con espacio para los libros destacados y una breve introducción a la empresa. Las páginas siguientes ofrecen la oportunidad de mostrar a los autores y sus libros, con enlaces a los principales vendedores».

Natalie, que se había colocado frente al ordenador portátil, hizo clic en las distintas imágenes de las páginas del sitio web.

«El sitio también permitiría a los lectores inscribirse en la lista de correo de la empresa, lo cual es muy importante hoy en día para fidelizar a los clientes y establecer una conexión real con los consumidores».

Penny dio un paso atrás cuando Natalie volvió al frente.

«Esperamos que en esta breve presentación hayamos logrado transmitir nuestra visión de la empresa y cómo el uso del lenguaje, las imágenes y el diseño web se combinan para comunicar la filosofía de la nueva editorial. Gracias por su atención. ¿Alguna pregunta?».

Mientras los tres se alineaban hombro con hombro, sin atreverse aún a mostrar su satisfacción, varias manos se levantaron.

Diana Saunders fue una de ellas.

«¿A quién se le ocurrió el nombre?».

«Fue Natalie», admitió Susie. «A todos nos encantó en cuanto lo oímos».

Diana mantuvo el rostro impasible mientras miraba a Natalie. «¿Somos fans de los tigres?».

«Siempre han sido mis animales favoritos», respondió ella.

«Los míos también», reveló Diana. «Me gusta el nombre. Mucho».

Las chicas no pudieron evitar sonreír. Y esa revelación les dio la confianza necesaria para responder a la media docena de preguntas que les lanzaron, desde consultas sobre el eslogan hasta cuestiones técnicas relacionadas con el sitio web, todas las cuales abordaron como auténticas profesionales.

«Última pregunta», anunció Diana, justo cuando una chica con gafas de moda estaba a punto de hablar.

La chica le dio las gracias a Diana con un gesto de cabeza, antes de volverse hacia las tres que estaban al frente. «Hola. Soy Carmella Flurey, jefa del equipo de marca, y solo quería decir que lo que habéis conseguido en tan poco tiempo es realmente impresionante. *Realmente* impresionante».

Ahora sí que era el momento de relajarse. «Gracias», dijeron todos, manteniendo la compostura.

«¡Muy bien!», dijo Diana. «Gracias a todos por venir, ¡y ahora volvamos al trabajo!».

Cuando la sala se vació rápidamente, Diana se acercó a ellas. «Bien hecho, chicas. Ha sido impresionante. Realmente impresionante. Especialmente si se tiene en cuenta que todas sois nuevas en esto. Debo admitir que me habéis sorprendido. Sin duda, le daré un informe muy favorable a Sir Kenneth y a su equipo. Bravo».

«Gracias».

Se dispuso a salir de la sala, pero se volvió. «Espero que recuerden el documento que firmaron al comienzo del día. Todo lo que han presentado aquí —el nombre, el logotipo, el eslogan, el diseño del sitio web— ahora pertenece a EXCEL-ENT. Somos los propietarios de la propiedad intelectual. Han renunciado a cualquier derecho a reclamaciones financieras o comerciales. ¿Lo entienden?».

Todas asintieron con la cabeza. Diana Saunders sabía muy bien cómo agriar el sabor de la victoria.

«Es fantástico», dijo, animándose de nuevo mientras se dirigía hacia la puerta. «Me alegro de que todos entendamos la situación. No querría que las cosas se complicaran, no para tres chicas tan encantadoras como ustedes».

Su sonrisa revelaba la verdad.

30

«Cuéntame un poco sobre ti, Zack».

Zack pareció sorprendido por la pregunta. «¿Yo? Bueno, como he dicho, acabo de empezar en el periódico». Asintió con la cabeza, como si estuviera de acuerdo consigo mismo. «Es un buen comienzo para mí, el Post tiene la mayor tirada de todos los periódicos no nacionales del país. Me siento afortunado por haber conseguido el trabajo».

«¿Es tu primer trabajo?».

«Sí. Bueno, si no cuentas cuando editaba el periódico estudiantil en la universidad».

«¿En qué universidad?».

«Manchester».

Cullen sonrió. «Mi tierra natal».

«Y la mía», respondió Zack. «Más o menos. En realidad, soy de tu zona. Bueno, al otro lado de la colina, de St. Helens».

«¿En serio?». Cullen no había reconocido el acento. La ciudad de St. Helens estaba a solo diez millas de Wigan, la ciudad natal de Cullen.

«Mi familia se mudó a Hertfordshire cuando yo tenía diez años», explicó Zack. «Así que he perdido el acento, prácticamente. Pero todavía tengo mucha familia allí y sigo sintiéndolo como mi hogar».

El estado de ánimo de Cullen hacia Zack se suavizó un poco más debido a su conexión geográfica. Él también tenía familia en St. Helens. La familia de su madre vivía en la frontera de Billinge, una pequeña ciudad que unía dos ciudades mucho más grandes en las colinas de la campiña de Lancashire.

«Veo que has hecho tus deberes sobre mí», señaló Cullen.

«Por supuesto».

«¿Siempre quisiste ser periodista?».

Zack asintió. «Desde que era pequeño».

«¿Por qué?

«Porque quiero marcar la diferencia», respondió sin dudar.

Cullen asintió. «Según mi experiencia, los periodistas se dividen en dos bandos. Los que marcan la diferencia por las razones correctas. Y los que marcan la diferencia por las razones equivocadas. ¿Cuál quieres ser tú, Zack?».

«El primero, sin duda. Por eso quería hablar contigo».

«*Simon* quería que hablaras conmigo», afirmó Cullen.

«No», corrigió Zack. «Él no sabe nada de esto».

Esto era interesante. «¿No es un poco arriesgado, siendo el chico nuevo, actuar a espaldas de tu jefe?».

«Trevor lo sabe».

«Creía que habías dicho...».

—Está de vacaciones, sí. Pero me puse en contacto con él por WhatsApp. Dijo que no había problema en que hablara contigo.

«Dijiste que tenías algo de interés para la investigación interna de la policía».

Zack asintió. «Algo que creo que deberías saber. Podría serte de gran ayuda. Verás, cuando hablé con Shazney esta mañana, algo en su historia no cuadraba. Y entonces yo...».

Cullen levantó una mano. —Por favor, Zack, no digas nada más.

«Pero...».

—Si tienes algo relevante para la investigación interna, por favor, comunícalo directamente a la Policía Británica de Transportes. En la oficina tienes todos los datos de contacto.

«Bueno, lo haré, por supuesto, pero pensé...».

—Hay normas estrictas sobre estas cosas, Zack. Ni siquiera debería estar reuniéndome contigo. Cualquier sospecha de interferencia en la investigación independiente de denuncias policiales podría tener graves consecuencias para mí.

«Entonces, ¿por qué...?»

«¿Acepté reunirme contigo?».

«Sí».

«Porque me interesaba conocerte», dijo Cullen. «Siempre es bueno establecer contacto con los nuevos periodistas de la ciudad».

«Ah».

«Y también quería hacerte una petición educada, que según mi experiencia siempre queda mejor en persona».

Zack parecía pensativo, como si se estuviera preparando para recibir un golpe del tipo que parecía el doble de grande que él. «De acuerdo...».

—Por favor, respeta las investigaciones policiales.

Zack se sonrojó de nuevo. —Lo hago, lo hago.

«Y si realmente quieres marcar una diferencia positiva, sé más como Trevor y menos como Simon. Uno es un periodista con principios que sabe mantener el equilibrio entre conseguir una noticia y respetar el trabajo de quienes intentan llevar a la gente ante la justicia. El otro es un delincuente. Te dejaré decidir cuál es cuál».

Esto le arrancó una sonrisa a Zack. «Entendido. ¿Entonces no quieres saber lo que he descubierto? Creo que ayudará a explicar lo que pasó».

—Por supuesto que *quiero* saberlo —dijo Cullen—. Y no me malinterpretes, no me da miedo saltarme las reglas en las circunstancias adecuadas. Pero esta no es una de esas ocasiones.

«De acuerdo».

Cullen aclaró: «Confío en que mis colegas lleguen a las conclusiones correctas sobre lo que pasó el lunes. Puede que lleve un poco de tiempo, pero no pasa nada. A veces, la justicia tarda en llegar. Puedo esperar».

«Y si te cuento lo que sé, podría estropearlo todo, ¿verdad?».

Cullen asintió con la cabeza. «Estropearlo todo es la expresión adecuada. Mi jefa me echaría la bronca si pensara que estoy recabando información para mi propio caso. Me encanta mi trabajo. De verdad. Así que no quiero estropearlo todo por ser impaciente».

«Lo entiendo».

«Genial, gracias, Zack».

Se quedaron en silencio durante unos segundos. Zack bebió nerviosamente un sorbo de su bebida, sin saber muy bien qué hacer a continuación, ahora que se había visto interrumpido en su relato.

«¿Así que te vas a tomar unos días libres?», dijo finalmente, incapaz de soportar más el silencio. Pareció arrepentirse de la pregunta indiscreta tan pronto como salió de sus labios. «Lo siento, no quería entrometerme».

Cullen pensó en lo que había hecho desde el lunes por la mañana y en sus planes para el resto del día. Desde luego, no se podía considerar que se estuviera tomando un descanso. «Me mantengo ocupado», respondió.

Zack asintió con la cabeza y volvió a reinar el silencio.

Fue entonces cuando a Cullen se le ocurrió una idea. —En realidad, hay algo en lo que quizá puedas ayudarme.

Zack se animó. «¿Ah, sí?».

Cullen hizo una pausa, dándose un par de segundos más para sopesar los pros y los contras de contárselo a la prensa, especialmente a un periodista al que acababa de conocer. Decidió que los riesgos eran mínimos, mientras que los posibles beneficios eran enormes. —Una chica ha desaparecido.

«¿Ah, sí?».

«Es amiga de mi hija. Se llama Natalie Long. Creo que la historia te puede interesar».

Zack cogió su tableta. —¿Te parece bien si...?

Cullen asintió. «Claro, adelante». Esperó mientras Zack abría la aplicación del bloc de notas y escribía el nombre de Natalie.

«Es estudiante de la Universidad de Bristol y comparte piso con mi hija, Amy. El fin de semana viajó a Londres para asistir a un evento de reclutamiento residencial. Lo último que Amy supo de ella

fueron un par de mensajes de texto, pero está convencida de que no los envió Natalie».

«¿Qué le hace pensar eso?».

«Las frases. No le parecieron correctas».

Zack asintió.

«El último mensaje que cree *que era* de Natalie fue enviado el domingo por la tarde, diciendo que estaba a punto de subir a un tren en Paddington para volver a Bristol. Hizo referencia al hecho de que el fin de semana no había ido bien».

Zack estaba ocupado tecleando. Levantó la vista en busca de más información.

«Amy me pidió que investigara el asunto».

«Pero ¿no estás...?»

«De baja, sí. No se trata de una investigación policial oficial. Es un padre preocupado que ayuda a su hija».

«Ah», dijo Zack, desconcertado. «¿Entonces la policía no está preocupada?».

—Es demasiado pronto —explicó Cullen—. Cada día desaparecen demasiadas personas. Tienen que establecer prioridades. Me temo que, a menos que haya indicios claros de que Natalie está en peligro, habrá que esperar unos días más hasta que la policía se ocupe del asunto.

—Entiendo.

—Por eso estoy ayudando a Amy.

—¿Crees que Natalie está en peligro?

—Amy sí. Y eso es suficiente para que yo me lo tome en serio.

«¿No te meterás en problemas con tus jefes si se enteran de lo que estás haciendo?».

«Como he dicho antes, no me da miedo saltarme las normas o correr riesgos si es necesario y las circunstancias lo exigen», respondió Cullen.

«¿Cómo puedo ayudar?».

«Me gustaría algo de publicidad, dar a conocer el caso de Natalie, a ver si alguien aporta información».

«¿Quieres que publiquemos una historia?».

Cullen asintió. «He puesto en marcha algo en la red ferroviaria, gracias a un contacto mío. Están colocando carteles en las estaciones de la ruta de Paddington a Bristol y han alertado al personal de las estaciones. Pero sin una investigación formal de personas desaparecidas dirigida por la policía, eso es todo lo que se puede hacer».

Zack parecía perplejo. «Probablemente podría organizar un anuncio en la sección de anuncios».

«Estaba pensando más bien en un artículo. Quiero algo que lean muchos londinenses, no solo los que leen los anuncios clasificados».

«Quizá pueda conseguir que lo coloquen junto a la sección «Amor en fuga». Mucha gente la lee».

«Quizá». Esa sección, con mensajes de viajeros londinenses que declaraban su amor a desconocidos con los que se habían cruzado en su trayecto, era muy popular. Era un tema de conversación habitual entre el equipo de Cullen.

¿Pero era suficiente?

Zack se pasó la mano por el pelo. «La cuestión es que no creo que Simon publique la historia. A menos que haya algún ángulo, algo que capte el interés de los lectores. Como tú dices, todos los días desaparece gente en Londres. ¿Hay algo más que pueda hacer que destaque?».

«El evento de reclutamiento fue organizado por Brand New», intentó Cullen. «Hay muchas razones para creer que la desaparición de Natalie está relacionada con lo que ocurrió en ese evento».

Zack asintió. «Sin duda, eso añade interés», dijo, mientras seguía tecleando. «Es una empresa muy conocida, eso está claro».

«¿Crees que será suficiente para Simon?».

«Quizás».

«¿Puedes llamarlo ahora?».

«¿Ahora? Eh... Supongo».

«Excelente».

«¿Le cuento todos los detalles? Ya sabes, sobre tu participación».

«Sí».

Zack marcó el número y, tras treinta segundos en espera, le pasaron con el subdirector. Cullen observó y escuchó mientras Zack

exponía el caso, ante lo que parecía ser cierta resistencia. Cullen se preguntó si revelar su participación podría ser más un obstáculo que una ayuda, dada su historia con Simon.

Zack apartó el teléfono de su oído y pulsó la función de silencio. «Simon dijo que publicaría la noticia en primera plana esta tarde, si podemos informar sobre tu participación».

Cullen negó con la cabeza y sonrió, imaginando cómo se plantearía el artículo. «Detective bajo investigación lanza una cruzada personal para encontrar a la amiga desaparecida de su hija».

Zack se limitó a mirarlo, con el teléfono en la mano, esperando una decisión.

Cullen pensó durante unos segundos más. Sin duda, tanto la noticia en primera plana como el incumplimiento del protocolo policial y el hecho de que Cullen hubiera emprendido su propia misión a pesar de tener órdenes de abstenerse de realizar actividades laborales no le sentarían bien a Maggie Ferguson. Pero, al mismo tiempo, podría ser una oportunidad que valía la pena aprovechar, especialmente para una noticia de primera plana.

La foto de Natalie en la portada llegaría a decenas de miles de personas. Sería una publicidad que el dinero no podía comprar.

Y si Natalie realmente estaba en problemas, que era la hipótesis de trabajo, entonces valía la pena aguantar un poco de bronca del superintendente jefe.

«Hazlo», dijo Cullen. «Publica la noticia como quieras, siempre y cuando sea en primera plana. No me importa cuál sea el titular. Pero quiero la cara de Natalie en primer plano».

Zack asintió con la cabeza antes de transmitir la información a Simon. —Quiere hablar contigo —dijo Zack por fin.

Cullen cogió el teléfono. «Simon. ¿Cómo estás?».

«Bien, gracias, Paul. Solo quería asegurarme de que estás seguro de esto».

«Estoy seguro».

«Porque sé por experiencia que a ustedes les gusta quejarse si creen que les hemos pisado los talones», añadió.

«Solo cuando está justificado, Simon», replicó Cullen.

«Bueno, tendremos que aceptar que no estamos de acuerdo en ese punto concreto, Paul. Pero comprenderás que quería oír de primera mano que la policía no vendrá a quejarse cuando esto llegue a los quioscos».

—Lo entiendo —respondió Cullen—. Créeme, no tienes nada de qué preocuparte en ese sentido. No era el periódico el que estaría en la línea de fuego después de que se publicara esta noticia. Sería él, sin duda alguna.

—¿Entonces Zack me dice que estás llevando a cabo una investigación informal sobre la desaparición de esta chica?

—Natalie, sí.

Un silbido bajo. «Inspector jefe Cullen. Llevando a cabo una investigación policial no oficial, en contra de las órdenes de su superior. ¿No se meterá en un buen lío por esto?».

«Es muy posible».

«Tendremos que incluir esto en la noticia, ¿entiendes?».

«Lo entiendo. Haz lo que quieras, siempre y cuando lo publiques en primera plana».

«No habrá supervisión editorial en este caso», afirmó. «Será nuestra historia, independiente de las demás».

«Ninguna historia es independiente de las demás», respondió Cullen. «Pero no pasa nada, no quiero ver lo que vas a escribir, siempre y cuando la foto de Natalie aparezca destacada en la portada».

«De acuerdo. ¿Es guapa?».

«Sí», respondió, conteniendo lo que realmente quería decir. Sabía cómo funcionaban las cosas con la prensa. Cualquier historia en la que apareciera una chica guapa tenía muchas más posibilidades de recibir una cobertura mediática importante que una historia sobre una chica poco agraciada o, peor aún, sobre un chico. Lo veían constantemente cuando intentaban que la prensa se interesara por las investigaciones. Las caras bonitas vendían más periódicos, y no era diferente en el London Daily Post.

«¿Supongo que puedes proporcionar una foto de ella?».

«Le enviaré una».

«Tendrá que darse prisa si queremos que salga en la edición de la tarde».

Cullen tenía la selección de fotos que Amy le había enviado ayer. Recordaba que había una buena foto de rostro, pero también enviaría las otras dos fotos de cuerpo entero por si el periódico se veía tentado a publicar más de una. «Se la pasaré a Zack ahora mismo».

«Excelente. Si le das a Zack todos los detalles posibles sobre el caso, publicaremos la noticia. Ha sido un placer tratar contigo, Paul».

«Igualmente». Cullen devolvió el teléfono. No confiaba en que Simon no le fastidiara en el artículo, pero eso no importaba. Podía decir lo que quisiera, siempre y cuando apareciera la foto.

«¿Estás seguro de esto?», dijo Zack, mientras colgaba la llamada a su jefe.

«Estoy seguro».

Zack asintió. —Entonces será mejor que consiga más detalles y empiece a escribir. Tenemos bastante prisa si queremos cumplir con el plazo de hoy. Intentaré escribirlo de la forma más comprensiva posible, pero la edición final dependerá de Simon.

«Lo entiendo, Zack. No te preocupes por mí, sé en lo que me estoy metiendo».

«De acuerdo, siempre y cuando sepas que lo que se publique puede que no sea exactamente lo que he escrito. No es mi estilo sensacionalizar las cosas».

«No te preocupes, Zack. Me das buenas vibraciones. Y lo entiendo, Simon le dará su toque personal».

«Gracias. Si te sirve de ayuda, creo que te va a gustar mucho cuando descubras lo que tenía pensado contarte. Creo que será de gran ayuda para esa investigación policial independiente».

«Bueno, díselo a mis colegas», respondió Cullen, secretamente desesperado por saber cuál era esa revelación. Sería estupendo volver a la acción, con su equipo, haciendo el trabajo que le encantaba. Pero el proceso era el proceso. «Esperaré a averiguarlo».

Zack asintió con la cabeza para indicar que lo entendía. «Les llamaré nada más terminar esto. Pero, mientras tanto, ¿estás preparado para esto?».

«Adelante», dijo Cullen, preguntándose si debería adelantarse a la noticia y contarle personalmente a Maggie Ferguson lo que estaba pasando. Probablemente sería lo más sensato. Pero sin duda arruinaría sus planes para la tarde de visitar New House.

Maggie Ferguson le ordenaría, con toda razón, que abandonara sus investigaciones informales, y él no estaba dispuesto a hacerlo.

31

Sábado por la tarde anterior

El coche los esperaba cuando salieron del edificio.

«Bien hecho», dijo Catharine en la entrada. «Mucha suerte con el resto del fin de semana».

Miró a Natalie como si quisiera decirle algo importante. «Cuídate», fue todo lo que dijo.

Natalie quería insistir, pero el coche estaba esperando y los demás estaban a su lado. No podía poner a Catharine en esa situación. «Espero que todo te vaya bien en el futuro», dijo Natalie.

Se abrazaron.

«Ten cuidado con ese hombre», añadió Catharine mientras se abrazaban.

~

«¡Bueno, ha salido bien!», dijo Susie cuando el coche arrancó. «Debo admitir que todavía estoy muy emocionada».

«¡Yo también!», dijo Penny, radiante. «¡Qué gran equipo formábamos!».

Ten cuidado con ese hombre.

Las palabras de Catharine resonaban en la cabeza de Natalie. Pero no podía decir nada a los demás, porque no tenía detalles. ¿De verdad quería ser responsable de todo ese caos y malestar basándose en advertencias a medias?

«¿Estás bien, Natalie?».

Natalie volvió a la situación actual. «Sí, sí, solo estoy un poco agotada por el día, supongo».

Penny y Susie asintieron con la cabeza, comprensivas.

«Me pregunto cómo le habrá ido al otro equipo», dijo Penny. «Ni siquiera sabemos adónde han ido».

«Sí, será interesante saber qué ha pasado», dijo Natalie.

«No me imagino a Samantha y Krishna trabajando juntos en armonía», dijo Susie. «A ella realmente le desagrada ese tipo, y yo creo que él no se da cuenta de que molesta a la gente».

Natalie recordó la noche anterior y el desayuno, donde Samantha no ocultó su desprecio por Krishna. No podía sino estar de acuerdo con la valoración de Susie sobre cómo sería su relación laboral. Aunque seguramente se daban cuenta de que cualquier desavenencia en el grupo perjudicaría significativamente sus posibilidades. Quizás alguien como Ben habría logrado mantener la paz por el bien del equipo. «Supongo que lo sabremos en breve».

«Se supone que no debo decirles nada», dijo una voz desde la parte delantera. El conductor se dirigía a ellos a través del espejo retrovisor. «Pero mi compañero me llamó por radio mientras los esperaba. Según él, el otro grupo se ha peleado tanto que han tenido que pedir un vehículo adicional para llevarlos de vuelta a la casa en coches separados».



«¡Hola, chicos! ¡Bienvenidos!». Tabitha estaba esperando en la acera, con su portapapeles aún apretado contra el pecho. «¡Me alegro de veros a todos!».

Actuaba como si hubieran estado fuera semanas, en lugar de unas pocas horas.

«Entrad», dijo. «Id al salón donde nos reunimos esta mañana, os hemos preparado algo para picar. El otro equipo ya está allí. Estaré con vosotros en un par de minutos, donde os informaremos sobre cómo ha ido el día».

No les dio oportunidad de hacer preguntas. Ya se dirigía a grandes zancadas hacia la casa.

«Estoy deseando saber qué les ha pasado a los demás», bromeó Susie al entrar en la casa. «Debe de ser algo malo para haber necesitado coches separados».

Natalie se había preguntado lo mismo. «Eso parece».

Se dirigieron al salón, donde tres de los otros cuatro ya estaban presentes. Samantha y Ben estaban hablando cerca de la mesa del té y el café de l , mientras que Matthew estaba al otro lado, inspeccionando uno de los cuadros. Fue el primero en darse cuenta de su llegada y sonrió con algo que parecía alivio.

Los recibió justo al entrar por la puerta.

«¿Han oído lo que ha pasado?», dijo en voz baja.

«El conductor dijo algo sobre una pelea», respondió Susie. «No sabemos nada más».

Él negó con la cabeza. «Un desastre absoluto. La experiencia más vergonzosa de mi vida».

Penny sintió curiosidad. «¿Por qué?».

«Por Krishna», dijo Samantha, acercándose a ellos con Ben justo detrás. «Trabajar con él fue aún más pesadillesco de lo que había imaginado».

Natalie miró a Ben en busca de confirmación.

«Una auténtica pesadilla», dijo él.

«¿Por qué, qué hizo?», preguntó Natalie.

«Intentó tomar el control», dijo Matthew. «Se nombró a sí mismo líder del equipo y quería hacerlo todo a su manera».

«Y cuando alguno de nosotros sugería algo, lo descartaba sin más».

«Pero no lo aceptasteis sin más, ¿verdad?», preguntó Susie.

«No, claro que no», respondió Samantha. «Intentamos razonar con él, intentar que trabajara en equipo, por el bien de todos. Pero Krishna no es una persona que trabaje en equipo».

«En absoluto», dijo Ben. «O se hace a la manera de Krishna o nada».

«¿Dónde está ahora?», preguntó Penny.

«Escondido en su habitación», sonrió Samantha. «Al menos, eso es lo que supongo. Volvió solo en el otro coche, así que no lo hemos visto desde que salimos del estudio de grabación».

«¿Estudio de grabación?», preguntó Susie. «¿Cuál era vuestra tarea?».

«Teníamos que idear una estrategia de marca para una banda de chicos llamada *Young* Gunz», dijo Ben.

«¡Con "z"!», dijo Penny. «¡Los conozco! Son cuatro, de Liverpool, creo. Van a ser el próximo gran éxito».

«No si siguen nuestra estrategia de marca», respondió Ben con cara impasible. «Aunque eso es totalmente imposible, por supuesto».

«No, estoy bastante segura de que *no* seguirán nuestras sugerencias».

«¿Tan mal fue?», preguntó Natalie.

«Fue impactante», respondió Matthew. «Como dije, una de las experiencias más embarazosas de mi vida. Tuvimos que hacer la presentación delante de la banda y los altos ejecutivos de su discográfica». Sacudió la cabeza al recordarlo. «Es decir, durante el discurso de apertura de Krishna, solo deseaba que se abriera la tierra y me tragara».

«Krishna decidió que él iba a dirigir la presentación», explicó Samantha. «Intentamos convencerlo de lo contrario, pero al final, estábamos perdiendo tanto tiempo dando vueltas en círculos que nos rendimos y le dejamos hacerlo. Gran error».

«Pensamos que, con todo lo que se decía de él como empresario de gran éxito, lo haría bien, aunque no nos parecía la persona más adecuada para encabezar la presentación», añadió Ben.

«¿Pero no lo hizo bien?», preguntó Penny.

Ben negó con la cabeza. «Se bloqueó por completo. No podía articular palabra, tartamudeaba y parecía incapaz de recordar nada de lo que habíamos ensayado. La verdad es que me dio pena verlo

allí, agonizando, pero él se lo había buscado. Y lo estropeó todo para todos».

«¿Y qué pasó?», preguntó Susie.

«Salió de la sala», respondió Samantha. «Prácticamente salió corriendo».

«Oh».

«Y tuvimos que recoger los pedazos. Excepto que para entonces estábamos nerviosos y no hicimos bien la presentación. Nos fue bien con los aspectos básicos de la marca, el logotipo y las descripciones, pero debido a la influencia de Krishna, gran parte de la presentación versó sobre el desarrollo de una aplicación para promocionar la marca de la banda. Nos fue bien presentando los aspectos básicos, pero como él no estaba allí para responder a las preguntas técnicas, nos machacaron en la ronda de preguntas y respuestas».

Ben se pasó la mano por el pelo. «Uno de los chicos del público era el responsable de la marca digital actual de la banda, y se lanzó a por nosotros cuando se dio cuenta de que no podíamos responder a las preguntas».

«Suena horrible», dijo Penny.

«Eso no fue lo peor», explicó Ben. «Los comentarios privados que recibimos de la discográfica fueron horribles, realmente horribles».

«Entonces», dijo Samantha, «a menos que ustedes hayan tenido una experiencia similar al peor día de sus vidas, diría que estoy ante uno de los ganadores del proceso de selección de Brand New de este fin de semana. Porque estoy segura de que no va a ser ninguno de nosotros».

Susie, Penny y Natalie se miraron entre sí, dudando en confirmar la noticia que las demás seguramente temían oír.

«Nos enviaron a EXCEL-ENT, la agencia de medios. Tuvimos que idear una estrategia de marca para una nueva editorial que están lanzando», explicó Susie. «Recibimos muy buenos comentarios».

Samantha levantó la mano. «Creo que eso es todo lo que necesitamos saber. Enhorabuena, sobre todo por no tener a Krishna en vuestro equipo».

A Natalie no le gustó el tono de Samantha y la insinuación de que la presencia o ausencia de Krishna era la única razón del resultado de ambos equipos. Quizás por eso decidió decir lo que dijo. «¿Sabéis cuál es el número de habitación de Krishna? Voy a ver si está bien».

«¿Qué vas a hacer?», respondió Samantha, sorprendida.

«Tiene que estar aquí abajo para la reunión», dijo Natalie.

«Habitación dos», dijo Ben.

«Genial». Natalie miró la hora. «Tenemos unos minutos hasta que vuelva Tabitha. Debería ser tiempo suficiente para convencerlo de que vuelva».

«Mejor tú que yo», oyó murmurar a Samantha mientras se dirigía hacia las escaleras.

32

Sábado por la tarde anterior

Cuando Natalie llegó a la puerta de la habitación de Krishna, se estaba replanteando seriamente su decisión de subir allí.

No conocía a Krishna, aparte de aquellas breves y bastante incómodas conversaciones de la noche anterior y del desayuno de esa mañana.

¿Quién podía decir cómo reaccionaría ante la intrusión?

¿Y por qué pensaba que sería ella quien le haría cambiar de opinión y bajar?

Pero ya estaba allí.

¡Toc, toc!

No hubo respuesta ni señales de movimiento detrás de la puerta.

¡Toc, toc! ¡Toc, toc!

Seguía sin haber señales de vida.

«¿Krishna? Soy Natalie. Natalie Long. Me preguntaba si ibas a bajar para la reunión informativa». Miró su reloj. «Tenemos unos cinco minutos hasta que vuelva Tabitha».

Seguía sin haber respuesta.

Natalie miró hacia las escaleras, preguntándose si debía darse por vencida y reunirse con los demás. Al fin y al cabo, Krishna era adulto: si quería quedarse en su habitación, estaba en su derecho.

Pero ella no estaba dispuesta a rendirse.

«Krishna. He oído que las cosas no han ido muy bien con la presentación. Solo quería comprobar que estabas bien».

Tras unos momentos de silencio, la cerradura hizo clic desde dentro y Krishna se quedó frente a ella. Tenía la cara hinchada y los ojos llorosos. Si no había estado llorando, debía de estar a punto de hacerlo. «Solo quiero quedarme en mi habitación», dijo con tristeza.

Natalie intentó animarlo. «Vamos, no puedes quedarte aquí escondido. No sería lo mismo sin todos nosotros allí. Baja, aunque sea solo unos minutos».

«No me quieren, Natalie», respondió él. «El equipo *no* quiere que esté allí, porque me culpan de haberlo estropeado todo».

Se dio la vuelta y volvió a entrar en la habitación, dejando la puerta abierta para que Natalie lo siguiera.

«Creo que solo están enfadados», dijo ella, mientras Krishna se sentaba en el borde de la cama, con la cabeza entre las manos.

Ella se sentó a su lado.

Él negó con la cabeza. «Sabes, Natalie, tenía muchas ganas de que llegara este día. Pensaba que iba a ser el mejor día de mi vida, la culminación de todos mis esfuerzos. Pero ha sido un infierno».

Natalie intentó ser diplomática. «He oído que el equipo tuvo problemas».

Él se rió con incredulidad. «¿Problemas? ¿Eso es lo que te han dicho?».

Tenía que tener cuidado con lo que decía. Lo último que quería era empeorar la situación: estaba allí para intentar calmar los ánimos, no para echar más leña al fuego. «Dijeron que había habido problemas con el equipo, eso es todo».

Él negó con la cabeza. «Oh, sí, hubo problemas con el equipo». La miró directamente, con los ojos ardientes de intensidad. «Son racistas».

Ahora Natalie se arrepentía de haberse metido voluntariamente en una situación de la que parecía no saber nada. «¿Racistas?».

«Me miran, a mí, que soy de la India, y piensan: "Oh, él no puede ser el líder, mejor lo ponemos a trabajar, puede recibir órdenes de nosotros"».

«Estoy segura de que no son racistas, Krishna».

Él no parecía convencido. «Natalie, soy un empresario de éxito, he ganado millones con las empresas que he creado. He logrado más que todos los demás juntos. Y, sin embargo, ¡no soy capaz de liderar el equipo! ¿Por qué? ¿Por qué sería eso?».

«Pero yo creía que tú liderabas. Samantha dijo...».

«Eh», interrumpió Krishna. «Ella era la peor de todos. Samantha era obstruccionista, crítica, un obstáculo todo el día. Se propuso socavarme, utilizando todos los medios posibles. Quería destruir mis oportunidades, porque sabía que yo era la principal amenaza. Y lamento decir que lo consiguió. Ella y su compinche, Ben».

Natalie había llegado a la conclusión de que, dado que Krishna estaba tan enfadado y amargado, probablemente lo mejor para él era que intentara calmarse en la intimidad de su habitación. Y, de todos modos, era hora de irse, ya que Tabitha volvería en cualquier momento. «Quizás debería irme...».

«La presentación fue horrible. Me sentí atacada durante todo el día. Pero pensé que lo había superado. Y entonces, cuando estábamos delante de todos, a punto de presentar, miré a Samantha y ella me lanzó una mirada horrible, maliciosa. Había algo en sus ojos, odio o, no sé, algo horrible. Y me afectó. No podía concentrarme, no podía recordar el guion que había memorizado, ni siquiera podía hablar. Y solo miraba a toda esa gente, a esas personas importantes, clave para mi éxito futuro, y no podía hacerlo. *No podía* hacerlo».

«Lo siento, Krishna».

«Así que huí. *Salí* corriendo. Salí de la sala. Como un cobarde. Yo no soy así, Natalie. No es quien pensaba que era». Bajó la mirada hacia sus pies. «He avergonzado a mi familia».

«No es así, Krishna. Mira todo lo que has conseguido. Ya has logrado más en tu vida que la mayoría de las personas en toda su existencia. Tu familia debe estar muy orgullosa de ti. Y te recuperarás de esto, sé que lo harás».

Por primera vez desde el comienzo de su conversación, parecía estar llegando a él, sacándolo del atolladero.

«¿Por qué no bajas?», intentó de nuevo.

Él la miró. «¿Por qué te importa?».

Natalie se encogió de hombros. «Porque sí».

Él sonrió. «Lo siento, Natalie».

«¿Lo sientes? ¿Por qué?».

Él apartó la mirada.

«¿Krishna?».

«Quizá sea mejor que vuelvas abajo», respondió él, sin apartar la mirada de ella. «No querrás perderte el anuncio».

«¿Por qué has dicho que lo sentías?», insistió ella. Tenía sus sospechas sobre de qué se trataba.

Finalmente, él se volvió hacia ella. «Esta era una oportunidad única en la vida para mí. Sir Kenneth es uno de mis héroes. He leído todos sus libros sobre negocios. Habría hecho cualquier cosa por trabajar para él».

De repente, todo cobró sentido.

«Solo quería asustarte, inquietarte».

«La nota en la habitación», dijo Natalie. «La escribiste tú».

Él asintió. «Escribí la nota y la deslice bajo tu puerta. Hice lo que creí que tenía que hacer en ese momento».

«¿Lo que creías que tenías que hacer? No lo entiendo, Krishna. Acababas de conocerme. ¿Por qué lo hiciste?».

Se levantó de la cama y dio un paso atrás.

Krishna la miró. «Solo eran negocios, nada personal».

«¿Negocios?».

«Necesitaba obtener una ventaja competitiva», dijo él. «Lo admito, cuando nos conocimos y me dijiste que aún estabas en la universidad, me pregunté por qué te habían elegido para esta gran oportunidad. Pero cuando supe que habías conocido a Sir Kenneth y que él te había invitado a presentar tu candidatura, sentí que tenía que hacer algo». La miró con ojos suplicantes, como si ella debiera sentir lástima por él.

«Él no me invitó, Krishna». La frustración crecía dentro de Natalie, y deseó no haberle contado nunca al grupo su encuentro con Sir Kenneth. Al fin y al cabo, no había sido nada, ninguna invitación, solo un comentario casual que probablemente le había hecho a otra docena de personas ese día. ¿Y a cuántas otras

personas antes y después? «Lo único que hizo fue mencionar la oportunidad, Krishna. Nada más».

«Lo sé, lo sé. Pero te lo dijo cara a cara. El gran Sir Kenneth New, te lo *dijo* personalmente».

Natalie negó con la cabeza. No conseguía hacerle entender, y probablemente nunca lo haría.

«Debo admitir», continuó él, «que sentí celos. Y también tenía miedo. Temía que me quitaras mi sueño».

«No tenías por qué hacer lo que hiciste».

Krishna se encogió de hombros. «Hice lo que creí que tenía que hacer. Pensé que la nota sería suficiente».

«¿Suficiente para qué?».

«Suficiente para inquietarte. No sé, tal vez pensé que no dormirías muy bien y que al día siguiente no rendirías demasiado bien. O tal vez decidirías marcharte de casa. No estoy seguro. Estaba desesperado. Tenía muchas ganas de ganar».

«Todo eso suena muy patético», dijo Natalie, con más dureza de la que pretendía.

Krishna la sorprendió asintiendo con la cabeza.

«Pero no te detuviste en la primera nota. ¿Por qué involucraste entonces a Russell? ¿O simplemente lo utilizaste para volver a llegar a mí?».

Krishna parecía confundido. «No lo entiendo. ¿Qué pasa con Russell?».

«Le dijiste a Tabitha que estábamos juntos, en mi habitación».

«No, no se lo dije».

«Ella vino a buscarlo. Tú se lo dijiste y ella vino a buscarlo».

Se levantó. «Te lo juro, Natalie, no hice nada de eso. Envié la nota. Lo he admitido. Pero no hice nada más».

Ella lo miró. ¿Por qué iba a tener motivos para mentir, si ya había admitido haber escrito la nota?

«No hice nada más», repitió él. «¿Por eso se fue de casa, por lo que alguien dijo sobre él y sobre ti? ¿Lo echaron de casa?».

«No sé por qué se fue».

«Bueno, necesito que sepas que estoy diciendo la verdad, Natalie. Me crees, ¿verdad?».

«Sí, te creo».

«Oh, gracias, gracias», dijo él. «Eso me hace sentir mucho mejor».

Natalie deseaba poder decir lo mismo. Pero ahora se sentía mucho peor. Porque aceptar que Krishna decía la verdad solo significaba una cosa: había alguien más en el grupo que iba a por ella.

Alguien que esperaba abajo.



Natalie volvió a mirar el reloj al salir de la habitación de Krishna. Llegaba unos minutos tarde. Pero no le importaba especialmente, ya que la mayor parte de su energía mental estaba centrada en la cuestión de quién más había intentado socavarla.

Regresó con el grupo, que seguía esperando a que Tabitha volviera.

«¿No está Krishna?», preguntó Susie.

«Quiere estar solo», respondió Natalie. «Está muy molesto por todo, más que nada decepcionado consigo mismo». Eso no era del todo cierto, pero ella no iba a transmitir las acusaciones de racismo que él había vertido.

«Bueno, al menos has tenido la intención», dijo Penny.

«Sabía que no podrías convencerlo», dijo Samantha. «Estabas perdiendo el tiempo. Él quería una cosa y la echó a perder. Ahora está enfadado».

Natalie no quería entrar en la discusión. Observó a Samantha y volvió a pensar en la advertencia de Russell de que no se podía confiar en ella.

«¿Le contaste a Tabitha lo de Russell y yo?», dijo Natalie, sorprendiéndose a sí misma al expresar sus pensamientos en voz alta.

—¿Perdón?

«Alguien le dijo a Tabitha que Russell estuvo en mi habitación anoche», continuó Natalie. Ya que había empezado por ese camino,

más valía seguir adelante.

Samantha sonrió. «¿De verdad? Sabía que había chispa. Lo vi durante la cena».

—No, no la había. Pero alguien le dijo a Tabitha que sí. Ella vino a mi habitación buscándolo.

«Bueno, no fui yo». No parecía ofendida. «¿Por qué iba a hacer algo así?».

«Estás mintiendo».

Al principio, Natalie pensó que alguien más estaba acusando a Samantha, pero el comentario iba dirigido a ella.

«Estás mintiendo», repitió Ben. «Anoche os vi juntos a ti y a Russell».

Natalie se esforzó por encontrar las palabras para explicar que todo había sido una situación inocente. Russell *había* ido a su habitación, pero fue después de que Tabitha la visitara con sus acusaciones, y ella no lo había invitado. «No fue nada», fue todo lo que pudo decir bajo la mirada de los otros cuatro.

Samantha negó con la cabeza. «Ya veo de qué va todo esto. Desviar la culpa y la atención de ti hacia mí. Bueno, Natalie, parece que te han pillado bien pillada».

Natalie se volvió hacia Ben. «No fue lo que parece. Russell quería enseñarme algo».

Eso provocó una risa infantil en Matthew.

«Quería enseñarme la habitación secreta. El estudio de la planta superior donde vivía lord Sinclair».

«Ya lo he oído todo», dijo Samantha.

«¿Entonces es cierto?», dijo Penny. «¿La historia sobre los Sinclair, lo que él hizo, es cierta?».

«No lo sé», respondió Natalie. «Lo único que sé es que hay una escalera secreta, justo al final del pasillo, pasando la recepción. Está oculta en la pared. Si empujas en el lugar adecuado, se abre. Y detrás de la pared hay una escalera de caracol que conduce al estudio de la planta superior».

—¡Genial! —dijo Matthew—. ¿Podemos ir a verlo?

«Me temo que eso no será posible». Se giraron y vieron a Tabitha de pie en la puerta. «Ahora, si pueden sentarse todos, tengo

un anuncio muy importante que hacer».

33

Cullen caminaba por Mayfair sintiéndose tan fuera de lugar como era posible. Era la zona más cara del país, con mansiones encaladas que costaban decenas de millones de libras. Era el hogar de los superricos, algunos de los cuales, en su mayoría extranjeros, nunca pisaban las lujosas propiedades que poseían. Para la mayoría era una inversión y, para algunos, una forma de blanquear el dinero obtenido de la corrupción y el crimen organizado. Y mientras que el trabajador londinense medio apenas podía permitirse vivir a menos de treinta kilómetros de la capital y miles de personas dormían sin hogar en las calles de la ciudad, aquí se alzaban estos templos de la codicia, vacíos.

La injusticia y la desigualdad le revolvían el estómago a Cullen.

New House era especialmente impresionante y, al menos, estaba habitada y se le daba un buen uso. Cullen miró hacia la entrada. Parecía un hotel boutique. Las luces del vestíbulo brillaban de forma acogedora a través de la puerta acristalada, invitándole a entrar. Pero mientras subía los diez escalones que conducían a la puerta principal, sus pensamientos se centraban en Natalie Long. Hacía solo unos días, ella había subido esos mismos escalones, pero ahora, ¿dónde estaba? ¿Y el secreto de su desaparición se encontraba entre las paredes de este pequeño palacio?

Cullen entró y se acercó al mostrador de recepción. Una joven le sonrió cálidamente.

«Inspector jefe Paul Cullen, Policía Británica de Transportes».

«Encantada de conocerle, detective», dijo ella, sin mostrar sorpresa por su llegada y manteniendo la sonrisa.

«Vengo por la desaparición de Natalie Long», explicó.

«Sí, por supuesto», respondió ella, con una sonrisa que se desvaneció igual que la chica que Cullen estaba buscando. «Da mucho miedo pensar que alguien pueda desaparecer así. Y alguien que estaba aquí, que era parte de la familia».

«¿Conocía a Natalie?».

—Sí, conocí a todos los candidatos durante el fin de semana. ¿Qué cree que le ha pasado?

—Para eso he venido.

Ella asintió, dándose cuenta de que su pregunta probablemente era inapropiada. —Por supuesto, por supuesto. Lo siento, es que estoy un poco alterada por todo esto. Voy a llamar a Tabitha.

Tabitha había llamado a Cullen justo después de que él se despidiera de Zack. Había intentado ponerse en contacto con los demás candidatos, sin mucho éxito. De los que habían pasado el fin de semana en New House, solo dos estaban disponibles para verle. Los demás, como era de esperar, ya habían regresado a diferentes partes del país, incluyendo uno a Gales y otro a Escocia.

—Detective, me alegro de volver a verle —dijo Tabitha, acercándose por detrás—. Los dos candidatos están esperando en el salón. Como le dije, aún no he podido contactar con algunos de los demás, pero otros dos han dicho que estarían encantados de hablar por teléfono.

«Gracias. Le agradezco el esfuerzo».

«No hay de qué. Es un asunto muy serio. Estoy más que encantada de hacer lo que sea necesario».

«Excelente. ¿Tiene la lista?».

—¿La lista?

—De los que estuvieron aquí durante el fin de semana —le recordó Cullen—. Los candidatos y el personal. Incluidos los datos de contacto, preferiblemente números de teléfono.

«Sí, lo siento, claro. La prepararé mientras hablas con los dos que están ahí dentro. Lo siento, se me había olvidado por completo. Pero la tendrás antes de irte».

«Estupendo, gracias».

La lista era clave. Fuera de una investigación formal, Cullen tenía un límite a la hora de presionar a estas personas para que hablaran con él. Pero sin duda podía hacer todo lo posible por sonsacar cualquier información que pudiera conducir a un avance.

Tabitha condujo a Cullen a la impresionante sala de estar, donde dos personas, una mujer y un hombre, esperaban nerviosas en cómodos sillones.

«Ellos son Penny y Krishna», dijo Tabitha, mientras los dos le devolvían la sonrisa con incertidumbre. «Penny, Krishna, este es el inspector jefe Paul Cullen, que está investigando la desaparición de Natalie».

«No pasa nada», dijo Cullen, consciente de su incomodidad. «Solo se trata de una conversación distendida con ustedes dos, para ver si hay algo que pueda arrojar luz sobre el paradero de Natalie».

Ambos asintieron.

«Les agradezco mucho que se hayan tomado el tiempo para hablar conmigo», continuó. «Es importante que me haga una idea lo más clara posible de lo que ocurrió durante el fin de semana».

Notó una interesante microexpresión en el rostro de Krishna.

El chico estaba preocupado.

«Me gustaría hablar con ustedes individualmente, si no les importa», explicó Cullen. «Así será más fácil».

Ambos volvieron a asentir.

«Pueden usar la sala de estar de arriba, si quieren», se ofreció Tabitha. «Está libre».

«Sería estupendo». Se volvió hacia los otros dos. «Krishna, si no te importa, me gustaría hablar contigo primero».

«Oh», dijo solemnemente. «Sí, sí, por supuesto», añadió, poniéndose en pie de un salto. «Hagámoslo».

Cullen fingió no darse cuenta de su comportamiento inusual, pero vio que Penny lo miraba, claramente pensando en algo. «Penny, ponte cómoda, no tardaremos mucho».

«No hay problema, no pasa nada».

«Estoy seguro de que el personal le traerá una bebida caliente de su elección», añadió, al darse cuenta de que la mesa que tenían delante estaba vacía.

«Por supuesto», dijo Tabitha. «Alguien vendrá enseguida».

Los tres, Cullen, Tabitha y Krishna, subieron las escaleras hasta la habitación vacía. Tabitha dispuso tres sillas en forma de triángulo mientras Cullen y Krishna observaban.

«Si no te importa», dijo Cullen, «me gustaría hablar con Krishna a solas».

«Oh, sí, claro. No pensaba quedarme». Miró las tres sillas. «Lo hice sin pensar. Lo siento mucho».

Cullen observó cómo Tabitha se excusaba y salía de la habitación. De repente, parecía increíblemente nerviosa. Había desaparecido la persona tranquila y serena de su encuentro anterior. Era interesante.

Centró su atención en el joven de aspecto nervioso que estaba de pie detrás de una de las sillas. «Por favor, siéntese y comenzaremos».

34

Sábado por la tarde anterior

LOS SEIS CONCURSANTES restantes se sentaron mientras Tabitha se preparaba en la parte delantera. Parecía pensativa. Quizás era solo porque no le apetecía dar su opinión. Pero Natalie intuía que había algo más. Había algo en su mirada que, por alguna razón, la ponía nerviosa.

Se aclaró la garganta. «Bueno», dijo, y su rostro se iluminó tan repentinamente que solo sirvió para resaltar lo tensa y descontenta que había estado. «Confío en que hayan tenido un día tan agradable como desafiante».

Como era de esperar, hubo una diferencia notable en la reacción entre los equipos azul y rojo. Samantha, Ben y Matthew no hicieron nada por ocultar su decepción, casi haciendo muecas al pensar en los acontecimientos del día. Natalie, Penny y Susie, por su parte, devolvieron sonrisas moderadas pero sinceras. Y fueron ellas en las que Tabitha decidió centrarse.

«Equipo Azul», sonrió. «Os enviaron a EXCEL-ENT, una de las agencias más importantes no solo del Reino Unido, sino de todo el mundo. Trabajasteis en estrecha colaboración con la superagente Diana Saunders para desarrollar una estrategia de marca para su nueva editorial».

Las tres chicas asintieron.

«Presentasteis vuestra estrategia al equipo de marca de EXCELENT, que incluía un nombre, Black Tiger Publishing, junto con un eslogan, un logotipo y un sitio web. Me complace deciros que la respuesta de la empresa fue muy positiva. Destacaron vuestro enfoque profesional de la tarea, vuestra amabilidad, vuestra presentación de primera clase y vuestra impresionante respuesta a las preguntas del equipo. ¡Bien hecho!».

Natalie no pudo evitar sonreír ampliamente a sus dos compañeras de equipo. Sí, Diana Saunders les había dicho a la cara que estaba impresionada y que lo reflejaría en sus comentarios. Pero una parte de Natalie aún dudaba de que realmente transmitiera esos elogios.

«Gracias», dijo Natalie, seguida de Susie y Penny.

«Deberían darse las gracias a ustedes mismas», dijo Tabitha. «Una vez más, muy bien hecho».

Se volvió hacia el equipo rojo y su expresión cambió al instante.

Había malas noticias.

«Equipo Rojo, se les envió a Stonewood Studios para reunirse con la banda *Young Gunz* y los altos ejecutivos de su equipo directivo y su discográfica. Al igual que el Equipo Azul, se les encomendó la tarea de desarrollar una estrategia de marca».

Samantha, Ben y Matthew asintieron solemnemente. Sabían lo que se avecinaba; o al menos eso creían.

«Desarrollasteis un logotipo, un texto promocional y una aplicación para promocionar la marca de la banda. Esto se presentó a la banda y a su equipo directivo en los estudios. Me temo que la respuesta de la banda y su equipo no fue buena. Nada buena».

«No es ninguna sorpresa», murmuró Samantha. «Dinos algo que no sepamos».

Tabitha ignoró su interrupción, pero se le escapó una mueca, tal vez de irritación, al revelar brevemente sus sentimientos internos. «El equipo informó de que la presentación fue muy mal y que no supisteis comunicar vuestra visión adecuadamente».

«Krishna nos abandonó», dijo Ben. «Nos dejó tirados».

Una vez más, Tabitha ignoró la intervención no solicitada del equipo. «Recibimos informes de que un miembro del equipo abandonó la presentación. Esto se tuvo en cuenta en los comentarios. Sin embargo, la opinión general fue que los miembros restantes del equipo podrían haber remediado la situación, pero no lo hicieron».

Natalie vio que Matthew negaba con la cabeza en señal de desacuerdo. «Hicimos todo lo que pudimos».

«Lo más grave es que también recibimos informes de acoso dentro del equipo».

«No le creáis», dijo Samantha. «Ese tipo es un individuo amargado y retorcido. Está arriba, llorando porque ha echado a perder su gran oportunidad y quiere vengarse de nosotros».

Tabitha parpadeó con fuerza varias veces, mirando fijamente a Samantha. «Los informes procedían del cliente».

Eso detuvo a Samantha en seco. «Oh».

Tabitha consultó su bloc de notas. «Tuvimos más de un informe».

«No era lo que parecía», intentó Ben. «Si hubieras tenido que trabajar con Krishna todo el día, habrías hecho algo».

«Nos estaba volviendo locos», añadió Matthew.

«Brand New se enorgullece de sus valores», continuó Tabitha, inmune a sus súplicas. «Sir Kenneth inculca sus propios valores de tolerancia, igualdad y justicia en toda la empresa».

«Estamos de acuerdo con todo eso», dijo Samantha.

«Su comportamiento de hoy dista mucho de lo que espera Brand New. También va en contra de las formas de trabajar y vivir que se les explicaron y *que* ustedes *aceptaron* cuando llegaron a la casa ayer. Por esta razón, el Equipo Rojo ha sido eliminado del proceso de selección, con efecto inmediato».

Ahora Natalie sabía por qué Tabitha parecía tan pensativa. Se le había encomendado la tarea de echarlos.

«¡Pero eso no es justo!», dijo Samantha. «No pueden...».

«Ya han hecho sus maletas», continuó Tabitha. «Las tienen esperando en recepción, donde también pueden recoger sus dispositivos electrónicos».

«¿Y Krishna?», dijo Samantha. «Dime *que* no le permiten quedarse. Debería ser él a quien echaran, no a nosotras».

«Krishna se ha retirado voluntariamente del proceso de selección. Se marchará en breve».

«Por su propia voluntad», espetó Samantha, «mientras a nosotras nos echan con deshonra y nos tiran las maletas a la calle».

«Samantha, por favor», sonrió Tabitha.

«Quiero hablar con Sir Kenneth», dijo ella. «Tiene que saber la verdad sobre lo que realmente ocurrió».

«Me temo que eso no será posible. Sin embargo, él conoce la situación y apoya plenamente la decisión».

Samantha negó con la cabeza. «Sabes, me *alegraré* de dejar este lugar tan extraño». Volvió a negar con la cabeza enfadada. «¿Qué os pasa a vosotros? ¿Qué es eso de vuestra «forma de trabajar y vivir»? Es como una secta».

Ben extendió una mano para intentar detener su torrente de palabras. «Samantha».

Ella lo apartó con un gesto. «Oh, piérdete, Ben. Sabes que piensas lo mismo que yo sobre todo esto. La diferencia es que eres demasiado cobarde para decirlo». Se puso en pie. «Me voy de aquí».

Ben y Matthew miraron a Tabitha en busca de orientación.

«Ha sido un placer conoceros a los dos», fue todo lo que tuvo que decir.

Ambos se marcharon sin despedirse.

«Bueno», dijo Tabitha, sonriendo de nuevo. «Y entonces quedamos tres».

~

«MUCHAS FELICIDADES», dijo Tabitha, mientras los otros tres observaban. «Y debo decir que muy merecidas. Realmente causasteis una impresión muy positiva hoy, y estoy segura de que habéis aprendido que Diana no es de las que aguantan a los tontos».

«¿De verdad el otro equipo acosó a Krishna?», preguntó Susie. «Parece, bueno, ya sabes, ¿por qué harían eso, sabiendo que estaban siendo observados y evaluados?».

«Como he dicho, recibimos múltiples informes sobre su comportamiento», respondió ella. «Incluido el testimonio del propio Krishna».

Natalie pensó en un escenario alternativo. Si la hubieran colocado en el equipo, ¿las cosas habrían sido diferentes? ¿O ahora también la habrían expulsado de la casa en desgracia?

«¿Por qué se retiró Krishna del proceso de selección?», preguntó Penny. «Si él es la víctima y no ha hecho nada malo, ¿por qué ha decidido marcharse?».

«Creo que le avergüenza lo que ha pasado hoy, la forma en que se marchó de la presentación», dijo Tabitha. «Pero también creo que la experiencia, el acoso, le ha dejado vulnerable y solo quiere volver a casa».

Penny negó con la cabeza. «Es triste. De verdad».

Tabitha se encogió de hombros. «Para ser sincera, aunque Krishna se hubiera quedado, sabía que no habría tenido ninguna posibilidad de ganar».

Y esa era la verdadera razón por la que había decidido marcharse, pensó Natalie. Para Krishna, era más aceptable marcharse por voluntad propia, con la excusa de haber sido maltratado, que quedarse y no alcanzar su objetivo final.

«¿Podemos despedirnos antes de que se vaya?», preguntó Penny. «Quizá eso le haga sentir mejor. Ya sabes, si sabe que le apoyamos».

«Me temo que ya se ha ido», respondió Tabitha.

Penny se sintió terriblemente desanimada. «Oh, qué pena».

«Krishna estará bien», dijo Tabitha. «Seguirá adelante. Que es lo que todos tenemos que hacer ahora». Miró su reloj. «La cena será dentro de una hora, donde se anunciará el ganador del proceso de selección. Así que, por favor, mientras tanto, tómense un tiempo para relajarse. Por supuesto, son libres de subir a sus habitaciones. Espero verlos pronto».

~

«¿Qué te ha parecido todo eso?», preguntó Susie, bajando la voz, mientras subían las escaleras. Habían decidido tomarse un descanso en sus habitaciones antes de la cena final y el anuncio del ganador. «La forma en que se han deshecho de todos ellos. Me ha parecido un poco...».

«¿Draconiano?», respondió Natalie.

Susie asintió. «Desde luego, no se andan con tonterías si infringes las normas».

«No, no lo hacen», coincidió Natalie. «Todavía me pregunto si se enteraron de lo que hicimos Russell y yo, y por eso desapareció en mitad de la noche».

Penny parecía intrigada. «¿No crees que pasó lo que dijo Tabitha, que simplemente decidió que aquello no era para él?».

«La verdad es que no. Especialmente después de lo que has oído, Susie. Creo que se enteraron de que habíamos infringido las normas y le dijeron que se marchara».

«Pero a ti no», señaló Susie.

«No, a mí no». Natalie había buscado una explicación para esa falla en su teoría. «Quizás no saben que fui con él. Quizás lo vieron la primera vez que subió al estudio, antes de venir a buscarme. Tabitha fue a su habitación, así que sabía que la había dejado en algún momento».

«O tal vez decidieron darte un respiro porque Sir Kenneth te invitó a presentar tu solicitud personalmente», bromeó Susie.

«No...», respondió Natalie.

«Natalie, espero que no te importe que te pregunte», dijo Penny. «Pero cuando dijiste que Russell te había enseñado el estudio secreto, ¿cómo era? Creo que a mí me habría dado mucho miedo. Sinceramente, no sé si habría podido subir allí».

«Al principio estaba bien», respondió Natalie, «pero después de un rato me asusté. Russell se lo tomó con calma, no parecía nada desconcertado. Incluso tenía un libro sobre los acontecimientos

relacionados con Lord Sinclair. Así es como supo de la escalera secreta y el estudio».

«Así que la historia era cierta», pensó Penny en voz alta. Se estremeció visiblemente. *«Hubo* un asesinato en masa en esta casa».

«Supongo que sí».

«Te hace preguntarte por qué demonios Sir Kenneth compró esta propiedad, sabiendo su historia», añadió Penny.

«Probablemente la compró precisamente por su historia», dijo Susie. «¿Quizás le da carácter al edificio?».

Penny miró a su alrededor. «Ahora que los demás se han ido y solo quedamos nosotras tres, se siente aún más espeluznante. Estoy deseando salir de aquí y volver a casa».

«Creo que todas lo estamos», coincidió Susie. «Sé que estoy deseando volver a la vida normal. Pero para una de nosotras, la vencedora, probablemente no será la última vez que vengamos aquí. Quizás esa persona tenga la oportunidad de preguntarle a Sir Kenneth en persona por qué compró este lugar».

Natalie volvió a pensar en lo que Catharine había dicho sobre Sir Kenneth New.

Ten cuidado con ese hombre.

Susie tenía razón. En algún momento, uno de ellos seguramente se encontraría cara a cara con Sir Kenneth.

¿Debería transmitir la advertencia de Catharine? ¿Aunque no hubiera detalles?

«¿Estás bien, Natalie?». Penny la miraba fijamente.

Natalie asintió lentamente. Había tomado una decisión. —¿Podéis venir las dos a mi habitación un momento? Tengo que deciros algo.

«¿Qué pasa?», preguntó Susie, mientras se quedaban de pie frente a frente en la habitación de Natalie, con la puerta cerrada para que nadie las oyera.

Natalie pensó en cómo decirlo. De repente, volvió a sentir dudas sobre si lo más justo era no decir nada, y no sabía qué era lo mejor que podía hacer.

«Yo...».

¿Qué conseguiría transmitiendo la inexplicable advertencia de Catharine?

«Yo...».

Cambió de opinión. «Solo quería decirles a ambos que hoy he tenido un día estupendo y que, gane quien gane, yo estaré feliz».

«Oh, gracias, cariño», dijo Susie, dando un abrazo a Natalie. «Yo siento lo mismo».

«¡Yo también!», coincidió Penny.

Las tres se abrazaron.

Mirando por encima del hombro de Susie el retrato de Sir Kenneth, todavía llena de dudas, Natalie tuvo de repente una imagen inquietante de su posible futuro jefe, tumbado en la cama, esperando a que se anunciara el ganador.

¿Era eso a lo que se refería la advertencia?

35

Cullen miró a Krishna al otro lado del espacio que los separaba. El tipo parecía increíblemente nervioso. Tan nervioso, de hecho, que se preguntó si de alguna manera había dado en el blanco y obtenido un resultado. Pero aún así, tuvo que recordarse a sí mismo que no se trataba de una investigación policial oficial y que Krishna no estaba bajo custodia.

—Bueno —comenzó Cullen con una sonrisa, tratando de mostrarse alegre y relajado, lo cual era difícil ante la expresión preocupada de Krishna—, como he dicho, me llamo Paul Cullen y soy detective de la Policía Británica de Transportes. —Tenía que medir sus palabras—. Me han pedido que investigue la desaparición de Natalie Long, que, según tengo entendido, se alojó en esta propiedad durante el fin de semana.

Krishna asintió.

«Ahora bien, esto no es un interrogatorio policial oficial. Se trata más bien de una conversación informal. ¿Le parece bien continuar en esos términos?».

De nuevo, hubo un asentimiento nervioso.

«No hay nada de qué preocuparse», dijo Cullen. «Solo me gustaría saber un poco sobre el fin de semana, cualquier cosa que pueda haber sucedido y que pueda ayudar con la investigación. Mi

prioridad es averiguar dónde está Natalie, eso es todo, así que cualquier cosa en la que pueda ayudar...».

Krishna frunció el ceño.

«Puede que sea algo que usted considere insignificante», continuó Cullen, manteniendo un tono ligero y amistoso. «Cualquier cosa».

Krishna estaba ocupado mordiéndose una uña.

«Cuénteme qué le llevó a la casa», preguntó Cullen, probando con otra táctica.

Krishna parecía incapaz de responder incluso a esa pregunta sin cierta dificultad. «Pensé que usted lo sabría todo», dijo por fin.

«Sé un poco, pero quiero oírlo de ti».

Krishna lo miró con recelo. «Fui seleccionado como uno de los candidatos finalistas para el puesto en Brand New», dijo vacilante.

«He oído que fue un proceso de selección muy duro. Había muchos candidatos. Debes de tener un currículum impresionante para haber llegado a la fase final».

«Sí, sí», respondió distraído, antes de volver al presente. «Soy un empresario de éxito».

«¿En qué exactamente?».

«En el sector tecnológico. He desarrollado varias aplicaciones de gran éxito».

«Suena bien», respondió Cullen, ocultando el hecho de que realmente no le interesaban mucho las aplicaciones, eso era más para Amy y su generación. Tenía un teléfono inteligente, pero no estaba registrado en ninguna plataforma de redes sociales. En parte era por seguridad, pero también porque le parecía una pérdida de tiempo.

«Quizás hayas oído hablar de Vicinity, mi aplicación de citas», añadió Krishna, con una expresión más alegre por primera vez desde que se conocieron.

«No la conozco, pero es que estoy felizmente casado».

«Ha salido mucho en los medios», dijo Krishna. Su expresión se ensombreció de nuevo, al volver sus pensamientos a la situación actual. «¿Qué crees que le ha pasado a Natalie?».

—No tengo ni idea —admitió Cullen—. ¿Y tú?

—¿Yo? —dijo, sorprendido por la pregunta—. ¿Crees que le he hecho algo?

—Me refería a si tienes alguna idea de lo que le pudo haber pasado a Natalie. No te estaba acusando de nada.

Krishna negó con la cabeza. —No, no tengo ni idea. Absolutamente ninguna, lo juro.

—¿Y no se te ocurre nada de lo que haya pasado durante el fin de semana, nada relacionado con Natalie que, en retrospectiva, pueda ofrecer alguna pista sobre su paradero actual?

Krishna se llevó una mano a la frente y se presionó los lados de la cabeza.

«¿Estás bien, Krishna?».

«Me duele la cabeza».

«¿Quieres que te traiga algo de beber, a ver si alguno de los empleados tiene pastillas?».

«No, estoy bien», dijo sin mucha convicción, retirando la mano con una mueca de dolor.

«Podemos hacer una pausa en la discusión».

«No, no, quiero terminar con esto», dijo.

«¿Acabar con qué?».

«Sé por qué has querido hablar conmigo», dijo lentamente.

Cullen reprimió su confusión y mantuvo su rostro impasible. «¿Por qué crees que es eso?».

«Por lo que hice».

«Continúa».

Krishna miró directamente a Paul Cullen, con el rostro decidido a decir algo. «Porque le envié la nota, intentando asustarla».

Cullen se inclinó hacia delante. «Cuéntame, Krishna».

«Fue una estupidez», espetó con evidente disgusto hacia sí mismo. «Una auténtica estupidez. Yo... me comporté fatal, porque estaba desesperado por ganar. Lo deseaba *de verdad*. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa para alcanzar mi sueño».

Dispuesto a hacer cualquier cosa.

La frase quedó suspendida en el aire.

«No quise *decir nada*», se corrigió rápidamente. «Arreglé las cosas con Natalie, le pedí perdón, fue lo último que le dije...».

Su frase se quedó en el aire y volvió a llevarse la mano a la cabeza.

Cullen lo observó. «¿Qué decía la nota?».

«Era solo un mensaje estúpido, realmente estúpido», dijo desde detrás de su mano. «Infantil. Quería sacar a Natalie de la competición».

«¿Y los demás concursantes?».

«¿A qué te refieres?».

«¿No les enviaste notas a ellos también, para intentar socavarles también?».

«No».

«¿Solo Natalie?».

«Sí».

«¿Por qué?».

«Bueno, porque la veía como la principal amenaza».

«¿Por qué?».

«Porque Sir Kenneth la había invitado a solicitar el puesto».

Cullen recordó lo que Amy le había contado, cómo Sir Kenneth le había pedido que se presentara cuando se habían visto brevemente en la firma de libros.

«¿Pensaste que podría tener una ventaja injusta?».

«Sí. No tenía experiencia ni trayectoria en el ámbito del branding. Estaba, y sigue estando, en la universidad. Esa primera noche, mientras tomábamos unas copas, no podía entender cómo la habían seleccionado entre todos los candidatos».

Krishna tenía razón en eso. ¿Qué posibilidades había de que una estudiante universitaria sin experiencia en el mundo de los negocios fuera seleccionada como una de las ocho personas, de entre los miles que Tabitha había confirmado que se habían presentado?

A menos que *hubiera* sido elegida a petición de Sir Kenneth...

«Y entonces me enteré de su relación con Sir Kenneth y, de repente, todo cobró sentido».

«¿Relación?».

«No me refiero a eso», dijo él. «Solo quería decir que se conocían, que *se habían visto.* Natalie dijo que solo fue una vez, y

tal vez fuera cierto, pero también tal vez no. Al fin y al cabo, ella ganó».

«¿Crees que Natalie siempre iba a ganar?».

Krishna dudó. «Sinceramente, sí. Creo que todo fue una gran trampa».

«Eso debe enfadarte», sugirió Cullen.

Krishna sabía adónde quería llegar. «Estaba enfadado, pero no con Natalie. Mi enfado es con la empresa, por hacernos perder el tiempo».

«Por supuesto, solo es una teoría», dijo Cullen. «No hay nada que sugiera que fuera un montaje».

«Quizás».

«Entonces, ¿cuándo fue la última vez que viste a Natalie?».

«En la casa, justo antes de irme, cuando le pedí perdón por mi estúpida actuación».

Cullen asintió.

«Sospechas que Penny y yo tenemos algo que ver con la desaparición de Natalie».

«¿Qué te hace pensar eso?».

—Porque nos has traído a los dos para interrogarnos.

«No, lo has malinterpretado. Mi intención es hablar con todos vosotros. Es solo que los demás no han podido venir con tan poca antelación».

—Ah —respondió—. Pensaba que...

«Como dije al principio, esta no es una investigación policial oficial. Al menos, todavía no. Pero gracias por su tiempo hoy. Es posible que yo o alguno de mis colegas queramos hablar con ustedes de nuevo en los próximos días».

Krishna asintió. —Espero que Natalie aparezca sana y salva, detective. Estaré pensando en ella.

36

Sábado por la noche anterior

NATALIE PASÓ el tiempo antes de la cena pensando en los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas.

¿Solo había pasado eso de tiempo?

Sin duda había sido una experiencia muy extraña: una que la había dejado anhelando volver a la normalidad, a Bristol y a sus estudios.

Libre de la influencia controladora de Jack.

Estaba impaciente.

Y entonces se le ocurrió una idea repentina. Era una de las tres personas que quedaban en el proceso de selección. ¿Y si ganaba? ¿Quería realmente el trabajo? Si no lo quería, ¿cómo lo rechazaría?

Se tumbó en la cama, mirando al techo, con la cara deliberadamente apartada del retrato de Sir Kenneth.

¿Y si ganaba, pero no quería el trabajo?

La pregunta daba vueltas y vueltas en su cabeza, hasta que le provocó un dolor de cabeza punzante.

¿Debería marcharse ahora?

Miró hacia la puerta, imaginándose bajando a recepción con su maleta, cogiendo su móvil y marchándose.

La idea le gustaba.

Pero entonces nunca sabría si había ganado, y una parte de ella quería saberlo. Tampoco quería marcharse sin dar explicaciones a Susie y Penny. No le parecía bien.

De todos modos, no ganaría. Estaba segura de que Susie o Penny quedarían por delante de ella. Y se alegraría sinceramente por ellas.

Quería estar allí para felicitarlas.



CONVENCIDA DE QUE DEBÍA QUEDARSE, Natalie se cambió para cenar y bajó las escaleras hasta el comedor, que ayer a esta hora estaba lleno de esperanzados concursantes. Ahora la sala estaba desierta. Solo había una pequeña mesa puesta.

Entró con cautela en la sala. Miró la hora y vio que no llegaba especialmente pronto. Eran solo las siete menos dos minutos.

Pero Susie y Penny aún no habían llegado.

Se quedó de pie junto a la mesa, apoyada en uno de los respaldos de las sillas. No le parecía bien sentarse sola. Solo después de esperar un minuto más o menos se dio cuenta de que la mesa solo estaba puesta para dos.

Se quedó mirando los cubiertos de plata, perdida en sus pensamientos.

¿Quizás había sido un error?

«¡Ah, Natalie!».

Se giró y vio que se acercaba Sir Kenneth New. Esta vez estaba allí en persona, y verlo caminar hacia ella fue una sorpresa, por más de una razón.

«Hola», logró decir.

«¡Me alegro de volver a verte!».

Para su alivio, él le tendió la mano en lugar de intentar algo más físico. Ella la tomó y él se la estrechó con cordialidad, pero, afortunadamente, sin que pudiera interpretarse como un gesto excesivamente amistoso.

Otra vez.

Él lo recordaba.

«Pareces confundida», sonrió, soltándole la mano. «Por favor, ponte cómoda». Le acercó una silla.

Ella se sentó e intentó procesar lo que estaba sucediendo mientras Sir Kenneth se acomodaba frente a ella, cogía su servilleta y se la colocaba en el regazo.

—Bueno —dijo él, fijando sus ojos azul celeste en ella—, supongo que te estarás preguntando qué diablos está pasando.

«Yo... estoy un poco confundida, sí. ¿Dónde están...?»

—Susie y Penny se han ido —dijo Tabitha, asustando a Natalie—. De alguna manera había conseguido acercarse a pocos centímetros de su espalda sin que Natalie se diera cuenta de que estaba en la habitación.

«Oh. Pensaba que íbamos a cenar todos juntos».

Vio que Sir Kenneth le hacía una señal a Tabitha con la mirada.

«Les he informado a Susie y Penny sobre los resultados del centro de selección. Ambas me han pedido que te transmita sus felicitaciones».

—En efecto —dijo Sir Kenneth, sonriendo ampliamente. Abrió las palmas de las manos como un devoto dando gracias—. Muchísimas felicidades, Natalie.

Solo entonces lo entendió realmente. «He ganado».

«Sí, eres nuestra ganadora», confirmó Sir Kenneth. «Aunque en la empresa no nos gusta hablar de ganadores y perdedores. Preferimos hablar de aquellos que han alcanzado sus objetivos y de aquellos que están en camino de alcanzarlos. Es posible que esos objetivos no sean los que ellos creen que quieren o por los que luchan. Susie y Penny son personas maravillosas, pero en este caso no tenían razón. Y yo solo quiero gente que tenga *razón,* Natalie».

Natalie estaba ebullición de pensamientos. Casi parecía el preludio de un ataque de pánico: la sensación de perder el control, de rendirse al torbellino emocional.

«Aquí tienes los menús», dijo Tabitha.

Natalie logró asentir con la cabeza y luego fingió examinar la lista; la verdad era que apenas podía concentrarse en las palabras, tal era su estado de ánimo.

«Te recomiendo la lubina», dijo Sir Kenneth. «Está excelente».

«Entonces la pediré», respondió Natalie, más por una reacción instintiva que por una decisión consciente. Era una cosa menos en la que pensar.

«¡Excelente! Tabitha, los dos tomaremos la lubina. Y, por favor, tráiganos una botella de mi blanco favorito».

Tabitha regresó sorprendentemente rápido con el vino.

«¡Salud!», dijo Sir Kenneth mientras ella servía dos copas.

Parecía que los camareros de la noche anterior no estaban de servicio esa noche, por lo que Tabitha se encargó de atenderlos. «Volveré con el plato principal», dijo, dejándolos solos.

Sir Kenneth la observó hasta que desapareció de su vista.

«Bueno, debo decirte que te felicito de todo corazón, Natalie», dijo, volviendo finalmente la mirada hacia su compañera de mesa. «Tu actuación de hoy ha sido impresionante. He recibido comentarios fantásticos de mi buena amiga Diana. Estaba realmente impresionada. Muy impresionada».

«Gracias», dijo ella, «pero ha sido un trabajo en equipo».

«Sí, sí, por supuesto, pero un esfuerzo en equipo siempre deja espacio para que brille la brillantez individual. Y así fue en tu caso, Natalie».

La miró fijamente a los ojos.

«Para ser sincera», dijo ella, «no creo que haya hecho más que Susie o Penny. Susie ideó el fantástico logotipo y Penny creó el diseño web, que fue realmente impresionante».

Él asintió, pero no parecía estar escuchando.

«Esperaba que ellas también estuvieran aquí para la comida».

Él seguía asintiendo.

«Hubiera sido bonito terminar el fin de semana con ellas».

Justo cuando Natalie decidió que Sir Kenneth no la estaba escuchando en absoluto, él respondió. «Les ofrecimos cenar, pero dijeron que preferían marcharse».

«Ah, claro». Natalie se sorprendió por lo desanimada y decepcionada que la hacía sentir esa noticia.

Sir Kenneth frunció el ceño y la miró con una intensidad inquietante. «Pareces un poco apagada, Natalie. Acabas de ganar el

concurso. De todas las personas que se presentaron, muy pocas fueron seleccionadas para venir aquí, muy pocas, y de ellas, tú eres la elegida. Sin embargo, pareces melancólica. ¿Te pasa algo?».

«Bueno, es solo que... me parece extraño que Susie y Penny hayan decidido marcharse sin despedirse. Pensé...».

«No mires atrás, Natalie», la interrumpió él. «Solo mira hacia adelante. Susie y Penny, eso es lo que están haciendo, mirar hacia adelante, luchar por sus objetivos. Por favor, no veas su decisión de marcharse como un reflejo de ti o de tu relación con ellas. Porque no lo es».

«De acuerdo».

Excepto que no estaba bien. Estaba nerviosa, comiendo a solas con este hombre, el millonario propietario de una de las empresas más famosas del mundo. Sin duda, esta reunión a solas le habría resultado extraña sin la advertencia de Catharine, pero con ella, había una tensión añadida, una ansiedad profunda en su interior.

Estaba sola en esa casa.

Con él.

«¿Seguro que estás bien, Natalie?». Él ladeó la cabeza y la miró a los ojos.

Ten cuidado con ese hombre...

«Solo necesito ir al baño», logró decir, levantándose de la mesa y huyendo al pasillo.

Con la cabeza gacha, casi chocó con Tabitha, que regresaba con más vino. «¿Estás bien, Natalie?».

«Estoy bien». No se detuvo a charlar.



Dentro de un cubículo, se sentó allí durante unos minutos, todavía en un estado de pánico leve.

¿Qué demonios hacía allí, en esa casa, con sus extrañas reglas y su horrible historia?

«No quiero este trabajo. No quiero este trabajo».

No era la primera vez ese día que fantaseaba con escapar de vuelta a Bristol. Volver a sus estudios. Volver a la normalidad. Debería haberse marchado cuando tuvo la oportunidad, justo después de volver de EXCEL-ENT. Habría sido más fácil irse entonces, mezclándose con los demás que habían sido expulsados sin ceremonias. Nadie se habría dado cuenta.

Marcharse ahora sería mucho más difícil. ¿Cómo podría hacerlo?

«Solo tengo que aguantar, solo por esta noche».

Empezó a relajarse, a pensar con más lógica. Esto no era una especie de iniciación a una secta, era un centro de selección para un trabajo en una empresa de renombre.

Había una salida.

La semana siguiente informaría a la empresa de que había cambiado de opinión y rechazaría educadamente la oferta de trabajo. Ellos expresarían su decepción, pero rápidamente pasarían página y se olvidarían de ella. Quizás podrían ponerse en contacto con Susie o Penny y ofrecerle el trabajo a una de ellas.

Sí, eso era lo que iba a hacer.

Salió del cubículo y se sorprendió al encontrarse cara a cara con Tabitha.

«Estaba preocupada por ti, Natalie».

«Estoy bien».

¿Cuánto tiempo llevaba allí parada?

¿Qué había oído?

«Pensé que quizá te encontrarías mal».

Natalie esbozó una sonrisa forzada. «Para ser sincera, tenía algunos calambres, ya sabes, esos días del mes. Pero estaré bien».

«Oh, pobrecita». Le puso una mano en el brazo. «¿Estarás bien? Quizás deberías ir a acostarte. Le diré a Sir Kenneth que te has ido a descansar. Él lo entenderá».

«No pasa nada».

«Genial», dijo ella, animándose. «Supongo que tendrás que aguantar, solo por esta noche».

Solo tengo que aguantar, solo por esta noche.

Ella *lo había* oído.

~

Cuando ella regresó a la mesa, la comida ya había llegado y el tiempo pasó rápidamente con una conversación cortés y, en ocasiones, agradable. Sir Kenneth era un buen conversador, lo cual tal vez no era de extrañar, dado que era un líder mundial en una industria en la que la comunicación lo era todo. Natalie apartó de su mente la advertencia de Catharine. Pero aún así fue un alivio cuando, poco después de terminar el postre, Sir Kenneth anunció que tenía que marcharse para asistir a una reunión de negocios.

«Nos vemos en el desayuno», dijo, inclinándose para darle un beso en la mejilla. Ella hizo todo lo posible por no ponerse tensa cuando sus labios tocaron su piel. «Una vez más, muchas, muchas felicidades, Natalie», sonrió. «Tienes un futuro muy brillante por delante y es estupendo tenerte a bordo».

«Gracias».

Natalie supuso que Tabitha le daría los detalles durante el desayuno, una vez que Sir Kenneth se hubiera marchado. Pero no lo hizo.

«Buenas noches, Natalie. Espero que puedas relajarte arriba durante el resto de la noche y asimilar todo esto. Sé que debe ser mucho con lo que lidiar y que probablemente tengas la cabeza a mil por hora en este momento. Lo entiendo perfectamente».

«Gracias».

«Ahora es el momento de actuar con la mente clara», añadió. «No tomes ninguna decisión de la que puedas arrepentirte».

Natalie sabía de qué se trataba. Y ahora era el momento de minimizar el daño causado por lo que Tabitha había oído. «Tienes razón, Tabitha. Tengo la cabeza hecha un lío, pero ahora todo está mucho más claro. Estaré bien».

Tabitha sonrió, pero parecía estar escrutando a Natalie en busca de señales que indicaran si estaba diciendo la verdad. «Estupendo. Nos vemos por la mañana».

«¿Sir Kenneth ha mencionado el desayuno? ¿A qué hora debo...?»

«Ah, sí, espera a que te llamen por la mañana. Aún no sé a qué hora tiene previsto desayunar Sir Kenneth. Depende de cómo vaya la noche. Puede que sea muy tarde».

37

«Penny, por favor, siéntate».

«Gracias».

La joven sentada frente a él no parecía tan nerviosa como Krishna, pero, al igual que el hombre que había venido antes que ella, parecía estar muy tensa. Podría ser simplemente por la presencia de la policía; Cullen estaba acostumbrado a eso, a que la gente se comportara de forma diferente cuando se enfrentaba a un agente, incluso si no había hecho nada malo.

«Como le expliqué a Krishna, esto no es un interrogatorio policial oficial, sino más bien una charla informal inicial. ¿Le parece bien proceder así?».

Penny asintió con la cabeza.

«Si sientes que se te hace demasiado, no dudes en decírmelo», añadió Cullen.

«Estoy segura de que estaré bien», respondió ella.

«¿Cuántos años tienes, Penny, si no te importa que te lo pregunte?».

«Diecisiete».

«Es increíble», dijo Cullen. «Haber llegado tan lejos en un proceso de selección tan competitivo a una edad tan temprana. Tu solicitud debió de destacar mucho».

Ella se encogió de hombros. «Supongo. Hasta ahora he tenido bastante éxito en mi carrera».

¡Mi carrera hasta ahora, *con diecisiete años! A los diecisiete, él se contentaba con colarse en el pub local y disfrutar del rugby los fines de semana.*

«¿A qué te dedicas?».

«Tengo una página web para poner nombres a bebés, para gente del sudeste asiático, principalmente de China. Pero recientemente nos hemos expandido a Japón y el mes que viene lanzaremos la página en Malasia».

La forma en que hablaba de su negocio en expansión a nivel mundial con tanta naturalidad era bastante notable para alguien que aún era una adolescente. «Suena interesante».

Otro encogimiento de hombros autocrítico. «La verdad es que me gusta la parte del desarrollo empresarial. Supongo que lo de poner nombres a los bebés es secundario para mí». Lo miró directamente a los ojos c idad y con intensidad. «Tengo muchas ganas de pasar a cosas nuevas». Y entonces se le escapó un destello de tristeza. «Supongo que por eso solicité el puesto en Brand New».

«¿Esperabas ganar?».

«La verdad es que no», respondió sin pensarlo dos veces. «Había mucha gente muy competente aquí, que había logrado *grandes cosas*. Sabía que era muy difícil. Y, sinceramente, no me importa».

«¿Y Natalie? ¿Pensabas que ganaría?».

«No», respondió sin dudar. «Al menos, no al principio. No tenía mucha experiencia. Para ser sincera, no entendía cómo había llegado a la final. Lo siento, suena grosero».

«No pasa nada, estás siendo sincera».

Se sonrojó. «Pero, en realidad, a medida que avanzaba el fin de semana, vi lo buena que era Natalie. Tiene mucho potencial. Así que cuando ganó, no me sorprendió en absoluto».

«Krishna parecía pensar que Natalie había sido elegida para ganar», reveló Cullen.

Parecía genuinamente sorprendida por la sugerencia. «¿Preparada para ganar?».

«Porque ella ya había conocido a Sir Kenneth anteriormente».

«Eso ya lo sé. Lo conoció en una firma de libros. Él le mencionó la oportunidad, eso es todo».

«¿Entonces no crees que hubiera nada más que eso?».

«Pasé todo el sábado con Natalie. Estábamos en el mismo equipo, así que llegué a conocerla bastante bien. Realmente no creo que formara parte de ningún tipo de trampa. Al menos, nada de lo que ella supiera».

—Por lo que vale, creo que tienes razón —dijo Cullen. Estuvo a punto de contarle lo de la conexión familiar, que Natalie era amiga de su hija, pero decidió no hacerlo. Aunque no se tratara de una investigación policial oficial, tenía que tratarla como tal.

—Normalmente soy bastante buena juzgando el carácter de las personas —añadió Penny—. Y Natalie me caía muy bien. Intercambiamos números de teléfono para mantenernos en contacto. —Frunció el ceño—. Espero que esté bien.

—Yo también.

—¿Crees que le ha pasado algo malo?

«Espero que no. Pero eso es lo que estoy tratando de averiguar».

—¿Dónde desapareció? Quiero decir, ¿alguien la vio después de que se marchara de aquí?

«No ha habido ningún avistamiento, pero envió un mensaje de texto de camino a la estación de Paddington. Ese es el último contacto confirmado con ella».

«Iba a coger un tren de vuelta a Bristol, ¿no? De vuelta a la universidad. ¿Qué decía?».

Cullen decidió que podría ser útil revelar ese detalle. —Natalie mencionó que había cometido un terrible error. ¿Sabes a qué se podría estar refiriendo?

«¿Un terrible error?», dijo Penny, desconcertada. «Pero ganó. La última vez que la vi, estaba feliz. Al menos eso me pareció».

«¿Entonces no se le ocurre nada que pudiera haberle pasado durante el fin de semana que la hubiera alterado? ¿Algo que pudiera explicar su desaparición?».

Penny seguía pensando. «La verdad es que no».

«¿Y Krishna?».

«¿Krishna?».

«Me preguntaba si sabías algo sobre lo que pasó entre Natalie y Krishna».

«Lo siento, no sé a qué te refieres. ¿Ha pasado algo entre ellos?». Ella buscó una aclaración en sus ojos.

«Krishna admitió que intentó asustar a Natalie, para que se marchara de la casa y abandonara el proceso de selección. Le dejó una nota en su habitación el viernes por la noche. Dijo que lo hizo porque le preocupaba que ella ganara el concurso».

«Entiendo», dijo ella, asimilando la información. «Bueno, Natalie no me dijo nada, y estuvimos juntos todo el sábado».

«Sin embargo, no pareces sorprendida de que Krishna hiciera eso».

Penny se encogió de hombros. «Sabía cómo sería el fin de semana. Que sería competitivo. Y se notaba durante la recepción: todos se evaluaban entre sí, recababan información y se comparaban unos con otros».

«¿Eso es lo que hiciste tú?».

—Sí, claro.

«¿Y Krishna?».

«Algunas personas del grupo hicieron comentarios sobre él, burlándose de él, en realidad, sobre lo competitivo que era. Quería saberlo todo sobre todos y no paraba de hablar de lo bien que le había ido en los negocios. Pero en realidad no era diferente de los demás, solo que no era tan sutil, no era tan bueno ocultando cosas».

«¿Y el resto del grupo? Dijiste que te llevabas bien con Natalie...».

«Sí, me llevaba muy bien con ella. Con Susie también. Los tres estuvimos en el mismo equipo el sábado. Pasamos el día en EXCEL-ENT».

«¿Qué es eso?».

«Una agencia de entretenimiento. Teníamos que diseñar la marca de una nueva editorial que están creando. Era un reto, parte del proceso de selección. La empresa nos estaba puntuando».

«¿Y los demás? ¿Cómo te llevaste con ellos?».

«No tan bien. Aunque, para ser sincera, no tuve muchas oportunidades de conocerlos. Estaba Samantha, que, sinceramente, no me cayó nada bien. Parecía el tipo de persona que podría tener dos caras: dijo cosas bastante desagradables sobre Krishna. Luego estaba Matthew, que parecía majo, pero no hablé mucho con él. Y Ben, que también parecía majo, pero tampoco llegué a conocerlo bien. La otra persona era Russell. A Natalie le caía muy bien, pero tengo que decir que a mí me daba un poco de miedo».

«¿En qué sentido?».

«Bueno, sé que esto suena un poco suave, pero para empezar, fue su trabajo lo que me inquietó. ¿Sabes a qué se dedica?».

«No». Realmente no sabía nada sobre los residentes de New House. Al menos, todavía no. Esperaba que la lista de Tabitha le ayudara en ese sentido, y que ella le aclarara cualquier duda durante su conversación.

«Organiza funerales», dijo ella.

«¿Qué, es funerario?».

«Bueno, no exactamente. Organiza funerales a medida para los súper ricos. Les contaba a todos cómo había dispuesto que las cenizas de algunas personas fueran enviadas al espacio y cómo había organizado entierros en lugares realmente insólitos. Esas cosas no estaban tan mal, aunque admito que soy muy aprensiva cuando se trata de la muerte. Creo que es porque cuando yo era pequeña murió mi abuela, y mi primer recuerdo es estar en su funeral, rodeada de tristeza. No, lo peor fue la historia que contó sobre cómo organizó el entierro de un hombre en un contenedor de gusanos, que... se encargó del cuerpo muy rápidamente». Se estremeció. «Fue realmente asqueroso».

«No es la forma en que me gustaría morir», admitió Cullen. «Pero probablemente sea bueno para el planeta».

Penny sonrió. «Sí, supongo que sí».

Cullen se había quedado con algo que Penny había dicho hacía unos momentos. «Al principio dijiste que lo que te molestaba de él era su negocio. ¿Qué más había?».

Ella asintió. «Bueno, ya me daba un poco de miedo su línea de negocio, especialmente lo de los gusanos, pero después de cenar

empezó a contarnos todas las cosas horribles que habían pasado en esa casa».

«¿Ah, sí? ¿Qué pasó?».

Ella pareció un poco sorprendida de que Cullen no lo supiera. «El asesinato en masa».

«¿El asesinato en masa?».

«Sir Thomas Sinclair, exterminó a su familia». Ella lo miró, evidentemente esperando que él se diera cuenta de repente. «Mató a su esposa e hijos y luego se suicidó, en *esta* casa».

«No conozco esa historia», respondió Cullen.

«Russell nos lo contó todo. Fue a principios de los años ochenta. El propietario, Thomas Sinclair, era un exitoso hombre de negocios, un millonario. Pero tuvo problemas financieros, era un gran jugador y además tenía una aventura amorosa, que temía que se hiciera pública y destruyera su reputación. Entonces, una noche, asesinó a toda su familia antes de pegarse un tiro. Ocurrió aquí mismo, en esta casa. En la sala donde celebramos el cóctel, que es donde encontraron su cuerpo, desplomado sobre un piano».

«¿Y Russell te contó todo esto?».

«Sí. Y disfrutó mucho contándonoslo, le encantaba hacerlo».

«¿Cómo sabía tanto?».

«Supongo que había investigado. Era el único de nosotros que sabía algo sobre la historia de la casa, así que supongo que eso le hacía sentir importante. Pero también creo que intentaba asustarnos, desanimarnos, igual que parece que hizo Krishna con Natalie. Como he dicho, había mucha competencia entre nosotros, porque el premio era muy valioso».

«Entiendo por qué no te caía bien Russell».

«Sé que esto va a sonar extraño, pero sentía que Russell tenía algo oscuro. ¿Entiendes lo que quiero decir?».

Cullen asintió. En su trabajo, había conocido a mucha gente que encajaba con esa descripción.

Demasiadas.

«En fin, la verdad es que me sentí bastante aliviado cuando Russell se marchó de la casa antes de tiempo».

«¿Se marchó temprano?».

«Sí, se marchó en mitad de la noche, en las primeras horas del sábado por la mañana».

«Suena muy extraño. ¿Sabes por qué?».

«No», respondió ella. «Pero Susie le oyó marcharse».

«¿Ah, sí?».

«Su habitación estaba al lado de la de ella. Dijo que oyó voces elevadas procedentes de su habitación, las de Russell y Tabitha. Y luego oyó que se abría y se cerraba la puerta, y cuando bajamos por la mañana a desayunar, anunciaron que él había decidido marcharse de casa».

«¿No dieron más explicaciones?».

«Solo dijeron que había decidido que aquello no era para él, así que había decidido marcharse».

«En mitad de la noche».

Ella sonrió. «Lo sé. Suena muy extraño, ¿verdad?».

«Sí». Cullen se preguntó si esto podría estar relacionado de alguna manera con la desaparición de Natalie. A primera vista, probablemente no, pero era algo que valía la pena explorar con Tabitha. «Dijiste que Natalie se llevaba bien con Russell».

«Sí, eso parecía».

«¿Qué te hace decir eso?».

«Estaban sentados juntos durante la cena y se reían y hablaban mucho. Y luego, el sábado por la mañana, cuando nos dijeron que Russell se había ido, vi la expresión de su rostro».

—¿Cuál era?

—Decepción. Parecía *realmente* decepcionada. Creo que todos los demás se alegraron de que uno de los competidores se hubiera retirado.

«¿Hablaste con ella sobre él?».

«Un poco. Aunque no había mucho tiempo para charlar, el sábado estuvo bastante ajetreado con la tarea. Solo le pregunté qué pensaba sobre lo que había pasado. Supongo que en realidad estaba tanteando el terreno».

«¿Y pescaste algo?».

«Más o menos. Me dijo que él había ido a su habitación esa noche. No por lo que tú piensas. Dijo que él quería enseñarle algo

en la casa».

—¿Qué?

—No lo sé. Estaba a punto de contármelo cuando nos interrumpieron. Tenía intención de preguntarle más tarde, porque me intrigaba bastante, pero se me olvidó. Penny miró a Cullen y ambos supieron que la conversación estaba llegando a su fin.

«¿Hay algo más que creas que me pueda ser útil saber?», preguntó Cullen.

—No se me ocurre nada. Lo siento.

Cullen sonrió con simpatía. —No se preocupe. Me ha sido de gran ayuda. Gracias por tomarse la molestia de venir.

«No hay de qué. En cuanto supe lo que había pasado, me alegré mucho de poder ayudar».

—Bueno, gracias. —Cullen pensaba en Russell Cave—. ¿Supongo que no tendrá ninguna foto de Russell?

—De hecho, sí. Saqué algunas fotos el viernes por la noche. —Sacó un puñado de fotografías Polaroid de su bolso—. Nos quitaron los teléfonos, así que mi cámara favorita me resultó muy útil. Me encantan las cosas retro como esa. —Eligió una foto—. Esta es del grupo. Russell está ahí, en el extremo izquierdo, junto a Natalie. ¿Te gustaría quedártela?

«Por favor».

Se la entregó.

«Gracias, es genial».

Ambos se levantaron y se dirigieron hacia la puerta.

«¿Qué crees que le ha pasado a Natalie?», preguntó ella cuando estaban a mitad de las escaleras.

«Me temo que, por ahora, es un completo misterio. Pero créeme, estoy haciendo todo lo posible por resolverlo y no pararé hasta conseguirlo».

Tabitha los estaba esperando cuando llegaron a la recepción y se giró al oír a Cullen. Dejó de charlar con la recepcionista, se enderezó y sonrió, volviendo a mostrarse tranquila ante la situación. «¿Va todo bien?», preguntó, y ambos asintieron con la cabeza.

«Penny nos ha ayudado mucho», dijo Cullen.

«¿Ah, sí?», dijo Tabitha. «Eso es estupendo».

Si esperaba más detalles, se llevaría una decepción, ya que Cullen no añadió nada más. «Encantada de conocerte, Penny».

Penny le estrechó la mano. «Igualmente».

«Sí, gracias, Penny», añadió Tabitha, tendiéndole también la mano.

Cullen observó y esperó a que Penny se marchara, sintiendo el peso de las expectativas de Tabitha, que permanecía en silencio a su lado.

Finalmente, se giró. «Tabitha, ¿tienes esa lista?».

«Oh, sí». Se inclinó sobre el mostrador de recepción y le entregó a Cullen una hoja de papel A4 en la que figuraba una tabla con los huéspedes del fin de semana anterior.

Cullen miró la lista. «Gracias». Era muy interesante. Levantó la vista hacia Tabitha. «Es perfecta». Tabitha sonrió, con aire relajado y un poco aliviada. Entonces Cullen dijo: «¿Podría responder a unas cuantas preguntas sobre uno de los solicitantes en particular?».

«Sí, por supuesto. ¿Cuál?».

«Russell Cave».

Tabitha no pudo ocultar su reacción y Cullen sintió que se le aceleraba el pulso.

38

Domingo por la mañana anterior

La llamada llegó poco después de las siete y media de la mañana.

«Hola, Natalie. Soy Tabitha. Sir Kenneth acaba de llamar para decirme que está listo. Si pudieras subir al tercer piso, es la puerta que tienes justo delante».

—¿No es el comedor?

«No, al tercer piso».

Natalie frunció el ceño ante la sorpresa del lugar.

«¿Tú también estarás allí?».

«Sí», respondió ella. «Nos vemos en unos minutos».

Natalie subió al tercer piso y llamó a la puerta que estaba justo enfrente de la escalera. La puerta era más ancha que las demás puertas del edificio y tenía un aspecto diferente. Parecía casi una puerta exterior.

«¡Adelante!», oyó gritar a Sir Kenneth.

Se encontró con una sala sorprendentemente diáfana, cuya lujosa decoración eclipsaba incluso la de su propia habitación. A la

derecha había una cocina equipada con aparatos de alta gama, y justo al lado, una sala de estar con grandes ventanales que daban a Mayfair y más allá. Supuso que también habría un cuarto de baño y un dormitorio al final del pasillo que se extendía a su izquierda.

Dobló la esquina con nerviosismo.

«¡Natalie, qué alegría volver a verte!».

Sir Kenneth estaba sentado a la mesa, con una impresionante selección de desayuno delante de él. Se levantó cuando ella se acercó.

«Por favor, toma asiento».

Natalie lo hizo, preguntándose por qué Tabitha no estaba allí, como había dicho que estaría. Una voz interior le hizo saltar las alarmas. No quería quedarse a solas con él.

«Come», le indicó.

Natalie cogió un croissant y le dio un mordisco, consciente de que Sir Kenneth la observaba atentamente.

«¿Qué le parece el apartamento?», le preguntó en cuanto Natalie tragó el primer bocado.

«Es precioso».

«Son tres habitaciones unidas en una sola», explicó. «Lo hice poco después de comprar la propiedad, ya que quería un lugar donde poder estirarme». Hizo una pausa y se sacó algo de entre los dientes con la lengua. «No vivo aquí permanentemente, ya lo entiendes. Tengo una casa en Windsor, que es mi base permanente, donde me siento más cómodo. Y tengo algunas villas de vacaciones. Pero este apartamento es un buen refugio para mí en el centro de Londres. Lo uso después de eventos como el de anoche, cuando me resulta demasiado complicado volver a Windsor. También es perfecto si necesito concentrarme y trabajar un poco».

«Es precioso». Natalie dio otro mordisco a su croissant, esperando que Tabitha apareciera pronto. Era inquietante tomar este desayuno privado en el apartamento de Sir Kenneth.

«Me alegro de que te guste, Natalie. ¿Café o té?».

«Té, por favor».

Le sirvió una taza.

«¿Azúcar? ¿O ya eres lo suficientemente dulce?». Mantuvo el contacto visual hasta que Natalie apartó la mirada.

«Solo leche, gracias».

«Muy sensato». Le pasó la taza. «Bueno, Natalie, ¿qué tal te sientes ahora que has dormido una noche sobre ello?».

«¿Perdón?».

«¿Cómo te sientes? ¿Por ser la vencedora, la elegida?».

Natalie se inquietó ante la vaga referencia mesiánica. «Estoy muy contenta», asintió. «Muy feliz. Gracias. Es una oportunidad fantástica».

Se sorprendió a sí misma por sonar tan convincente, a pesar de que esta experiencia solo estaba consolidando su decisión de rechazar la oferta la semana siguiente.

«Anoche no estabas tan segura», señaló él.

Natalie sintió que se sonrojaba.

¿Le había dicho Tabitha algo? Seguro que sí.

«Creo que estaba un poco en estado de shock. Me pilló por sorpresa. Nunca en mi vida pensé que sería la última persona en quedar».

«Bueno, yo sí».

«¿De verdad?».

«Sí, claro. La primera vez que hablé contigo, en la firma de mi libro, me di cuenta de que había *algo* especial en ti».

Realmente lo recordaba...

«Algo que delataba tu gran potencial», continuó. «De hecho, se podría decir que me cautivaste. Y eso no suele pasar, créeme. Hay mucha gente que quiere llamar mi atención y se esfuerza mucho por conseguirlo, pero es muy raro, muy raro de verdad, que ocurra lo contrario».

Tomó un sorbo de café y soltó un suspiro de satisfacción, esperando la respuesta de Natalie. Sonrió con expectación, como si le hubiera lanzado un reto y estuviera deseando ver cómo reaccionaba ella.

«No pensé que se acordaría de mí», dijo ella con cautela, ya que no le gustaba el rumbo que estaba tomando la conversación. Solo habían hablado durante lo que podrían haber sido sesenta segundos

como mucho. Y eso fue un día en el que Sir Kenneth debió de hablar con cientos de personas, ya que la cola para la firma de libros se extendía fuera de la carpa. Cada una de esas personas habría tenido una conversación similar con él. Ella lo había observado desde la cola mientras conversaba largo y tendido con docenas de personas ansiosas por hablar.

Y, sin embargo, él la recordaba.

«¡Por *supuesto* que te recuerdo!».

A menos que solo lo dijera para intentar impresionarla con su memoria. Quizás, de alguna manera, durante el fin de semana le había llegado la noticia de que ella lo había conocido en el festival del libro, probablemente a través de Tabitha. Sí, eso era casi seguro. Era un buen truco, diseñado para ser un poco adulador. Para hacer que la otra persona se sintiera importante. Parte de la familia Brand New.

Pero sin duda era solo un truco.

«Te recuerdo con gran claridad, Natalie. Y mi invitación para que solicitaras esta gran oportunidad era cien por cien sincera. Realmente quería que lo solicitaras y quería ayudarte si lo hacías. Por eso te pedí tu nombre completo, ¿te acuerdas?».

Natalie asintió con la cabeza. Lo recordaba. Él le había preguntado su nombre para escribir un mensaje personal en el libro, pero luego también le había insistido para que le dijera su apellido. En ese momento le había parecido un poco extraño, pero él había dicho algo sobre cuidar de ella en el futuro. Ella lo había descartado pensando que solo era una forma de ser educado.

«Te dije que te recordaría, Natalie, y así ha sido. Tengo buena memoria para los nombres de las personas que me importan».

«Gracias», respondió Natalie, aún incómoda por tanta atención.

«No puedo expresar lo feliz que me sentí cuando vi que efectivamente habías solicitado esta oportunidad. Me alegré muchísimo. Me aseguré de que tuvieras tu oportunidad, ¡y me complace decir que la aprovechaste con creces!».

Así que los demás tenían razón: sus burlas sobre que Sir Kenneth New la favorecía de alguna manera, dándole ventaja sobre ellos, habían dado en el clavo. De repente, sintió una gran decepción. No

había llegado allí por méritos propios, sino que la habían elegido entre miles de candidatos por favoritismo.

La habían elegido a dedo, le habían hecho un favor.

Y ahora estaba allí.

En su apartamento privado.

A solas con él.

39

«Russell Cave no aparece en la lista», dijo Cullen, devolviéndosela a Tabitha.

—Oh —dijo Tabitha. Se quedó callada, mirando fijamente el papel. Cullen intuyó que estaba ganando tiempo, pensando qué decir a continuación. Quizás estaba siendo demasiado suspicaz con ella, pero no lo creía. —Oh, ya veo lo que ha pasado —dijo ella por fin—. Milly elaboró esta lista basándose en las salidas del domingo. —Levantó la vista hacia Cullen—. Russell se marchó antes, por eso no aparece en ella.

Cullen asintió, ocultando el hecho de que no estaba nada convencido. «Si pudieras hacer una lista actualizada, sería estupendo».

«Por supuesto, le diré a Milly que haga una».

«O simplemente anote los datos de Russell en esa versión», sugirió Cullen. «Si es más rápido».

«No, no, está bien, actualizaremos la lista, no hay ningún problema». Se giró y tocó el timbre de la recepción. Milly apareció desde la trastienda y Tabitha le pidió la actualización.

«Bueno», dijo Tabitha, volviéndose hacia Cullen. Intentó sonreír, pero volvió a aparecer ese destello de incomodidad; era evidente y estaba presente, por mucho que luchara por ocultarlo. «¿Querías preguntarme por Russell Cave?».

—Sí, si no te importa.

Ella apartó la mirada y luego volvió a mirarlo. —Puedo contarte lo que sé. Pero no estuvo con nosotros mucho tiempo.

—Eso he oído —bromeó Cullen—. Quizá deberíamos volver arriba.

Tabitha estuvo de acuerdo y regresaron a la sala de estar, que ahora se había convertido en una sala de entrevistas improvisada. Las sillas seguían en su sitio y Cullen le indicó que se sentara.

—Bueno —dijo, decidiendo ir al grano—. Háblame de Russell Cave.

Tabitha se movió en su asiento. —Bueno, en realidad no hay mucho que contar. Como he dicho, no estuvo con nosotros mucho tiempo.

«Cuéntame eso».

—¿Qué? ¿Por qué se marchó?

—Sí.

Una pausa. «Yo... La verdad es que no lo sé. Simplemente se marchó, en mitad de la noche».

Cullen recordó lo que había dicho Penny: que Susie había oído voces elevadas procedentes de la habitación de Russell y que una de ellas era la de Tabitha. «¿Hablaste con Russell antes de que se marchara?».

Otra pausa. Cullen se dio cuenta de que ella estaba decidiendo si decir la verdad, o al menos cuánto de la verdad decir.

«Sí, lo vi», admitió por fin.

«¿Dónde fue eso?».

«En su habitación. Llamó a recepción, bastante alterado. El portero de noche, Karl, estaba bastante preocupado por él, así que subimos a la habitación para ver qué pasaba».

«¿Y qué pasaba?».

«Había estado bebiendo. Todos los residentes, bueno, la mayoría de ellos, habían estado bebiendo en la recepción. Pero él debió de traer más alcohol, porque eran las tantas de la madrugada, todos se habían ido a la cama y él estaba bastante borracho. Tenemos mucho cuidado de que los residentes no beban en exceso, ya que queremos que estén en plena forma para las actividades del fin de semana. Y

se lo dejamos muy claro a todos los residentes, tanto antes como cuando llegan».

Eso podría explicar las voces elevadas, pensó Cullen, si Tabitha hubiera descubierto que Russell había introducido alcohol de contrabando.

«Las formas de trabajar y vivir son muy claras», añadió.

¿Las normas de trabajo y convivencia? Sonaba como una especie de secta.

«¿Hay sanciones para quienes infringen las normas?».

«Sí. Cualquiera que vaya en contra de las normas de trabajo y convivencia será eliminado del proceso de solicitud. Sir Kenneth es muy claro al respecto. Necesita a alguien en quien pueda confiar plenamente, y seguir las normas de trabajo y convivencia es el indicador más importante de que se ha ganado esa confianza».

«Pero usted dijo que no sabía por qué Russell se fue de la casa. Excepto que él no *eligió* irse, usted le pidió que se fuera».

Tabitha volvió a pensar. «Es cierto, sí».

«¿Así que lo expulsaron de la casa?».

«Se le *pidió* que se fuera», respondió ella, colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja izquierda.

«¿Cómo se sintió Russell al respecto?».

«Entendió la situación, una vez que se lo explicamos. Es decir, estaba enfadado y borracho, así que le llevó unos minutos asimilarlo y darse cuenta de que era lo correcto».

«¿A qué hora fue eso?».

«Poco después de las dos y media».

«Lo echaste de la casa a las dos y media de la madrugada, borracho. No me parece que fuera lo más caritativo, si me permites decirlo. ¿No podías haber esperado hasta la mañana siguiente?».

Tabitha parpadeó un par de veces. «Sir Kenneth nos ordenó que lo echáramos de inmediato. Fuimos conscientes de la hora que era y de su estado mental. Le pedimos un taxi, nos aseguramos de que estuviera a salvo y de que llegara a un alojamiento adecuado».

«Pero aún así podrían haber esperado».

«Sir Kenneth pensó que si Russell esperaba hasta la mañana siguiente para marcharse, eso inquietaría a los demás residentes. Y

eso no habría sido justo para los demás. No deberían tener que sufrir por culpa de una persona que no fue capaz de seguir las normas».

«También habrías corrido el riesgo de que se supiera la verdad», dijo Cullen, «si Russell hubiera tenido la oportunidad de hablar con los demás a la mañana siguiente».

«¿La verdad?», preguntó Tabitha sonrojándose.

«Les dijiste a los demás lo mismo que me dijiste a mí al principio: que Russell había decidido marcharse por voluntad propia. Y ellos no tenían motivos para no creer la mentira».

No parecía gustarle la insinuación de que habían mentido. «Como dije, no queríamos inquietar a los demás residentes. Pensamos que era mejor para todos que creyeran que Russell había decidido marcharse».

«Entiendo que eso os facilitara las cosas».

Se enderezó en la silla, mostrando de repente una actitud más desafiante. «Creo que fue lo mejor, cómo lo manejamos, pero entiendo cómo puede parecerle a los demás. Nos pusieron en una situación difícil, alguien que conocía las reglas pero decidió romperlas».

Cullen la miró fijamente, sin decir nada. Ella llenó el vacío.

«¿Hay algo más en lo que pueda ayudarle, detective?».

«Por ahora no», respondió él, «pero si pudiera darme los datos de contacto de Russell, sería estupendo». Se puso de pie. «¿Tiene su número de teléfono?».

Tabitha se levantó de la silla. «Sí, lo tendremos».

«¿Debe de tener un número, ya que intentó llamarlo antes?».

«En realidad, estaba trabajando con la misma lista que le di, así que aún no he intentado contactar con él. ¿Quiere que le llame desde recepción?».

«No hace falta». Cullen rechazó la oferta con un gesto. «Solo deme el número y yo me encargaré. Me interesa hablar con Russell en particular».

Una vez más, hubo algo en la reacción de Tabitha que lo emocionó.

40

Domingo por la mañana anterior

«Pareces pensativa», observó Sir Kenneth.

«Estoy bien», respondió Natalie. «Es solo que hay mucho que asimilar».

«Espero que estés bien».

Era como si pudiera leer sus pensamientos, como si aquellos intensos ojos pudieran ver a través de su piel, en lo más profundo de su ser. O tal vez su rostro delataba sus emociones con demasiada claridad.

Se obligó a mantener el contacto visual. Apartar la mirada solo provocaría más preguntas por su parte, despertaría sospechas sobre cómo se sentía realmente.

Pero si se sentía incómoda, ¿no tenía todo el derecho a decirlo?

«Estoy bien, gracias».

Y, sin embargo, se sentía incapaz de levantarse de la mesa, incapaz de expresar sus sentimientos. Así que la única opción era jugar a largo plazo, mantener la conversación, terminar el desayuno y entonces sería libre.

«Bueno, Natalie, cuéntame un poco sobre ti».

«Bueno, soy estudiante de la Universidad de Bristol, estudio empresariales y marketing...».

Él levantó la mano. «No, me refiero a que me cuentes cosas sobre *ti*». Cuando Natalie lo miró desconcertada, él se expliqué mejor. «Tus esperanzas, tus sueños, tu esencia interior que te impulsa hacia tu próximo destino».

Una vez más, la miró con la misma intensidad que hizo que Natalie se sintiera expuesta hasta lo más profundo de su alma. Él intentaba leerla y ella apartó la mirada, como si eso pudiera romper el hechizo.

«No sé muy bien cómo responder a eso», dijo ella por fin, sabiendo que era una respuesta que sin duda decepcionaría a su anfitrión.

«Inténtalo, Natalie», la animó él, presionándose un dedo en la sien. «Mira dentro de ti y encontrarás lo que te impulsa, tu motor».

Ella se sintió incómoda, sin saber aún cómo responder. «Quiero marcar la diferencia», dijo por fin.

Él sonrió con simpatía. «Bueno, eso es un comienzo. ¿Marcar la diferencia en qué? ¿En tu cuenta bancaria?».

«Bueno, yo no...».

«¿La paz mundial?», afirmó él. Si estaba bromeando, lo hacía con naturalidad.

«Yo... quiero hacer algo que marque una diferencia positiva en la gente», dijo ella. «Que mejore la vida de las personas».

«¿Y crees que el branding puede lograrlo?».

«Me gustaría trabajar para una organización benéfica o una agencia de desarrollo», explicó ella. «Ayudarles a conectar mejor con la gente».

«Ah», dijo él, recostándose en su silla con una expresión de satisfacción en el rostro. «Eso *está* mejor». Asintió con la cabeza. «Me gusta esa idea, Natalie. Pero hay un problema».

«¿Ah, sí?».

«Acabas de decidir unirte a mí y a mi empresa. Y nosotros no somos una organización benéfica ni una agencia de desarrollo, ¿verdad? No parece que eso encaje con tus esperanzas y sueños».

Quizás había dado en el clavo. Pero ella no podía decir eso aquí, delante de él.

Afortunadamente, Sir Kenneth llenó el espacio antes de que ella tuviera tiempo de pensar qué decir. «Sabes, Natalie. Este fin de semana hemos tenido a gente con un talento increíble aquí en la casa, lo cual no es de extrañar, dada la intensa competencia para llegar hasta aquí. Y sé que muchas de esas personas ya han logrado grandes cosas en los negocios; ya tienen mucho éxito».

«Sí», asintió ella.

«Pero el éxito previo no es lo que yo buscaba. No solo eso. Quería a alguien con esa pasión interior. Eso es lo que vi en ti. Y no te preocupes, podrás cumplir tus deseos más íntimos con nosotros en Brand New».

«Eso es genial», dijo ella, sonriendo a pesar de su continuo malestar.

«Los de fuera pueden mirarnos y ver solo otra empresa de branding, aunque sea una de las más exitosas del planeta. Pero somos mucho más que eso. Nos centramos en el trabajo corporativo, sí, y así es como hemos construido el negocio a lo largo de los años. Estoy seguro de que estás muy familiarizada con nuestro trabajo».

«Estudiamos Brand New en nuestro primer año».

Él asintió, como si eso fuera lo que esperaba. «Dime, ¿tus tutores hablaron de nuestro trabajo filantrópico?».

«La verdad es que no».

De nuevo asintió con complicidad. «Debo admitir que no hemos hablado mucho de ello fuera de la empresa. Pero somos muy activos en ese ámbito. Trabajamos en proyectos sociales en todo el mundo, aportando nuestra experiencia, precisamente el tipo de cosas que te interesan».

«Suena bien».

«Creo que es tremendamente importante hacer el bien, Natalie. Para mí, los negocios, ganar dinero, el capitalismo, llámalo como quieras, es un medio para alcanzar un fin. Mi gran riqueza y los recursos de Brand New me permiten tomar medidas para hacer del mundo un lugar mejor. ¿Te interesa?».

«Sí», respondió ella. Era la primera vez durante la conversación que empezaba a relajarse y a plantearse seriamente si debía alejarse

de todo aquello. Aún así, solo era la palabra de Catharine. ¿Y si simplemente estaba intentando causar problemas en sus últimos días en la oficina?

Sir Kenneth sonrió, satisfecho de haber despertado el interés de Natalie. «Eso es fantástico. Porque tengo planes especiales para ti».

«De acuerdo...».

«Como te dije, llevamos años dedicándonos a obras benéficas. Pero quiero darles un impulso y convertirlas en parte de nuestro objetivo principal. Por eso, en los próximos meses lanzaremos la Brand New Foundation. Nos permitirá profundizar y ampliar nuestro alcance en aquellas cuestiones sociales vitales que importan a la población de este planeta. Entre ellas se incluyen las cuestiones de igualdad de género, que me apasionan. Hay mucho por hacer para proteger y promover los derechos de las mujeres y las niñas en todo el mundo».

Natalie asintió con la cabeza, y su recelo hacia este hombre se disipó con cada palabra.

«He asignado a un equipo de mis colegas más de confianza para que trabajen en la Fundación, personas a las que conozco bien y en las que tengo plena confianza. Son los mejores entre los mejores. El equipo trabaja desde nuestra sede central en Londres, en estrecha colaboración conmigo, pero también contamos con pequeños equipos satélite con sede en varias de las principales ciudades del mundo: Nueva York, Delhi, Sídney, Berlín. Natalie, quiero que formes parte del equipo».

«No sé qué decir...».

«¡Solo di que sí!».

«Sí». Y lo decía en serio. En esos pocos minutos, Sir Kenneth la había vuelto a conquistar, vendiéndole su visión de tal manera que sus preocupaciones pasadas se evaporaron. «Me encantaría».

«¡Fantástico!», dijo él, aplaudiendo con alegría. «Es una noticia maravillosa. ¡Una noticia realmente *maravillosa*! ¡Salud!». Brindó con su vaso de zumo de naranja. Ella le devolvió la sonrisa. «Te va a *encantar* trabajar con nosotros, Natalie, estoy seguro. Y mi equipo te adorará. Vas a aprender muchísimo».

«Gracias», dijo Natalie. «Parece una oportunidad increíble».

«¿Qué planes tienes para el resto del día?», le preguntó, arrancando un trozo de croissant y metiéndoselo en la boca, sin apartar la mirada de ella.

«¿El resto del día? Yo... no estoy segura. No sabía cuándo terminaría la selección, así que mi billete con tarifa reducida es para un tren más tarde. Y no es transferible».

Él sonrió. «Fuimos deliberadamente vagos con el horario. Queríamos ver cómo se desarrollaba el fin de semana. ¿A qué hora sale tu tren?».

—A las ocho y treinta y cinco.

—¿Desde Paddington?

Natalie se mostró sorprendida.

«Bueno, *estás* estudiando en Bristol, ¿no?».

Ella asintió con la cabeza.

«Bien, bien. Eso significa que tienes algo de tiempo libre».

«Bueno, pensé en contactar con una amiga que vive en Londres, a ver si está libre».

«No hace falta». Sir Kenneth descartó la sugerencia. «Me gustaría que pasaras el día como mi invitada».

«Bueno, es muy amable...».

—Por favor, Natalie, no lo rechaces. Me dolería mucho saber que podría haber disfrutado de tu compañía durante unas horas más, pero no lo hice.

Ella buscó una respuesta. «Yo...».

«¿Ha subido alguna vez a un helicóptero?».

«No».

«¿Te gustaría ver Londres desde el aire? Mi helicóptero está estacionado en el aeropuerto City. Podemos sobrevolar la capital y la costa, justo por encima de los acantilados blancos de Dover, bordeando Calais. Las vistas son increíbles. Te encantará. ¿Te parece bien?».

«Suena...».

«Podemos beber champán en el aire y brindar por tu éxito».

«¿Habrá tiempo?».

Miró su reloj. «Por supuesto. Aún es temprano. Puedo llamar ahora mismo a mi gente y pedirles que hagan los preparativos».

Antes de que Natalie pudiera decir nada más, Sir Kenneth se levantó de un salto de la mesa y salió corriendo por el pasillo. «Mi teléfono está en el dormitorio», explicó. «Vuelvo en un santiamén».

Natalie miró a su alrededor, sintiendo dudas sobre Sir Kenneth y sus intenciones. Podría correr hacia la puerta ahora, bajar corriendo a su habitación, recoger sus pertenencias y...

«¡Natalie!», gritó Sir Kenneth. «¿Puedes venir un momento? Necesito preguntarte algo».

Natalie atravesó la sala de estar y se detuvo vacilante ante la puerta del dormitorio.

Vamos, estaba siendo tonta.

Recuperó la compostura y entró.

Sir Kenneth New estaba tumbado boca abajo en la cama, en ropa interior.

41

Cullen salió de New House y se alejó un poco del lugar antes de sacar la hoja de papel de su bolsillo. Tabitha le había entregado puntualmente una versión revisada de la lista de «residentes» que contenía el número de teléfono de Russell Cave.

Marcó el número mientras caminaba.

Pero la llamada solo llegó al servicio de buzón de voz. Cortó la llamada, prefiriendo hablar con el tipo directamente. Lo volvería a intentar en unos minutos. Podría ser que Russell Cave no tuviera nada que ver con la desaparición de Natalie. Después de todo, había abandonado la propiedad un día antes de que ella desapareciera. Pero había suficientes preguntas sobre Russell como para situarlo en lo más alto de la lista de personas con las que quería hablar.

Quizá valía la pena volver a hablar con Krishna, con su extraño comportamiento. Pero desde la última vez que había hablado con él, Cullen se había enfriado aún más con la idea de que tuviera algo que ver con la desaparición de Natalie.

Se detuvo en una tranquila callejuela y examinó a los demás de la lista. Quedaban cuatro, excluyendo a Russell. Samantha, Matthew, Susie y Ben.

Se puso directamente con Susie, que estaba en su casa en Edimburgo. Parecía genuinamente conmocionada al enterarse de lo de Natalie. Confirmó lo que Penny había dicho sobre las voces

elevadas en mitad de la noche, antes de que Russell fuera expulsado del local. Y estaba segura de que la voz femenina era la de Tabitha. Pero no podía añadir nada más sobre los acontecimientos del fin de semana, aparte de lo que él ya sabía. Prometió ponerse en contacto si se le ocurría algo más.

Matthew también respondió de inmediato. Cullen se preguntó cuánto se había esforzado Tabitha por ponerse en contacto con estas personas, dada la relativa facilidad con la que ahora las estaba localizando. Estaba trabajando en la City, pero se alejó de su escritorio para contarle a Cullen lo que sabía. En realidad, no fue de mucha ayuda, pero volvió a prometer que se pondría en contacto si se le ocurría algo más. Lo que estaba quedando claro era que, en el poco tiempo que llevaban conociéndose , Natalie había causado una buena impresión a los demás residentes. Cada vez parecía menos probable que alguna de estas personas fuera la explicación de lo que había sucedido.

Por primera vez en todo el día, los pensamientos de Cullen volvieron al exnovio de Natalie, el controlador y manipulador Jack Morton. Quizá debería haberle presionado más, en lugar de regresar tan precipitadamente a Londres.

Sin duda, si algo siniestro le había sucedido a Natalie, él seguía siendo el principal sospechoso.

Dejó de lado ese pensamiento por el momento y se centró en las llamadas restantes. Se puso en contacto con Ben, que se mostró muy apenado por lo sucedido, pero no aportó nada nuevo. Sin embargo, no fue posible localizar a Samantha, que no contestó al teléfono. Podría volver a intentarlo más tarde, pero no era una prioridad, ya que sospechaba que ella no podría añadir nada más a lo que él ya sabía.

Cullen siguió caminando, perdido en sus pensamientos, sin ningún destino concreto en mente. Solo cuando se acercó a una estación de metro se acordó del artículo del periódico. Un hombre repartía ejemplares del London Post a los transeúntes. El periódico había pasado a ser gratuito el año anterior y ahora se financiaba con publicidad. Eso significaba que su tirada era ahora altísima, lo que ofrecía una gran publicidad a la desaparición de Natalie.

Si es que el artículo se había publicado.

Se acercó al hombre y tomó una copia del periódico, poniéndose nervioso rápidamente al ver la portada.

Y allí estaba.

LA POLICÍA FERROVIARIA BUSCA A UNA NIÑA DESAPARECIDA

Acompañando al titular había una foto de Natalie, sonriendo directamente a la cámara. La noticia y la imagen ocupaban toda la portada. Simon y Zack habían cumplido su palabra.

Leyó las primeras líneas.

El London Post puede revelar en exclusiva que el detective jefe Paul Cullen, actualmente suspendido mientras se le investiga por su papel en la muerte de un joven el lunes por la mañana, ha desobedecido las órdenes de sus superiores para iniciar una investigación no autorizada en la búsqueda desesperada de la adolescente desaparecida Natalie Long.

El lenguaje inexacto y hiperbólico no era ninguna sorpresa. Era típico de Simon. Y le *había* valido a Cullen la codiciada portada.

Natalie Long, una estudiante residente en Bristol, fue dada por desaparecida el lunes por la mañana, cuando no regresó a casa tras pasar el fin de semana en el barrio londinense de Mayfair, donde se alojaba en una mansión valorada en varios millones de libras propiedad de Brand New, la empresa internacional de branding del enigmático multimillonario Sir Kenneth New.

El resto del artículo era preciso y reflejaba bien lo que le había contado a Zack. Volvió a mirar la foto de Natalie que ocupaba la mitad de la portada. No podía haber esperado más. Por todo Londres, los viajeros leerían la noticia y examinarían el rostro de Natalie. Algunos se preguntarían si aquella chica que habían visto en el metro o cruzando Oxford Street era ella. Pocos estarían seguros de haberla visto y responderían a la solicitud de información que figuraba al final del artículo. El periódico, a petición de Cullen, había pedido a los lectores que se pusieran en contacto directamente con la redacción si tenían más información.

Cullen se preguntaba cuánto tardaría Maggie Ferguson en ponerse en contacto con él cuando sonó su teléfono. Era Beswick.

«Espero que sepa lo que está haciendo, jefe», dijo sin preámbulos.

—Supongo que has visto el periódico.

—Acabo de hacerlo. La jefa se va a volver loca cuando lo vea, ¿lo sabes, verdad?

—Por supuesto.

Beswick exhaló. —Por favor, ten cuidado. Te aprecio demasiado como para verte arruinar tu carrera.

«Entendido».

Hubo una pausa. «Sin embargo, ha sido un gran esfuerzo», dijo Beswick, suavizando el tono, «conseguir que el Post lo publique en primera plana. Supongo que ha sido obra tuya».

«Por supuesto».

«¿Alguna novedad?».

«En realidad, no. Hay algunas pistas, pero nada destacable, nada que pueda pasar a una investigación formal. Pero espero que la publicidad de hoy pueda llevar a algo».

«Cruzo los dedos. Avísame si necesitas ayuda».

«Lo haré».

Se despidieron.

Cullen envió un mensaje de texto a Amy para informarle de la noticia del periódico y prometerle que seguía trabajando en el caso.

Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para Natalie.

42

Domingo por la mañana anterior

Natalie se quedó paralizada por el horror cuando Sir Kenneth la miró desde la cama.

«Natalie, es mi cuello», dijo, haciendo una mueca de dolor y sujetándose la zona afectada. «Estaba girándome y sentí un tirón».

Ella se quedó allí, sin saber qué hacer.

«¿Quieres que llame a alguien? ¿A Tabitha, tal vez?», intentó decir, dando medio paso atrás.

«No, no, no preocupes a nadie», dijo él. «Solo necesito que alguien me mueva la zona. Te enseñaré lo que hay que hacer».

La mente de Natalie estaba a mil por hora.

«Yo...».

Sir Kenneth soltó un grito de dolor. «Por favor, Natalie, ya ha pasado antes. Solo necesito un poco de presión en la zona y se resolverá».

Se sentía en una situación imposible. Si no aceptaba, ¿qué pensaría él?

Dio un paso adelante.

«Gracias, gracias», dijo él, moviéndose un poco en la cama con expectación mientras Natalie se acercaba lentamente. «Si pudieras poner tu pulgar en ese punto», le indicó, «justo en la parte posterior

de mi cuello. Es un nudo muscular. Puedes apretarlo y liberará la tensión».

Natalie se acercó a la cama, de modo que quedó de pie junto a Sir Kenneth, que estaba tumbado. «Yo... no sé muy bien qué hacer...».

«Es sencillo», dijo él. «Solo tienes que presionar aquí».

«Vale», respondió ella, en contra de sus instintos básicos. Se inclinó y extendió la mano hacia su cuello, colocando el pulgar sobre la piel cálida y húmeda. «¿Aquí?».

«Un poco más arriba».

«¿Aquí?».

«Sí, así está bien. Ahora presiona. Con bastante fuerza».

Ella se inclinó y presionó con fuerza.

«Más fuerte», dijo él.

Ella aplicó más presión.

«Más fuerte, Natalie».

Le dolía el pulgar de tanto apretar.

«¡Sí! Perfecto. Sigue así. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez. ¡Sí! ¡Gracias!».

Natalie, con el sudor nervioso perlándose en su espalda, se relajó un poco al retirar la mano.

«¡Ay!», gritó Sir Kenneth, llevándose una mano a la base de la espalda y arqueándola hacia arriba y hacia abajo como un pez fuera del agua. «¡Esto... a veces... pasa! ¡Es un dolor referido!».

Natalie se quedó de pie junto a él, sintiéndose impotente.

«Por favor, Natalie, mi espalda. Tienes que... aplicar presión... en la base de... mi columna vertebral».

«Yo... no estoy segura...».

«¡Por favor!», suplicó, con el rostro lleno de dolor. «Si no lo haces ahora, será un infierno».

Ella se acercó de nuevo. «¿Dónde presiono?».

«A ambos lados de mi espalda, en la base. Con ambas manos. Usa los pulgares».

Volvió a tocar la piel. Aquí estaba más húmeda y le pareció que algo no iba bien. Sus manos rozaron la tela de su ropa interior.

«¡Presiona!».

Ella empujó con fuerza.

«Natalie, no es lo suficientemente fuerte».

Empujó más fuerte. «No puedo empujar más fuerte».

«Tendrás que usar el peso de tu cuerpo», le indicó él. «Súbete encima de mí y usa tu peso para empujar con fuerza».

Él la miró fijamente mientras ella intentaba procesar la petición.

«Súbete encima de mí, Natalie», dijo lentamente.

Ella se encontró negando con la cabeza.

Sus ojos se encendieron. «¡Hazlo!».

Ella dio un paso atrás vacilante, casi tropezando con la alfombra del dormitorio.

—Natalie, ¡por favor! —suavizó él—. Por favor, haz esto una última vez por mí.

Ella volvió a negar con la cabeza. «No puedo. Tengo que irme».

«¡Natalie!», gritó él, mientras ella se retiraba al pasillo. «¡Vuelve aquí ahora mismo!».

Ella casi llegó a la puerta principal.

«¡Mira!», dijo él, alcanzándola y girándola por el hombro. «¿Qué demonios estás haciendo?».

«Yo... tengo que irme».

Él parecía frustrado y enfadado. «¿Qué pasa, Natalie? Creía que nos llevábamos bien».

«Nos llevábamos bien, nos llevamos bien, solo que...».

«¿Qué?», espetó él.

«Yo...».

Volvió a sentir el peso de su intensa mirada. «¡Oh!», dijo él finalmente. «Ya veo de qué se trata todo esto». En un instante, la ira desapareció, se extinguió. «¿Crees que estaba coqueteando contigo?».

«No es eso...».

«¿Crees que todo esto era parte de un elaborado plan para llevarte a mi cama?».

«No...».

Él negó con la cabeza, entristecido. «Natalie, creía que me conocías mejor que eso».

«Yo...».

Su rostro reflejaba decepción, decepción con ella. «Creo que será mejor que te vayas, ¿no crees?».

Natalie no necesitó que se lo repitiera. «Lo siento», dijo, saliendo.

Pero cuando la puerta se cerró tras ella, una rápida reevaluación de lo que acababa de pasar la dejó temblando y arrepintiéndose de su disculpa instintiva.

Se había movido muy rápido para ser un hombre que segundos antes estaba agonizando en una cama.

De hecho, en ese momento no había dado ninguna señal de dolor.

Se apresuró a ir a su habitación.

Era hora de salir de ese lugar, y rápido.



Natalie hizo las maletas rápidamente, metiendo la ropa en la maleta y corriendo al baño a coger el cepillo de dientes y la pasta dentífrica. Estaba muy nerviosa, esperando que llamaran a la puerta.

Por favor, que no me haya seguido...

Una vez despejada la habitación, cogió la maleta y se dirigió a la puerta, con la respiración rápida y superficial.

Tabitha la esperaba al otro lado.

«Natalie, ¿va todo bien?», le preguntó con cara de preocupación. Pero, en el fondo, Natalie sabía que ella lo sabía.

«Tengo que irme», respondió Natalie, pasando junto a ella hacia la escalera.

«Natalie», dijo Tabitha, interponiéndose en su camino. «Creo que tenemos que sentarnos y hablar».

«Solo quiero irme».

«Creo que sería útil hablar de las cosas», insistió. «Para que no haya malentendidos».

Y ahí estaba la confirmación. Ya le habían contado lo que había pasado. Había venido aquí para convencerla, como enviada, para defender la causa de Sir Kenneth.

Natalie intentó rodearla, pero Tabitha se movió al mismo ritmo.

—Creo que has malinterpretado las intenciones de Sir Kenneth. Está muy molesto por lo sucedido y quiere explicártelo. No quiere que te lleves una impresión equivocada.

«No lo he hecho», respondió Natalie. «Sé lo que ha hecho».

Tabitha negó con la cabeza con tristeza. —No arruines las cosas, Natalie.

—¿Arruinar las cosas?

«No arruines tu gran oportunidad por un simple malentendido».

«*Sé* lo que hay que *saber* sobre él», respondió Natalie.

«¿Perdón?»

«Me *advirtieron sobre él*».

Tabitha apretó con más fuerza su portapapeles. «Me temo, Natalie, que parece que alguien te ha influido y, evidentemente, te ha puesto en contra de Sir Kenneth».

«No te importo en absoluto, ¿verdad?».

Tabitha parpadeó varias veces. —Por supuesto que sí.

«No, no te importa. No me has preguntado qué pasó en su apartamento hace un momento, qué hizo».

«Yo... Sir Kenneth me lo explicó».

«No te interesa mi versión de la historia. Estás aquí para intentar convencerme de que todo fue un simple error, o solo mi imaginación».

«Natalie...».

—Me voy —insistió—. Ahora apártate de mi camino, Tabitha.

El rostro de Tabitha se endureció en una sonrisa cruel. —Si lo que buscas es dinero, olvídalo. No obtendrás nada de él ni de la empresa. Es tu palabra contra la suya, y la historia ha demostrado que la palabra de Sir Kenneth vale más que la de gente como tú.

—Sabes, Tabitha, acabo de escapar de un hombre controlador, alguien que me trataba como un objeto. No voy a volver a caer en esa situación. No quiero dinero. Lo único que quiero es salir de este lugar tan desagradable y no volver a ver nunca más a Sir Kenneth New, ni a ti.

Tabitha abrió la boca, pero la sorpresa por la fuerte reacción de Natalie le impidió decir nada.

Natalie aprovechó la oportunidad, pasó junto a ella y se dirigió a las escaleras. Su corazón latía con fuerza en sus oídos cuando llegó al mostrador de recepción.

Tabitha la perseguía.

«Quiero que me devuelva mi teléfono», exigió Natalie a la sorprendida recepcionista, que había estado tecleando en el ordenador. «Me voy».

La recepcionista miró a Tabitha, que la había alcanzado.

«Dáselo», le dijo.

La recepcionista asintió, sacó el móvil de debajo del mostrador y se lo entregó sin preguntar nada.

Natalie se lo arrebató y se dirigió hacia la puerta y la libertad.

43

Amy estaba en la clase, pero no prestaba atención a lo que decía el profesor. Su mente estaba llena de preocupaciones por su amiga. No había mensajes y todas las llamadas habían sonado. Era probable que Natalie hubiera apagado el teléfono o que se le hubiera agotado la batería. Pero eso no le decía nada sobre el bienestar de Natalie.

Seguía convencida de que Natalie corría un gran peligro.

Pero no estaba dispuesta a aceptar que fuera demasiado tarde.

Amy volvió a centrarse justo cuando el profesor resumía los puntos clave de la sesión de una hora sobre marketing digital. Tendría que leer sobre el tema más tarde, por si salía en el examen, ya que se había desconectado después de las primeras diapositivas.

Recogió su ordenador portátil y su cuaderno, se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta, siguiendo a los demás estudiantes.

Aunque aún era temprano, las clases habían terminado por ese día. No quería volver al piso todavía; se sentía tan extraño y vacío sin Natalie. Pero tampoco estaba de humor para ponerse a estudiar en la biblioteca. Así que decidió dar un paseo y se dirigió a lo que se había bautizado como «jardín de la atención plena», situado en la parte trasera del aula. El pequeño espacio, diseñado para ser un refugio de paz y tranquilidad en medio del ajetreo del campus universitario, tenía un par de bancos alrededor de una fuente y estaba rodeado por un seto bajo.

Amy se sentó y cerró los ojos para protegerse del cálido sol de la tarde. Se sentía tranquila allí, con el sonido de la fuente y el canto de los pájaros de fondo.

De repente, tuvo la sensación de que alguien se había sentado a su lado. Abrió los ojos de golpe.

«Hola, Amy».

Era Jack Morton. Estaba sentado demasiado cerca de ella en el banco, con sus característicos vaqueros ajustados y una camiseta de una marca estadounidense. «Pensé que eras tú cuando te vi salir del edificio». Se acercó un poco más, sonriendo ante su evidente incomodidad. «¿Acabas de salir de clase?».

«Sí», respondió ella con voz tensa. «Será mejor que vuelva».

Ella hizo ademán de levantarse, pero él le puso una mano en el hombro. Fue un gesto suave, pero agresivo al fin y al cabo, y Amy se quedó rígida en su sitio. Miró a su alrededor, pero no había nadie pasando por allí.

«Solo quiero charlar un momento», dijo él, retirando la mano una vez que se aseguró de que ella se quedaría donde estaba. «Creo que tenemos que aclarar algunas cosas, Amy. ¿No crees?».

«No sé a qué te refieres», dijo ella. Para su disgusto, su voz estaba destrozada por los nervios, delatando sus emociones internas.

—Oh, creo que sí lo sabes —afirmó él—. Creo que sabes *exactamente* a qué me refiero. ¿Quieres que te recuerde cómo trajiste a la policía a mi puerta, a mi casa, a mi *dormitorio*?

Amy no sabía qué decir, así que no dijo nada.

«Pero no era un policía cualquiera, ¿verdad, Amy? Era tu padre. Dime, ¿siempre llamas a papá para que te ayude cuando las cosas no te salen como quieres?».

«Déjame en paz, Jack».

«¿Qué? ¿O volverás a llamar a papá para que venga a amenazarme?».

«Él no te amenazó».

«¿Ah, no? No estoy de acuerdo con eso. Intentó intimidarme y molestó a mi novia».

Amy se encontró a sí misma negando con la cabeza al oír esas palabras.

Él se limitó a sonreír. «Y antes de que preguntes, nuestra relación comenzó después de que Natalie y yo rompiéramos».

«Desde luego, no pierdes el tiempo», bromeó ella.

«¿Qué pasa, Amy? ¿Estás celosa?».

«¿Qué?».

«¿Celosa de que haya elegido a Natalie en lugar de a ti?».

«Eres increíble, Jack».

«He visto cómo me miras. No creas que no me di cuenta de que me estabas mirando la primera vez que vine a casa. Vi la chispa en tus ojos». Sonrió.

Amy se enfureció en silencio. Porque tenía razón. Él lo sabía. La primera vez que Natalie lo trajo a casa, ella se sintió atraída por él, sintió esa punzada de envidia cuando Natalie se retiró arriba con el hombre mayor, guapo, con buen olor y seguro de sí mismo, mientras ella veía las noticias y se comía el resto de las Pringles de la noche anterior.

Pero eso fue antes de descubrir cómo era él: su carácter controlador, su necesidad de dominar, apretando lentamente pero deliberadamente, como una boa constrictor con forma humana.

«Estás realmente enamorado de ti mismo, ¿verdad?», logró decir, a pesar de los nervios que le producía estar a solas con ese hombre.

«No te gusto, lo entiendo», respondió él, evitando su pregunta. «Y sé que en el fondo se debe a los celos y al hecho de que no te deseo. Pero tienes que entender que tengo mis principios».

Ella se limitó a negar con la cabeza, sorprendida por su arrogancia y su actitud. Ese tipo era veneno puro.

«En fin», continuó él, «volviendo a mi punto original. Tenemos que aclarar algunas cosas sobre Natalie. Y sobre cómo llamaste a papá para presionarme».

«Solo quiero encontrar a mi amiga».

Él asintió. «Sé que sí. Y yo también». Evaluó la reacción incrédula de Amy, medio riéndose. «¿De verdad crees que tengo algo que ver con la desaparición de Natalie?».

«No lo sé».

«En realidad», dijo, levantando las palmas en señal de rendición fingida, «me has pillado. Maté a Natalie y la enterré en una tumba poco profunda a las afueras de la ciudad. ¿Conoces esa carretera rural que baja hacia la costa? Alquilé una furgoneta y transporté su cuerpo envuelto en una alfombra enrollada. Era tarde por la noche, nadie me vio. Fue difícil cavar, solo para que la tumba fuera lo suficientemente profunda...».

«Para», suplicó Amy. «Para».

«¿Qué pasa? Quieres saber la verdad sobre lo que pasó, ¿no?».

«Quiero saber qué le pasó realmente a mi amiga. Y si te importaba lo más mínimo, no estarías haciendo esto. Estarías ayudando, no jugando».

Él negó con la cabeza. «No es un juego traer a la policía a mi puerta, amenazarme a mí y a mi novia».

«Eres tan egocéntrico...».

«¿Y?».

«Si descubro que le has hecho algo a Natalie, te juro que te arrepentirás».

Él se rió. «Por favor, Amy, no te hagas la fuerte, no te pega nada. Sé cómo eres en realidad. Natalie me lo ha contado todo sobre ti».

Ella no dijo nada, pero sabía que su rostro delataba sus emociones.

«Ah, sí, Natalie me lo contó todo sobre los problemas que has tenido, Amy. Cómo suspendiste los exámenes por tu condición. Quiero decir, que seas una chiflada con problemas de autoestima explica muchas cosas».

«Vete al infierno».

Él sonrió con ironía. «Natalie estaba preocupada por ti. Pensaba que quizá no serías lo suficientemente fuerte como para terminar la universidad. Una vez me dijo que no estaba segura de que pudieras seguir el ritmo».

Ella no iba a morder el anzuelo. «¿Por qué estás aquí, Jack?».

«Como te dije, solo para aclarar las cosas».

«No es que me hayas visto salir de clase por casualidad, ¿verdad? Me estabas esperando».

Esta vez fue él quien se quedó en silencio.

«Sabías mi horario y me estabas esperando. Me estabas acosando».

«Oh, eso es un poco fuerte, Amy. No soy un acosador. Y si lo fuera, créeme, apuntaría más alto».

Amy ignoró la burla. «Puede que no seas un acosador, pero eres un manipulador, Jack. Eres controlador y posesivo. Eres todo lo que odio en las personas».

Para sorpresa de Amy, esto pareció surtir efecto. Jack se mordió el interior de la boca mientras apartaba la mirada. Pero luego se volvió, lentamente y con aire amenazador. Como un depredador herido, sorprendido por un golpe de su presa, sus ojos estaban decididos a dar el golpe de gracia.

Amy reunió todas sus fuerzas para enfrentarse a su agresor. «¿Qué vas a hacer, Jack, maltratarme como maltrataste a Natalie?».

De repente, él extendió una mano hacia ella, agarrándola por la barbilla y clavándole las uñas. Amy se estremeció, pero no pudo moverse; sus rostros permanecieron a pocos centímetros de distancia. No podía mirar a ningún otro sitio que no fuera directamente a sus ojos azul grisáceos. «No vuelvas a decir eso de mí. ¿Entendido?».

Al principio, estaba demasiado asustada para moverse.

«¿Lo *entiendes?*».

Finalmente, asintió con la cabeza.

«¡Dilo!».

—Lo... entiendo. Su boca estaba torcida por la fuerza con la que la agarraba y apenas podía articular las palabras.

Él la soltó, apartándole la cara con desdén. Ella se quedó allí sentada, en estado de shock, mirando al suelo, con la barbilla ardiéndole y la mandíbula dolorida.

«¡Eh!», oyó que alguien gritaba. «¿Qué demonios estás haciendo?».

Amy seguía mirando hacia abajo, pero por el rabillo del ojo vio a Jack ponerse en pie. Levantó la cabeza y lo vio alejarse apresuradamente alrededor del estanque y desaparecer de su vista.

«¿Estás bien?».

Se giró y vio a un chico bien formado, con el pelo rubio revuelto, agachado a su derecha. Llevaba una camiseta de rugby de la universidad.

«Estoy bien», logró decir.

«¿Es tu novio?».

Ella negó con la cabeza.

«¿Pero lo conoces?».

«Sí. Es un conocido».

«Bueno, lo que te estaba haciendo parecía muy desagradable. ¿Quieres que te lleve a algún sitio para denunciarlo? La oficina de seguridad del campus está justo ahí».

«Estoy bien».

«¿Y al centro médico? ¿Quizás necesites que te examinen?».

Se dio cuenta de que seguía sujetándose la barbilla por el dolor.

«Estoy bien, de verdad. Me iré a casa».

Él no parecía convencido, pero se dio cuenta de que no podía hacer mucho más. «Siempre y cuando estés bien».

«Sí».

«Mira», dijo él. «Puedes decirme que me meta en mis propios asuntos, pero cualquier hombre capaz de hacer lo que acabo de verle hacerte a ti... Bueno, yo tendría mucho, mucho cuidado con él».

Amy asintió con la cabeza.

«Créeme, mi padre solía pegar a mi madre cuando yo era pequeña. Los hombres así, que agreden físicamente a las mujeres, son capaces de cualquier cosa, *absolutamente* cualquier cosa».

Amy vio alejarse a su buen samaritano. Él se volvió una última vez para ver cómo estaba ella, con el rostro aún lleno de preocupación y consternación, antes de desaparecer de su vista. Sus palabras resonaban en su cabeza.

Son capaces de cualquier cosa.

Absolutamente cualquier cosa.

Sintió un pánico creciente por la situación en la que se encontraba. ¿Qué pasaría si Jack volvía a ir a por ella? ¿Y si se presentaba en la puerta de su piso?

Entonces no habría nadie que viniera a rescatarla.

Y entonces tuvo otro pensamiento horrible: su monólogo sobre cómo supuestamente había matado a Natalie y la había enterrado...

Quizás no era lo que ella había pensado instintivamente: una forma de provocarla.

Quizás había sido una confesión.

PARTE IV

44

Domingo por la mañana anterior

NATALIE CAMINABA APRESURADA por la acera, con la respiración entrecortada, tratando de alejarse lo más posible de New House. La estación de metro estaba a solo cinco minutos, pero le parecía muy lejos. Un autobús londinense pasó a su derecha y se detuvo en la parada justo delante de ella. Sin pensarlo, corrió hacia el vehículo y subió. Ni siquiera sabía adónde iba, solo tenía un deseo desesperado de alejarse, y en ese momento no le importaba realmente adónde fuera.

«¿Pasa por algún sitio cerca de la estación de Paddington?», preguntó, mientras el conductor la miraba expectante.

«Hyde Park es lo más cerca que llegamos», respondió él. «Desde allí puede coger el número 60, que la llevará directamente a la entrada».

Natalie asintió con alivio y sacó su tarjeta de débito para pagar sin contacto. Ya había ido andando a Paddington desde Hyde Park otras veces. No estaba lejos. No más de diez minutos más o menos.

La planta baja estaba llena, así que subió su bolsa de fin de semana por las escaleras hasta la planta superior. Cuando se sentó, el autobús se puso en marcha. Respiró hondo varias veces e intentó calmarse. Pero el alivio de haber escapado de aquel horrible lugar se

veía empañado por el horror persistente de lo que había sucedido. Aún no podía creerlo. Sir Kenneth había abusado de su posición, buscando algún tipo de favor sexual. Y la forma en que se había vuelto contra ella, la mirada en su rostro.

Se estremeció al recordarlo, enfrentándose a ella, enfadado y agresivo.

Entonces recordó lo que Catharine había dicho. O lo que había intentado decir.

Hay algo que creo que deberías saber, algo sobre Sir Kenneth New...

¿Había intentado advertir a Natalie de que algo así podría suceder? Pero ¿cómo podría haberlo sabido? A menos que él hubiera hecho algo así antes. Recordó algunos de los casos de gran repercusión mediática de los últimos años, en los que hombres en posiciones de poder se habían salido con la suya durante años, a pesar de que era un secreto a voces entre algunos sectores de su profesión. No era descabellado pensar que lo mismo pudiera haber ocurrido con Sir Kenneth New.

Catharine había intentado advertirle.

Pero no a Diana Saunders.

Y tampoco Tabitha.

Ahora que empezaba a asimilarlo, comenzaba a pensar en el futuro. ¿Cómo iba a afrontar lo que acababa de pasar? Ya se sentía en conflicto: el impulso de huir, olvidar y seguir adelante era fuerte, pero también lo era el deseo de justicia. Ver que se hiciera justicia, no solo por ella, sino por todas las demás mujeres a las que él podría haber hecho lo mismo.

Pensó en Jack.

Él se había salido con la suya.

Sería libre para volver a hacer lo mismo, tratar a otras chicas con desprecio, controlarlas para su propio placer. Ella negó con la cabeza. Apenas había sido capaz de liberarse de sus garras, y mucho menos dar media vuelta y enfrentarse a él y a lo que había pasado. Y eso es lo que significaría denunciarlo a las autoridades: mantener ese vínculo con él.

Así que se había marchado, dedicando todas sus energías a la oportunidad que se le presentaba en Brand New. Eso era lo que le había dado fuerzas para romper definitivamente con Jack. Pero, en realidad, se había adentrado en un nuevo horror. De hecho, había sido planeado de antemano y con todo detalle por Kenneth New.

Sacó su móvil y escribió un mensaje de texto a Amy. Estaba desesperada por hablar con ella, pero no era el momento adecuado, rodeada de extraños en el piso superior de este autobús londinense.

Escribió un mensaje breve, borrando varias veces algunas partes. No quería preocupar a Amy.

Estoy deseando llegar a casa. Cometí un terrible error al venir aquí.



NATALIE ESTABA CASI DORMIDA cuando su teléfono, apoyado en su regazo, vibró.

Natalie. Siento mucho haber perdido tu llamada ayer.

Era Russell Cave.

Sintió un escalofrío de emoción al releer el mensaje. Escribió una respuesta.

No te preocupes :)

Antes de que pudiera escribir un mensaje de respuesta, sonó el teléfono.

«¿Hola?

—Natalie —dijo Russell—. Me alegro de saber de ti. Siento mucho haber perdido tu llamada ayer. Intenté devolverte la llamada, pero tu teléfono estaba apagado.

«Llamaba desde otro teléfono», explicó ella. «Todavía tenían mi móvil en recepción».

«Sí, me lo imaginaba. Me alegro mucho de que me dieras tu número de móvil. ¿Qué tal estás? Supongo que, dado que has contestado al teléfono, ¿ya has salido de casa?».

«Estoy de vuelta a Paddington», dijo, eludiendo la pregunta sobre su estado. No había forma de que pudiera explicarle las cosas

en ese momento, así que decidió mantener un tono ligero. «Aunque me he subido al autobús equivocado, así que voy a tener que cambiar en algún momento, creo que en Hyde Park».

—¿Por qué lado?

«Por la entrada sur. ¿Por qué?».

«Ahora no estoy muy lejos de allí», explicó él. «Iré a recogerte. Te dejaré en la estación».

«No hace falta, de verdad que no es necesario...».

«Será un placer», interrumpió él. «Y, sinceramente, estoy a solo unos minutos. ¿Dónde estás ahora mismo?».

Natalie miró por la ventana. Conocía Londres lo suficientemente bien como para saber que se estaban acercando a Hyde Park. «Probablemente a unos cinco minutos».

«¡Genial! Si no estoy allí cuando lleguéis, ¡no tardaré más que unos minutos!».

~

Él ya estaba esperando en la parada de autobús cuando Natalie bajó.

«Hola», sonrió, entrecerrando los ojos ante el brillante sol primaveral. Se acercó a ella para darle un abrazo informal. «Me alegro de verte de nuevo, Natalie».

«Igualmente», respondió ella, mientras el autobús se alejaba a toda velocidad por el concurrido cruce. Se apartó, sintiéndose bastante incómoda con ese hombre que era casi un desconocido.

«Bueno», dijo él de manera amistosa. «¿Cómo te va?».

Ella solo asintió con la cabeza. «Bien...».

Él frunció el ceño. «No lo parece. ¿Qué pasa?».

«Es una larga historia».

«Tengo tiempo. Y tú también, ¿no? ¿No sale tu tren a las ocho y treinta y cinco?». Miró su elegante reloj. «Lo que significa que tienes unas cuantas horas que matar».

«Esperaba poder cambiar mi billete por uno más temprano», explicó ella.

«¿Tan desesperada estás por salir de la gran ciudad?», dijo él.

Ella se encogió de hombros. «Tengo ganas de volver a Bristol. Han sido unos días agotadores».

«Me parece justo. Entonces, London Paddington. Mi coche está al otro lado de la calle».

Cruzaron y Russell señaló el Porsche azul claro aparcado en la calle lateral.

«¿Creías que conduciría un coche fúnebre?», bromeó mientras abría el maletero.

«No me habría sorprendido», respondió ella, agradeciendo el cambio de humor tras su melancólico viaje en autobús.

Se subió al asiento del copiloto y se abrochó el cinturón, mientras Russell se sentaba a su lado. Arrancaron y aceleraron hacia el semáforo.

«Bueno», dijo él mientras esperaban en el semáforo en rojo, «no me tengas en vilo».

«¿Qué?».

Él pareció sorprendido de que ella no supiera inmediatamente a qué se refería. «¿Quién ganó?».

«Oh», respondió ella. «Yo».

«¡Vaya! ¡Es increíble, Natalie! ¡Vaya!». Volvió a fijar la mirada en la carretera cuando el semáforo se puso en verde. «Es una noticia fantástica». La miró. «Me alegro mucho por ti».

«Gracias».

«*Tenemos que* hacer algo para celebrarlo», continuó, sin parecer darse cuenta de lo apagada que estaba ella ante esa noticia aparentemente increíble. «Déjame enseñarte mi casa. Hay una tienda de delicatessen fantástica a la vuelta de la esquina, hacen unos almuerzos increíbles. No te arrepentirás».

Natalie volvió a pensar en aquellos horribles minutos en el apartamento de Sir Kenneth. Se estremeció al recordar la imagen del multimillonario mirándola fijamente con sus ojos enfadados.

«Yo invito al almuerzo».

Ella asintió, sin escuchar realmente.

«¡Fantástico! No te arrepentirás. Será otra experiencia para recordar».

45

Cullen acababa de enviar el mensaje de texto a Amy y todavía estaba delante de la estación de metro cuando recibió la llamada.

«¿Inspector jefe? Soy Zack Carter».

«Zack». Cullen se alejó un paso de la entrada de la estación. «¿Cómo van las cosas?».

«Bien. Muy bien. ¿Has visto la portada?».

«Sí. De hecho, ahora mismo estoy junto a una pila de ellas». Observó cómo un joven repartía ejemplares a los transeúntes.

«Espero que estés contento con la noticia».

Cullen vio a una chica con el periódico doblado por la mitad en la mano, mirando fijamente la foto de Natalie. —Muy contento.

«Bien, bien. No estaba seguro de qué pensarías del titular».

«Es lo que hay», le tranquilizó Cullen. «Y sé que no tenías control sobre eso».

«No, no lo tenía», dijo Zack simplemente.

«Entonces, ¿hay algo en lo que pueda ayudarte, Zack?».

«Hay algo en lo que quizá yo pueda ayudarte», respondió el joven periodista.

«¿Ah, sí?».

—Ya hemos recibido algunas llamadas relacionadas con la noticia. Algunos avistamientos sospechosos, que estamos transmitiendo a la

policía según tus deseos, aunque, para ser sincero, todos son un poco vagos hasta ahora, y no tengo muchas esperanzas.

«Conozco bien ese tipo de pistas».

«Sí, bueno, hemos recibido otra llamada interesante hace unos minutos».

«Continúa».

«De una señora llamada Catharine Houghton, que trabaja en EXCEL-ENT. Ha visto la noticia en el periódico y dice que quiere hablar con usted».

EXCEL-ENT. Cullen ya había oído ese nombre hoy. Era la agencia que Natalie había visitado el sábado. «¿Ha dicho de qué se trata?».

«No, pero tenía mucho interés en hablar contigo en persona. Tengo su número», añadió Zack, antes de que Cullen tuviera oportunidad de responder. «Dijo que no le importaba que te lo pasara».

«Gracias, Zack. La llamaré ahora mismo».



«¿Catharine, verdad?».

La chica asintió y se levantó educadamente de la mesa.

«Sí, hola», sonrió, estrechándole la mano.

«Gracias por venir a donde estaba», dijo Cullen. «Me ha sido de gran ayuda».

«Oh, no hay problema. Como te dije, de todos modos no está lejos de donde vivo».

Ambos pidieron cafés.

«Bueno», dijo Cullen mientras esperaban a que les sirvieran las bebidas. «Zack me ha dicho que trabajas en EXCEL-ENT».

«Trabajaba», le corrigió ella. «Lo dejé el fin de semana».

«¿Ah, sí?

«Llevaba mucho tiempo queriendo hacerlo. Pero hasta ahora no había reunido el valor necesario. Ahora que lo he hecho, me siento genial».

—Me alegro por ti.

«Gracias».

«¿Tienes algo entre manos?».

«Una organización benéfica para mejorar la lectura entre los niños».

«Suena como un trabajo muy noble».

Ella sonrió con tristeza. «Eso espero».

«¿Así que viste la noticia en el periódico y quisiste hablar conmigo?».

«Sí», respondió ella. «Hay algo que debes saber».

«Soy todo oídos».

«Es sobre Kenneth New».

«Continúa».

«Hay rumores sobre él. Rumores muy fuertes, sobre cómo trata a las mujeres que trabajan para él».

«¿En serio?».

«Uno de los rumores es que le hizo una proposición indecente a alguien en una habitación de hotel. La invitó a entrar para hablar de negocios y luego salió del baño completamente desnudo, pidiendo un masaje».

«Suena como el tipo de cosas que han estado sucediendo en Hollywood».

Ella asintió con la cabeza. «Nunca ha salido a la luz pública. Probablemente porque la gente tiene miedo de enfrentarse a él, miedo de lo que podría hacer con sus carreras. Además, tiene amigos en las altas esferas. Así que, ante la opinión pública, sigue siendo el generoso filántropo que ha donado millones de libras a hospitales locales y organizaciones benéficas de todo Londres».

«Ese es sin duda el Kenneth New sobre el que he leído en los últimos días. Por lo que parece, tiene muy buena reputación».

«Exactamente».

«¿Y qué dicen las historias?».

«Que, en los últimos diez años, varias mujeres han denunciado que Sir Kenneth les hizo proposiciones indecentes y las presionó de diversas maneras. Estoy seguro de que sabes a qué me refiero».

«¿Cómo lo sabes?».

«Es un secreto a voces en el sector. Trabajamos en estrecha colaboración con su empresa Brand New y tengo amigos allí. Pero todo el mundo tiene demasiado miedo como para decir nada públicamente. No solo es arriesgado para la carrera profesional, sino que también podría suponer la ruina económica, ya que Sir Kenneth es conocido por perseguir a la gente con los mejores abogados. Se rumorea que a algunas de las denunciantes se les pagó para que se callaran, mientras que a otras se les intimidó con amenazas de demandas judiciales».

Cullen reflexionó sobre la hipocresía. La página de Wikipedia de Sir Kenneth documentaba cómo era una voz clave en materia de igualdad en el lugar de trabajo y se había convertido en un firme defensor de los derechos de las mujeres tras el movimiento #Me Too, en el que mujeres de todo el mundo habían dado a conocer sus experiencias de acoso.

«¿Crees que la desaparición de Natalie podría tener algo que ver con Sir Kenneth New?».

Ella se encogió de hombros. «Leí que Natalie dijo en su mensaje de texto que algo había sucedido durante el fin de semana».

«¿Y crees que eso podría tener que ver con Sir Kenneth?».

Otro encogimiento de hombros. «No lo sé. Probablemente no. Pero, bueno, quería advertirle sobre él. *Intenté* advertirle, pero nos interrumpieron».

«¿Estabas tan preocupada?».

«Sí. Lo estaba. Sé que acababa de conocer a Natalie, pero parecía... parece una persona tan agradable que solo quería advertirle, por si acaso, solo advertirle que tuviera cuidado. Fue algo instintivo, ya sabes, cuidar de otra mujer».

«Lo entiendo».

«Así que cuando vi el titular, me quedé tan impactada, tan alterada, que me sentí responsable. *Tenía* que hablar con alguien».

«Hiciste lo correcto. Y sea lo que sea lo que le haya pasado a Natalie, por favor, no te culpes».

Ella lo pensó. «¿Sabes si él estuvo allí, en New House, durante el fin de semana?».

Cullen asintió. «Estuvo allí».

Ella parecía estar a punto de vomitar. «¿Le has interrogado?».

«Todavía no. Está en un vuelo a Australia. Pero no te preocupes, lo haré».

«Eso está bien. Gracias».

A Cullen se le ocurrió una idea. «¿Trabajaste estrechamente con el grupo durante el fin de semana? ¿Los conociste a todos?».

«Sí, al grupo que vino a EXCEL-ENT, yo les di la bienvenida al edificio».

Sacó la foto que Penny le había dado, la que mostraba a Russell en la recepción. «Me preguntaba si sabías algo sobre este tipo».

Le mostró la foto.

«El chico de la izquierda, junto a Natalie», le indicó. «Es la única persona con la que aún no he podido contactar. Me preguntaba si usted habría estado en contacto con él. Se llama Russell Cave».

Ella lo miró confundida mientras examinaba la imagen. Finalmente, levantó la vista. «¿Estás seguro de que dijeron que se llama Russell Cave?».

«Sí. ¿Por qué?».

Volvió a mirar la fotografía, con una expresión de certeza en el rostro. —Porque conozco a ese hombre y no se llama Russell Cave.

46

Domingo por la mañana anterior

«YA HEMOS LLEGADO», dijo Russell al detenerse en el arcén. La carretera era bonita, bordeada de árboles y con casas bien cuidadas. «Esa es mi casa, la número treinta y dos. Llevo dos años viviendo aquí», añadió, mientras Natalie se asomaba por la ventana para examinar la propiedad. «Me ha costado una pequeña fortuna, pero es una casita estupenda y la ubicación es increíble».

«Es precioso», dijo ella.

«¿Te sorprende?», preguntó él mientras la acompañaba hasta la puerta principal.

«¿Sorprendida?».

«¿Por dónde vivo?».

Ella miró el jardín, que era pequeño pero estaba repleto de flores. «Quizás».

«Viví en un apartamento junto al puerto durante unos años», dijo. «Era de nueva construcción». Puso cara de disgusto. «Pensé que sería el paraíso, pero era un lugar sin alma. No veía a ninguno de mis vecinos, y mucho menos hablaba con ellos. Y la ubicación junto al río no era lo que esperaba, era bastante industrial. Así que aprendí la lección».

«Bueno, esto parece perfecto».

Entraron en la propiedad y Russell le mostró a Natalie la cocina, que se encontraba en la parte trasera de la casa, pasando por una pequeña pero encantadora sala de estar. Puede que suene sexista, pero el lugar parecía haber beneficiado del toque femenino.

«No es el típico piso de soltero», dijo Russell, adivinando lo que pensaba Natalie. «Me gusta el orden y la limpieza». Se encogió de hombros. «Así soy yo».

«Estoy impresionada».

«¿Café?».

Natalie asintió con la cabeza, fijándose en la impresionante cafetera automática.

—¿Latte, capuchino?

«Latte, por favor».

«Ahora mismo te lo traigo».

Russell se puso manos a la obra con los preparativos mientras Natalie se sentaba en uno de los taburetes altos.

«Todavía no puedo creer que hayas ganado», dijo él, mientras llenaba la máquina con granos de café. «Lo siento, eso ha sonado mal». Se detuvo para mirarla. «Creía que era posible, pero que realmente hayas ganado, bueno, es increíble. Eso es lo que no puedo creer, que hayas conseguido esta oportunidad increíble».

Natalie sonrió con tristeza, incapaz de seguirle el juego.

Él se dio cuenta. «¿Qué pasa?».

Ella se tragó su reticencia a contar lo que había pasado. «Sir Kenneth New, él...».

«¿Qué pasa, Natalie?».

«Me agredió».

«¿Qué?».

Sintió un nudo en el estómago y, por un momento, se preguntó si iba a vomitar allí mismo, delante de Russell. Pero se contuvo. «Me invitó a su apartamento, en New House. Se suponía que era para desayunar. Pero se fue a su dormitorio y luego me llamó, queriendo que lo tocara...».

«¡¿Qué?! ¿Tocarlo dónde?».

«En la espalda. Dijo que tenía un problema en la espalda y quería que se la masajease».

«¿Pero dijiste que te agredió?».

«Salí de la habitación y él vino tras de mí. Me agarró por las muñecas y me empujó contra la pared. Dijo muchas cosas. No recuerdo todas, pero eran desagradables».

Pensó por un momento, mirando hacia abajo y sacudiendo la cabeza. «Eso no parece propio de Sir Kenneth», dijo por fin, para su gran sorpresa.

«Yo...

«Quiero decir que sé mucho sobre él. He leído su libro y los libros de personas con las que ha trabajado. Es un gran defensor de los derechos de las mujeres. La idea de que él...».

«Es lo que pasó». Natalie se dispuso a bajarse del taburete. «¿No me crees?».

«No, no, *claro* que te creo», dijo él, acercándose para calmar sus preocupaciones. «Por supuesto que te creo. Es solo que quizá debas ver las cosas de otra manera. ¿Quizá desde su perspectiva?».

«¿Qué?».

«Quiero decir que lo que has vivido ha sido horrible, lo entiendo. Pero a veces, si piensas en las cosas desde otro punto de vista, pueden parecer diferentes».

«No lo entiendo».

Russell le puso una mano en cada hombro. «Por favor, Natalie, no me odies por sugerir esto, pero quizá solo se trate de un malentendido».

Ella intentó quitárselas de encima, pero él la sujetó con firmeza.

«Sé que Sir Kenneth sufre de problemas de espalda», reveló. «Lo cuenta en su autobiografía. Hace diez años se cayó de un caballo mientras competía en una carrera benéfica y se dañó los discos de la parte inferior de la columna vertebral. Se sometió a tratamiento, le extirparon uno de los discos, pero en el libro dice que sigue siendo un problema».

«Estaba en calzoncillos».

«¿Ha ido alguna vez al osteópata o al quiropráctico?», preguntó él. «Yo sí. Te piden que te quites todo menos la ropa interior».

«Sí, pero...».

«Sé que es extraño», dijo, «dejarte así sin previo aviso. No debería pasar, estoy de acuerdo. No es un comportamiento aceptable».

«¿Pero?».

«Pero puede que en ese momento realmente estuviera sufriendo y confiara en ti. Si lo piensas bien, es un acto de confianza revelarse así, mostrar tus debilidades».

Para su sorpresa, Russell tenía razón. ¿Quizás había exagerado? Quizás había malinterpretado los hechos, posiblemente debido a sus experiencias con Jack. «No lo sé, Russell. La forma en que se abalanzó sobre mí...».

«Suena horrible, realmente horrible», dijo él. «Pero tal vez, solo tal vez, en el calor del momento, estaba enfadado por sentirse avergonzado. Tal vez perdió los nervios por un momento. ¿Dijiste que te agarró por las muñecas?».

«Sí. Y me empujó contra la pared».

«¿Cómo conseguiste escapar?».

«Me soltó».

«¿Sin que tuvieras que forcejear?».

«Yo... le pedí que me soltara».

Russell sonrió con tristeza. «Probablemente se dio cuenta de que había ido demasiado lejos. La niebla roja se había disipado».

Natalie cerró los ojos.

«No estoy tratando de restarle importancia a lo que pasó», continuó Russell, «ni de buscar excusas para lo que hizo. Pero vale la pena pensarlo bien».

Finalmente, Natalie asintió. «Necesito ir al baño».

«Está arriba, a la izquierda».

~

Natalie subió las escaleras, pensando en lo que Russell había dicho. Lo aterrador era que tenía sentido. Él la había obligado a pensar desde la perspectiva de Sir Kenneth, y casi de inmediato el escenario parecía transformado.

Pero ella *había* sentido el horror. ¿Podría haber sido solo un desafortunado malentendido?

Para cuando salió del baño, ya se había sacudido las dudas.

Había sido más que un inocente malentendido. Estaba segura de ello. Todos esos meses en los que le había dado a Jack el beneficio de la duda cuando él había utilizado diversos medios para ejercer poder y control, tratándola tan mal. Se dio cuenta de lo que había sucedido en New House, y había sido siniestro.

Se detuvo en lo alto de las escaleras, mirando a lo largo del rellano hacia el dormitorio abierto al final. Por alguna razón, se sintió impulsada a explorar. Seguramente a Russell no le importaría; después de todo, había sido él quien había insistido en que visitara su casa.

Entró en el dormitorio. Al igual que la planta baja, estaba perfectamente ordenado y limpio, como una casa piloto. Pero había un objeto que destacaba.

El libro estaba sobre la cómoda.

El libro sobre los asesinatos de la familia Sinclair que Russell había estado consultando durante la velada que pasaron juntos en New House.

Lo cogió y empezó a hojearlo.

Pero algo no cuadraba. El texto se refería a la selección inglesa de fútbol durante la Copa del Mundo de Italia de 1990. Hojeó algunas páginas más y, de nuevo, solo había referencias al fútbol.

Entonces vio el espacio entre la cubierta y la parte principal del libro. Levantó la cubierta exterior para revelar la verdadera portada del libro.

Italia '90: Viajes con Inglaterra.

La cubierta de Sinclair era solo una fachada.

Russell había mentido.

Y allí, en el interior de la cubierta delantera, había algo más.

47

Domingo por la mañana anterior

NATALIE SE SENTÍA BASTANTE MAL cuando regresó a la cocina. Russell sonrió mientras le servía un café.

«Aquí tienes», dijo. «Espero que te guste».

Ella tomó la taza, sosteniéndola con ambas manos, y se preparó para la conversación. Ni siquiera estaba segura de por qué era tan importante que él le hubiera mentido sobre el libro, pero *sentía que* era importante y necesitaba aclararlo con él. —El libro que tenías sobre lo que pasó en New House —comenzó.

Su rostro cambió, y la sonrisa se desvaneció ante sus ojos. —Lo has encontrado.

Ella asintió.

Él tomó un sorbo de café, con el ceño fruncido. «No era nada serio, solo un juego, eso es todo».

«Un juego», repitió ella.

«Sí». Se encogió de hombros. «Pensé que la historia de los Sinclair añadiría ambiente al fin de semana. El libro formaba parte de eso».

«¿Entonces la historia de los asesinatos no era cierta?».

Él negó con la cabeza. «Lo siento», dijo al ver la reacción de Natalie. «Solo era una broma».

«Te creí».

«Lo siento», repitió, pero esta vez no sonó tan sincero. Dio otro sorbo y se volvió hacia el fregadero. «Tienes que recordar, Natalie, que el fin de semana no era una situación de la vida real. La gente estaba allí para jugar, para participar en una competición. Solo intentaba animar el ambiente, eso es todo. Siento si te he ofendido, de verdad».

Natalie miró a Russell, sin saber muy bien cómo responder. Ella había confiado en él. Y no aceptaba que no fuera la vida real. Lo era.

«¿Por qué te fuiste de la casa tan pronto?», preguntó ella.

Otro encogimiento de hombros. «No estoy seguro, la verdad», fue la sorprendente respuesta. «Fue una decisión impulsiva y, si soy sincero, probablemente tuvo mucho que ver con todo el whisky que había bebido».

«¿Entonces no planeaste irte?».

«No, sinceramente, no. Me despedí de ti, volví a mi habitación y, no sé, me encontré haciendo las maletas y dirigiéndome hacia la puerta. Siento no haberme despedido. Me sentí bastante mal por ello por la mañana. Y pensé que probablemente no te pondrías en contacto conmigo por eso. Así que me alegré cuando llamaste y dejaste tu número». Intentó sonreír.

Pero Natalie aún no había terminado con las preguntas: algo no le cuadraba. Él había mentido sobre el libro y ella estaba bastante segura de que también mentía sobre las circunstancias que le habían llevado a marcharse de la casa. Sin embargo, no quería una confrontación. Después de todo, apenas lo conocía, quizá incluso menos de lo que pensaba, y estaba en su casa. No sería nada prudente aumentar la tensión. Y, sin embargo, quería saber la verdad...

—Susie creyó oírte hablar con Tabitha en tu habitación —dijo, decidiendo que era algo que quería investigar.

Hubo solo un segundo o dos de vacilación, pero fue suficiente. —Oh, sí, vino a ver qué pasaba porque me oía hacer ruido. Me temo que debí de hacer un poco de ruido mientras recogía mis cosas. —

Mantuvo un tono lo más tranquilo y ligero posible, pero había tensión en su voz.

«No creo que me estés diciendo la verdad», se encontró diciendo.

Él se limitó a mirarla.

Y entonces se le ocurrió una idea. «¿Cómo sabías lo de la habitación secreta del ático? ¿Dónde estaba la puerta secreta que daba a la escalera? Dijiste que lo mencionaba el libro que tenías sobre los Sinclair, pero no era así, porque no había ningún libro. Entonces, ¿cómo...?»

Él siguió mirándola fijamente.

Desde luego, no era el tipo de cosa con la que uno se topaba por casualidad.

Otra idea. Solo se le ocurría una explicación de por qué Russell sabía de la existencia de esa habitación.

«No te llamas Russell, ¿verdad?», dijo ella. «Es Guy. Guy Clarke».

«No sé de qué estás hablando».

«Ese es el nombre que aparece en el libro. Guy Clarke».

Él negó con la cabeza sin mucho entusiasmo. —Natalie, lo has entendido todo mal...

Natalie sacó su teléfono. «Si buscara a Guy Clarke aquí, ¿encontraría tu foto?».

Su expresión le indicó que sí.

«¿Y también me diría para quién trabajas? Debes de tener un perfil en LinkedIn».

Esta vez asintió. «Hazlo», concedió. «Adelante».

«Prefiero que me lo digas tú mismo».

Se terminó el café y dejó la taza en el escurridor antes de volverse hacia ella con las palmas abiertas. «Me parece justo. Tienes razón. Me llamo Guy Clarke y trabajo para Brand New».



«Vamos al salón», dijo. «Allí te lo explicaré todo».

Natalie lo siguió y se sentó frente a él. Lo observó mientras se recompuso y esperó que no estuviera aprovechando esos minutos para inventarse más mentiras.

«He trabajado para Brand New durante los últimos seis años. Soy gerente sénior de marca y me encargo de las operaciones de marketing digital».

Natalie tenía muchas preguntas, pero quería escucharle.

«La empresa me pidió que hiciera un pequeño juego de roles en la evaluación del fin de semana: fingir ser uno de los candidatos».

«¿Por qué?».

«Sir Kenneth es un personaje bastante juguetón», dijo. «Fue idea suya, para animar un poco el ambiente en la casa».

«Ahí es donde entra la historia de la familia Sinclair».

Él asintió. «Sí. Esa también fue idea de Sir Kenneth. Él ideó la historia. Tiene una imaginación muy viva, lo cual no es ninguna sorpresa, estoy seguro. Me envió la historia y yo solo tuve que seguirla. Fue idea mía crear el libro, con la portada falsa. Todo ello contribuía a la autenticidad. Y sabíamos que, como no teníais acceso a Internet, no podríais comprobar la veracidad de lo que os contábamos».

«¿Por eso se prohibieron los dispositivos electrónicos?».

«En parte. Pero también fue porque Sir Kenneth quería crear esa sensación de estar aislados del resto del mundo. No se puede hacer eso con las notificaciones de las redes sociales sonando por todas partes».

«Y tu trabajo, organizar funerales de diseño...».

«También fue idea de Sir Kenneth, aunque me gustaría poder atribuirme el mérito».

«Así que todo este tiempo has estado trabajando con Tabitha. Que ella viniera a mi habitación, buscándote, era todo una actuación».

«Sí».

«¿Por qué centrarse en mí?».

«Porque Sir Kenneth me lo ordenó. Quería que te pusiera a prueba, que viera cómo reaccionabas».

«¿Ponerme a prueba?».

Él sonrió. «Por supuesto. Quería ver si vendrías conmigo, si explorarías la casa, si te enfrentarías a los fantasmas de la familia Sinclair. Quería ver cómo reaccionabas, cómo manejabas la situación».

«¿Pero por qué?».

Otra sonrisa. «Porque tú eras la ganadora, Natalie. Siempre lo fuiste. Él mismo te eligió, aquel día en la firma de libros. Estaba esperando y deseando que te presentaras. Y lo hiciste».

«Él me lo dijo», respondió ella. «Me lo contó todo. Justo antes de atacarme».

Russell negó con la cabeza. «Natalie, como te he dicho, lo has entendido todo mal. Sir Kenneth no es así en absoluto».

Natalie se enfureció. —Lo que hizo no fue un malentendido por mi parte. No sucedió como tú dices. Sé lo que pasó, porque me pasó a *mí*.

—Te equivocas.

—No lo estoy.

—Natalie, no quiero que cometas el que podría ser el mayor error de tu vida. No desperdicies la increíble oportunidad que se te ha presentado solo porque tienes una impresión equivocada. Sinceramente, sería un error *enorme*, créeme.

«¿Por qué debería creer lo que dices?».

«Me gustas, Natalie, de verdad. ¿Quieres la verdad?».

«Sí».

«De acuerdo. Estuve actuando durante el fin de semana, interpretando un papel. Pero, sinceramente, me gustas mucho. Eso no era fingido. Disfruté hablando contigo esa noche».

«Mientras me mentías...».

Él asintió. «Sí, eso fue así. Pero más tarde, cuando subimos al ático, ese momento no fue falso, te lo prometo. Hubo algo especial en ese momento bajo las estrellas, ¿no es así?».

«Estaba en plena recuperación», respondió Natalie, con más dureza de la que pretendía. Eligió sus palabras con más cuidado. «Todavía estoy superando mi relación con Jack. Simplemente me dejé llevar por el momento. Pero me gustabas. Hasta que descubrí de qué se trataba realmente todo esto».

«No fue falso», repitió él.

Natalie miró a su alrededor, reevaluando la situación en la que se encontraba. «Todo esto también estaba planeado, ¿verdad? Me llamaste, me invitaste a tu casa. Todo era para que olvidara lo que había pasado, para seguir adelante y dejar que Sir Kenneth se saliera con la suya sin ninguna repercusión. Al igual que en la casa, fingiendo ser Russell Cave, estás haciendo tu trabajo, sirviendo a tu empleador».

«Me pidieron que hablara contigo, sí. Pero solo para ver si estabas bien. Estábamos —estamos— preocupados por ti».

«¿Nosotros?».

«Sí, nosotros. Tabitha, Sir Kenneth, todos en la empresa. Después de que te fueras de la casa así, tan alterado, estábamos muy preocupados. En Brand New somos así, nos preocupamos los unos por los otros. Somos una familia. Y no queremos ver sufrir a uno de los nuestros».

«Fue Tabitha quien te llamó, ¿verdad?».

«Sí. Tabitha me llamó. Me contó lo que había pasado. Está preocupada por ti, Natalie. Mira, sé que eres escéptica, yo también lo era cuando empecé en la empresa, pero con el tiempo, en poco tiempo, lo entenderás. Mirarás atrás y comprenderás realmente de lo que estoy hablando. Nos preocupamos de verdad».

Natalie no podía creer lo que estaba oyendo. Él hablaba como si ella fuera a aceptar el trabajo en la empresa. ¿Cómo podía pensar que eso era posible después de lo que había pasado?

«No voy a trabajar en Brand New».

«No te precipites», dijo él. «Mi consejo es que lo consultes con la almohada. Puede que por la mañana las cosas te parezcan muy diferentes».

Natalie negó con la cabeza. «No me estás escuchando, Rus, o quienquiera que seas».

—Guy.

—Guy, no me estás escuchando. Mira, creo que será mejor que me vaya.

Se dispuso a levantarse, pero solo llegó hasta la puerta antes de que la habitación comenzara a girar y dar vueltas, como si estuviera

haciendo equilibrio sobre un barril flotante. Se tambaleó hacia el marco de la puerta, buscando desesperadamente algo de estabilidad. De repente, sintió que iba a vomitar y se llevó la otra mano a la boca para intentar atrapar lo que pudiera salir.

«Natalie, ¿estás bien?».

Las palabras le parecían lejanas, de otro mundo. Intentó decir algo, pero no le salió ningún sonido. Sintió que el suelo se elevaba hacia ella y que un lado de su cabeza golpeaba con fuerza el suelo de madera. El dolor le recorrió la sien mientras veía la habitación ondulando como olas que salpicaban su piel. Sus niveles de energía estaban a cero. Se sentía paralizada, atrapada en su propio cuerpo, y tenía miedo.

Lo último que recordaba era la voz de Guy de nuevo. Su tono era urgente. Pero solo podía captar palabras aisladas, que resonaban en su cabeza dando vueltas.

Natalie... se ha desmayado... un gran problema.

48

Lunes anterior

NATALIE PODÍA oír voces de nuevo, resonando a través de la niebla. No podía entender lo que decían y, desde luego, no podía saber si iban dirigidas a ella. Pero entonces la niebla comenzó a disiparse y las palabras empezaron a tener sentido.

«Natalie, ¿estás bien?».

La voz era tranquilizadora. Le recordaba a su madre, aquella vez que había estado postrada en cama con gripe.

«¿Natalie?».

Natalie intentó abrir los ojos, pero era como levantar un gran peso. Tenía el cuerpo rígido y dolorido; le costaba mucho moverse.

¿Qué demonios estaba pasando?

«¿Estás bien, Natalie?».

La voz volvía a parecer lejana.

Y luego no hubo nada.



«NATALIE, por favor, intenta despertarte. Han pasado horas y estamos preocupados».

Era la voz otra vez. Esta vez se dio cuenta de que era la voz de una mujer. La voz también le resultaba familiar, pero no conseguía identificarla.

Se obligó a despertarse. Esta vez, su cuerpo obedeció y abrió los ojos. La luz le resultaba dolorosa, por lo que se protegió el rostro con la mano.

«¡Natalie!», dijo la voz emocionada. «¡Estás despierta!».

Con el cuerpo aún dolorido, se esforzó por girarse hacia la voz.

«No pasa nada, tómatelo con calma», dijo alguien. «No hay que precipitarse».

Natalie se dejó caer sobre lo que debía de ser una almohada, mientras un dolor agudo le atravesaba el costado de la cabeza.

Intentó hablar. «¿Dónde estoy...?»

Pero el esfuerzo fue demasiado.

«Estoy cada vez más preocupada», dijo la voz de la chica. «Ya debería estar mejorando».

«Lo sé», respondió una voz masculina.

Entonces, tras unos segundos de lucidez, la conversación se alejó de Natalie. Y de nuevo sucumbió a la oscuridad.



Natalie vio la silueta de la persona sentada al otro lado de la habitación. Estaba tecleando en su teléfono móvil, ajena al hecho de que Natalie por fin había abierto los ojos.

Estaba tumbada en una cama individual, boca arriba, pero con la cabeza apoyada en almohadas. Las mantas le llegaban hasta la barbilla y estaban metidas por los lados; podía sentir la tensión de la sábana, que la mantenía bien sujeta.

Natalie resistió la tentación de cambiar a una posición más cómoda, ya que no quería alertar a la persona hasta que pudiera orientarse mejor. Parpadeó hasta que la habitación se enfocó mejor.

La chica en el asiento.

Era Tabitha.

Casi al mismo tiempo que se dio cuenta, Tabitha levantó la vista.

«Oh», dijo, sorprendida al ver el par de ojos que la miraban. Se recuperó rápidamente y sonrió. «¡Natalie, estás despierta! ¡Gracias a Dios!».

Corrió hacia la cama, mientras Natalie intentaba quitarse las mantas. Todavía estaba muy débil, pero consiguió aflojar las sábanas y sentarse.

Le dolía todo el cuerpo.

«Tranquila», dijo Tabitha, colocando una mano sobre la cabeza de Natalie. «Has pasado por un momento muy difícil. No te precipites».

Natalie miró a su alrededor. Estaban en un dormitorio, presumiblemente en la casa de Guy. Recordó los últimos momentos lúcidos en la sala de estar, antes de perder el equilibrio.

«¿Qué ha pasado?», preguntó con voz frágil.

«Te desmayaste», respondió Tabitha, mientras acercaba una silla a la cama. «Toma», dijo, estirando el brazo hacia la mesa, «bebe un poco de agua. Parece que tienes la garganta muy seca».

Natalie bebió un sorbo. Estaba tibia, pero le sentó de maravilla a su garganta reseca.

«No entiendo qué ha pasado», dijo. «En un momento estaba...».

—Tenías fiebre —le explicó Tabitha—. Y vomitaste varias veces durante la noche.

«¿La noche?».

«Has estado inconsciente un rato».

«¿Cuánto tiempo?».

Tabitha miró la hora. «Poco más de veinticuatro horas».

«¿Qué?».

«Es la una y media de la tarde del lunes», confirmó Tabitha.

Natalie no podía creerlo. Le parecía que había sido hace solo un momento cuando estaba hablando con Guy.

«No has estado inconsciente todo ese tiempo», explicó Tabitha. «Has estado despierta en algunos momentos. Pero esta es la primera vez que pareces estar mejor».

Natalie volvió a fruncir el ceño por el dolor de cabeza. Si esto era estar mejor, se alegraba de no recordar el resto. «Me duele la cabeza».

«No pasa nada, Natalie», la tranquilizó Tabitha. «Te llevará un tiempo volver a sentirte normal».

«Todo sucedió tan de repente», respondió Natalie. «Estaba sentada, hablando con Rus... con Guy, y luego, cuando me levanté, simplemente...».

—Guy estaba muy preocupado —dijo Tabitha—. Me llamó enseguida y vine directamente.

«Sigo sin entender qué pasó. Por qué me desmayé...».

—Tenías fiebre —dijo Tabitha—. Era bastante alta, rozaba los cuarenta grados, pero bajó bastante rápido.

«No puedo creer que estuviera dormida durante más de veinticuatro horas...».

«Llamamos al número de asistencia sanitaria», reveló Tabitha, «y les explicamos la situación. Nos hicieron muchas preguntas, dijeron que parecía que solo era un virus, nos dijeron que te mantuviéramos cómoda y que les volviéramos a llamar si empeorabas».

Natalie bostezó, preguntándose cómo podía seguir sintiéndose cansada después de haber dormido más de un día. «¿Dónde está Guy?».

«Salí a hacer unas compras».

«Me dijo que trabaja para Brand New».

«Lo sé», respondió Tabitha. «Mira, ¿de verdad quieres hablar de esto ahora? ¿No crees que deberías descansar un poco más? Puedo volver más tarde».

«No me importa hablarlo ahora».

Ella asintió. «Lo siento mucho, Natalie. Guy me dijo que estabas molesta por la situación».

«Lo estaba».

«Sé que puede parecer que nos estábamos burlando de ti para divertirnos, pero realmente no fue así. De verdad, no lo fue».

Natalie no sabía qué decir.

«Entiendo cómo te sientes. Pero no nos estábamos riendo de ti», continuó Tabitha. «Sí, Guy se dejó llevar y fue demasiado lejos. No tenía intención de llegar tan lejos».

¿Se refería al incidente del ático?

«Tu visita al ático no formaba parte del plan. Pero él se emborrachó y empezó a salirse del guion. Por eso le dije que se marchara».

Las voces elevadas que Susie había oído. Ahora tenía sentido. Había sido Tabitha discutiendo con él.

«Lo siento mucho, Natalie. Y también siento lo que pasó con Sir Kenneth. Ha sido una serie de terribles malentendidos...».

Natalie seguía sin sentirse bien, pero no podía dejar pasar ese comentario. «Te equivocas».

Tabitha seguía el mismo guion que Guy: que lo que había pasado con Sir Kenneth era un simple malentendido.

«Quizás deberíamos volver a hablar de esto más tarde», dijo Tabitha, levantándose. «Después de que hayas descansado un poco más».

Natalie extendió la mano y la agarró de la manga. «*No fue* un malentendido».

«Sir Kenneth no es así, Natalie. No es ese tipo de hombre».

«Tú no estabas allí».

Tabitha sonrió con simpatía. —Es normal que estés confundida, Natalie. Has estado muy mal. Y después de toda la emoción de haber ganado. Ha sido una montaña rusa emocional para ti, no es de extrañar que estés tan alterada. —Le dio una palmadita en el brazo—. Volveré dentro de un rato; descansa mientras tanto.

Natalie vio cómo se cerraba la puerta.

Quería agarrar a Tabitha y sacudirla para que entrara en razón, para que la creyera. Y si hubiera tenido fuerzas, habría intentado seguirla.

Pero menos de un minuto después volvió a sucumbir al sueño.

49

Martes por la mañana anterior

CUANDO NATALIE VOLVIÓ A DESPERTARSE, se sentía mucho mejor. La niebla se había disipado y el dolor en las extremidades había desaparecido. Al incorporarse en la cama con facilidad, se dio cuenta de que el dolor de cabeza también había desaparecido.

Sacó las piernas de debajo de las sábanas. Pero Tabitha debió de oírla moverse, porque entró antes de que Natalie tuviera tiempo de poner un pie en el suelo.

—Natalie, qué alegría verte despierta —dijo, cerrando la puerta tras de sí—. ¡Y qué buena cara tienes!

Natalie bajó las piernas, contenta de poder estar por fin de pie, mientras Tabitha acercaba la silla a la cama junto a ella.

«¿Cómo te encuentras?», preguntó Tabitha.

«Mucho mejor».

«Bien, eso es muy bueno, Natalie. Me alegro mucho. ¡Estábamos muy preocupadas por ti!».

Tabitha le puso una mano en la pierna y la mantuvo allí durante un segundo o dos.

Ahora que Natalie había hablado, se dio cuenta de lo deshidratada que estaba. —¿Hay agua?

«Sí, sí, claro», dijo Tabitha, estirándose hacia atrás para cogerla de la mesa. El vaso medio lleno había quedado oculto detrás de la lámpara de escritorio.

Natalie bebió un sorbo al principio, pero luego se bebió el resto. Su cuerpo pedía más.

«Te traeré otro vaso en un momento», dijo Tabitha, interpretando bien la situación. «Pero primero tengo una noticia emocionante».

«¿Ah, sí?

«Sí. Me he puesto en contacto con Sir Kenneth para explicarle la situación y te envía sus mejores deseos desde Australia».

«Ah, vale».

«Lamenta mucho que te hayas sentido tan mal. Se alegrará mucho de saber que te estás recuperando. Me pidió que le mantuviera informado».

Natalie se limitó a asentir. No se le ocurría nada que decir. Pero una cosa era segura: no quería la compasión de Sir Kenneth. No quería tener nada más que ver con él, nunca más.

«Sir Kenneth también quería que le dijera lo mucho que lamenta el malentendido del fin de semana».

Como Natalie no dijo nada, Tabitha continuó.

—Está mortificado por lo que pasó. Dijo que lo último que quería era hacerte sentir incómoda. Quería que te dijera que fue un malentendido, pero que asume toda la responsabilidad por ello.

Natalie volvió a quedarse en silencio.

«Lo ha estado pensando y ahora entiende cómo podrías haberlo visto desde tu perspectiva. Como te he dicho, está muy afectado por ello. Le caes muy bien, Natalie, y está deseando trabajar contigo. No quiere que te sientas incómoda ni que pienses que había algo inapropiado en sus intenciones».

Natalie negó con la cabeza. «Lo que hizo no fue apropiado».

Tabitha sonrió con tensión. «Ahora se da cuenta de ello. Se da cuenta de que, para ti, no fue lo más adecuado. Y nunca volverá a hacerlo contigo, te lo promete».

«¿No fue apropiado *para mí*?», dijo Natalie, muy consciente del significado de las palabras de Tabitha.

«Sí, Sir Kenneth ahora sabe que no es apropiado hacer ese tipo de cosas contigo. Así que no tienes nada de qué preocuparte. Lo último que él quiere es que te sientas preocupada por estar cerca de él».

«¿Pero qué hay de las otras veces?».

—¿Perdón?

—Catharine intentó advertirme —reveló Natalie.

«¿Catharine?».

«La asistente de Diana Saunders. Intentó advertirme sobre Sir Kenneth. Me dijo que tuviera cuidado».

Tabitha permaneció impasible. «No lo entiendo».

«Nos interrumpieron, así que nunca llegó a terminar lo que quería decirme. Pero eso era, ¿no? Lo que intentaba advertirme, me pasó a mí. Y seguro que le pasó a otras antes que a mí».

«Es una mentirosa», dijo Tabitha finalmente. «He oído que Diana la despidió».

«Me dijo que tenía pensado dimitir».

«Eso no es lo que he oído. Sé que Diana lo había estado considerando durante unas semanas, porque, por desgracia, no podía confiar en Catharine».

«Parecía agradable. Dijo que iba a trabajar para una organización benéfica dedicada a los libros infantiles».

Tabitha sonrió con sorna. «Bueno, lo siento por ellos, porque por lo que he oído, es posible que tengan problemas con ella».

«¿En qué sentido?».

«Diana sospechaba que estaba robando en la empresa».

«¿Robando?».

«Sí. Había desaparecido dinero. En más de una ocasión».

Natalie recordó sus tratos con Catharine. Parecía agradable. Y sus razones para querer dejar la empresa parecían muy plausibles, sobre todo cuando se tenía experiencia de primera mano trabajando con Diana.

La historia del despido no parecía verosímil. Tampoco lo era la idea de que fuera una ladrona. ¿Entonces Tabitha solo estaba tratando de difamarla, de desacreditar la fuente de Natalie?

Eso parecía más probable.

Y no iba a dejarse intimidar.

«¿Alguna vez se ha acusado a Sir Kenneth de algo así?».

La vacilación era reveladora. «¿Algo como qué?».

Natalie eligió cuidadosamente sus palabras. «¿Ha hecho sentir incómodas a algunas personas?».

«Sir Kenneth es un buen hombre».

«Lo ha hecho, ¿verdad?».

Tabitha negó con la cabeza, pero parecía más por frustración que por negación. «¿Qué quieres, Natalie?».

«¿Qué quieres decir?».

«Quiero decir, ¿qué *quieres*? ¿De qué va todo esto?».

Natalie frunció el ceño ante el tono frío de Tabitha, pero decidió combatirlo con fuego. «Se trata de tu jefe y de lo que hizo».

Tabitha se rió. «Es por dinero, ¿verdad?».

«¡No!

«Mira», dijo Tabitha, suavizando el tono. «Siento haberme enfadado. Déjame hablar con Sir Kenneth otra vez».

«No hay...».

«También te traeré ese vaso de agua fresca».

Salió de la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Natalie, por primera vez en muchas horas, se puso de pie. Vio la pila de ropa doblada en la esquina y se vistió rápidamente, aunque con torpeza. Esperaba que sus zapatos siguieran junto a la puerta, pero si no era así, podría coger unos de Guy o de Tabitha, o simplemente salir corriendo en calcetines. Haría lo que fuera necesario para salir de la casa, alejarse de aquello. Y luego decidiría qué hacer a continuación.

Se apresuró hacia la puerta y giró el pomo.

Pero esta se negaba a abrirse.

La habían encerrado.

50

Jack Morton se alejó del jardín.

Esa maldita chica.

Sudaba profusamente, la camiseta se le pegaba al pecho y la espalda mojados. El corazón le latía con fuerza, podía oír los latidos en la cabeza.

Sacudió la cabeza. Ella le había obligado a hacerlo, le había acosado hasta que no le había quedado más remedio que hacer lo que hizo.

Y había funcionado: la había detenido en seco, la había callado. Recordó la expresión de su rostro retorcido, la conmoción y el miedo en sus ojos, la fragilidad, la deseable feminidad que se revelaba ante el peligro que él representaba.

Casi había querido besarla.

Pateó la pared cercana con fuerza. Pasándose la mano por el pelo, lamentó haber tenido que hacer lo que había hecho.

Ahora ella llamaría a su papá, le contaría lo desagradable que había sido Jack Morton al atacarla. Cullen vendría corriendo, ella le mostraría las marcas de uñas en su rostro y lloraría como un bebé sobre sus anchos hombros.

Y entonces Cullen iría a por él. Encontraría alguna forma de vengarse en nombre de su hija. No se detendría ante nada.

«¡Maldita sea!», gritó en voz alta, llorando al cielo. Un par de chicas de primer año le dieron un amplio rodeo, mirándolo con recelo. Pensó en gritarles, pero decidió no hacerlo. En cambio, se alejó aún más de los edificios principales de la universidad. Había perdido el control ante la provocación de Amy, y el mundo seguía inclinado sobre su eje. Necesitaba estabilizar las cosas, pero hasta entonces tenía que alejarse de la gente que pudiera reconocerlo. Tenía una reputación que mantener.

Regresó al piso, que estaba a solo diez minutos a pie cuesta abajo. Cuando se acercaba a la puerta, sonó su teléfono.

Era Sophia, una chica que había conocido la noche anterior en el evento estudiantil en la ciudad. Una guapa estudiante española de primer año de idiomas, simpática y confiada. La había visto desde el otro lado de la pista de baile, estudiando su cuerpo mientras ella se divertía con tres amigas menos atractivas. Esperó hasta que se separó del grupo y la interceptó cuando regresaba del baño.

Entablaron conversación y ella lo invitó a unirse a ellas en la pista de baile. Él odiaba bailar, pero a menudo era necesario para alcanzar el objetivo final. Más tarde, le sugirió ir a su casa, pero ella dijo que tenía clase temprano por la mañana y que tenía que volver a casa. Sin embargo, tras un beso apasionado, intercambiaron números y prometieron verse.

Él sabía que ella le llamaría pronto.

Siempre lo hacían. Incluso las que se hacían las difíciles acababan llamando, intrigadas y, a veces, extrañamente ansiosas por su falta de urgencia en llamarlas primero. Era curioso cómo casi siempre funcionaba.

Y ahí estaba Sophia, tal y como esperaba.

Miró el teléfono, preguntándose si debía ignorarlo. Pero ella volvería a llamar, y ahora él sabía que no quería eso. No lo quería en absoluto.

Ella seguía llamando. Desesperada. Le recordaba a la chica que había conocido hacía aproximadamente un año, en el centro de estudiantes. Como de costumbre, la había separado de su grupo de amigos con relativa facilidad, aunque convencerla de que fuera a su casa le había costado unas cuantas copas y mucho encanto. Por la

mañana, se despertó horrorizado al encontrar a la chica doblando la ropa que había tirado al suelo la noche anterior. ¡La colocó en una pila ordenada junto a la cama, como si fueran una pareja casada! Ella le sonrió como una novia recién casada, mientras él ocultaba su disgusto por su descarado acto de domesticidad.

La había echado del piso tan rápido como pudo, resistiéndose a sus insinuaciones de pasar el día con ella. Tenía clases que impartir, investigaciones que continuar; no podía dejarlo todo.

Pero podía dejarla y lo haría.

Al principio, ella no captó la indirecta. Obviamente, él había sido demasiado bueno con su excusa, cuando quizá debería haberla espantado allí mismo, como a la molesta mosca que había resultado ser. Unos días más tarde, ella intentó llamarlo, pero él dejó que sonara un . Lo mismo ocurrió al día siguiente. Y al otro también. Finalmente, ella entendió el mensaje después de esa última llamada.

Ahora él podía hacer lo mismo, ignorar a esta nueva chica hasta que captara la indirecta. No se habían acostado juntos, no había vínculos emocionales, así que tal vez bastaría con una sola llamada sin respuesta. Pero estaba enfadado. Y quería desahogarse con alguien.

¿Qué importaba si era esta chica y no el verdadero objetivo de su enfado?

Se llevó el teléfono al oído, lleno de rabia y amargura hacia todas las mujeres por el rechazo que hasta ahora había estado latente, pero algo bajo control. «¿Sí?».

¡Cómo se atrevía a rechazarlo!

«Oh, hola», dijo la chica vacilante, ante la brusca respuesta de Jack. «Yo... quería hablar con Jason...».

Como solía hacer, había utilizado una identidad falsa. Esta vez era Jason, un estudiante de tercer año de Derecho. Eso facilitaba mucho las cosas con las aventuras de una noche. Tenía varias identidades muy utilizadas e incluso había creado varias cuentas en redes sociales para cada una de ellas.

«No sé si tengo el número correcto», añadió ella.

Su cortesía solo sirvió para avivar sus emociones. Sus fosas nasales se dilataron al pensar en Natalie Long y en cómo se había

alejado de él. ¡Cómo se atrevía! Y esa amiga suya, estaba tan contenta por ello. Vaca celosa.

«¿Hola?», dijo la chica. «¿Eres tú, Jason?».

Volvió a sudar, su temperatura corporal aumentó a medida que la sangre bombeaba.

«Hola, ¿hay alguien ahí?».

«Estaba borracho», dijo por fin.

—¿Perdón?

«Estaba borracho», repitió. «Esa es la única razón por la que mostré interés en ti».

«Oh...».

«Nunca te habría dado mi número si hubiera estado sobrio. Bórralo de tu teléfono y no me vuelvas a llamar. ¿Lo entiendes, señorita fea?».

Se produjo un silencio impactante al otro lado de la línea. Entonces ella reaccionó.

«No se puede hablar así a la gente».

«Acabo de hacerlo».

«Eres una persona horrible, ¿lo sabes?».

«Quizás necesite hacer un curso para mejorar mi comportamiento. A ti, por otro lado, te recomendaría cirugía estética para arreglar esa cara que tienes. Pero no te saldrá barato, porque hay mucho trabajo por hacer».

«Bueno, supongo que tienes buen acceso a cursos para cambiar el comportamiento, ¿no?».

De repente, parecía segura de sí misma.

«¿Perdón?».

«Quizás puedas pedirle a uno de tus colegas que te incluya».

«Yo...

«Eres investigador postdoctoral en el departamento de psicología, ¿no?».

Él no dijo nada, de repente se sintió en desventaja.

«¿No es así, Jack?».

El pánico se apoderó de él. «No sé de qué estás hablando».

«Eres Jack Morton. ¿No quieres saber quién soy?».

Pensó en cortar la llamada en ese mismo instante, pero necesitaba saber si la situación era tan grave como temía. Sabía que algún día esto podría pasar. Su suerte se acabaría, sus acciones saldrían a la luz, probablemente por culpa de una amante celosa: una de esas chicas necesitadas que querían venganza y que tuvieron la suerte de descubrir la verdad sobre él.

«¿Quién eres?».

«Soy periodista en *The* Spotlight», dijo ella. «Escribo artículos de fondo».

Maldijo entre dientes. Era peor de lo que temía.

«Sé lo que has estado haciendo durante los últimos años, Jack. Cómo has estado aprovechándote de jóvenes estudiantes vulnerables para tu propia gratificación sexual. Cómo las acosas en los eventos para nuevos alumnos. Cómo utilizas múltiples identidades, como hiciste conmigo anoche».

«Son mentiras», fue todo lo que pudo decir.

«Sabes que no es así», respondió ella con seguridad.

«Esto es una trampa».

«Esto es para proteger a nuestra población estudiantil. Pronto todo el mundo sabrá lo que has estado haciendo».

«Por favor, voy a dejarlo».

«Demasiado tarde. En cuanto terminemos esta llamada, me pondré en contacto con las autoridades de la universidad. Tengo varios testigos que han dado un paso al frente para respaldar las denuncias que hemos recibido».

Se dio la vuelta, con la sangre bombeando de nuevo. Estaba acabado. Lo despedirían. Todo había terminado. «¿Quién te lo ha dicho?».

«No puedo decirlo».

Se dio cuenta. «Fue ella, ¿verdad? ¿Amy?».

«No puedo decirlo».

«Es una mentirosa».

De repente, sintió la necesidad imperiosa de volver al campus y encontrarla. Hacerla pagar.

«Me voy, Jack».

Ella cortó la llamada.

«¡Maldita sea!», gritó al teléfono. Gritó al cielo, pisoteando el suelo con fuerza como un niño pequeño con una rabieta. «¡Argh!».

El pánico se había convertido en ira.

Sabía quién era la verdadera culpable. Natalie. Todo había empezado con ella. La espiral descendente. La caída en picado desde las vertiginosas alturas del éxito. Y ahora se dirigía hacia el suelo, sin estar preparado para el impacto, y todo era culpa suya.

Tuvo un pensamiento desesperado.

Con las manos temblorosas por la adrenalina, deslizó el dedo por su teléfono hasta llegar a la aplicación que buscaba, escondida en los ajustes del dispositivo.

Buscar a mis amigos.

Localiza a tus amigos a través de su teléfono móvil, sin importar dónde estén. Natalie no sabía que él la había instalado en su dispositivo, lo que le daba acceso a su ubicación. Estaba pensada para que los padres pudieran seguir el rastro de sus hijos. Pero era perfecta para seguir el rastro de ella. La consultaba cada vez que estaban separados, solo para asegurarse de saber qué estaba haciendo.

Por si acaso.

También le resultaba útil saber dónde estaba ella cuando él estaba con otras mujeres.

La había estado vigilando muy de cerca durante las últimas dos semanas, desde que ella había terminado su relación de forma tan cruel. La había seguido hasta Londres, siguiendo su señal por la línea de tren e , desde Temple Meads hasta Paddington. Sabía que había llegado a una propiedad en Mayfair ese viernes por la noche.

Pero entonces la señal se había perdido.

Al principio se preguntó si se le habría agotado la batería. Pero cuando la señal no volvió, empezó a pensar que tal vez ella había descubierto lo que él había hecho y había bloqueado el acceso.

No había habido señal desde ese viernes por la noche.

Abrió la aplicación, esperando el habitual silencio.

Pero, para su sorpresa, apareció el punto azul.

Estaba al sur del Támesis, en Balham.

Amplió la imagen y aparecieron los nombres de las calles.

Garden Terrace.

El punto azul estaba sobre una de las casas. Un rápido vistazo a Street View confirmó de qué propiedad se trataba.

Número treinta y dos.

Al buscar la dirección, apareció un registro en el Registro Mercantil.

Una empresa registrada en esa dirección. Director llamado Guy Clarke.

Le hervía la sangre.

Ella estaba con un hombre.

Mientras su mundo se desmoronaba.

¿Quién demonios era él?

Sin duda, esto había comenzado antes de su ruptura. Ahora todo empezaba a tener sentido. Quizás ni siquiera había habido un evento de reclutamiento. Solo había sido una artimaña para reunirse con su amante en la capital.

¡Cómo se atrevía!

Cogió las llaves de su coche.

Ella iba a pagar por esto.

51

Tan pronto como Cullen dejó a Catharine, armado con la nueva información sobre la persona que había estado fingiendo ser Russell Cave, llamó a Tabitha.

Un minuto después, se dirigió a la dirección que Tabitha, tras un poco de persuasión y presión, le había proporcionado.

Se estaba acercando a la verdad.

Podía sentirlo.

Pero no quedaba mucho tiempo.

52

Martes por la tarde, día actual

GUY SE PREPARÓ su quinto espresso del día. Estaba muy nervioso. Oyó los golpes y los gritos que provenían del piso de arriba.

Natalie se había dado cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave.

Tabitha se había ido a trabajar hacía media hora, advirtiéndole que no se metiera con Natalie mientras ella estuviera fuera. Pero el ruido de arriba empezaba a molestarle y, aunque sabía que los vecinos estaban fuera y que la ventana del dormitorio estaba cerrada con llave y solo daba al jardín trasero, existía la posibilidad de que alguien la oyera.

Su preocupación se vio interrumpida por el pitido de un teléfono móvil. Provenía de la sala de estar y se dio cuenta de que era el teléfono de Natalie. Se lo había quitado después de que ella se desmayara y lo había apagado.

En varias ocasiones durante los últimos días lo habían vuelto a encender, utilizando la huella dactilar de Natalie mientras ella yacía inmóvil e inconsciente en la cama, solo durante unos minutos cada vez, ansiosos por saber quién podría estar buscándola y qué decían. Y el lunes por la mañana temprano, él y Tabitha habían decidido

responder a los numerosos mensajes de texto que había enviado una chica llamada Amy.

Él había enviado un solo mensaje, fingiendo ser Natalie, diciendo que se estaba tomando un tiempo para estar con sus amigos.

Esta mañana había vuelto a encender el teléfono.

Pero se había olvidado de apagarlo.

Era otro mensaje de Amy. Tuvo cuidado de no hacer clic en el mensaje, para que ella no supiera que alguien lo había leído.

Apagó el teléfono y lo volvió a colocar sobre la chimenea. Luego se dirigió hacia las escaleras, pero cuando llegó abajo, Natalie volvió a gritar.

«¡Déjame salir de aquí!».

Subió las escaleras sin responder. Pero a mitad de camino, su teléfono, que había dejado en la cocina, comenzó a sonar.

«Maldita sea».

Corrió de vuelta a la cocina. Era Tabitha quien llamaba.

«Guy, va a venir la policía».

Guy se llevó una mano a la cabeza. «¿La policía? ¿Qué quieres decir?».

«Paul Cullen, el detective, me acaba de llamar para hacerme unas preguntas. Le di nuestra dirección».

«¿*Qué* has hecho *qué*?».

«Tenía que hacerlo. Iba a buscar tu dirección en el sistema policial y se habría dado cuenta de que el nombre era falso».

Guy dio vueltas presa del pánico. «¿Qué demonios vamos a hacer?».

«Salir de la casa. Con Natalie».

«No puedo. ¿Cómo voy a hacerlo?».

«No lo sé».

«Está gritando. No puedo llevarla a ningún sitio».

«¿Qué hay de las drogas? ¿Te queda alguna?».

«Sí, pero ya sabes lo que pasó la última vez. Pensamos que la habíamos matado...».

«Hazlo. Dale menos».

«¿Pero cómo?».

«Igual que la última vez. En una bebida. Llévale algo de beber. Estará sedienta».

«No sé...».

«¡Guy, hazlo y ya está!».

«Vale, vale», dijo, buscando una taza en la cocina. «Lo haré, lo haré. Pero ¿adónde vamos?».

«No lo sé».

«¿Y cómo la llevo de la casa al coche sin que la vea nadie?».

«No lo sé, haz algo».

Ahora sí que estaba entrando en pánico. Una taza que había cogido se le resbaló de las manos y se rompió contra el suelo de baldosas. «¡Maldita sea!».

«¡Guy, tienes que calmarte!», dijo Tabitha. «Podemos solucionar esto. Podemos arreglarlo».

«No podemos. No podemos», respondió él, pisando los restos de la taza rota.

Se oyó un fuerte estruendo en el piso de arriba.

«¡*Cállate*!», gritó hacia el techo.

«Estás perdiendo los nervios», dijo Tabitha. «Contrólate».

Guy cortó la llamada con rencor. «¡Todo es culpa tuya, bruja malvada!».

Apenas había pronunciado esas palabras cuando sonó el timbre.

Guy se quedó rígido.

Volvió a sonar.

Levantó la vista hacia el techo. Natalie se había quedado en silencio.

Entonces se oyó un fuerte golpe en la puerta principal.

Cullen ya había llegado.

«Puedo hacerlo», se dijo. «Puedo hacerlo». Hablaría con el agente que estaba en la puerta, luego se marcharía y todo iría bien. Se dirigió al vestíbulo y vio la silueta humana al otro lado de la puerta acristalada. «Puedo hacerlo».

Estaba a solo unos metros de la puerta. «Hola, agente», susurró ensayando. «¿En qué puedo ayudarle?».

Sudaba profusamente.

«Hola, agente, ¿en qué puedo ayudarle?», volvió a intentar, con la voz entrecortada por los nervios.

La figura esperaba.

Esbozó una sonrisa y abrió la puerta.

«Hola, agente, ¿en qué puedo...?»

El golpe le estalló en la cara, tirándolo al suelo y haciendo que su cabeza se estrellara contra el borde del radiador.

53

Natalie golpeó y golpeó la puerta, gritando a Tabitha y Guy. Pensó que si seguía haciéndolo durante el tiempo suficiente, tendrían que responder. Pero le dolía la garganta.

«¡Déjenme salir, por favor!».

«¡*Cállate*!», oyó gritar a Guy desde abajo.

Natalie volvió a sentarse en la cama. Quizás no era tan buena idea enemistarse con ellos de esa manera. Desde luego, no le estaba haciendo ningún favor a su garganta. Se acercó a la ventana y miró hacia el jardín trasero. No había ninguna casa que diera a la suya. No había posibilidad de dar la alarma por esa vía.

Habían pensado detenidamente dónde colocarla.

Siguió observando el jardín mientras un mirlo saltaba por el césped. Un avión cruzó el cielo. La vida seguía fuera, mientras ella estaba prisionera.

Siguió observando durante unos minutos más, hasta que la sobresaltó un ruido a sus espaldas. La cerradura se había deslizado hacia atrás y la puerta se abrió.

Era Jack.

«Tu amante está muerto», afirmó con frialdad. «Y todo es culpa tuya».

54

Natalie sintió un nudo en el estómago al ver a Jack de pie frente a ella.

¿Cómo la había encontrado?

Se fijó en que tenía las manos manchadas de sangre y una mancha carmesí en la mejilla izquierda.

Retrocedió hasta la pared, sin apartar la mirada de su exnovio, que permanecía inmóvil, bloqueando la puerta.

«¿No me has oído?», dijo él, sonriendo de una forma extraña y ausente. «Tu amante está muerto. Fue el radiador. Le abrió la cabeza de un golpe».

«¿Lo has matado?».

«Y todo es culpa tuya».

—Guy no es mi amante, Jack.

Otra vez esa sonrisa extraña. Desquiciada. «No me mientas, Natalie». Dio un pequeño paso hacia ella.

«Lo conocí en la feria de empleo. Trabaja para la empresa».

«¡No me mientas!», explotó, dando otro paso hacia adelante, señalándola con el dedo acusador, con la cara roja como la sangre. «¡No te atrevas a mentirme!».

«Es la verdad». Intentó mantener la voz tranquila y mesurada, con los ojos buscando desesperadamente alguna razón en él para calmar su ira.

Él negó con la cabeza con desdén, perdido en el torbellino de ira que lo invadía.

Natalie había ensayado muchas veces lo que quería decirle a Jack Morton la próxima vez que lo viera. Había fantaseado con decirle que escapar de sus garras había sido lo mejor que había hecho en su vida. Quería decirle lo pequeños que eran realmente los hombres como él. Pero allí, acorralada por ese hombre que afirmaba haber matado a otra persona, solo quería salir de allí desesperadamente. Así que todas esas cosas que quería decir podrían esperar a otro momento, a otro lugar. «Quería darte las gracias».

Eso lo confundió. «¿Darme las gracias?».

«Por rescatarme».

«¿Rescatarte? Estás mintiendo».

«Me tenían secuestrada aquí. En esta habitación».

«¿Qué?» Miró a su alrededor.

«Por eso estaba cerrada la puerta».

Si pudiera calmar su furia asesina, incluso ganarse su confianza, tal vez tendría alguna posibilidad de salir de allí...

«No lo entiendo».

«Creo que me drogaron y me encerraron».

Estaba consiguiendo que él la entendiera.

«Pero... ¿por qué?».

«Te lo explicaré cuando salgamos de aquí. Pero tenemos que salir ahora, antes de que vuelvan los demás».

Una vez fuera de la casa, ella correría en cuanto tuviera oportunidad. Correría sin mirar atrás. Correría para salvar su vida.

«¿Los demás?».

«Los otros hombres que me secuestraron. Volverán muy pronto».

Una sombra de miedo se dibujó en su rostro.

«Jack, tenemos que irnos ahora mismo».

Él asintió. «No te preocupes, te protegeré. No dejaré que te vuelvan a llevar».

55

No lo había planeado, pero cuando salieron de la habitación, con Jack a la cabeza, Natalie vio su oportunidad y reaccionó por puro instinto.

Lo empujó por las escaleras con todas sus fuerzas.

Jack perdió el equilibrio, giró hacia la izquierda y cayó rodando por las escaleras alfombradas. Natalie observó desde arriba cómo aterrizaba con un golpe sordo en el suelo, con las piernas y los brazos enredados.

Pero se movía.

Se recuperó con una velocidad sorprendente, con los ojos ardientes y la ira volviendo a arder en su interior.

Natalie se quedó paralizada en lo alto de las escaleras. Había cometido un terrible error de juicio. La vía de escape estaba bloqueada de nuevo y ahora no habría forma de apaciguar a Jack. Se obligó a apartar la mirada de él y se dirigió al rellano de una de las habitaciones delanteras.

Quizás podría atrincherarse allí y luego intentar salir por una ventana.

Pero podía oír a Jack corriendo de vuelta por las escaleras.

Entró en el dormitorio principal, pero solo consiguió cerrar la puerta tres cuartos antes de que Jack apareciera al otro lado.

«Eres una mentirosa, Natalie», escupió, forcejeando contra su peso mientras ella luchaba por cerrar la puerta.

Ella estaba perdiendo la lucha; a pesar de sus esfuerzos, Jack estaba ganando terreno y lo sabía, y su ira le impulsaba a aumentar la fuerza.

Se llegó al punto de ruptura y Jack casi cayó dentro de la habitación, mientras Natalie se deslizaba alrededor de la cama doble, evadiendo su agarre.

Pero no quedaba ningún lugar al que huir.

Él la persiguió y la empujó contra el armario. Ella tuvo recuerdos de Sir Kenneth. Jack tenía la misma mirada.

Odio.

Natalie intentó resistirse, pero Jack la agarró por el cuello y la estrelló contra la parte trasera del armario.

Entonces ella levantó la rodilla con fuerza y rapidez, golpeándole en la ingle.

Él se dobló de dolor.

Ella lo empujó y se apresuró a cruzar la cama y salir al rellano. Pero cuando llegó a las escaleras, él la alcanzó y la empujó de vuelta a la habitación en la que la había mantenido cautiva.

«¡Jack, no!», gritó ella, mientras él la agarraba por el cuello.

Con los dientes afilados como un perro rabioso, le presionó con ambos pulgares, estrangulándola.

56

Paul Cullen se acercó al número treinta y dos de Garden Terrace. Fue a llamar al timbre, pero se dio cuenta de que la puerta no estaba del todo cerrada. Empujó suavemente y entró en el vestíbulo. Lo primero que vio fueron las manchas de sangre en la alfombra. También había una mancha en el radiador a la izquierda de la puerta.

Las manchas parecían recientes.

Esperó, pensando en su siguiente movimiento. No tenía sentido pedir refuerzos. Ahora estaba allí y solo estaba él.

Escuchó atentamente por si había algún ruido.

Nada. Pero entonces...

«¡Jack, no!».

Sin pensarlo dos veces, Cullen corrió hacia las escaleras.

57

Natalie sintió cómo la presión en su cabeza aumentaba cada vez más, como si fuera un globo que se inflara en exceso. Los ojos de Jack la taladraban mientras ella intentaba liberarse de su mortal agarre.

«P-o-r f-a-v-o-r...».

Pero no hubo piedad.

Y entonces, de repente, giró la cabeza hacia la puerta abierta y la soltó. Dio un paso atrás, hacia la puerta, cuando otro hombre apareció en lo alto de las escaleras y miró a Natalie con preocupación.

«¿Natalie?», articuló con los labios.

Ella intentó advertirle, pero estaba demasiado débil, solo pudo levantar una mano.

Cuando el hombre entró en la habitación, Jack salió de detrás de la puerta, gritando y lanzando un puñetazo salvaje a la cabeza del hombre.

58

A pesar del factor sorpresa, el puñetazo de Jack no dio en el blanco. Cullen lo esquivó como si fuera una mosca molesta, antes de empujar con fuerza el hombro del hombre justo debajo de las costillas. Ambos se estrellaron contra la pared.

Jack intentó forcejear, pero no era rival para la fuerza y el peso de Cullen, que se sentó a horcajadas sobre él.

«¡Todo es culpa tuya!», escupió Jack en dirección a Natalie.

Cullen apretó un poco más fuerte, en nombre de Natalie, antes de girar a Jack Morton boca abajo. Le echó las manos a la espalda y le esposó. Ya no quedaba en él ningún atisbo de resistencia. Ni más acusaciones.

Cullen volvió a mirar a Natalie, que todavía se tocaba la garganta. «¿Estás bien?».

Ella asintió.

—Bien. Amy se alegrará de oírlo.

Volvió a centrar su atención en su prisionero. —Jack Morton, queda detenido...

59

Cullen pidió refuerzos mientras permanecía a horcajadas sobre Jack Morton, que seguía callado, con la mejilla firmemente apoyada en la alfombra. Natalie estaba sentada en la cama, recuperando fuerzas.

Después de unos minutos, bajaron las escaleras.

Y allí, esperándolos en la sala de estar, estaba Tabitha.

Con lágrimas en los ojos.

Y un cuchillo en la mano.

60

«¡Está *muerto*!», gritó, con la mano temblorosa apretando con fuerza el cuchillo. Su rostro estaba desfigurado por el dolor extremo. «Está muerto», repitió, con la voz ahora suave y quebrada.

Cullen la observaba, sintiéndose cohibido, ya que seguía sujetando a Jack Morton, que estaba esposado. «Tabitha, por favor, suelta el cuchillo».

Ella negó con la cabeza con tristeza. «Es demasiado tarde. Todo está arruinado».

Natalie se adelantó, pasando por delante de Cullen, hacia Tabitha. «No pasa nada, Tabitha».

Volvió a negar con la cabeza antes de levantar la vista con los ojos llenos de lágrimas. «Todo es culpa suya. Todo es culpa *suya*».

Al principio, Natalie pensó que se refería a Jack, pero no era así.

«Les *dije* que tuvieran cuidado», continuó. «*Sabían* cómo era mi tío. *Sabían* que lo había hecho antes».

«¿Eres la sobrina de Kenneth New?».

Ella asintió con la cabeza.

«Intentamos protegerte, Natalie. Intentamos poner medidas de seguridad. Ni siquiera debía estar allí. Se suponía que ya debía estar en Australia. Ese era el plan. Pero el viejo tonto no pudo evitarlo. Nunca puede».

Natalie dio un pequeño paso adelante, sin perder de vista el cuchillo. «Tabitha...».

«Incluso después de lo sucedido, intentamos protegerlo, limitar el daño. Fuimos leales a la empresa y a él. Debemos de ser unos idiotas».

Natalie se acercó un poco más. «Todo irá bien».

«¡Y ahora mi prometido está *muerto*!», gritó Tabitha. «Guy está muerto...».

Sin previo aviso, lanzó el cuchillo con fuerza. Este giró rápidamente en el aire y se clavó directamente en la cabeza de Jack Morton.

Murió antes de caer al suelo.

61

«¡Adelante!».

Paul Cullen respiró hondo y entró. Maggie Ferguson estaba de pie detrás de su escritorio, de espaldas a él, mirando por la ventana.

«Señora».

Ella permaneció allí un momento más sin responder, mientras Cullen se quedaba de pie junto a una de las sillas. Se fijó en que el periódico de esa tarde, en el que aparecía su artículo, estaba sobre el escritorio.

No se arrepentía de lo que había hecho. Ni por un momento. Era el acto que había resuelto el caso. Así que había valido la pena.

Fuera lo que fuera lo que viniera después, estaba preparado para ello.

Por fin se dio la vuelta. —Paul. Gracias por venir con tan poca antelación y a una hora tan tardía. Por favor, toma asiento.

Cullen hizo lo que le pidió y Maggie Ferguson se sentó frente a él. «Esta tarde me he llevado una gran sorpresa», dijo, «cuando me han enseñado la portada del London Daily Post».

«Sí».

Cogió el periódico y lo mostró a Cullen.

«Estoy segura de que no hace falta que te explique que, cuando aceptaste tomarte un descanso, se suponía que debías tomártelo de verdad».

—Lo sé. Lo siento.

Ella arqueó una ceja. —¿De verdad?

Cullen le dio vueltas a la respuesta en la cabeza, pero decidió decir la verdad. —Para ser sincero, no mucho.

Ella lo sorprendió con una sonrisa maliciosa, acompañada de una media risa. —No, claro que no. Fuiste en ayuda de tu hija y salvaste la situación. Lo entiendo.

«Un padre tiene que hacer lo que tiene que hacer», dijo él con sencillez.

«Cierto», reflexionó ella. «Aunque podrías haber tenido más cuidado».

«Lo fui. Hasta que tuve que dejar de serlo».

Ella asintió con la cabeza, comprensiva. Y entonces, de forma inquietante, su rostro se endureció. «¿Y si te dijera que tu hazaña de esta semana te ha costado el trabajo?».

Él abrió la boca para hablar, pero se quedó sin aliento. Por mucho que se hubiera preparado para las consecuencias, ahora se daba cuenta de que no había pensado realmente que se enfrentaría al castigo definitivo. Creía que era a prueba de balas, pero la verdad era que dependía de quién disparara. Así que se quedó allí sentado, con la boca entreabierta, sintiéndose como si estuviera en caída libre.

«Lo siento mucho, Paul, pero has cruzado la línea. Ahora, si me disculpas, tengo que atender una llamada».

Cullen se puso de pie, todavía en estado de shock e incredulidad. «Sí, señora».

Caminó hacia la puerta como un condenado, agarrando y girando la manija de latón mientras una oleada de náuseas lo invadía.

¿Era realmente el final?

¿Era realmente el final de la carrera que tanto amaba?

Sin embargo, no podía encontrar lugar para el arrepentimiento.

Volvería a hacer lo mismo. Una y otra vez.

«La investigación ha concluido», anunció Maggie Ferguson por encima de su hombro.

Cullen se giró.

«Has sido absuelto, Paul. Totalmente exonerado. Por supuesto, yo tenía plena confianza en que así sería».

«¿Cómo tan rápido?».

«Hoy hemos recibido información de tus amigos del London Daily Post».

Cullen recordó lo que le había dicho el joven periodista Zack, cómo le había prometido que había noticias que realmente ayudarían en su caso. «¿Qué información?».

«El lunes por la mañana, cuando viste al tipo fuera de Euston, él había salido de una tienda».

«Sí, una pastelería. La que está justo al salir de la estación de tren».

«Acababa de hacer una entrega», reveló ella.

«¿Drogas? Pero no había...»

«¿Pruebas de que tuviera algo en su poder? Es cierto. Pero eso fue solo porque logró deshacerse de ellas cuando apareciste en escena».

Cullen dio un paso atrás hacia ella, absorto por la noticia. «Pero cómo...».

«Cuando te moviste para detener al sospechoso, ¿recuerdas qué estaba haciendo?».

«Comiendo, de una bolsa de papel».

«Que dejó caer cuando te oyó gritar».

Cullen asintió, empezando a comprender por dónde iba ella. «La bolsa no contenía comida».

«Exactamente».

«Dejó caer la prueba y se escapó», pensó Cullen en voz alta. «No le di más vueltas. Estaba concentrado en atraparlo».

«¿Y por qué ibas a hacerlo? Era una bolsa de papel para comida, acababa de salir de una pastelería».

«¿Y qué había dentro?».

«Dinero. Un poco más de cinco mil libras en billetes de cincuenta».

«¿Cómo lo recuperaste?».

«Tus amigos del Daily Post pasaron la información de la novia. En su entrevista con ella, se había enfadado mucho por lo que había

pasado, como puedes entender. Pero no era contigo con quien estaba enfadada».

«¿No?».

«Le dijo a tu amigo Zack que la tienda les había robado el dinero».

«¿Dijo el nombre de la tienda?».

«Sí. Admitió que él estaba planeando una entrega de drogas a cambio de dinero en efectivo».

«Y ella sabía que él no tenía ni las drogas ni el dinero en su poder en el momento del accidente de tráfico, porque ella estaba allí», dijo Cullen.

«Sí».

«Así que decidió confesarlo todo».

«Tienen una hija de dos años y ella está preocupada por cómo sobrevivirán sin los ingresos de él. Por lo que dijo tu amigo periodista, ella quería castigar a quienes le habían robado».

«¿Sabemos si la tienda se quedó con el dinero?».

«Volvimos a revisar las cámaras de seguridad. Esta vez nos centramos más en la zona donde él había dejado caer la bolsa. Unos veinte segundos después de que la bolsa cayera al suelo, una persona de la tienda la recogió y la llevó dentro».

«Bingo».

Ella asintió. «Los agentes visitaron la tienda hace poco más de una hora. Encontraron lo que suponemos que es la bolsa con el dinero y una cantidad significativa de drogas, más de la que podría haber formado parte de ese trato en particular, estoy segura. Parece que tenían una operación bastante importante allí. Uno de los trabajadores también coincidía con la persona que aparecía en las imágenes de la cámara».

«Buen trabajo».

«Gracias al Daily Post», aceptó ella. «Transmita mi agradecimiento a su contacto».

«Lo haré».

«Como le dije, la investigación policial independiente ha terminado. Está libre de sospecha, Paul».

«Gracias, señora. Ha sido un placer trabajar con...». De repente, se sintió emocionado y no pudo terminar la frase.

Se volvió de nuevo hacia la puerta.

«Paul», dijo ella cuando él llegó al umbral.

«¿Sí?».

«Me conoces lo suficiente como para no volver a intentar algo así, ¿verdad?».

«Pero yo pensaba...».

Ella entrecerró los ojos. —Me gustas mucho, Paul. No te habría dado el puesto de inspector jefe si no te tuviera un gran respeto. También confío en ti. O al menos eso creía.

Dejó que la frase flotara en el aire como una soga para que Cullen se metiera de cabeza en ella.

—Puedes confiar en mí.

Su sonrisa era tensa. «La confianza se gana con esfuerzo, pero se pierde fácilmente».

«Lo sé», dijo él con tristeza.

Ella reflexionó sobre algo. «No me decepciones otra vez, Paul».

«No lo haré».

«Tómate el resto de la semana libre», dijo ella. «Y me refiero a libre de verdad. No quiero verte ni saber nada de ti hasta primera hora del lunes por la mañana. Haz lo que quieras, siempre y cuando no tenga nada que ver con la policía».

«Estoy bien...».

«No discutas», dijo ella. «Considera que es un periodo de descanso».

«De acuerdo», concedió él.

Ella asintió con la cabeza. «Puedes retirarte».

Cullen asintió también y se marchó, reflexionando sobre su estrecha escapatoria mientras bajaba las escaleras hacia las oficinas de su equipo. Eran más de las seis y media y el lugar estaba tranquilo. Margaret, la limpiadora, estaba vaciando las papeleras y se saludaron.

Cullen observó la oficina diáfana, con las salas laterales que salían de ella. Este era su territorio. Aquí era donde quería estar.

Había trabajado duro para llegar hasta aquí, y la idea de perderlo todo le dolía.

Sería más cuidadoso. La próxima vez, Maggie Ferguson no sería tan benévola; de eso estaba seguro.

—Jefe. —Una voz llegó desde detrás de él.

Cullen se giró. —¡Tony! No me había dado cuenta de que todavía estabas aquí. ¿Sabes qué hora es? Brenda se estará preguntando dónde te has metido.

—Te vi llegar y pensé en esperar a que salieras de la reunión. Supuse que te apetecería charlar después.

Cullen le puso una mano en el hombro. —Eres un buen amigo.

—Solo dime que no te ha despedido.

«Casi», sonrió. «Pero no del todo».

—Bueno, gracias a Dios. Te necesitamos aquí.

«Es muy amable por decirlo. ¿Te apetece tomar una pinta rápida?».

Beswick sonrió. «Ahora sí que hablas en serio».

EPÍLOGO

London Daily Post

NUEVOS PROBLEMAS PARA SIR KENNETH

EL MULTIMILLONARIO inconformista Sir Kenneth New se enfrenta a crecientes peticiones para que dimita de la empresa que él mismo creó, a medida que más mujeres de todo el mundo dan a conocer detalles de presuntas agresiones. Lo que comenzó con las revelaciones de Natalie Long, una estudiante universitaria de Bristol, se ha convertido rápidamente en una bola de nieve, y ahora más de veinte empleadas y ex empleadas de Brand New han salido a la luz para acusar a Sir Kenneth de comportamiento inapropiado. Se ha informado de que Sir Kenneth ha regresado antes de lo previsto de un viaje de negocios a Sídney para reunirse con su junta directiva, que convocó una reunión de crisis tras el escándalo, lo que ha provocado una fuerte caída del precio de las acciones de la empresa en la Bolsa de Londres. Según se cita a un miembro anónimo del consejo: «Sir Kenneth está acabado. Y estoy seguro de que lo sabe. Durante demasiado tiempo, la gente ha hecho la vista gorda ante los rumores, pero eso se ha acabado. El tiempo se acaba para gente como él».

SOBRE EL AUTOR

Paul Pilkington es un autor británico de novelas de misterio, suspense y thriller. Es conocido sobre todo por su serie Emma Holden Suspense Mystery, que narra la historia de una joven actriz llamada Emma Holden que se ve envuelta en un mundo de peligro e intriga tras la repentina desaparición de su prometido. Paul también ha escrito varias novelas independientes que han sido éxitos de ventas, entre ellas For Your Own Protection y Someone to Save You, así como la serie de misterio Detective Paul Cullen.

El estilo de escritura de Paul es trepidante, lleno de suspense y centrado en los personajes. Sus novelas exploran temas y cuestiones complejas, como el amor, la pérdida, la familia y la redención.

Visite el sitio web de Paul para obtener más información sobre sus obras. También puede suscribirse a su lista de correo para recibir las últimas noticias y novedades sobre sus libros:

www.paulpilkington.com

OTRAS OBRAS DE PAUL PILKINGTON

Serie del Detective Paul Cullen

Sin Rastro

Peligro Subterráneo

Muerte Frontal

Viaje Mortal